Ella tenía el plan perfecto hasta que él apareció… y se convirtió en su obsesión



LAURELIN PAIGE

ADICTA a TI

ERES MI ADICCIÓN I



LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Ella tenía el plan perfecto hasta que apareció él… y se convirtió en su obsesión.

El acoso y las órdenes de alejamiento son ya cosa del pasado para Alayna Withers. Con su Máster en Administración de Empresas recién terminado sabe lo que quiere para su futuro: conseguir un mejor puesto en el club nocturno donde trabaja y alejarse de cualquier hombre que pueda disparar su trastorno obsesivo en cuestiones de amor. Un plan perfecto.

Sin embargo, Alayna no contaba con Hudson Pierce, el nuevo propietario del club. Es inteligente, rico y atractivo, el tipo de hombre del que Alayna sabe que debe alejarse si quiere mantener a raya sus antiguos hábitos. Pero es demasiado tarde. Hudson se ha fijado en ella y la quiere en su cama.

LELIBROS

Laurelin Paige

Adicta a ti
Eres mi adicción - 1

Capítulo uno

Me sentía viva.

Los destellos que alternaban oscuridad y luces tenues, el ritmo palpitante de una remezcla de Ellie Goulding, el movimiento de cuerpos sudorosos bailando, apretándose entre sí, disfrutando unos de otros… El club Sky Launch se me introducía en las venas y me excitaba como no había permitido que nada ni nadie lo hiciera desde hacía tiempo. Cuando estaba allí —trabajando en la barra, ayudando a los camareros o al DJ— me sentía más libre que en cualquier otro momento del día. Aquel club tenía magia.

Y para mí un efecto sanador.

Con toda su vibración y su vida, el club constituía un refugio seguro para mí. Era un lugar al que me podía asir sin preocuparme por estar excediéndome. Nadie me iba a demandar por estar demasiado concentrada en el trabajo ni por dedicarle demasiado tiempo. Pero corría el rumor de que el Sky Launch, que llevaba en venta desde hacía un tiempo, estaba a punto de pasar a otras manos. Con un nuevo propietario, todo podía cambiar.

—Laynie —Sasha, la camarera que trabajaba en la planta de arriba, me sacó de mis pensamientos para devolverme al trabajo—, necesito un vodka con tónica, un ruso blanco y dos *butterballs*.

—Entendido. —Cogí el vodka del estante que tenía detrás.

—Es increíble lo lleno que está esto para ser jueves —dijo mientras yo le preparaba lo que había pedido.

—Es el público del verano. Verás cómo en una semana esto se pone a reventar. —Estaba deseándolo. El verano en el club era una auténtica pasada.

—Entonces es cuando esto se pone divertido. —David Lindt, el encargado del club, se unió a la conversación y sus ojos brillaron cuando la fuerte luz blanca que iluminaba la barra le alumbró la cara.

—Divertido de verdad. —Le dediqué a David una amplia sonrisa y le guiñé un ojo mientras colocaba las copas en la bandeja de Sasha y sentía que el estómago se me ponía tenso con un destello de deseo.

Él respondió con otro guiño, avivando la chispa de mi vientre hasta convertirlo en una pequeña llama.

David no era el amor de mi vida —ni siquiera el de aquel momento—, pero la pasión que compartíamos por el club provocaba algo dentro de mí. Mi interés por aprender más y ascender desde mi puesto de camarera parecía interesarle también a él. Más de una noche en la que me ponía al corriente del negocio había terminado con intensas sesiones de meternos mano. Aunque no me sentí atraída por él de inmediato, su pequeña estatura, su pelo rubio y rizado y sus ojos azules

me fueron gustando cada vez más. Además, su entusiasmo por el trabajo y su excepcional estilo en la gestión eran cualidades que yo exigía en un hombre. Y, la verdad, la mitad de aquella atracción la causaba el poco efecto que provocaba en mis sentimientos. Teníamos una buena química pero no me hacía perder los papeles como me había pasado con otros tíos. Era prudente y firme y esa era para mí la definición del hombre perfecto.

Me puse a teclear la comanda de Sasha mientras David llenaba vasos de chupito —supuse que se trataba de un pedido de Todd, otro camarero que trabajaba junto a Sasha—. David rara vez se metía ya detrás de la barra, pero esa noche andábamos escasos de personal y agradecí su ayuda. Sobre todo, por el modo en que estaban aumentando los pedidos. Un cliente habitual estaba apoyado sobre la barra con sus amigos intentando llamar mi atención y, por el rabillo del ojo, vi a un tipo trajeado colocándose en el otro extremo de la barra.

Le di a Sasha la cuenta, pero David la detuvo antes de que se fuera.

—Espera. Ahora que estamos aquí al menos unos cuantos, creo que deberíamos brindar por Laynie. —Nos pasó los chupitos que había estado sirviendo. Tequila, mi bebida preferida.

Le miré recelosa. Aunque no era raro tomar uno o dos chupitos durante el turno, siempre lo hacíamos a escondidas, nunca delante del encargado y, desde luego, no por iniciativa suya.

—No te preocupes —dijo David chocando su hombro con el mío—. Es una ocasión especial.

Me encogí de hombros, sonreí y acepté el chupito que me ofrecía.

—Tú eres el jefe.

—Estamos demasiado ocupados como para hacer un brindis en condiciones, así que digamos simplemente que brindamos por Laynie. Estamos orgullosos de ti, guapa.

Me puse colorada y choqué mi copa mientras todos los que estaban alrededor, incluyendo el cliente habitual y sus amigos, gritaban « bien dicho» y « salud» .

—¡Sí! —grité emocionada. Me había esforzado mucho para conseguir mi licenciatura. Yo también me sentía orgullosa de mí misma. Dejé el vaso de chupito con un golpe—. Dios, ¡qué bueno!

Consciente de que la gente se estaba poniendo nerviosa, Sasha se fue con su pedido mientras David preparaba el de Todd. Dirigí mi atención al cliente habitual, un tipo de cuyo nombre no me acordaba. Se inclinó hacia delante para darme un abrazo y yo se lo devolví. Puede que no le recordara, pero sabía cómo ganarme las propinas.

—Cuatro cervezas de barril —dijo levantando la voz por encima de la música, que parecía haber aumentado el volumen en los últimos minutos—. ¿Dónde está Liesl?

Le di las dos primeras jarras y empecé a servir las otras dos.

—Como va a hacer todos mis turnos de la semana que viene, descansa esta noche.

Claro, este era el tío que flirteaba normalmente con Liesl, otra de las camareras.

—Estupendo. ¿Y qué vas a hacer durante tus vacaciones? —Como no estaba Liesl, el cliente habitual exhibió sus encantos ante mí. Paseó sus ojos por mis pechos, pero reconozco que era difícil pasarlos por alto. Sobre todo, con mi escote pronunciado. Mis niñas eran bien bonitas, ¿quién podía culparme por enseñarlas?

—Absolutamente nada. —Quería que mi respuesta sonara como que estaba deseando que llegaran las vacaciones. Lo cierto es que me había cogido unos días libres para poder ir a casa y pasar un tiempo con mi hermano mayor. Pero esa misma mañana Brian había suspendido el viaje argumentando que estaba demasiado saturado de trabajo. Ni siquiera podría asistir a la fiesta de mi graduación.

Me tragué las emociones que amenazaban con aparecer en mi rostro. Además de sentirme decepcionada, estaba aterrorizada. No me resultaba atractivo no tener nada que ocupara mi tiempo. Varias veces estuve a punto de decirle a David que me incluyera en la planificación de horarios, pero cada vez que empezaba a hablar me sentía como una auténtica fracasada. Quizá una semana libre me vendría bien. Podría arreglármelas. ¿No?

Ahora no era el momento de preocuparse por la semana siguiente. Terminé de atender al cliente habitual y fui a ocuparme del tipo del traje que estaba en el otro extremo de la barra.

—¿Qué deseas… tomar…? —Mis palabras se fueron apagando cuando mis ojos se encontraron con los del trajeado y mis pulmones se quedaron sin aire, succionado de repente por aquella mirada que se cruzó con la mía.

Increíblemente guapo.

No podía apartar la vista. Su físico actuaba como un imán. Lo cual quería decir que se trataba exactamente del tipo de hombre que debía evitar.

Después de que me rompieran el corazón muchas veces, había descubierto que era posible dividir a los hombres por los que me sentía atraída en dos categorías. La primera podría describirse como de un polvo y a otra cosa. Estos hombres me llevaban a la cama, pero resultaba fácil dejarlos cuando era necesario. Solo me tomaba la molestia de estar con los de este grupo. Eran los seguros. David pertenecía a esta categoría.

Luego, estaban los hombres que eran de todo menos seguros. No eran de un polvo y a otra cosa. Eran de los de « ¡joder!» . Me atraían con tanta intensidad que me absorbían, y hacían que me concentrara por completo en todo lo que ellos hicieran, dijeran o fueran. Huía de esos hombres, lejos y a toda velocidad.

Dos segundos después de fijar la mirada en este hombre, supe que debía salir huyendo.

Me resultaba familiar. Debía de haber estado antes en el club. Pero, si había estado antes, no entendía cómo podía haberlo olvidado. Era el hombre más impresionante del planeta. Sus mejillas cinceladas y su fuerte mentón encajaban a la perfección con su pelo lacio y los ojos más grises e intensos que había visto nunca. Su barba de un día hizo que la piel se me pusiera de gallina, deseosa de sentir su calor sobre mi cara…, sobre la parte interna de mis muslos. Por lo que me pareció, su traje azul marino de tres piezas estaba hecho a la medida y era de un gusto excelente. Y su olor —una marcada fragancia a jabón sin perfumar, loción para después del afeitado y pura masculinidad—casi me hizo esnifar el aire alrededor, como una perra en celo.

Pero no eran solo su incomparable belleza y el exquisito despliegue de sexualidad masculina lo que me abrasaba entre las piernas y me hacía buscar la salida más cercana. Era su forma de observarme como ningún hombre lo había hecho nunca: un ansia de posesión en su mirada como si no estuviera sólo desnudándome en su mente, sino que hubiera decidido que, salvo él, nunca más habría ningún otro que me saciara.

Le deseé al instante y una punzada de obsesión empezó a arraigar en mi vientre —una sensación antigua y familiar—. Pero el hecho de que yo le deseara no importaba. La expresión de su rostro decía que me tendría lo quisiera yo o no, que era algo tan inevitable como si ya hubiera ocurrido.

Me aterrorizó. El vello se me puso de punta como prueba de mi miedo.

O quizá se puso así debido a la excitación.

« No, joder» .

—Un escocés de malta. Solo, por favor.

Casi me había olvidado de que se suponía que tenía que servirle. Pensar en atenderle me pareció tan excitante que cuando me recordó cuál era mi trabajo casi me desviví por ponerle su copa.

—Tengo un Macallan de doce años.

—Bien. —Fue lo único que dijo, pero su respuesta con un tono de voz grave y firme consiguió que se me alterara el pulso.

Cuando le serví el whisky, sus dedos acariciaron los míos y me estremecí. De un modo evidente. Me miró ligeramente sorprendido por mi reacción, como si le hubiera encantado.

Retiré la mano con brusquedad y me la llevé al corpiño de mi vestido de tubo, como si la tela pudiese borrar el calor que ya se había desplazado desde el lugar donde me había tocado hasta el mismísimo punto de unión entre mis piernas.

Yo nunca acariciaba los dedos a los clientes. ¿Por qué lo había hecho ahora?

Porque no había podido evitar tocarle. Me sentía tan atraída por él, deseaba tanto algo que no sabía calificar, que habría aprovechado cualquier otra

oportunidad para tocarle.

« Otra vez esto no. Ahora no» .

« Ni nunca» .

Me aparté. Me alejé rápidamente. Bueno, todo lo lejos que podía irme: me acurruqué en el rincón opuesto de la barra. David podía servir a ese tío si quería algo más. Yo debía mantenerme alejada de él.

Entonces, siguiendo con la mala suerte que tenía en mi vida, Sasha regresó.

—David, aquel grupo de la burbuja cinco está molestando otra vez a la camarera.

—Ya voy. —Y se dirigió a mí—: ¿Puedes quedarte sola un minuto?

—Lo tengo todo controlado. —No lo tenía nada controlado. No con el señor Atraeré-a-Laynie-aunque-ella-pierda-la-cordura sentado en el otro extremo de la barra.

Pero mi respuesta sonó convincente. David salió de detrás de la barra y me dejó sola con el del traje. Incluso el cliente habitual y sus amigos se habían unido a un grupo de chicas risueñas que estaban en una mesa cercana. Yo eché un vistazo hacia la pista de baile esperando atraer clientes mirando hacia aquel mar de caras. Necesitaba que me pidieran copas. De lo contrario, el del traje podría pensar que le estaba evitando escondida en mi rincón, lo cual, por supuesto, era cierto. Pero, para ser sincera, la distancia entre nosotros no consiguió difuminar la tensa bola de deseo que me daba vueltas en el vientre. Era una evasión sin sentido.

Suspiré y limpié con un trapo la parte de la barra que tenía delante, aunque no parecía que lo necesitara, solo para mantenerme ocupada. Cuando me atreví a mirar hacia el tío bueno que había invadido mi espacio, me di cuenta de que su whisky casi estaba vacío.

También me di cuenta de que tenía los ojos clavados en mí. Su mirada penetrante parecía ir más allá de la típica mirada de un cliente que intenta atraer al camarero, pero, consciente de mi tendencia a exagerar el significado de las acciones de los demás, rechacé aquella idea. Reuní valor y me obligué a preguntarle.

¿A quién trato de engañar? No fue necesario obligarme a nada. Me deslicé hacia él como si estuviera tirando de mí con una cuerda invisible.

—¿Otro?

—No, estoy bien. —Me dio un billete de cien. Claro. Yo había esperado que me diera una tarjeta de crédito para poder averiguar su nombre.

No, no. No era eso lo que esperaba. No me importaba cómo se llamara. Ni tampoco me fijé en que su mano izquierda carecía de anillo alguno. Ni en que seguía observando cada movimiento mío mientras yo cogía el dinero que me había dado y marcaba su copa en la caja registradora.

—¿Una ocasión especial? —preguntó.

Le miré extrañada y, después, recordé que había visto nuestro brindis.

—Eh…, sí. Mi graduación. Mañana me dan el título de un Máster de Administración de Empresas.

Su cara se iluminó con auténtica admiración.

—Enhorabuena. Brindo por tu éxito. —Levantó su copa hacia mí y dio el último trago.

—Gracias. —Yo estaba absorta mirando su boca, cómo sacaba la lengua para limpiarse la última gota de líquido de los labios. « Ñam» .

Cuando dejó la copa en la barra, extendí la mano para darle el cambio, preparada para el estremecimiento del contacto que inevitablemente ocurriría cuando lo cogiera de mi mano.

Pero aquel contacto no se produjo.

—Quédatelo.

—No puedo. —Me había dado cien dólares. Por una copa de whisky. No podía aceptarlo.

—Sí que puedes. Y lo vas a hacer. —Su tono imperativo debería haberme exasperado, pero, en lugar de ello, me puse húmeda—. Considéralo un regalo por tu título universitario.

—Vale. —Su comportamiento hizo desaparecer mi intención de protestar—. Gracias. —Me giré para guardar el dinero en el bote de las propinas que estaba en la parte de atrás de la barra, enfadada conmigo misma por el efecto que ese desconocido provocaba en mí.

—¿Se trata también de una fiesta de despedida? —Su voz sonó detrás de mí haciendo que me girara para mirarlo—. No te imagino empleando tu Máster de Administración de Empresas para seguir trabajando de camarera.

Por supuesto, eso es lo que un tipo con traje pensaría. Probablemente se trataba de un hombre de negocios que compartía la opinión de mi hermano: que había trabajos que merecía la pena tener y trabajos que eran para los demás. El de camarera era de estos últimos.

Pero a mí me encantaba ese trabajo. Es más, me encantaba el club. La única razón por la que había empezado la licenciatura era porque necesitaba hacer más cosas. Algo que me mantuviera « ocupada» era lo que Brian había dicho cuando se ofreció a pagarme los gastos que excedieran de lo que cubrían mi beca y la ayuda económica.

Fue una buena decisión. La decisión correcta, pues básicamente había conseguido que mi vida dejase de dar vueltas en espiral sin ningún control. Durante los últimos tres años había dedicado mi tiempo a la facultad y al club. El problema era que los estudios habían hecho desaparecer casi todas mis preocupaciones. En cambio ahora, endeudada hasta el cuello por los préstamos para los estudios, tenía que buscar el modo de llegar a fin de mes sin dejar el Sky Launch.

Pero tenía un plan. Quería que me ascendieran. Había estado el año anterior ayudando en labores de supervisión, pero no había logrado conseguir el puesto de forma oficial porque los encargados tenían que trabajar a jornada completa. Ahora que había terminado los estudios, disponía de más horas. David me había estado preparando para ese puesto. El único obstáculo en mi trayectoria podría ser la aparición de un propietario nuevo. Pero no iba a preocuparme por eso. Todavía.

Aunque explicar cuáles eran mis intenciones a los desconocidos no resultaba nunca fácil. ¿Era inteligente sacarse un Máster en Administración de Empresas de la Escuela de Empresariales de Stern para dedicarse a la gerencia de un club? Probablemente no. Así que tragué saliva antes de responder al tipo del traje.

—Lo cierto es que me gustaría ascender aquí. Me encanta el mundo de la noche.

Para mi sorpresa, él asintió y sus ojos relucieron cuando se echó hacia delante bajo la luz blanca y brillante de la barra.

—Te hace sentirte viva.

—Exacto. —No pude ocultar mi sonrisa. ¿Cómo lo sabía?

—Se nota.

Guapo, rico y en consonancia conmigo. Era exactamente el tipo de hombre con el que me podía obsesionar, y no de un modo sano.

—¡Laynie! —El grito del cliente habitual de antes me apartó de los intensos ojos grises del desconocido—. Me voy. Quería felicitarte de nuevo y desearte buena suerte. Y mira, aquí tienes mi teléfono. Llámame alguna vez. Puedo ayudarte a mantenerte ocupada durante tu semana de descanso.

—Gracias, eh… —leí el nombre escrito en la servilleta que me había dado: Matt. Esperé a que se hubiera ido antes de lanzarla a la basura debajo de la barra y entonces crucé la mirada con el del traje.

—¿Haces eso con todos los teléfonos que te dan?

Me detuve. No es que no hubiera salido nunca con algún cliente, pero en ningún caso con un habitual. Era una norma. No quería volver a verlos. Demasiada tentación para volverme loca por ellos.

Sin embargo, no tenía ningún interés en mantener esa conversación con el del traje. Como su mirada estaba constantemente fija en mí, al final concluí que no era yo la única que se sentía atraída. No después de que me diera una propina tan generosa.

—¿Estás tratando de averiguar si tiraría tu número de teléfono?

Se rio.

—Puede ser.

Su reacción provocó mi sonrisa e hizo que la humedad que sentía entre las piernas se volviera más densa. Era divertido flirtear con él. Muy mal. Tenía que ponerle fin. Coloqué las manos sobre la barra y me incliné hacia él para que

pudiera oírme mejor por encima de la música, tratando de no deleitarme con la abrasadora mirada que lanzó a mi pecho.

—El tuyo no lo tiraría. Nunca te lo cogería.

Entrecerró los ojos, pero la risa de antes seguía presente en ellos.

—¿No soy tu tipo?

—No es por eso precisamente. —Fingir que no me sentía atraída por él era inútil. Ya tenía que ser consciente de cómo reaccionaba ante él.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque estás buscando algo pasajero. Algo divertido con lo que jugar. —Me incliné aún más sobre él para asestar mi frase final, la que haría desistir incluso al más fogoso de los hombres—: Y yo soy de las que se encariñan. —Me incorporé del todo para ver su reacción—. ¿A que con esto te acabas de acojonar?

Esperaba ver el pánico reflejado en su rostro. En lugar de eso, vi un atisbo de sonrisa.

—Alayna Withers, tú puedes hacer de todo menos asustarme. —Y a pesar de lo que había dicho, se puso de pie y se abotonó la chaqueta—. Felicidades de nuevo. Todo un logro.

Me quedé mirándolo un buen rato mientras se alejaba, más alicaída por su repentina marcha de lo que estaba dispuesta a admitir.

Tardé unos cinco minutos desde que se fue en darme cuenta de que yo no le había dicho mi nombre.

Capítulo dos

—¿Conoces ya al nuevo dueño?

Levanté la vista de mi carpeta hacia el trasero de Liesl mientras ella estudiaba el contenido del pequeño frigorífico que había tras la barra; su pelo púrpura caía en cascada y danzaba con sus movimientos. Fruncí el ceño. No me había olvidado de que había un propietario nuevo, pero intentaba no pensar en él, consciente de que me obsesionaría.

El enfado de que me lo recordaran apareció en mi respuesta.

—¿Cuándo lo iba a conocer? —No había estado en el club desde que conseguí mi licenciatura, hacía más de una semana.

Liesl cerró la puerta del frigorífico y se encogió de hombros.

—No sé. Quizá te habías pasado por aquí o algo parecido.

Me conocía demasiado bien. Me había contenido varias veces la semana anterior para no ir. Había supuesto una batalla, pero había conseguido mantenerme alejada.

—No. Lo cierto es que he pasado la mayor parte de la semana en un balneario cerca de Poughkeepsie.

—¡Cuánta finura! —Liesl la miró con expresión altiva—. ¿Te ha tocado la lotería y no me he enterado?

—Casi. Ha sido un regalo de Brian. —No se había molestado en enviar una tarjeta. Solo un sobre que contenía el billete de tren y un folleto del hotel que me entregó mi portero el día que se celebraba mi graduación. Había sido un detalle. Y muy poco propio de mi hermano. Quizá hubiera sido idea de su mujer.

—Qué… bonito. —Liesl detestaba a Brian y nunca se había molestado en ocultarlo. Ella era una de las pocas personas de mi vida que conocía mi historial, era enormemente leal y siempre estaba de mi parte. Todo lo contrario que mi hermano. Eso hizo que de inmediato entraran en conflicto.

—No seas tan bruja. Fue bonito de verdad. Hice un montón de chorradas que no había hecho nunca antes… Montar a caballo, escalar por una roca… Montones de tratamientos de *spa*. ¡Tócame la piel! —Extendí la mano para que me la tocara—. Nunca he tenido las manos tan suaves.

—Tienes razón. Tan suave como la de un bebé.

—Me ha sentado bien. De verdad. Justo lo que necesitaba. Relajarme y a la vez mantenerme ocupada.

—Vaya. Un punto para Brian. Puede que por fin esté madurando. —Su voz sonó más animada—. ¿Y qué tal el resto del tiempo que no has estado en el balneario?

Triste. Los cinco días del balneario habían sido perfectos, pero después de que

el viaje terminara, tuve que regresar a la vida real, lo cual significaba un apartamento vacío y una mente que se negaba a dejar de funcionar.

—Me alegro de haber vuelto, si es eso lo que preguntas. Y puede que tenga cuatro o cinco archivos llenos de ideas nuevas para el club.

Se rio.

—Bueno, al menos esa es una obsesión sana.

Sonreí avergonzada.

—Medio sana.

Busqué el vodka Skyy, que, según mi informe, estaba en el estante, y marqué su presencia en el papel cuando lo encontré. Tener una mente activa tenía sus ventajas. Siempre hacía inventarios perfectos y presentaciones precisas. Era en mi relación con las personas —con los hombres, para ser exactos—donde la obsesión tenía sus inconvenientes.

Me apoyé en la barra de atrás y miré el reloj. Quince minutos para la apertura. Eso significaba quince minutos más antes de que las luces se apagaran para ponerse en modo club. Aquel lugar con todas las luces encendidas me hacía sentirme vulnerable, desnuda y fuera de lugar. Incluso la personalidad descarada y chismosa de Liesl quedaba enmudecida como si alguien le hubiera bajado el volumen. Nunca tendríamos esta conversación en modo club.

Pasé los ojos por la barra y los detuve en el lugar donde el del traje había estado sentado la última vez que fui a trabajar. No era la primera vez que pensaba en él desde aquella noche. Sabía mi nombre. ¿Lo habría oído por ahí? No mi apellido. Debía de haber preguntado a alguien, aunque no le había visto hablar con nadie más. Pero quizá antes de pedir la copa… Yo no le había prestado atención. Puede que alguien se lo hubiera dicho entonces.

—¿En qué piensas? —Liesl interrumpió mis pensamientos imitando mi postura apoyada sobre la barra.

Me encogí de hombros. Se habría asustado si le hubiera contado que un tío sabía mi nombre, habría supuesto que mi seguridad estaba en peligro. Por otra parte, yo mostraba una marcada empatía por la gente que tenía la necesidad de obtener más información de la debida. Y no quería recibir un sermón sobre posibles acosadores.

Pero podía contarle otras cosas sobre aquel misterioso desconocido.

—La última vez que trabajé, un tipo… —Hice una pausa al recordar lo magnéticamente atractivo que había sido el hombre del traje—. Un tío increíblemente bueno, la verdad, me dio cien dólares por tres dedos de Macallan. Me dijo que me quedara con el cambio.

—¿Y esperaba que se la chuparas al salir del trabajo?

—No. Pensé que era eso lo que pretendía, pero… —¿Qué es lo que quería? ¿Me había parecido que estaba muy interesado por mí o me lo había imaginado, influida por el deseo que yo misma había sentido por él?—. No sé. Se fue sin

intentar nada. —Yo había tratado de ahuyentarle, pero no pareció ser esa la razón por la que se marchó—. Fue… raro.

—¿Material para una masturbación a medianoche?

—Eso no te lo voy a decir.

—Tu cara ya lo dice todo.

Durante la última semana, él había aparecido en mis pensamientos, sin duda vestido con menos ropa de la que llevaba cuando lo vi en el bar. Y aunque las fantasías sexuales eran bastante inocentes para la mayoría de la gente, pensar demasiado en un hombre no significaba nunca nada bueno para mí, y Liesl lo sabía. Pero no necesitaba que me sermoneara. Mientras no lo viera —y había pocas posibilidades de que eso ocurriera—, estaría bien.

Me puse a ordenar en la barra cosas que no necesitaban ser ordenadas y cambié de tema:

—Así que el nuevo dueño… ¿Lo conoces? ¿Cómo es?

Liesl se encogió de hombros.

—Está bien. Más joven de lo que te puedas imaginar. Unos veintisiete o veintiocho. Jodidamente rico. Pero es un maniático de la limpieza. Lo llamamos el Nazi de la Barra. Lo inspecciona todo, pasa el dedo por las barras para asegurarse de que están limpias, como si tuviera un trastorno obsesivo compulsivo o algo así. Ah, y hablando de material para una masturbación, te vuelves loca de lo bueno que está.

Liesl pensaba que cualquier tío con una cartera llena y que aún conservara el pelo era atractivo, así que lo que dijo no significaba gran cosa. Pero el apodo del Nazi de la Barra me hizo sonreír. El personal llevaba un tiempo siendo poco estricto en cuestiones de limpieza y le vendría bien un poco de firmeza. Al menos eso es lo que yo diría si fuera la encargada. Aquello me dio esperanzas de que el nuevo dueño y yo pudiéramos llevarnos bien.

Me pregunté quién sería el hombre que por fin había soltado la exagerada pasta que pedían por el club. No es que el Sky Launch no lo valiera, pero necesitaba algunas reparaciones serias para destacar en el océano de los clubes neoyorquinos. ¿Habría visto el nuevo dueño el potencial de ese local? ¿Se implicaría mucho? ¿Dejaría el negocio bajo el control de David?

—Esta noche le conocerás. —Liesl se pasó el *piercing* por el labio inferior—. Supongo que es un pez gordo del mundo empresarial. Probablemente hayas oído hablar de él. Houston Piers o algo así.

Me quedé boquiabierta.

—¿Te refieres a Hudson Pierce? —Esperé mientras ella asentía—. Liesl, Hudson Pierce es el empresario de más éxito de Estados Unidos con menos de treinta años. Es como un dios en ese mundillo.

Hudson había nacido en una acaudalada familia de Rockefellers de la actualidad. Era el hijo mayor y había multiplicado por diez la riqueza de los

Pierce. Como estudiante de Empresariales, me habían interesado varios de sus negocios.

—Ya sabes que a mí no me importan mucho esas tonterías de la gente importante. —Liesl se incorporó sobre su metro setenta y siete de altura y sus tacones de siete centímetros y medio—. Aunque no me sorprendería que estuviera entre los diez más importantes de la lista de los tíos más buenos-barra-atractivos-barra-guapos del mundo.

Yo me mordí el labio tratando de imaginármelo. Probablemente habría visto una fotografía suya en algún sitio, pero, por más que lo intentaba, no recordaba su aspecto. Normalmente no prestaba atención a esas cosas. Pero había algo que daba vueltas en mi cerebro, algo que no lograba identificar. Una conexión que mi mente no conseguía realizar.

—En fin —dijo Liesl apoyando la espalda en la barra—, creo que está por aquí. Le he visto entrar antes en el despacho, cuando tú has ido a por las servilletas al almacén.

Asentí sin estar segura de si me entusiasmaba o no conocer a Hudson Pierce. Una parte de mí quería saberlo todo sobre una o dos de sus famosas decisiones empresariales. Y compartir con él algunas ideas podría ser estupendo.

O espantoso. ¿Y si yo no tenía ninguna sugerencia que a él ya no se le hubiera ocurrido? Hudson Pierce no necesitaba que mis pobres ideas le ayudaran a mejorar el club.

A menos que no estuviera planeado implicarse en el negocio.

Pero ¿por qué iba a comprar el club si no tenía intención de implicarse? En ese caso…

Mierda. Antes de que mi visión del futuro que deseaba estallara en mi imaginación hiperactiva, tenía que conocer a Pierce y tantearle, me sintiera o no intimidada.

Tomé aire varias veces de forma inconsciente para calmarme y, a continuación, volví a centrar mi atención en las existencias de la barra. Concentrada en mi tarea, me moví sin darme cuenta al ritmo de los compases tecno que salían del equipo de sonido y me olvidé de todas mis preocupaciones.

La música no estaba al volumen habitual —podíamos hablar cómodamente sin levantar la voz—, pero sonaba lo suficientemente alta como para no oír que la puerta del despacho se abría a la izquierda de la barra. Por eso no vi a Hudson inmediatamente. Estaba de espaldas a él mirando fijamente hacia arriba mientras alargaba el brazo para coger el Tequila Gold del estante superior. Incluso después de coger la botella y darme la vuelta, mis ojos se cruzaron primero con los de David. Me examinó de la cabeza a los pies y yo sonreí, encantada de que mi ajustado corsé no hubiera pasado desapercibido. Era por él por quien me había puesto esa maldita cosa. Apenas podía respirar bajo su apretado nudo. Pero por la mirada penetrante que me dedicó, calentando a fuego

lento mi excitación, había merecido la pena.

Entonces, crucé los ojos con los de Hudson y dos cosas pasaron de forma simultánea. Primero, mi excitación llegó hasta la ebullición. Segundo, mi cerebro realizó por fin la conexión que antes no conseguía establecer. Hudson Pierce era el tipo del traje.

De forma inconsciente, escudriñé su cuerpo. Al verlo del todo me pareció aún más atractivo, sobre todo bajo una mejor iluminación. De nuevo, iba vestido con un traje, esta vez de dos piezas, un gris claro que yo casi diría que era plata. Se ajustaba a su esbelto cuerpo de una forma tan sexual que resultaba obsceno mirarle.

Cuando mis ojos llegaron a su rostro —su fuerte mentón, más pronunciado incluso de lo que recordaba, suplicando ser lamido, besado y mordisqueado— me di cuenta de que él también me estaba examinando. Saberlo hizo que mi cara ya colorada se ruborizara aún más. Aunque su mirada no era tan intensa como la primera vez que lo vi, su atracción seguía siendo igual de fuerte y supe, con absoluta e inequívoca certeza, que me deseaba tanto como yo a él.

David habló primero y sus palabras me llegaron como a través de una nebulosa, apenas las oía.

—Esta es Laynie. —Supuse que sus ojos no se habían apartado de mi pecho —. Eh…, Alayna Withers, quiero decir.

En condiciones normales, yo habría estado encantada de tenerle tan confundido y de que sus pantalones se estuvieran estirando visiblemente, pero me sentía desconcertada por el nuevo dueño. O para ser más exactos, por lo muchísimo que me alteraba.

—Hudson Pierce. —El murmullo suave y grave de Hudson hizo que mis muslos se tensaran y que las bragas se me humedecieran. Y si pensaba que se había apoderado de mí con su mirada la noche que nos conocimos, la oleada que me recorrió el cuerpo cuando me estrechó la mano consiguió aumentar aquella posesión. Casi como unas esposas invisibles que se extendieran para atarme a él de forma permanente—. Me alegra conocerla como es debido, señorita Withers.

—Alayna —le corregí, sorprendida por el profundo anhelo de mi voz—. O Laynie.

Soltó mi mano, pero su tacto permaneció en mi piel, en mis venas.

Las piezas empezaban a encajar. Por eso era por lo que sabía mi nombre. Probablemente había ido aquella noche para conocer a sus futuros empleados. Pero eso no explicaba su mirada posesiva. Quizá era de los que consideraban a las mujeres como objetos. Quizá llevara la definición de « propietario» hasta otro nivel. Aquella idea hizo que se me pusiera la piel de gallina.

Y por debajo de aquello, el pánico se adueñó de mis tripas.

No podía ser tan retorcida con mi jefe, el mandamás, el hombre que decidiría mi futuro en el club. Perder los papeles por él acarrearía graves

consecuencias.

Me coloqué una mano suavemente sobre el vientre, obligándome a respirar con el diafragma para calmar mi creciente ansiedad.

Hudson inclinó la cabeza y me examinó.

—He oído muchas cosas sobre ti. Y he visto tu trabajo. —Se detuvo, paseando su mirada por mi cuerpo de arriba abajo una vez más, abrasándome la piel al observarme—. Pero nada de lo que he oído y he visto me había preparado para verte vestida así.

El color desapareció de mi rostro. No estaba segura de adónde quería llegar con esa afirmación, pero, por el tono, pensé que me estaba reprendiendo.

—¿Perdón?

—Pensaba que una licenciada en Stern que busca labrarse una carrera en administración iría vestida de una forma más adecuada.

Con la misma rapidez que había palidecido antes, ahora me ruboricé, tan avergonzada como enfurecida. Estaba claro que la parte de arriba de mi atuendo era sugerente, pero eso no pareció importarle cuando me había devorado con los ojos un momento antes.

O puede que eso de que me había devorado con los ojos no hubiera sido más que una ilusión.

Mierda. Me lo había imaginado todo, ¿verdad? Todo eso de que me deseaba… Dios, ¿cómo podía haberle interpretado tan mal?

Incluso a pesar de mi error, no podía aceptar su crítica sin responder. No tenía ni idea de si Hudson era o no propietario de otros clubes, pero estaba completamente equivocado en cuanto a lo que era un atuendo adecuado. En un club nocturno se espera ver bombones. Las tías buenas atraen clientes.

—Lo que llevo es bastante apropiado para una empleada de un club nocturno.

—No para alguien que quiere ser encargada.

—Sí, incluso las encargadas. El sexo vende, señor Pierce.

—No en un local de élite. No en el tipo de club que tengo la intención de dirigir. —Su tono autoritario resonó en mi cabeza, pero bajó el volumen y el eco de sus palabras sonó en mis huesos—: Debes saber que las mujeres lo pasan mal en el mundo de los negocios. Hay que esforzarse para que te tomen en serio, Alayna. Vestir con ropa atractiva, pero no como una ramera.

Apreté los dientes. Normalmente soy de las que discuten más allá que para ganar o perder. Había participado en varias discusiones acaloradas en más de una de mis clases de la universidad. Pero ahora estaba aturdida y me faltaban las palabras. Hudson tenía razón. Tenía ideas para el club, ideas que requerían personas que confiaran en mi destreza para los negocios. Había aprendido en Stern lo necesario para impresionar a los demás y, en mi defensa, diré que vacilé a la hora de comprar el corsé, pues me había preguntado si la apertura del centro que dejaba al aire mi vientre desde la parte interna de los pechos hasta el

ombligo no sería demasiado sugerente. Sus palabras confirmaron aquel temor.

Y lo que es peor, me di cuenta de que lo que había interpretado como deseo era algo muy distinto. Él no quería apoderarse de mí. Me estaba juzgando.

Sentí un vuelco en el estómago. Allí desaparecía cualquier posibilidad de ascenso. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Vestirme para un tío en lugar de para avanzar en mi carrera? ¡Estúpida, estúpida, estúpida!

Busqué con la mirada a David y vi que él estaba igual de petrificado ante aquella conversación.

—Eh… Sí, Laynie —dijo, tratando de reponerse—. ¿Eso es nuevo?

No me importaba lo que David dijera. El destello de sus ojos me decía que le gustaba mi ropa. Pero estaba con su nuevo jefe. Tenía que mostrarse como un profesional.

Y lo cierto es que en ese momento me importaba más la opinión de Hudson que la de David. Al fin y al cabo, la atracción por David era de la categoría número uno. El tipo de tío con el que no me implicaba emocionalmente. En cambio Hudson era…

No, no iba a pensar en él en esos términos.

Me pasé la lengua por los labios resecos.

—Es nuevo. —Esperaba no parecer tan avergonzada como me sentía—. Pido disculpas. Me he equivocado. —También sentí una especie de odio por Hudson Pierce. Aunque tuviera razón. Era un gilipollas al que se le iban los ojos, igual que los demás tíos trajeados a los que había conocido.

—Tengo en mi armario un jersey de encaje —se ofreció Liesl—. Te quedará más recatado.

—Gracias. Me lo pondré.

—Aunque, si quieres saber mi opinión, estás estupenda —me susurró Liesl al oído cuando pasó a mi lado de camino a la sala de descanso del personal.

Hudson dirigió su atención a David.

—Ahora que ya hemos solucionado esto, he cambiado de idea en cuanto a lo de volver este fin de semana. —David se mostró visiblemente relajado. Pero lo que dijo Hudson a continuación hizo que volviera a ponerse rígido—. Volveré mañana. No podré llegar hasta las nueve. ¿Podrás dedicarme un rato entonces?

Yo me puse a toquetear los servilleteros, pese a que ya los había rellenado, sin estar segura de si se suponía que tenía que participar en la conversación o si debía regresar a mis deberes.

—Por supuesto —contestó David, aunque a las nueve era cuando el club abría y no era, en realidad, un buen momento para mantener una reunión.

—Bien. —Hudson se giró hacia mí y me quedé inmóvil en pleno rellenado de servilletas—. Alayna, tú también vendrás.

Alterada aún por mi desastroso error, no me entusiasmaba aceptar aquella invitación. Más bien, aquella orden. Pero tendría que superar mi mal comienzo si

esperaba seguir trabajando con él. Pese a no estar siquiera segura de que esperara una respuesta, se la di:

—Sí, señor.

Hudson entrecerró los ojos, así que no lo sé con certeza, pero parecían estar dilatados. Me escudriñó como si estuviera decidiendo algo: o despedirme o darme otra oportunidad. Tras varios segundos de sufrimiento, simplemente asintió.

—Hasta mañana. —Y se dio la vuelta para marcharse.

David y yo observamos en silencio cómo Hudson se dirigía hacia las puertas del club. Al menos yo le observé, demasiado entretenida con lo que se atisbaba de su prieto trasero bajo la parte baja de la chaqueta como para fijarme en lo que David estaba haciendo. Vaya, Hudson tenía tan buena pinta por detrás como por delante. Si iba a ir mucho por el club, yo iba a tener que empezar a ponerme salvaeslips.

En el momento en que la bonita espalda de Hudson desapareció por la puerta, David dejó escapar un suspiro, recordándome que estaba presente.

Le miré con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué coño…?

David se rio entre dientes.

—No tengo ni idea. Solo he visto a Pierce una vez antes de hoy y no hemos hablado mucho, aparte de explicarle el funcionamiento actual del negocio. Pero es realmente raro.

—Bueno, ¿qué esperabas, habiéndose criado con toda esa riqueza y esa presión para tener éxito?

¿Por qué narices le estaba defendiendo? Ese hombre me había puesto nerviosa y me había intimidado y humillado. Y puede que me hubiera excitado un poco. Ah, y me había puesto cachonda a más no poder. Ni siquiera iba a reconocer la fijación que sabía que iba a sentir por él si no me controlaba.

Respiré hondo, esperando soltar el extraño nudo en el estómago que me había provocado pensar en Hudson.

—No sé ni lo que digo. Supongo que tendremos que esperar a ver.

—No te preocupes, Laynie.

Al recordar que era con él con quien casi estaba saliendo, miré los ojos azules de David y me esforcé en volver a recuperar la certeza de que era perfecto para mí.

—Pierce tiene muchos activos importantes —continuó, creyendo que mi preocupación era por mi trabajo—. No querrá pasar mucha parte de su tiempo en el club. Estoy seguro de que va a dejar que las cosas vayan más o menos como ahora, quizá con algún que otro pequeño retoque. Y mientras mi opinión sea tenida en cuenta, tu papel será más importante.

David sonrió, mirando más hacia mi pecho que hacia mi cara.

—¿Quieres quedarte y ayudarme a cerrar esta noche?

Su juguetón cambio de actitud me dio la seguridad que necesitaba.

—Ya contaba con ello.

A las cuatro de la mañana el club cerró y David y yo trabajamos con rapidez y eficacia dividiéndonos las tareas de la gestión. Cuando acabamos de contar el dinero de todas las máquinas registradoras y lo dejamos en la caja fuerte, él dejó marchar al resto de los empleados y se sentó en su mesa para terminar los informes. Yo me senté sobre el escritorio balanceando los pies mientras le veía trabajar.

David me miró y sonrió antes de volver a centrarse en la pantalla.

—Menos mal que antes estabas tras la barra. ¡Quién sabe lo que habría dicho Hudson sobre tu ropa si te llega a ver esos pantalones!

Bajé la mirada hacia mis ajustados pantalones negros, tan apretados que se me marcaba la raja del sexo. Me hacían sentirme sensual y, por alguna razón, eso me llevó a pensar en la oscura expresión de Hudson la primera vez que posó sus ojos en mí. Una expresión, estoy convencida, que me he imaginado.

—Estupendo. ¿Me estás diciendo que tengo que deshacerme también de esto?

—Bueno, no los lleves en el trabajo. —Se puso de pie para alargar la mano hasta la impresora que estaba en la esquina de la mesa detrás de mí—. Y que conste que yo no desapruebo en absoluto esta ropa —dijo mientras su brazo me acariciaba la cintura.

Por mi parte, yo quería quemar toda esa ropa. No había hecho más que causarme problemas toda la noche. Los clientes borrachos se habían creído que podían tocarme y decirme cosas que no habrían dicho si no la hubiera llevado.

Pero yo me la había puesto por David, para el momento en que nos quedáramos solos. Ahora.

Fingí que hacía pucheros.

—Es una lástima que tu opinión no sea la que importa.

David se acercó.

—¿Mi opinión no importa?

—Lo cierto es que tu opinión importa mucho —respondí agarrándole de las solapas de la chaqueta.

—En ese caso, creo que estás de lo más sensual —dijo bajando la voz.

Cubrió mi boca con la suya y me introdujo la lengua hasta el fondo. Yo rodeé su cuello con mis brazos y metí la lengua entre sus labios. Había controlado durante toda la noche la excitación que me había provocado la intensa mirada de Hudson Pierce unas horas antes. Ahora volvía con toda su fuerza con el beso de David.

Recorrí su torso con las manos bajando hacia los pantalones. Pero cuando

empecé a tantearle torpemente la hebilla del cinturón, se apartó.

Abrí los ojos sorprendida. Por un momento, esperé ver los ojos grises de Hudson devolviéndome la mirada en lugar del azul apagado de los de David. ¿Qué me estaba pasando? Vaya, ese Hudson sabía cómo cautivar a una chica.

David me acarició el hombro.

—Tenemos que dejar esto, Laynie.

Parpadeé.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

—Oye, me gustas. Me gustas de verdad. Pero… —Parecía estar luchando consigo mismo. Dejó caer el brazo desde mi hombro—. Si vas en serio con lo de conseguir el puesto de encargada, ¿de verdad crees que debemos seguir liándonos? ¿Qué pensarán los demás? Estoy seguro de que Pierce no lo aprobaría.

Yo no había pensado en ello en esos términos. En mis fantasías, David Lindt y Alayna Withers-Lindt dirigían el Sky Launch como pareja y conseguían para el club un nuevo e increíble éxito. En esas fantasías no se incluía nunca la parte en la que el resto del personal y el propietario del club me acusaban de conseguir llegar a lo más alto por haberme acostado con nadie.

—Podríamos mantenerlo en secreto —respondí en voz baja, sin estar dispuesta a renunciar a una parte esencial de mi sueño. Sin estar dispuesta a perder mi red de seguridad.

—No tiene por qué ser definitivo. Solo por ahora, sobre todo mientras no esté seguro de cuáles son los planes que Pierce tiene para mí y para el club. Creo que tenemos que darnos un descanso.

—Claro. —Fingí una sonrisa. No quería que viera lo decepcionada que estaba. Ni siquiera habíamos estado saliendo. Apenas habíamos tonteado. ¿Por qué me sentía tan dolida?

Pensé en qué había sido lo que me había atraído de David. No era el chico más inteligente que conocía ni el más atractivo. Ni siquiera lo conocía bien de verdad. Y no es que no contara con otras opciones. Yo era una chica atractiva que trabajaba en un exclusivo club nocturno. Había tenido muchas oportunidades de mantener relaciones sexuales por toda la ciudad. Oportunidades con hombres golosos. No tanto como Hudson Pierce, pero golosos al fin y al cabo.

Negué con la cabeza mientras me bajaba de la mesa de David. ¿Por qué mi cabeza seguía volviendo a Hudson? Incluso en mitad de una especie de ruptura o algo así, estaba pensando en él. Y Hudson era exactamente el tipo de hombre en el que no debería estar pensando. Nunca. Jamás. No si quería mantener el poco control que había conseguido adquirir en los últimos años.

—¿Estás bien, Laynie? —La voz de David me devolvió al extraño presente.

Maldita sea. Había estado tan segura de tener una relación con David que nos había imaginado enviando tarjetas de Navidad juntos. Vale, puede que me hubiera obsesionado con él más de lo que me gustaría admitir, pero no tan

intensamente como para perder la compostura por la separación. Lo peor de toda esta situación era que ahora no contaba con un hombre protector tras el que esconderme. Ahora era vulnerable a fijarme en otros hombres que no ofrecían tanta protección. Hombres como Hudson.

Dios mío, ¿era esto el comienzo de un episodio obsesivo?

No. Iba a estar bien. Tenía que centrarme en mi ascenso. Sabía cómo superar aquello.

—Sí, estoy bien. Si ya casi has terminado, voy a ir a cambiarme.

David asintió. Fui corriendo a la sala de descanso del personal, que estaba al otro lado del pasillo. Me quité el corsé y los pantalones ajustados, me puse unos pantalones cortos de chándal y un sujetador deportivo y guardé el conjunto problemático en mi bolso de lona. Como no había un metro directo desde Columbus Circle hasta mi apartamento de Lexington con la calle Cincuenta, normalmente iba corriendo. A veces, tras un turno largo, tomaba el autobús o un taxi, pero con todo el estrés de esa noche necesitaba ejercicio para centrarme.

Quince minutos después, me lancé a la calle, respirando el aire fresco de la mañana con el resto de los madrugadores corredores de la ciudad de Nueva York. Me encantaba la sensación de unidad que aquello me proporcionaba; aunque la mayoría de los demás corredores estaban empezando el día y no terminándolo, como yo.

Rápidamente cogí velocidad y corrí por el margen sur de Central Park, pero aquel ritmo constante de mi cuerpo no era suficiente como para apagar mis pensamientos sobre David y mi futuro en el Sky Launch. No fue suficiente para ahogar mis pensamientos sobre aquel atractivo nuevo propietario que me había pedido esa misma noche que me reuniera con él. La preocupación volvió. ¿Estaba pensando Hudson en despedirme? ¿O aún podía contar con una oportunidad para que me ascendiera?

De algo estaba segura: sería más cuidadosa en la elección de mi atuendo en el futuro.

Capítulo tres

Esa noche tomé un taxi hasta el club, lo cual fue un error. Un tráfico inusual hizo que llegara a las nueve y tres minutos. Fui corriendo al despacho, pero Liesl me detuvo en la barra de arriba.

—David y el dueño guapo ya están dentro —dijo por encima de la música mientras jugueteaba con un mechón de su pelo púrpura—. Hudson me ha dicho que esperes aquí. Ya te dirá cuándo quiere verte.

—¡Maldita sea! Tampoco he llegado tan tarde, ¿no?

—No. Hará diez minutos que entraron. No tienen ni idea de a qué hora has llegado.

Me tranquilicé, agradecida por que mi exclusión de aquella reunión no se debiera a que me había retrasado. Me senté en el taburete de la barra que estaba más cerca del despacho y dejé la bolsa con el ordenador en el suelo, a mis pies.

—Espera, Laynie —dijo Liesl saliendo de la barra—. Deja que te vea.

Me volví a poner de pie y me giré para mostrarle mi atuendo. Lo había elegido porque el color le daba un toque de mujer de negocios, pero la falda ajustada y negra era más propia de un club nocturno que de una secretaria de oficina.

—¡Joder, chica, vas muy bien! —La aprobación de Liesl me tranquilizó más de lo que ella se podía imaginar. O puede que sí se lo imaginara. Era una buena amiga.

—Gracias. Necesitaba saberlo. Sobre todo después de lo de anoche con el señor Descontento.

—Ahora el Nazi de la Barra y de la Ropa.

Me reí y volví a subirme en el taburete. El mismo en el que Hudson se había sentado la primera vez que le vi.

—Oye, ¿sabías que él es el tipo del traje del que te hablé? El que me dio los cien dólares.

—¡Te estás quedando conmigo!

—No. ¿Crees que quiere que se la chupe para conseguir el ascenso?

—¿Tan malo sería que fuera así?

—Sí. Sería absoluta y maravillosamente horrible. —Pero, sobre todo, lo más horrible era que aquella idea no sonaba tan mal.

Mientras trataba de vaciar mi mente de las imágenes de una mamada a Hudson, me puse a contemplar la sala. Estaba a medio gas, incluso para ser miércoles por la noche. Desde la barra, tenía una visión completa de las diez salas en forma de burbuja que rodeaban el perímetro de la planta superior. Aquellas burbujas eran lo que más resaltaba del Sky Launch. Cada una de ellas,

con su forma redonda, tenía una pared de cristal que daba a la pista de baile de la planta de abajo y contaba con un acceso privado, como los palcos de un estadio. Todas tenían un asiento circular alrededor de una mesa donde cómodamente cabían ocho personas. Aquellas burbujas eran un lugar relativamente tranquilo y discreto, pese a seguir formando parte del club. Cuando se encendía la luz de las que estaban ocupadas, las paredes del exterior de las burbujas tenían un resplandor rojo. Solo dos estaban encendidas. Una lástima. Si el club tuviera la notoriedad que podía alcanzar, esos habitáculos se llenarían a los diez minutos de abrir.

—Dios, espero que esto mejore —dijo Liesl echándose sobre la barra a mi lado—. No puedo pasar toda la jornada a este ritmo. ¡Es muy aburrido!

—Yo también lo espero. —Ya debería habernos invadido la clientela veraniega. La falta de trabajo me hizo sentirme más segura en cuanto a mis ideas para el club. Me moví inquieta, deseosa de entrar en el despacho para compartirlas con mis jefes.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó Liesl.

—Me he pasado toda la mañana preparando una presentación en PowerPoint. Me acosté a eso de las dos.

Liesl entrecerró los ojos.

—Tienes que dormir más, Laynie.

—No. Cinco horas es suficiente.

La verdad era que me sentía bastante bien. Ordenar mis mejores ideas para el Sky Launch en una presentación había resultado muy terapéutico, pues así calmé mis preocupaciones respecto a mi futuro en el club. Hudson no me despediría después de ver cuánto tiempo y esfuerzo había dedicado al negocio, ¿verdad? No si mis ideas eran buenas. Y yo sabía que lo eran.

Me saqué el teléfono del sujetador, donde lo guardaba —no había bolsillos en mi ajustadísimo vestido—, y miré la hora. Eran casi las nueve y media. ¿Cuánto tiempo me iban a tener esperando?

Salieron unos minutos después. Me puse de pie en cuanto los vi, me alisé el vestido y miré a Hudson, deseando ver en su cara una muestra de aprobación.

Pero la expresión que me dedicó me cortó la respiración: un gesto de absoluto poder y dominación masculinos. A pesar de la oscuridad del club, noté cómo sus ojos me examinaban detenidamente, del mismo modo que lo hacía cada vez que nos veíamos. Una vez más, sentí que tiraba de mí con su abrumador magnetismo y el corazón se me aceleró solo con verle. Las piernas se me volvieron de gelatina y las rodillas se me doblaron, haciendo que el cuerpo se me venciera hacia delante.

En sus brazos.

Él me agarró con una elegante soltura que se contradecía con la firmeza del cuerpo que me mantuvo en pie. Mis manos se agarraron a su camisa —¿cómo

las había metido por debajo de su chaqueta?— y contuve el deseo de pasarlas por los firmes pectorales que noté debajo de ellas.

Él malinterpretó mi movimiento y pareció pensar que trataba de buscar una mayor estabilidad.

—Alayna —su voz fluyó hacia mí como un líquido sexual—, ya te tengo.

« Ya te tengo» . Desde luego que me tenía.

—Laynie, ¿estás bien? —David asomó por encima del hombro de Hudson. ¿Tenía que preguntarlo? ¿No veía que me estaba ahogando de deseo?

—Sí —conseguí decir—. Estoy…, eh…, zapatos nuevos.

Hudson bajó los ojos hacia mis sandalias adornadas con piedras de bisutería.

—Son bonitas. —Su voz salió tan grave que retumbó y se me hizo un nudo en el estómago al oírle.

—Ah, gracias. —Estaba respirando de forma entrecortada. Me avergoncé cuando me di cuenta de que seguía en los brazos de Hudson. Me solté y me puse de pie.

—Siento que te hayamos hecho esperar. —Las manos de Hudson siguieron sobre mi cuerpo hasta que recuperé el equilibrio—. Tenía que hablar con David de unos cuantos asuntos en privado.

—No hay problema. —Aún sentía el calor de las manos de Hudson sobre mi piel desnuda. Para distraerme, empecé a hablar de trabajo—: Tengo muchas ideas sobre el club de las que me gustaría hablar. He traído mi ordenador portátil.

Los labios de Hudson se curvaron con un atisbo de sonrisa.

—Qué detalle. Queda con David. Estoy seguro de que estará muy interesado.

« Qué detalle» . Como si hubiera hecho algo bonito. Algo propio de un niño grande. Vaya condescendencia de mierda.

Se me cayó el alma a los pies. La verdad es que no tenía por qué sentirme tan decepcionada. No me habían pedido que preparara nada. Había sido mi hiperfocalización. De hecho, ni siquiera sabía por qué me habían invitado a la reunión. Sobre todo en ese momento, que parecía que había acabado y yo no había asistido a ella.

—¿Qué te parece mañana, Laynie? —sugirió David—. Vas a abrir de todos modos. ¿Por qué no vienes antes? ¿Te dará tiempo de llegar a las seis y media?

—Sí. Dejaré aquí el ordenador, si no te importa. —Me agaché para recoger la bolsa, pero Hudson la cogió antes que yo.

Se la dio a David.

—David, ¿puedes guardar esto en el despacho? Tengo que comer algo. Alayna vendrá conmigo. He reservado una de las burbujas. —Entrecerró los ojos mientras miraba las que estaban vacías—. Aunque al parecer no hacía falta ninguna reserva.

Yo me puse tensa ante la última exigencia de Hudson. ¿Por qué no venía David con nosotros? ¿Tenía pensado Hudson despedirme delante de un salmón

rebozado con nuez? ¿De qué era de lo que habían estado hablando en privado?

También podía ser que el interés que Hudson mostraba por mí fuese menos de trabajo y más de placer. Las miradas que me había dedicado lo sugerían y, tras descubrir en él ese mismo gesto en varias ocasiones, me daba cuenta de que quizá no me lo había imaginado porque había estado tratando de convencerme a mí misma de lo contrario.

Pero esa posibilidad me asustaba más que ser despedida. Especialmente cuando ya había sentido un atisbo de fijación. Me había mantenido muy estable durante los últimos tres años. No podía obsesionarme ahora con mi atractivo jefe. Esa amenaza siempre estaba presente. Estaba claro que debía negarme a lo de la burbuja.

Pero no había renunciado a mi ascenso. Y como existía una ligera posibilidad de que Hudson quisiera hablar conmigo de eso, tenía que aceptar la cena; aunque mi conformidad casi no parecía necesaria, puesto que él ya había colocado la mano sobre la parte inferior de mi espalda para llevarme a una de las burbujas más privadas antes siquiera de que yo aceptara ir. El cuerpo se me puso en tensión con su caricia y el estómago se me retorció en un nudo de nervios que no era precisamente desagradable.

Fui muy consciente de las miradas que nos seguían, las de las pocas personas que había en el club, segura de que muchas de ellas lanzaban destellos de envidia. ¿Sola en una burbuja con Hudson Pierce? Todas las mujeres de Manhattan debían de estar celosas. Se sabía que en esas burbujas pasaban cosas raras. Sonreí pensando en diferentes posibilidades.

Maldita sea. ¿En qué narices estaba pensando? Este tío me había invitado a cenar, no a su cama. Solo porque a mí se me cayese la baba con él no significaba que a él le pasara lo mismo. Aquel babeo tenía que terminar de una vez por todas, aunque a él sí le pasara lo mismo.

Dentro de la burbuja, encendí la luz de ocupado simplemente por costumbre. Normalmente es lo que hace la camarera cuando sienta a los clientes, pero como casi nos habíamos saltado todos esos formalismos, me encargué yo de encenderla. Tenía que hacer algo con mi energía nerviosa. Siguiendo con la costumbre del trabajo, cogí el menú de la pared y se lo di a Hudson, que estaba de pie esperando junto al asiento.

Cogió el menú de mis manos e hizo un gesto para que me sentara.

—Por favor.

Hacía bastante tiempo que no entraba en una burbuja sin estar de servicio y aquel giro en mi papel junto con el aura de «folla conmigo» que rodeaba a Hudson me desestabilizaba. Me deslicé sobre el afelpado cojín apoyándome en la mesa para mantener el equilibrio.

Hudson permaneció de pie, mirándome intensamente durante unos segundos antes de quitarse la chaqueta gris del traje y colgarla en la percha que tenía

detrás de él. Joder. Estaba aún más bueno solamente con la camisa gris ajustada. Me mordí el interior del carrillo mientras admiraba sus fuertes muslos tensándose bajo la tela del pantalón al sentarse. Madre mía, qué rico estaba.

Dios, me había metido en un lío.

Lanzó el menú plastificado sobre la mesa sin mirarlo.

—No necesito esto. ¿Y tú?

—No. Gracias, señor Pierce. —Me sabía el menú de memoria. Además, de ningún modo podía comer en su presencia.

—Hudson —me corrigió.

—No. Gracias, *Hudson*. —Sus ojos se agrandaron ligeramente cuando pronuncié su nombre—. Ya he comido.

—¿Y una copa? Aunque sé que empiezas a trabajar a las once.

Me lamí los labios pensando más en el hombre que había sentado enfrente de mí que en la sed y preguntándome qué tendría guardado para mí.

—Quizá un té helado.

—Bien.

Por la costumbre, extendí el brazo para pulsar el botón del centro de la mesa y llamar a la camarera, pero él llegó antes que yo y nuestros dedos se tocaron. Me moví para retirar el brazo, pero de nuevo él fue más rápido y me cogió la mano. Inspiré bruscamente al sentir su piel sobre la mía.

—No quería asustarte. Estaba admirando la suavidad de tu piel. —Pero no apartó los ojos de mí.

—Ah.

Pensé decirle que había estado en un balneario maravilloso, pero ¿qué le importaba a él? Además, me costaba hablar con eso que le estaba haciendo a mi piel, abrasándola por completo con su caricia.

Le sonó el teléfono y me soltó la mano. Yo me la llevé al regazo, pues necesitaba el calor de mi cuerpo tras haber perdido el del suyo.

—Perdona. —Se sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones y lo silenció sin mirar la pantalla.

—Puedes contestar si quieres. —Yo podría hacer uso de esos minutos para aclararme las ideas. Porque ¿qué demonios quería de mí? No saberlo no solo me estaba matando, sino que además, cuanto más tiempo pasara con Hudson, más fácil me resultaba pensar en él y en sus increíbles ojos grises. Y en su cuerpo musculoso. Y en su voz dulce.

—No puede haber nada tan importante como para interrumpir esta conversación.

Y en sus palabras aún más dulces.

Abrí la boca para decir algo, pero me interrumpió la puerta al abrirse. Sasha entró con una bandeja con comida y bebidas. Vi cómo dejaba un plato de corvina y una copa de vino de Sancerre delante de Hudson y un vaso de té

helado delante de mí. Hudson debía de haberlo pedido antes, pero ¿cómo sabía que yo iba a querer té helado?

Él debió de notar mi desconcierto.

—Le había preguntado a Liesl qué bebes normalmente. Si llegas a decir que querías otra cosa no te parecería tan genial en este momento.

Aquello hizo que se ganara una sonrisa. Cualquiera que fuese su juego, se estaba esforzando.

—Bueno, «genial» no es la palabra que utilizaría para describirte. —«Atractivo, ardiente, volcánico»… Todas esas palabras eran mucho más apropiadas.

—¿Qué palabra utilizarías entonces para mí?

Me ruboricé y retrasé la respuesta dándole un sorbo al té.

Por suerte, Sasha habló en ese momento:

—¿Algo más, señor Pierce?

Yo levanté una ceja. ¿La invitaría también a ella a llamarle Hudson?

—Estamos servidos.

No. Nada de tuteos para Sasha. Solo para mí. Vaya, ¿por eso apareció una humedad entre mis piernas?

La puerta se acababa de cerrar tras salir Sasha cuando Hudson volvió a preguntar:

—¿Qué palabra utilizarías para mí, Alayna?

El modo en que mi nombre sonaba con su voz sensual hizo que se me pusiera la carne de gallina.

—«Controlado» —respondí sin dudar.

—Interesante. —Dio un bocado a su corvina y yo miré, hipnotizada, el modo en que su boca se curvaba alrededor del tenedor—. No es que lo de «controlado» no me describa exactamente. Pero por la expresión de tu cara había pensado que ibas a decir otra cosa.

Estuve a punto de preguntarle qué es lo que había pensado que iba a decir yo, pero no estaba segura de querer atravesar esa puerta que él había abierto. No insistió y pasó los momentos siguientes comiendo en silencio.

Con la intención de dejarle comer, giré mi cuerpo para mirar hacia la discoteca, que estaba debajo. Incluso habiendo desviado la mirada, sentí la presencia de Hudson sobre mí como un manto. Me hice preguntas sobre el hombre que estaba sentado delante de mí. ¿Por qué había comprado el Sky Launch? ¿Qué quería de mí? Y la pregunta que más me intrigaba: ¿qué sentía yo por aquel macho dominante que mandaba sobre mí, me reprendía y me hacía querer subirme a su regazo y frotarme contra él como una gatita? Sí, era atractivo pero ¿me gustaba? ¿O no era más que otro estúpido, rico y pretencioso por el que inexplicablemente me sentía atraída?

—Sé por qué has accedido a cenar conmigo, Alayna.

Me giré para mirarle y me quedé inmóvil, preguntándome adónde quería ir a parar. En primer lugar, lo cierto es que yo no había accedido a cenar con él, si es que se podía llamar así. Más bien, él me había llevado hasta allí. En segundo lugar, muchos de los motivos por los que no me había opuesto a ir con él serían embarazosos si él los nombraba. Eran muchos: saber sus planes para el club, conseguir un ascenso, poner celoso a David… Acostarme con Hudson.

No, acostarme con él no. Eso no podía estar en mi lista de motivos. No podía.

Hudson dio un sorbo de vino y, a continuación, se limpió esos labios de contorno perfecto con la servilleta.

—Debo ser sincero contigo. No tengo intención de ayudarte con tu deseo de convertirte en encargada.

Me moví nerviosa en mi asiento sin saber si debía relajarme o sentirme decepcionada. Por un lado, probablemente ese fuera el motivo menos humillante que él podía mencionar para que yo cenara con él. Por otro, ahí desaparecían mis posibilidades de ascender.

—Eso no quiere decir que no vayas a conseguirlo. —¿Tenía Hudson alguna especie de habilidad para leer la mente? Eso explicaría lo bien que le iba en el mundo de los negocios—. David me ha dicho que eres muy capaz y estoy seguro de que conseguirás el puesto sin mi ayuda. Puede que yo sea el dueño del Sky Launch, pero no soy tu jefe. David es tu jefe y seguirá siéndolo a menos que el negocio deje de prosperar bajo su mando.

Bueno, eso podía soportarlo. David prácticamente me había garantizado un puesto en la gestión. Mi plan volvía a estar encarrilado. Y lo más probable era que aquello significara que Hudson no tenía pensado pasar mucho tiempo en el club. Puede que mi suspiro se oyera.

Hudson apoyó la espalda en el sofá y echó el brazo por encima.

—Pero no te he invitado para hablar del club.

« Por fin» . Tragué saliva.

—¿Por qué me has invitado?

Un atisbo se sonrisa cruzó por el rostro de Hudson.

—Quizá me gustes.

Me estremecí mientras la excitación me recorría la espalda. Pero no me fiaba de que estuviera simplemente tratando de ligar conmigo. Se demoraba mucho en hacer su jugada y ese no sería nunca el estilo de Hudson. Había algo más.

Dios, esperaba que hubiera algo más. Si solo intentaba ligar conmigo, ¿qué narices iba a decir yo?

Le di un sorbo a mi té helado deseando que fuese algo más fuerte.

—Quizá esté saliendo con alguien —dije cuando solté el vaso.

—No. Ningún hombre permitiría a su mujer ponerse la ropa que llevabas ayer. Al menos, no en público.

La mención a la ropa que yo había bautizado como problemática y la idea de que algún hombre «me permitiera» hacer algo me irritó.

—Puede que no me vayan los novios controladores.

Retorció ligeramente la boca.

—Muy bien, Alayna. ¿Estás viéndote con alguien? —preguntó levantando una ceja.

Por supuesto que no estaba viéndome con nadie, maldita sea. Me miré el regazo y mi expresión le dijo a Hudson lo que necesitaba saber. ¿Por qué me alteraba tanto ese hombre? Yo era normalmente una mujer segura y con facilidad de palabra. Pero no cuando estaba con él.

Me incorporé en mi asiento tratando de mostrar seguridad.

—No es por eso por lo que me has invitado, Hudson. Tienes algún plan.

—Algún plan. —Hudson emitió un sonido que creo que era su versión de una risa ahogada—. Sí, Alayna. Tengo un plan.

Entonces, en lugar de compartir conmigo ese plan, cambió de tema:

—Supongo que lo pasaste bien en mi balneario la semana pasada.

Sorprendida por absolutamente todo lo que estaba diciendo, intenté seguir el giro de la conversación.

—Ah, no sabía que eras el propietario… Espera… —y se me encendió la luz —, ¿el regalo era tuyo?

—Sí. ¿Lo pasaste bien?

—Ni… de… coña. —Estoy bastante segura de que me quedé con la boca abierta. De hecho, se me abrió física y literalmente.

—¿Ni de coña?

Al darme cuenta de que mi respuesta no había expresado lo que yo quería, lo intenté de nuevo:

—Quiero decir que sí, que lo pasé muy bien. De hecho, fue una maravilla. Pero ni de coña pudiste hacer algo así. ¿Por qué lo hiciste? No debiste hacerlo.

—¿Y por qué no?

Toda una variedad de razones pasaron por mi mente. La primera, porque era escalofriante y de locos. Pero a mí me habían llamado las dos cosas muchas veces y no iba a dedicar esos adjetivos fácilmente a otra persona. Me agarré a la siguiente razón.

—¡Porque es demasiado!

—No para mí.

—Pero para mí sí. —¿Cómo es que no lo entendía? Aquella enormidad se desbordó dentro de mí como las burbujas de champán de una botella recién descorchada—. ¡Es demasiado! ¡Y ni siquiera me conoces! Es del todo inadecuado y poco profesional, inaudito, inadecuado. De haber sabido que era de tu parte, nunca lo habría aceptado. —Aquello no podía tratarse solamente de querer enrollarse conmigo. Podría haberme conseguido con mucho menos, por

mucha vergüenza que me diera reconocerlo.

Hudson respiró hondo, tratando de mantener la paciencia.

—No es para nada inadecuado. Fue un simple regalo. Considéralo una prima de bienvenida.

La voz se me tensó mientras me esforzaba para controlarme y no gritar de la frustración.

—Pero no se hacen regalos así a mujeres que trabajan para ti a menos que estés dirigiendo un tipo de local completamente diferente.

—Estás exagerando, Alayna.

—¡No! —Por fin, fui consciente de lo que me acababa de decir—. ¿Y qué quieres decir con lo de prima de bienvenida? ¿Como si fuera un incentivo por entrar en una empresa? —Varias de mis compañeras me habían hablado de las primas que les habían ofrecido al ocupar sus puestos con sueldos de seis cifras tras licenciarse. Coches y regalos así.

—Sí, Alayna. —Levantó una mano en el aire—. Ese es mi plan. Me gustaría contratarte.

No podría haberme sorprendido más si me llega a pedir que me desnudara delante de él. O quizá fuera eso lo que me estaba pidiendo. Exactamente, ¿para qué quería contratarme?

—Ya trabajo para ti y soy feliz donde estoy.

—Te repito que yo no considero que trabajes para mí. No soy tu jefe. Soy el dueño del establecimiento donde trabajas. Eso es todo. ¿Ha quedado claro?

Semántica. Pero comprendí lo que estaba tratando de hacer, separarse de mí y de mi trabajo en el Sky Launch, así que asentí.

—Esto no afectaría a tu trabajo en el club. —Apartó el brazo del asiento y se echó hacia delante—. Puede que «contratar» no sea la palabra correcta. Me gustaría pagarte para que me ayudes con un problema. Creo que serías perfecta para esa tarea.

Toda la conversación hacía que la cabeza me diera vueltas, pero atraía toda mi atención.

—Tú ganas. Me pica la curiosidad. ¿Qué tarea es?

—Te necesito para romper un compromiso matrimonial.

Tosí, preguntándome si le había oído bien, aunque sabía que sí.

—Eh… ¿Qué? ¿De quién?

Hudson se echó hacia atrás y sus deslumbrantes ojos grises brillaron bajo las luces estroboscópicas.

—Mío.

Capítulo cuatro

Hudson golpeó la mesa delante de él con un largo dedo.

—Cierra la boca, Alayna. Aunque es bastante adorable ver cómo te quedas estupefacta, también supone una distracción.

Cerré la boca. Un millón de preguntas daban vueltas en mi mente, demasiado rápido como para que ninguna de ellas tomara forma. Pero en algún momento, en el fondo, me di cuenta de que me había llamado adorable. Necesitaba una copa, algo más fuerte que el té helado. Hudson me acercó su Sancerre y yo lo cogí agradecida.

El vino me devolvió la voz.

—No sabía que estabas comprometido. —Entonces, me ruboricé al recordar todas las fantasías sucias que había tenido sobre Hudson y que yo había creído…, bueno, que había deseado… que estuviera flirteando conmigo. Di otro trago al vino.

Hudson miró por la ventana, quizá esperando ocultar el tormento que cruzó de pronto por su rostro.

—La verdad es que no lo estoy. —Volvió a mirarme y ahora su expresión era reservada y carente de emoción, como siempre—. Ese es el problema. Ni Celia ni yo estamos interesados en absoluto en comprometernos.

Por alguna razón, aquello me tranquilizó. Pero no consiguió aclarar nada.

—Entonces, ¿por qué no rompes con ella sin más?

Soltó un suspiro.

—No es tan sencillo.

Le dediqué a Hudson mi mejor expresión de «explícate-de-una-vez». Parece ser que funcionó.

—Sus padres han sido amigos de los míos desde hace décadas. Tienen un plan específico para la vida de su hija y no aceptan su decisión de no casarse conmigo. Si rompiera conmigo, la rechazarían emocional y económicamente. No es algo que yo desee para mi amiga.

Su explicación me indignó. ¿Estábamos a principios del siglo XXI con matrimonios concertados y mierdas así? Dios, los ricos llevaban una vida muy rara. Escogí mis palabras a conciencia, con cuidado de no mostrar lo enfadada que estaba:

—Aparte de que los padres no deberían controlar a su propia hija, a ti no te controlan. ¿O sí?

Los ojos de Hudson resplandecieron.

—No. Nadie me controla.

Su enfática respuesta hizo que me pusiera cachonda. Su dominio y autoridad

eran muy… excitantes. Me lamí los labios y me encantó ver que él prestaba atención a lo que yo hacía. Estaba reaccionando a lo que yo hacía. Puede que no con tanta contundencia como yo ante él, pero la energía que había entre nosotros era real.

Crucé las piernas tratando de calmar la necesidad que sentía entre ellas.

—Hay algo que se me escapa.

Él asintió.

—Supongo que sí. —Cogió el Sancerre de delante de mí y lo terminó de un trago rápido. Saber que habíamos compartido la copa hizo que sintiera otro hormigueo en mis bajos fondos—. Alayna, si hay alguien en el mundo que tenga algo de poder sobre mí, es mi madre. Ella sabe que soy… incapaz… de amar. Le preocupa que termine… solo. Un matrimonio con la hija de su mejor amiga garantiza, al menos, que eso no ocurra. —Medía sus palabras y su tono era tranquilo. Y como siempre que hablaba, me hipnotizaba con la voz—. Haría muy feliz a mi madre si me caso con Celia. Si Celia aceptara perder toda su vida, yo aceptaría someterme a un matrimonio sin amor. Sin embargo, no me gustaría robarle el futuro feliz que podría tener al lado de otra persona.

Negué con la cabeza, confundida, abrumada, deslumbrada.

—¿Qué pinto yo en esto?

Me miró sorprendido.

—Verás, si los padres de Celia creyeran que me he enamorado de otra mujer…

—No querrían que su hija se casara con un hombre que está enamorado de otra.

—Exacto. Y mi madre estaría tan encantada de que yo hubiera encontrado a alguien con quien ser feliz que dejaría de preocuparse por mi futuro.

La idea de traicionar a alguien que quería que Hudson fuese feliz me fastidiaba. Pero también me sentía enormemente atraída por la dulzura de aquel hombre duro y viril que estaba delante de mí, lo suficientemente preocupado por su madre y su amiga como para tomar unas medidas tan extremas.

También vi una enorme posibilidad de convertirme en el enemigo en aquella situación.

—Así que se supone que yo sería la ramera de la que te has enamorado.

Las comisuras de sus labios se curvaron.

—Nadie podría confundirte nunca con una ramera, Alayna. Aunque te vistas como si lo fueras.

Otra vez el maldito problema de la ropa. Iba a quemarla cuando volviera a casa. Esa alusión provocó que de repente me enfriara y me pusiera a la defensiva. Crucé los brazos por encima del pecho y me eché hacia atrás, alejándome de Hudson Pierce.

—¿Por qué no contratas a una putilla de verdad para llevar a cabo tu farsa?

Sonrió con aires de superioridad.

—Mi madre nunca se creería que me he enamorado de una putilla. Sin embargo, tú tienes unas cualidades especiales, cualidades que harían bastante creíble la historia.

No quería seguir con aquel juego. Mi respuesta era no. Pero no pude evitar preguntar:

—¿Qué tipo de cualidades?

Sus ojos se oscurecieron y yo me quedé atrapada en ellos.

—Eres deliciosamente guapa, Alayna. Y también tremendamente inteligente.

—Ah. —Dejé caer las manos sobre mi regazo, estupefacta. Menos mal que el vino se había acabado. Me lo habría bebido de un trago y aún tenía que cumplir con mi turno de trabajo.

Hudson acabó con nuestro intenso contacto visual.

—Y eres morena. Esas tres cosas te convierten en « mi tipo» , por así decirlo.

La ausencia de su intensa mirada supuso tanto un desaliento como un alivio. Y yo pude volver a pensar y construir frases coherentes. Pero también deseaba que volviera, con una furia que no sabría explicar.

—Soy consciente de tus dudas, Alayna. Y lo entiendo. Puede que este sea un buen momento para hablar de dinero. —Admiraba cómo sabía pasar con tanta facilidad de una situación de gran magnitud al puro negocio. En cuanto a mí, estaba aturdida. Ni siquiera me dio tiempo de preguntarme qué se le pagaría a alguien por fingir un romance antes de que él continuara—: Sé que tienes una sustanciosa deuda por préstamos para los estudios. Me gustaría liberarte de ella.

Me reí.

—Eso es demasiado, Hudson.

Él no tenía ni idea de cuánto había necesitado para sacar adelante mis estudios. Ni tampoco sabía lo pesada que era ahora esa carga para mí.

—Para mí no es demasiado.

—Pero sí para mí. —Me incliné hacia delante, retándolo—. Son ochenta mil dólares.

—Ochenta y cuatro mil doscientos seis, para ser exactos.

Me quedé helada. ¿Cómo lo sabía?

Como solía hacer, respondió a la pregunta que no le había hecho:

—Soy dueño del banco que te ha concedido los préstamos. Los he consultado hoy. Para mí, sería muy fácil darlos por perdidos. No habría un intercambio real de dinero, si es que eso te hace sentirte mejor.

—Es una retribución tremendamente generosa.

Demasiado generosa. Y con la misma prisa que iba a comprar un billete de lotería cada vez que el premio era especialmente alto, quise aceptar su oferta. Pero nada por lo que se pagara tanto podía terminar bien.

—A mí me merece la pena que este plan salga adelante, Alayna.

Mi respuesta era no. Ya lo había decidido. Era demasiado arriesgado aceptar un acuerdo —del tipo que fuera— con él.

Pero no pude evitar desear saber más detalles.

—¿Qué querrías exactamente que hiciera?

—Fingir que somos pareja. Te invitaría a varias reuniones en las que mi madre nos vería juntos. Tendrías que agarrarme del brazo y comportarte como si estuviésemos locamente enamorados.

—¿Y eso es todo?

No podía imaginar que fuese demasiado difícil fingir estar enamorada de Hudson. Y ese era el problema de aquella maldita situación. Fingir estar enamorada de alguien que ya me afectaba de una forma tan intensa era un fuerte detonante que podía desencadenar mi obsesión.

—Eso es todo.

Sus hombros se habían relajado de forma perceptible. Creía que me lo estaba tomando en serio, que estaba pensándome su ridícula idea, y yo casi me pregunté si no debería hacerlo.

Tragué saliva. Por ochenta mil dólares debía de haber más cosas que esperara de mí. Como él no lo iba a decir, fui yo quien tanteó la cuestión:

—En esa fingida relación… ¿hasta qué punto se espera que debo actuar?

—No te andes por las ramas. Estás hablando de sexo. —Sus ojos volvieron a oscurecerse—. Yo nunca pago por sexo, Alayna. Cuando folle contigo, será gratis.

Ahí estaba la promesa que había deseado tanto como temido. Su escueta afirmación hizo que me revolviera en mi asiento. Nunca me había sentido tan excitada y confundida a la vez. ¡Estábamos en mi trabajo, por el amor de Dios! Tenía que empezar mi jornada en menos de media hora y lo único que deseaba era responder a sus vulgares comentarios con un comportamiento igual de obsceno.

De algún modo, conseguí que mi boca se abriera para hablar.

—Quizá debería irme.

—¿Eso quieres? —Se trataba de una invitación para quedarme.

—Yo… n-no estoy segura —tartamudeé—. Sí. Debería irme.

Pero no me moví. No podía.

Hudson se aprovechó de mi debilidad y me obligó a darle el gusto de tener que explicarme.

—¿Porque mi propuesta te incomoda? ¿O porque te he dicho que voy a follar contigo?

Aquella afirmación no tuvo menos impacto la segunda vez.

—Yo…, sí. Eso.

Inclinó la cabeza y me miró con expresión desconcertada.

—Pero estoy seguro de que esto no te sorprende, Alayna. Sientes la

electricidad que hay entre los dos. Tu lenguaje corporal lo expresa bastante claramente. No me sorprendería saber que ya estás húmeda.

Sentí calor en las mejillas. Me lanzó una sonrisa malvada.

—No te avergüences. ¿No sabes que yo siento lo mismo? —Se movió en su asiento—. Si te fijaras atentamente en mi cuerpo, verías la prueba.

Entonces supe que se le había puesto dura. Mi sexo se contrajo al saberlo. Si el cerebro no se me hubiera derretido del todo, ya estaría en su regazo, cogiéndole el miembro entre mis manos, chupándoselo con mi boca.

A Hudson pareció fascinarle mi desgracia.

—Dejemos por un momento de lado mi propuesta de contratarte y hablemos más de este otro tema. Por favor, sé consciente de que son cosas muy distintas. No me gustaría pensar que mi deseo sexual por ti ha formado parte de una farsa para mis padres y sus amigos.

Un ridículo mareo me invadió. Hudson Pierce me deseaba. Y yo iba a estropearlo todo si me quedaba estupefacta. Fruncí el ceño mientras me concentraba.

—Yo… no sé cómo responder ante alguien que dice que me desea.

Me miró sorprendido. Incluso estando apretados, sus labios suplicaban ser besados.

—¿Nunca te lo ha dicho ningún hombre?

Jugueteé con mi vaso, acariciando las gotas que seguían acumulándose por el hielo que aún quedaba.

—No con tantas palabras. A veces, solo con sus acciones. Y desde luego, no con tanta franqueza.

—Es una pena. —Extendió el brazo por encima de la mesa y me acarició la mano con el pulgar. Su caricia hizo que me sintiera mareada—. Yo pienso decírtelo cada vez que tenga ocasión.

—Ah.

Retiré la mano. Aquello era demasiado, iba demasiado rápido. Era posible que fuera a terminar en la cama de Hudson y que todo fuera bien y yo no perdiera los estribos. Pero aquello no era su cama: era el club. Y perdiera o no los estribos, mezclar trabajo con sexo nunca ha sido una buena idea.

Vaya. ¿Era eso lo que David había dicho cuando rompió conmigo? Menudo momento para darse cuenta.

Coloqué las manos en el borde de la mesa.

—Yo…, eh…, me siento un poco agobiada. Tengo que irme. Me has dado muchas cosas en las que pensar.

Me puse de pie y él hizo lo mismo.

—Ojalá no te marcharas. Pero si tienes que irte…

Parecía deseoso, igual que yo.

No podía mirarle. Si lo hacía, me quedaría.

—Tengo que trabajar.

Me dirigí hacia la puerta y coloqué la mano en el pomo. Pero Hudson apretó la palma sobre la puerta manteniéndola cerrada y dejándome atrapada entre él y la pared.

Bajó la cabeza hasta mi oído.

—Espera, Alayna. —Su aliento me hacía cosquillas y me abrasaba al mismo tiempo. Cerré los ojos, inhalándolo y conteniéndolo—. Te pido disculpas por haberte agobiado. No era mi intención. Pero quiero que sepas que tanto si decides ayudarme como si no con mi problema, seguiré seduciéndote. Soy el tipo de hombre que consigue lo que desea. Y te deseo a ti.

« Pues… vaya» .

La palabra « excitada» no serviría siquiera para empezar a describir cómo me hicieron sentirme aquellas palabras.

De pronto, su boca estaba sobre mí, mordisqueándome el lóbulo de la oreja. Respiré hondo. Sin querer, dejé que mi cabeza se girara hacia un lado facilitándole el acceso.

Y desde luego que tomó lo que le di, mordiéndome a lo largo de todo el cuello, lanzando oleadas de deseo por todo mi vientre. Aparté la mano del pomo de la puerta y me agarré a su brazo para no perder el equilibrio. Me rodeó con el otro brazo y colocó la mano sobre mi pecho. Yo ahogué un grito ante aquel contacto y me incliné hacia él.

Me amasaba el pecho mientras hundía la cara en mi pelo.

—Debería habértelo dicho antes —susurró—, esta noche estás increíblemente guapa. No puedo apartar los ojos de ti. Seriedad y sensualidad dentro de un mismo envoltorio. —Se apretó contra mí y pude sentir su erección en la parte inferior de mi espalda—. Bésame, Alayna.

Me excitaba mucho que utilizara mi nombre de pila. Como si fuera suyo. Y en muchos sentidos lo era, porque casi nadie me llamaba por otro nombre que no fuera Laynie. Él se había apoderado de mi nombre cuando se había apoderado de mí.

Lo único que faltaba era que yo lo aceptara.

Su boca me estaba esperando cuando giré la cabeza. Al instante, atrapó mis labios entre los suyos y lancé un gemido. Deslizó la lengua de forma posesiva y con destreza, animándome a sacar la mía para jugar. Su beso fue tan exigente y seguro como lo era él, sus labios controlaban el ritmo, dejándome sin respiración y lanzando una fuerte agitación a mis partes íntimas. « Dios, imagínate sus labios ahí abajo…» .

Moví el cuerpo en busca de más contacto e instintivamente él se giró también, de modo que quedamos uno frente al otro. Rodeé con mis manos su cuello y tiré de él, deseando sentirle en cada parte de mi boca. Él sabía lo que yo necesitaba: me lamió y me acarició por dentro, mientras sus manos se deslizaban hacia

abajo para agarrarme el culo.

Lo quería todo de él. Mandé a la mierda mi jornada de trabajo y todas las demás excusas que había puesto durante el curso de la conversación. Aunque terminara obsesionándome, lo necesitaba dentro de mí, y no solo la lengua. Curvé mi cadera hacia la suya, suplicándole que me acariciara ahí, que calmara el ansia de mi pulpa.

Hudson respondió moviendo las manos por detrás de mí hasta mis hombros. A continuación, me apartó suavemente interrumpiendo nuestro beso, pero dejando las manos sobre mis hombros, como si tratara de mantenerme a esa distancia.

Sentí la boca vacía y fría mientras intentaba calmar la respiración. El aliento de Hudson era igual de irregular y jadeaba al mismo ritmo que yo. Mientras mi cerebro regresaba de un estado de feliz confusión, yo me sentía inquieta, incapaz de comprender su repentina retirada.

Hudson se dio cuenta de mi preocupación y movió la mano para acariciarme la mejilla.

—Aquí no, preciosa. Así no. —Me rodeó el cuello con la otra mano y apoyó su frente en la mía—. Te tendré debajo de mí. En una cama. Donde pueda adorarte como es debido.

Aquellas palabras eran una promesa. Una sensual amenaza que me hacía ansiar que se hiciera realidad.

Pero tenía que ponerme a trabajar. Y él tenía razón. Un polvo rápido en la burbuja no sería suficiente para lo que yo quería con Hudson. No para lo que necesitaba. Hudson estaba muy lejos de lo que yo quería. Pero ahora había ido más allá. Tenía que tenerlo, por muy malo que fuera para mí.

Cerré los ojos mientras Hudson bajaba la mano hasta mi pecho y la metía dentro. Abrí los ojos sobresaltada cuando, en lugar de sentir sus dedos sobre mis pechos, vi que me sacaba el teléfono.

Desbloqueó la pantalla y marcó un número. Un momento después, oí cómo sonaba su teléfono.

—Ahora ya tenemos cada uno el número del otro. Espero que lo uses. —Volvió a colocar el teléfono en la copa de mi sujetador y sus ojos se entretuvieron en mi escote antes de tirar de mí y rozar sus labios con los míos—. Llámame cuando estés lista. Mañana.

Me besó suavemente y, después, se fue. Y me dejó preguntándome si estaría « lista» para llamarle ya al día siguiente. Y si podría esperar tanto tiempo.

Capítulo cinco

A la mañana siguiente me desperté justo antes del mediodía cuando oí que el móvil vibraba con la llegada de un mensaje. Estaba enchufado sobre la mesilla de noche que tenía a mi lado, pero no estaba preparada para despertarme, pues me había acostado después de las seis.

Tumbada con los ojos cerrados, sonreí sobre la almohada y recordé lo que había sucedido la noche anterior. Las cosas que Hudson me había dicho, su forma de besarme, de tocarme. El corazón se me aceleró al recordarlo. ¿Había pasado todo eso de verdad? Mi trastorno de relaciones obsesivas hacía que me fuera muy fácil imaginar que ocurrían cosas entre los demás y yo que no eran reales. Habían pasado varios años sin haber caído en esos viejos hábitos. ¿Me estaba pasando ahora otra vez?

No, no me lo estaba inventando. No podía inventarme un beso como ese. Había sucedido de verdad. Y yo había querido que pasaran más cosas. Pero por la mañana, con la distancia y con perspectiva, podía ver mucho mejor que no debían pasar. Por mucho que lo deseara, ya estaba pensando en él mucho más de lo saludable.

Repasé de memoria los pasos para reconocer una fijación antinatural:

« ¿Pensaba en Hudson hasta tal punto que me afectara en el trabajo o en mi vida diaria?» . La verdad es que pensé mucho en él después de que se fuera del club, pero me las arreglé para hacer mi turno sin problemas.

« ¿Pensaba que era el único hombre de mi vida?» . Para nada. De hecho, sospechaba que no debía relacionarme con él en absoluto.

« ¿Pensaba que nunca sería feliz si no volvía a verle?» . Me sentiría decepcionada, pero no destrozada. Bueno, probablemente no me sentiría destrozada. Vale, sí que estaría destrozada.

« ¿Le llamaba o le hacía visitas de forma obsesiva hasta llegar al acoso?» . No sabía dónde vivía ni dónde trabajaba. Si estuviera obsesionándome, lo habría averiguado antes de meterme en la cama esa mañana. Ni siquiera tenía su número de teléfono.

Ah, espera, sí que lo tenía. Pero no lo había utilizado. Estaba bien. Por ahora.

Aun así, no podía evitar preguntarme por qué quería él estar conmigo. Hudson Pierce era una celebridad. Podía salir con supermodelos y mujeres con pedigrí. ¿Por qué me deseaba a mí? La falta de una respuesta me hizo dudar de lo que había ocurrido realmente entre él y yo.

Y luego estaba su ridícula oferta de saldar mis préstamos de estudios a cambio de salir con él en plan mujer florero. ¿Cómo narices me iba a preparar para eso? Si fuese otro tipo de chica, de las que van con el símbolo del dólar en

los ojos, aceptaría sin problemas su… ¿Cómo lo había llamado él? Su propuesta. Por suerte, el dinero no me atraía más allá de lo que necesitaba para sobrevivir. La única tentación era la oportunidad de pasar más tiempo con aquel espécimen de hombre tan delicioso. Pero yo ya había puesto fin a aquello. No era una buena idea.

Además, si le había entendido bien, la opción de pasar tiempo con él se mantenía aceptara o no su trabajo.

« ¡Esa no es una opción, Laynie!» .

De todos modos, se trataba de una idea complicada. Acostarme con él sin que hubiera ninguna relación, pero fingir que sí la teníamos. ¿Por qué no tener una relación sin más?

Y ahí estaba yo tratando ya de convertir su oferta en algo más de lo que era.

Suspiré y estiré los brazos por encima de la cabeza. Estaba claro que no iba a volver a dormirme y Hudson suponía un asunto demasiado complicado como para meditarlo sin un café. Me di la vuelta y cogí el teléfono para leer el mensaje, esperando en el fondo que fuera de él.

Era de mi hermano.

« Estoy ahí en veinte minutos» .

Me incorporé espantada. ¿Me había olvidado de que Brian venía de visita?

Repasando los mensajes, vi uno que me había enviado a las siete de la mañana. « Juicio cancelado. Tomo un tren a NY. Tenemos que comer juntos» .

Lancé el teléfono sobre la cama a mi lado y solté un gruñido. Como era mi único pariente con vida, quería a Brian profundamente y lo necesitaba. Pero su papel en mi vida había pasado de hermano a cuidador cuando yo tenía dieciséis años, tras la muerte de mis padres, y, en un esfuerzo por compensar todo lo que él sabía que yo había perdido, me había apartado en muchos aspectos.

También me había salvado y yo le estaría eternamente agradecida.

Además, pagaba el alquiler de mi apartamento. Así que, cuando Brian venía desde Boston un día laborable para almorzar, más me valía estar lista y esperándole. Aunque sabía que una visita sorpresa no podía significar nada bueno.

Respiré hondo y me levanté de la cama de un salto. No tenía tiempo para una ducha. Brian y los clientes del sitio pijo al que me llevara tendrían que conformarse con la versión apestosa de mi persona. Me puse unos pantalones de vestir y una blusa color crema y me rocié con una generosa cantidad de desodorante antes de hacer de mi larga melena castaña un moño despeinado. Acababa de localizar mis llaves y el bolso cuando sonó el teléfono.

Cerré la puerta al salir y me dirigí al ascensor mientras respondía.

—Estoy en el portal de tu casa —anunció Brian.

—Hola a ti también. —Con Brian no se hablaba de cosas sin importancia. Pulsé el botón del ascensor y esperé.

—Lo que tú digas. Tenemos reserva dentro de quince minutos en el Peacock Alley. ¿Estás lista?

Puse los ojos en blanco al oír el restaurante que había elegido. Qué poco original por su parte escoger el Waldorf.

—Ya estoy bajando. ¿Sabes que podrías haber llamado al portero automático en lugar de telefonear?

—Pero entonces no podrías hablar y caminar como estás haciendo.

—Y ahora estoy a punto de perderte porque estoy entrando en el ascensor. Te veo en un segundo. —No estaba segura de que en el ascensor no hubiera cobertura, pero me enfrentaba a un almuerzo de una hora con Brian. Necesitaba aquella prórroga de cincuenta segundos.

—Ya está aquí —dijo Brian hablando solo cuando salí por la puerta del edificio. El apartamento lo había elegido Brian, puesto que él lo pagaba, y estaba segura de que su cercanía al Waldorf había sido uno de los motivos por los que lo había escogido. Nadie podría considerar la casa como elegante, pero su ubicación era estupenda. Mi única queja era la ausencia de metro en dirección al West Side, pero eso solo suponía un problema cuando hacía mal tiempo.

—Hola, Bri —le saludé mientras lo abrazaba—. Me alegra verte.

—Yo también me alegro. —Se apartó y me miró de arriba abajo—. Tienes un aspecto horrible, Laynie. Como si hubieras dormido poco.

—Vaya, gracias. —Empezamos a caminar en dirección al restaurante—. Acabé de trabajar a las cinco. Sí, estoy un poco cansada.

—¿No va siendo hora de que empieces a buscar un trabajo más normal? Algo con un horario de nueve a cinco.

—Trabajo de nueve a cinco. Pero no los mismos nueves y cincos a los que tú trabajas. —Como si Brian cumpliera ese horario. Era un adicto al trabajo y, a menudo, se pasaba toda la noche preparando su último caso. Si su ayudante no hubiera sido como él, jamás se habría casado. Este hombre no tenía vida social. Me sorprendería saber que tenía vida sexual, incluso estando recién casado.

—Ya sabes a qué me refiero.

Solo llevábamos juntos cinco minutos y ya me estaba criticando. Si ese era el indicativo de cómo iba a ser el almuerzo, más me valía saltarme la comida e ir directa a ver qué bicho le había picado.

—¿Qué te trae por aquí, Brian?

Me miró con atención, calibrando si mostrar ya sus cartas o no. Decidió no hacerlo.

—¿No puede un hermano visitar a su única hermana porque sí? Sigo sintiéndome mal por haberme perdido tu fiesta de graduación.

Evité poner los ojos en blanco. Podría haber ido a mi graduación si hubiera querido y los dos lo sabíamos. Pero teníamos que jugar a la familia feliz.

—Eres un ocupado as de la abogacía. Lo entiendo.

—Noto el sarcasmo en tu voz, Laynie.

Mi hermano se distinguía por leer la mente de la gente y eso hacía que estuviera cotizado en los tribunales.

—Vale, me fastidió que no vinieras. ¿Estás contento ahora? —La verdad es que me había dolido. Le había dado la fecha casi nueve meses antes. ¿Cómo no iba a sentirme como una prioridad menor?—. Pero ya lo he superado, así que olvídalo.

Llegamos al hotel, lo cual nos proporcionó la oportunidad perfecta para dejar el tema. En el restaurante, nos sentaron enseguida y dejé que el nuevo ambiente me transformara de aparente taciturna a introspectiva.

Durante un largo rato estuve decidiendo qué pedir del menú, lo cual molestaba a Brian, que supo qué quería al instante. Cuando el ritmo de su pierna moviéndose bajo la mesa se aceleró, me decidí por una ensalada de la casa. Dios, ese hombre no tenía paciencia alguna. Debería aprender de Hudson.

Pensar en Hudson hizo que sintiera calor en el cuerpo y que me apareciera una arruga en el entrecejo. Había algo asomando por el filo de mis pensamientos, algo que no conseguía saber qué era.

Brian me habló con aire despreocupado, haciendo que me distrajera de lo que me desconcertaba de Hudson. Me habló brevemente de un caso en el que estaba trabajando y sobre las reformas que él y Monica habían hecho en su casa con fachada de piedra rojiza.

Cuando hubo terminado una buena parte de su comida, más o menos en el mismo momento en que yo creía estar a punto de pegarme un tiro por lo banal de nuestra conversación, Brian se aclaró la garganta.

—Laynie, no he venido para ponernos al día. Últimamente, he estado pensando mucho en nuestra situación y me he dado cuenta de que eres una mujer adulta con unos estudios excelentes. Es hora de que asumas más responsabilidad. Te hago un favor al permitir que lo hagas.

Di un largo trago a mi vaso de agua pensando en cómo responder a aquella repentina declaración. Las consabidas connotaciones de «permitir» me provocaron escozor. ¿Estaba insinuando que no estaba bien? ¿O que no era responsable? Vivía y trabajaba en la Gran Manzana. Si para eso no era necesario mostrar responsabilidad, no sabía qué otra cosa podría necesitarla.

Siempre impaciente, Brian no esperó a que yo decidiera mi respuesta.

—No puedo dejar que desperdicies tu vida en un club. Eres demasiado vulnerable como para trabajar en un establecimiento así.

El Sky Launch. A Brian nunca le había gustado que yo trabajara allí, desde el primer día. Pero lo había aceptado porque me había mantenido alejada de problemas. ¿Se había olvidado ya?

—No he tenido ningún problema desde que trabajo allí.

—Estabas ocupada con la facultad. Necesitas algo más estimulante en lo que

centrarte.

Aunque a mí me preocupaba exactamente lo mismo, me enfadé.

—Brian, sé cómo controlar mis detonantes. ¿Y tú qué sabes de eso? Nunca asististe a ninguna de las reuniones de los grupos de apoyo.

Su voz se elevó de forma discordante entre la tranquilidad que nos rodeaba:

—¡Porque no soy tu padre!

Ahí estaba el quid de la conversación. Brian se había visto obligado a ejercer de mi padre y yo siempre había sospechado que eso le hacía estar resentido conmigo. Ahora estaba segura.

Se quedó mirando su plato casi vacío. Cuando volvió a hablar, lo hizo más calmado.

—Mira, Monica va a tener un niño.

De repente lo comprendí. Estaba siendo sustituida.

—Enhorabuena.

—Tengo que concentrar mi energía y mi dinero en ella y en el bebé. Ya es hora de que crezcas. —Se incorporó en su asiento, como para afianzar su postura —. Ya no voy a seguir pagándote el apartamento.

—Pero ¡yo no puedo permitirme pagarlo! No justo ahora, con los préstamos de estudios a punto de vencer.

Era dolorosamente consciente de que estaba pareciendo quisquillosa y mimada, pero siempre había supuesto que él me ayudaría durante más tiempo. No es que le faltara el dinero precisamente.

—Entonces, quizá sea mejor que busques un trabajo mejor remunerado.

—Brian, eso no es justo.

—Piensa en todo lo que he pasado contigo y, después, dime lo que es justo.

No podía haberme hecho más daño con otras palabras.

—No he tenido ningún problema en mucho tiempo —susurré.

—Incumpliste una orden de alejamiento.

—¡Hace más de cuatro años!

—Lo siento, Laynie. No puedo seguir ayudándote.

Sus palabras eran definitivas. Había tomado una decisión. No le podría convencer de otra cosa.

Vi lo que le había hecho, los años de tener que cuidar de una hermana mentalmente perturbada. Yo lo había sabido —siempre—, pero nunca había querido creer que mis actos le habían hecho tanto daño. Eso hizo renacer un viejo dolor que había enterrado.

Pero también estaba enfadada. Puede que ya no fuera frágil, pero lo cierto es que no estaba segura sola. Al menos, no económicamente. Necesitaba su ayuda ahora más que nunca y, por mucho fastidio que eso supusiera, él era mi única familia. No tenía a nadie más.

Lancé mi servilleta sobre la mesa, sin estar segura de si iba a parecer más

sincera que arrogante.

—Gracias, Brian. Gracias por todo. —Cogí el bolso del respaldo de mi silla y salí del Peacock Alley procurando no mirar hacia atrás. Quería aparentar fortaleza y estoicismo. Si me giraba, habría dejado que mi hermano viera mis lágrimas.

Lloré hasta que salí del hotel. Una vez en la calle, el ajetreo de la ciudad me animó. No necesitaba a Brian. Podría estar sola. Por supuesto que él me había ayudado a pagar el alquiler desde que mis locuras habían acabado con el dinero de mi herencia, pero el apoyo y la responsabilidad eran mucho más que dar dinero.

Me dirigí rápidamente a mi apartamento, consciente de que Brian no intentaría detenerme ni llamarme. Pasé la siguiente hora delante del ordenador, haciéndome una idea de cuáles eran mis facturas y gastos, buscando el modo de hacer recortes. Con un ascenso en el club —lo cual no estaba garantizado—, podría pagarme el apartamento. Pero no podría hacer frente a los préstamos de estudios cuando tuviera que reembolsarlos al mes siguiente.

Brian me había dejado bien atrapada. No era una mala estrategia. La Laynie del día anterior tendría que sucumbir a sus deseos y aceptar un trabajo en los despachos de grandes sueldos que me habían buscado tras mi graduación.

Por suerte, tenía otra opción.

Respiré hondo, cogí el móvil y pulsé la tecla de rellamada. Dios, ¿de verdad estaba haciéndolo? Sí. Y si era sincera, me alegraba de tener una excusa. Puede que, en realidad, debiera darle las gracias a Brian.

El número desde el que Hudson había llamado la noche anterior sonó solamente una vez antes de que respondiera.

—Alayna. —Su voz era calmada y sensual. No sensual como si estuviera seduciéndome, sino como el sexo que exudaba de forma innata.

Mi seguridad me abandonó.

—Eh… Hola, Hudson.

Hice una pausa.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Noté cómo disfrutaba de mi inseguridad. ¿Por qué no podía mostrar yo la misma confianza que él? Nunca había tenido problemas de ansiedad en el trabajo ni en los estudios.

Pensar en los estudios me dio el empujón y solté la pregunta que me había estado dando vueltas durante la comida:

—¿Cómo sabías que yo era inteligente?

Oí un chirrido y me lo imaginé reclinándose en un sillón de cuero tras una mesa de ejecutivo.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que yo era… —me ruboricé, y me alegré de que no pudiera verme —guapa e inteligente…

Me interrumpió:

—Deliciosamente guapa y tremendamente inteligente.

—Sí, eso. —El hecho de haberlas oído antes no hizo que sus palabras fuesen menos efectivas. El tono prosaico de su voz podría haber parecido indiferente y frío, pero era todo menos eso. Un escalofrío me recorrió la espalda. Me aclaré la garganta—. Pero casi no habías hablado conmigo. ¿Cómo podías saber nada de mi inteligencia?

Hizo tan solo una breve pausa.

—El simposio de graduación en Stern. Te vi allí.

—Ah. —El simposio se había celebrado un mes antes de la graduación y en él habían presentado a los mejores alumnos del máster. Cada uno de nosotros había defendido una idea innovadora ante un jurado de expertos. Mi presentación se llamaba *Mercadotecnia de las publicaciones en la era digital*. No había querido saber quién estaba en el jurado, consciente de que sus nombres me habrían lanzado a una investigación obsesiva y a acecharlos a través de la red. Después, a los expertos y a los participantes se les invitaba a una velada con vino y queso para que los estudiantes pudieran charlar y los ejecutivos pudiesen hacerles ofertas de trabajo. Yo me había presentado por vivir la experiencia. Por disfrutar de ese honor. No buscaba trabajo, así que me salté el evento posterior.

Ahora me preguntaba qué habría ocurrido si hubiera ido. ¿Me habría buscado Hudson? ¿Era una completa coincidencia que él hubiera hecho una oferta por el club en el que yo trabajaba casi en la misma época en que se celebraba el simposio?

—¿Es esa la única razón por la que llamas, Alayna? —Su tono profesional tenía cierta connotación de burla.

—No.

Cerré los ojos y me agarré al borde de mi escritorio en busca de apoyo. Aceptar su oferta me estaba costando más de lo que debería. No podía evitar sentir que aquello era demasiado fácil, como si estuviera vendiendo mi alma al diablo. Pero también sentí un arrebato de excitación, una fuerte descarga eléctrica de libertad.

—Tu proposición… Me gustaría hacerlo. Digo que sí. —Recordando su otra propuesta de seducirme, aclaré—: Me refiero a tu oferta de pagar los préstamos de mis estudios.

Su sillón volvió a chirriar y me lo imaginé de pie, con la mano en el bolsillo de un traje italiano. « Ñam, ñam» .

—Me alegra saberlo, Alayna.

Aparté aquella visión de mi cabeza y esperé a que dijera algo más. Como no lo hizo, hablé yo:

—¿Y qué pasa ahora?

—Tengo un hueco en mi agenda a las cuatro y media. Ven a mi despacho de

Industrias Pierce a esa hora para ultimar los detalles.

Iría a verlo en —miré mi reloj—dos horas. El corazón se me aceleró.

—Qué bien. Es decir, está bien. Me parece bien.

Se rio entre dientes.

—Adiós, Alayna.

—Adiós. —Me quedé abrazada al teléfono durante varios segundos después de que él colgara, hipnotizada por el efecto que aquel desconocido provocaba en mí, preguntándome si sería capaz de realizar la farsa que él había preparado, deseosa de poder frustrar las insinuaciones que había hecho.

De acuerdo, quizá no esperaba conseguir esto último, pero quería creer que sí. Por mi propia salud mental.

También pensé en el simposio y consideré la posibilidad de que Hudson Pierce hubiera hecho mucho más de lo que había dicho para montar aquella farsa a sus padres.

Quizá esa idea debía haberme asustado. Pero lo único que consiguió fue hacer que sintiera más curiosidad.

Capítulo seis

Dos horas resultaron ser apenas tiempo suficiente para prepararme para ir a ver a Hudson. Pasé un largo rato en la ducha afeitándome las piernas y las axilas y retocándome las ingles brasileñas. A la vez me reprendía a mí misma, pues bajo ningún concepto Hudson iba a ver mis partes íntimas.

Después, me puse delante del armario durante lo que me parecieron varias horas. Iba a ir directamente desde el despacho de Hudson al club para reunirme con David y, después, para trabajar de camarera durante un turno entero. Necesitaba la mezcla perfecta de elegancia y sensualidad con un toque de «fóllame-por-favor» —para trabajar, claro—. Me decidí por fin por un vestido camisero verde azulado y negro con cinturón. Era más corto de lo que me habría gustado para la parte de negocios de mi orden del día, pero, aun así, más largo que la mayoría de los vestidos que me ponía en el club. Me recogí el pelo en una coleta baja y reduje el maquillaje a rímel y brillo de labios. Tenía buen aspecto, fresco y natural.

Había estado demasiado distraída como para preguntarle a Hudson dónde estaba Industrias Pierce, así que lo busqué en Google. Las oficinas se encontraban junto al One Worldwide Plaza, que estaba comunicado directamente en metro con el club. Desde mi apartamento tomé un taxi, pues no quería llegar sudorosa. Además, me iban a dar ochenta mil dólares, así que podía permitirme un taxi hasta el West Side.

Había pasado muchas veces junto a aquel bonito edificio de ladrillo y granito recubierto con un tejado de cobre, pero nunca había entrado. Industrias Pierce ocupaba varias de las plantas superiores y reconocí algunas de las firmas que se enumeraban en el vestíbulo como filiales de Industrias Pierce. El guardia de seguridad me indicó adónde debía dirigirme y subí en el ascensor hasta el último piso.

El largo trayecto me proporcionó una nueva oportunidad para pronunciar en silencio una arenga incentivadora: «Tres años sobria, Laynie. No puedes tener fijación con él. No puedes obsesionarte».

Pero mientras me presentaba ante la guapa y rubia recepcionista sentí una fuerte punzada de envidia porque ella estuviera trabajando cerca de Hudson a diario. Dios, ya me había metido en un lío. No entraba en la categoría de hombres atractivos de un polvo sin más.

—Señorita Withers —dijo la rubia tras anunciar a su jefe que yo había llegado—, la está esperando.

Miré el reloj. Las cuatro y veintidós. ¿Cuánto tiempo llevaba Hudson esperando? ¿Había entendido yo mal la hora?

Las puertas dobles que había tras la recepción se abrieron, al parecer solas. Debía de haber pulsado algún botón.

—Pase por ahí —me indicó.

Entré vacilante en el despacho. Hudson estaba sentado tras un caro y moderno escritorio de ejecutivo y se puso de pie al verme.

—Alayna, pasa.

Cuando pude verlo del todo, me quedé inmóvil. En su iluminado despacho vi al verdadero Hudson Pierce por primera vez. Y era muy guapo. Iba vestido con un traje de tres piezas de raya diplomática, con una camisa de vestir blanca almidonada y una corbata de rayas de color ciruela y blanco. Sus gafas de montura negra, que debían haberle dado un aspecto de empollón, hicieron que se me humedecieran las bragas. Parecía elegante, inteligente, dominante y… ¡Uf!

Tragué saliva. Dos veces.

—¿Llego tarde?

—En absoluto. —Su voz sensual hizo que las rodillas me flaquearan y, de pronto, me arrepentí de mis zapatos de tacón alto—. Mi última cita ha terminado antes de lo que imaginaba. Siéntate.

Decidida a aparentar tranquilidad y estar al mando de la situación, enderecé mi postura y me dirigí a la silla que me había indicado delante de su mesa.

—Ah —dije mirando alrededor tras haberme sentado. Las generosas dimensiones del despacho albergaban una continua decoración moderna de arriba abajo. Tras su mesa había ventanales desde el suelo hasta el techo que proporcionaban una impresionante vista del centro de la ciudad—. Muy bonito. No es lo que me había imaginado, pero es increíble.

Hudson se desabrochó la chaqueta y se sentó con una expresión de sorpresa en su rostro.

—¿Habías imaginado cómo era mi despacho?

Sentí que las mejillas se me acaloraban. Ahora Hudson creía que yo había estado pensando en él. Y así era, pero él no tenía por qué saberlo.

—Pensaba que serías más tradicional. Pero la verdad es que lo moderno te sienta bien.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Lo cierto es que tengo una diseñadora. Yo no tengo ni idea de lo que es moderno, actual o tradicional. Ella me enseñaba fotos de cosas que pensaba que me gustarían y yo asentía.

Sonreí, porque sabía que estaba tratando de tranquilizarme, pero mi estómago se llenó de nudos. El despacho de Hudson era un territorio desconocido para una camarera de club y nos estábamos reuniendo para establecer un trato poco habitual. Además, él estaba tan increíblemente bueno que me deslumbraba.

—Espero que no te importe que hablemos primero de negocios.

—Claro que no.

Si el trabajo era lo primero, me pregunté qué vendría después. Nada. No vendría nada después, porque, cuando termináramos, yo le daría las gracias educadamente y me iría de su despacho.

Ja, ja, seguro.

—Como te he dicho por teléfono, estoy encantado de que hayas aceptado mi oferta. Pero antes de formalizarlo, quiero asegurarme de que entiendes exactamente qué es lo que te pido. Anoche aplazamos esta conversación… —Hizo una pausa y supuse que estaba recordando el motivo por el que pospusimos la conversación. Al menos, eso era en lo que yo estaba pensando—. Así que olvidé mencionar un punto esencial.

Hudson se echó hacia atrás en su silla y se apoyó sobre los reposabrazos.

—Soy un hombre de gran notoriedad, Alayna. Para convencer a mi madre de que somos pareja es necesario representar un papel ante todo el mundo. Eso significa que estarás «de servicio», por decirlo así, a todas horas. Cuando estemos juntos con otras personas, interpretaremos a la pareja feliz. Cuando no lo estemos deberás seguir actuando como si fueras mía.

¿Eran imaginaciones mías o había hecho hincapié en la palabra «mía»? De todos modos, la piel se me puso de gallina.

—No puedes decirle a nadie que en realidad no tenemos una relación.

Arrugué la frente y, de repente, la boca se me secó.

—No había caído en eso.

—No, ya lo suponía. —Entrecerró los ojos para estudiar mi reacción—. ¿Sigues estando interesada?

Lo cierto es que no tenía otra opción. O lo aceptaba o cedía ante los deseos de Brian. Además, ¿a quién se lo iba a querer contar? A Liesl. Y a David. ¿Seguía pensando en David con aquel hombre alto, sensual e increíblemente guapo sentado delante de mí? Sí. Porque David tenía el potencial de ser real. Y francamente, yo no sabía si de verdad me gustaba Hudson más allá de lo físico. La verdad es que no debería gustarme.

—¿Durante cuánto tiempo seguiríamos con la representación?

—Todo el que creamos que podemos sin que nos importune demasiado en nuestra vida privada. Cuanto más mejor, claro. Si mi madre ve que soy capaz de enamorarme, no tratará de empujarme hacia un matrimonio sin amor, aunque tú y yo hayamos «roto». ¿Sigues interesada?

—Son ochenta mil dólares, Hudson. Para ti es una nimiedad, pero para mí… Entiendo que tendré que trabajar a cambio.

—Bien —asintió él tranquilizándose. Pulsó un botón de su mesa.

—¿Sí, señor Pierce? —El suave timbre de voz de la recepcionista invadió la habitación.

—Por favor, Patricia, dile que venga. —Hudson se puso de pie y pulsó otro botón de su mesa.

Al llegar, había oído que la secretaria contestaba al teléfono diciendo que se llamaba Trish. Me pregunté entonces si Hudson sería contrario al uso de diminutivos en general o si simplemente sabía que utilizar el nombre verdadero tenía peso, mostraba poder sobre los demás.

Las puertas se abrieron y entró un hombre de pelo oscuro y cuerpo musculoso vestido con traje negro. Si Hudson no me hubiera puesto cachonda hasta el límite, estoy segura de que ese tipo lo habría hecho.

—Este es Jordan —dijo Hudson dando la vuelta hacia la parte delantera de su mesa. Jordan saludó con la cabeza—. Le he ordenado que te traiga y te lleve al trabajo y a cualquier otro lugar adonde necesites ir.

No es que yo quisiera rechazar un regalo así, pero una cosa que me encantaba de la ciudad de Nueva York era utilizar diferentes medios de transporte. Mis padres habían muerto en un accidente de coche. Los coches no eran mi transporte preferido.

—No necesito un chófer. —Entonces, para no parecer desagradecida, añadí —: Normalmente, hago ejercicio corriendo cuando vuelvo a casa.

—Entonces te llevará al trabajo y te seguirá hasta casa cuando vayas corriendo para asegurarse de que llegas bien. —Antes de que pudiese protestar, Hudson me lanzó una mirada severa—. Alayna, mi novia tendría chófer. También un guardaespaldas. Estoy dispuesto a prescindir del guardaespaldas si haces uso de mi chófer.

Respiré hondo.

—De acuerdo.

—Te estará esperando abajo para llevarte al club cuando hayamos terminado. Gracias, Jordan.

Jordan volvió a saludar con la cabeza y, a continuación, salió del despacho. Hudson pulsó un botón y las puertas se cerraron cuando salió el chófer.

—Alayna, aparta esa expresión de tu cara. Jordan es homosexual. No le habría contratado para ti de no ser así.

Crucé los brazos sobre el pecho, avergonzada por la reprimenda. Además, decididamente no me gustaba Hudson. Salvo su atractivo sexual.

—¿Algo más? —No podía mirarle.

Él se echó hacia atrás para sentarse en el borde delantero de la mesa, con su cuerpo lo suficientemente cerca de mí como para que me fuera posible tocarle sin tener que moverme del sitio.

—Mi madre organiza un desfile de moda benéfico el domingo. Esa será nuestra primera salida como pareja.

—Vale. —Crucé una pierna sobre la otra, su cercanía me ponía nerviosa. Y aunque me impactaba tanto su presencia, me di cuenta de que no había hablado más que de negocios desde que había llegado. ¿Su acercamiento a mí la noche anterior había sido un modo de procurar que aceptara su propuesta? En ese caso,

era un auténtico capullo.

—Tus deudas quedarán canceladas a partir de las nueve de la mañana del lunes. Se te enviará una confirmación por escrito.

—¿No quieres esperar a ver primero si sacamos todo esto adelante? —No quería resultar arrogante. Bueno, no del todo. Empezaba a sentirme como un negocio que él estuviera realizando. No me gustó.

—La verdad es que no hay nada que me preocupe, Alayna. —Hudson parecía también inquieto—. Pero si lo prefieres, pospondré la cancelación una semana.

—Bien, lo que tú digas. ¿Tengo que firmar algún contrato o algo parecido?

—Preferiría que no hubiera pruebas documentales de esto.

—Pero si alguien pregunta sobre la cancelación de mis préstamos…

—Yo pagaría los préstamos de mi novia. —Por supuesto que lo haría—. Y cualquier otra deuda. ¿Tienes más deudas?

—No. —Tenía una tarjeta de crédito que debía pagar, pero él no tenía por qué saberlo—. ¿Eso es todo?

Hudson se encogió de hombros, un gesto nada apropiado para un hombre tan seguro de sí mismo.

—A menos que tú tengas más preguntas…

Dudé si preguntar, pero tenía que saberlo.

—Cuando estemos juntos, en público, quiero decir, ¿puedo cogerte la mano y… besarte?

Lo miré a través del denso rímel de mis pestañas. La comisura de su labio se curvó.

—Espero que lo hagas. A menudo.

Eh…, vaya.

—¿Algo más?

Mientras pensaba en besarle, me pasé la lengua por el labio inferior.

—No.

—Entonces, la parte de negocios de esta reunión ya ha terminado.

Se puso de pie y volvió a dar la vuelta hacia su lado de la mesa. Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo del sillón. Joder…, el chaleco, ajustado a su torso, mostraba un esbelto y musculoso abdomen… Sí, aquello me distrajo.

Hudson se colocó delante de su sillón, se inclinó sobre el escritorio y se apoyó sobre los brazos extendidos. Se quedó mirándome unos segundos y sentí curiosidad por saber qué estaba pensando. Cuando habló, su voz sonó grave y tranquila:

—Alayna, voy a rodear esta mesa y voy a besarte hasta dejarte húmeda, jadeando y sin respiración.

Ah, vaya.

—Pero primero permíteme aclarar una cosa que sospecho que puede

suponer un problema. Esta farsa consiste, sobre todo, en que yo convenza a mi madre. Haré y diré cosas, puede que románticas, que no serán verdad. Necesito que recuerdes eso. Cuando no estemos en público, te seduciré. Eso sí será real, pero nunca deberá confundirse con amor.

—Porque eres incapaz de amar. —Mi voz sonó mansa y apagada.

—Sí.

La curiosidad hizo que me inclinara hacia delante.

—¿Por qué crees que es así?

Hudson se incorporó y se quitó las gafas para dejarlas en la mesa.

—Tengo veintinueve años y nunca he sentido hacia ninguna mujer otra inclinación que no sea la de llevarla a la cama. No me van las relaciones románticas. Estoy casado con mi trabajo. —Se acercó despacio hacia mí rodeando la mesa—. Eso y el sexo ocasional es lo que me satisface.

Repasé mentalmente la situación. Hudson Pierce quería sexo. Conmigo. Pero no una relación. Sin embargo, quería que su madre creyera que tenía una relación. Conmigo. Para que dejase de pensar que su hijo estaba incapacitado para el amor. Algo que era verdad.

Todo aquello me empezó a marear.

Y lo peor era que yo sabía que no era capaz de tener la relación informal que él quería.

Pero… recordé la segunda categoría de hombres con los que había estado en mi vida, los hombres por los que me había sentido demasiado atraída. Joe, Ian y Paul. Todos ellos querían una relación al principio. De no haber sido así, si hubieran dicho desde el primer día que no querían nada más, ¿habría sido diferente la forma de encariñarme después con ellos?

Me estaba justificando y lo sabía. Con Hudson, yo era una alcohólica que entra en un bar y piensa que puede controlar la tentación siempre que las botellas estén cerradas.

Era una mentira que intentaba creer.

—¿Nada de romanticismo? No es problema.

Hudson se volvió a apoyar sobre la parte delantera de su mesa. Levantó una ceja con expresión divertida.

—¿También eres incapaz de amar?

Lo miré a los ojos sin hacer caso a la vocecita que había en mi cabeza diciéndome que saliera corriendo.

—No. Todo lo contrario. Amo demasiado. Mantener el amor fuera de la ecuación me viene muy bien.

—Bien. Nada de amor.

Dio un paso al frente y se inclinó hacia mí, colocando una mano en cada reposabrazos, atrapándome. Me miraba con ojos hambrientos y un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras me daba cuenta de que estaba a punto de besarme.

Pero antes de que eso ocurriera, tenía que saber una cosa. Cuando se acercó, puse una mano sobre su pecho. Su pecho fuerte como una roca.

—Espera.

—No puedo. —Pero se detuvo—. ¿Qué?

Estaba a pocos centímetros de mi cara y mantuve la atención en los labios que estaba deseosa de mordisquear mientras hablaba.

—¿Por qué yo? Podrías tener a quien quisieras.

—Genial. Te quiero a ti. —Volvió a inclinarse hacia mí y su boca rozó la mía mientras su aliento me abrasaba la piel.

—¿Por qué?

Se apartó. No muy lejos, solo lo suficiente como para mirarme.

—No lo sé. Simplemente es así. —Sus palabras salieron con un susurro, como si rara vez reconociese no estar seguro de algo, y dudé que le pasara eso—. Desde el momento en que te vi… —Su voz se fue apagando mientras me rozaba la frente con la yema de los dedos y fijaba su intensa mirada sobre mí. Me pregunté por un segundo cuál sería ese momento: ¿la noche del simposio o la primera vez que nos vimos en el club?

Independientemente de cuándo fuera, sus desconcertantes ganas de poseerme eran sinceras y ya no importaba el cuándo ni el porqué. La vocecita que gritaba en mi cabeza quedó ahogada por el fuerte zumbido del deseo que me recorría las venas. Me eché hacia delante.

Hudson no vaciló ni un segundo y unió su boca a la mía. Por mucha duda que hubiera en sus palabras, sus labios mostraban seguridad y firmeza. Me pasó una mano por detrás del cuello para moverme, ahondando en su beso, acariciando mi lengua con la suya. Me chupaba y me lamía por dentro, provocándome escalofríos en la espalda mientras me imaginaba su boca mojada y caliente en otras partes de mi cuerpo. Lancé un suspiro.

Sin apartar su boca de la mía, tiró de mí para ponerme de pie. Aquello estaba mejor. Podía apretar mi cuerpo contra el suyo, sentir su excitación en mi vientre, sentir el contacto que había deseado. Le pasé las manos por el pelo y bajé por la base del cuello disfrutando del hormigueo que sentía en los brazos mientras él gemía sobre mis labios.

Un timbre agudo hizo que los dos nos sobresaltáramos y nos separáramos. Me llevé una mano al pecho. El corazón me latía con fuerza por el susto y por la intensidad del beso.

Hudson sonrió.

—El interfono —me explicó con la voz alterada—. ¿Sí?

La voz de la secretaria volvió a sonar en la habitación:

—Estoy a punto de marcharme, señor Pierce. ¿Necesita algo más?

—No. Gracias, Patricia. Puedes irte. —Había recuperado ya el control de su voz. Sorprendente. Yo seguía tambaleándome.

Hudson se puso una mano en la cintura y me miró, como si se preguntara qué hacer con el problema que tenía delante. Me calentaba y a la vez me relajaba que me mirara con tanta intensidad, que me examinara de un modo tan científico.

Me abracé el cuerpo con mis propios brazos.

—¿Qué?

Él negó con la cabeza.

—Nada. —Cogió la chaqueta del sillón y me tendió una mano—. Ven, Alayna.

Mi cuerpo respondió a su orden antes de que mi cerebro pudiera decidir hacerlo. Agarré su mano y su calor encendió de nuevo el fuego que había provocado en mi boca.

Me llevó a un ascensor en un rincón de su despacho que no había visto antes. Dentro de él, introdujo un código en el panel y subimos a lo que me pareció una planta más arriba. Las puertas se abrieron a un *loft* espacioso completamente amueblado, decorado con el mismo diseño moderno que su despacho de abajo. Unos ventanales del suelo hasta el techo ocupaban toda una pared. La misma idea se repetía a lo largo de todo aquel amplio espacio, paredes de cristal que separaban un comedor, una zona de estar y, asomando tras unas cortinas a medio correr, un dormitorio.

Me apresuré a apartar los ojos de la cama, escandalizada por los endiablados pensamientos que aparecieron en mi mente al ver su espacio privado, y miré a Hudson a los ojos, consciente de su mirada divertida. Me ruboricé.

Fue a la cocina y abrió un armario para sacar dos vasos.

—¿Quieres un té helado?

—Vale. —Me pregunté si siempre tenía té helado o si lo había traído específicamente para mí. Le seguí a la cocina y me subí a un taburete de metal lustroso—. ¿Vives aquí?

Abrió el congelador y cogió un puñado de cubitos de hielo para dejar caer la mitad de ellos en cada uno de los vasos.

—A veces me quedo aquí. Pero no lo considero mi casa.

Volví a mirar aquel espacio y me di cuenta.

—¡Hudson! ¿Este es tu picadero?

—A veces. —Sirvió té en los vasos y, a continuación, se dio la vuelta para darme uno por encima de la barra.

Cogí el vaso de sus manos y le di un sorbo con impaciencia. Necesitaba humedad para mi boca, repentinamente seca.

—Y me has traído aquí porque…

Dio un trago a su té y se lamió los labios. Levantó una ceja.

—¿Por qué crees que te he traído aquí?

Me sentí de repente excitada y enseguida me invadió una oleada de pánico.

No estaba preparada para aquello. ¿No lo estaba? Miré el reloj. No había tiempo.

—Eh…, tengo que irme a trabajar en diez minutos.

—Veinte. Tienes un chófer.

Me moví inquieta y sentí la parte interior de mis muslos pegajosa y húmeda.

—Sigue sin ser mucho tiempo.

Hudson se acercó rodeando la barra, cogió el té de mi mano y lo dejó junto al suyo.

—¿No es mucho tiempo para qué?

Sentí como si la garganta se me cerrara, pero, de algún modo, conseguí pronunciar unas cuantas palabras:

—¿Vas a obligarme a decirlo?

Sonrió y me dio la vuelta. A continuación, me atrapó contra la barra.

—No. Ahora no. Si lo dices, no podré resistirme y, como has dicho, no hay suficiente tiempo. Así que, en lugar de eso, voy a tener que conformarme con una muestra.

Selló mi boca con la suya devorando mis labios y mi lengua con un excitante frenesí. Mis manos subieron por su chaleco, deseando tocarle la piel. Podía sentir los fuertes y grandes músculos de su pecho por debajo de mis dedos. Dios, ese hombre tenía que hacer mucho ejercicio, pues la esculpida definición de su torso era evidente a través de dos capas de tela. Deseé pasar las uñas por su cuerpo, ansiosa por descubrir si tenía vello en el pecho o si era lampiño, desesperada por estar desnuda sobre él.

Hudson no dejó que el más mínimo tejido se interpusiera en su deseo. Me desabrochó varios botones del torso para poder meter la mano y agarrarme el pecho. Los pezones se me pusieron de punta cuando acarició ligeramente uno de ellos con el pulgar. Después, apretó con la fuerza precisa que a mí me gustaba, haciéndome suspirar de placer sobre su boca.

Colocó la otra mano sobre mi pierna desnuda y, despacio, fue subiendo por ella. Su caricia era fuego sobre mi piel y yo me removí inquieta bajo su mano, deseando más de ese fuego, codiciando la hoguera que aún estaba controlada. Abrí las piernas para él, instándole a que subiera su mano por ellas. Sonrió sobre mis labios mientras yo le mostraba de buen grado mi ansia, mi insensata ansia de él.

Entonces, puso sus dedos sobre mí, apartando el delgado tejido de mis bragas para llegar hasta el punto sensible de mi sexo. Gemí al sentir su tacto mientras su pulgar daba vueltas alrededor de aquel manojo de nervios con una hábil mezcla de presión profunda y ligera. Unos movimientos circulares, suaves como una pluma, siguieron con un masaje calculado. Yo ya me estaba retorciendo cuando introdujo un dedo en mi caliente abertura. Ahogué un grito y levanté la cadera para acoger su exploración, perdiendo la cabeza por el deseo de correrme.

—Dios mío, Alayna, estás empapada. Ah, muy húmeda. Me estás volviendo

loco con tus sonidos y con lo húmeda que te has puesto por mí.

Arrastró mi jugo hacia arriba, alrededor de mi clítoris, y a continuación metió dos dedos dentro de mí provocando una serie de gemidos procedentes de mi cuerpo. Una caricia más a mi clítoris y llegué al límite. El orgasmo me hizo moverme con convulsiones.

Pero pese a haberme corrido en su mano, Hudson no cesó en su asalto.

—Dios, te corres con mucha facilidad. —Su voz mostraba su sorpresa y su propio deseo—. Tengo que volver a hacértelo.

Me bajó las bragas mientras yo seguía temblando.

—Echa los codos hacia atrás y ponlos sobre la barra —me ordenó.

Lo hice, agradeciendo el apoyo que eso me proporcionaba. Entonces, Hudson puso las manos sobre mis rodillas y me abrió de piernas, desplegándome más. Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, sus dedos volvieron a mi agujero —ahora eran tres—y su lengua estaba sobre mi clítoris.

—¡Joder! —exclamé, incapaz de soportar otro orgasmo, incapaz de vivir sin él.

Me folló con sus hábiles dedos, zambulléndose y saliendo con largas y constantes embestidas mientras me chupaba y lamía el coño. Me agarré al borde de la barra detrás de mí, con todos los músculos en tensión mientras mi coño se apretaba alrededor de sus dedos.

Siguió alimentándose de mí, bebiendo a lengüetadas la prueba de mi éxtasis, acariciando con su lengua mis tiernos nervios con una devoción infinita. Aquello era mucho…, demasiado. Un tercer orgasmo me atravesó de pronto, justo cuando estaba acabando el anterior. Lancé la cabeza hacia atrás, temblando violentamente, y grité alguna palabrota, quizá, o su nombre o algún sonido ininteligible, pues yo estaba demasiado distraída como para ser consciente de esos detalles.

Cuando recuperé la visión y el cerebro, vi a Hudson sujetándome, susurrando a mi oído, con mi olor aún en sus labios.

—Eres muy sensual, preciosa. Tremendamente sensual y voy a correrme contigo del mismo modo.

Mis dedos se agarraron a los mechones de su pelo.

—Pronto —prometió—. Y con frecuencia.

Capítulo siete

Cuando me recuperé lo suficiente como para sentarme sin ayuda, Hudson me dejó y volvió con una toallita húmeda. Vi cómo me limpiaba la parte interna de las piernas y el sexo, y el calor de la toallita y la intimidad de aquel acto me subyugó.

—Gracias —dije cuando lo miré a los ojos, haciendo extensa mi gratitud más allá del hecho de haberme limpiado.

Me besó y mi sabor seguía aún en su lengua. Aunque saciada, la excitación volvió a renacer con el roce de sus labios y cuando noté el bulto bajo los pantalones de su traje.

Se apartó enseguida.

—De nada.

Le seguí con los ojos mientras se dirigía al dormitorio y lanzaba la toallita a un cesto de ropa sucia negro y grande. Cuando volvió a mirarme, me descubrió con los ojos fijos en él y me hizo un guiño.

Me puse colorada. La nueva familiaridad que él mostraba con mi cuerpo me hizo sentirme extraña. Me revolví para recomponerme mientras me abrochaba torpemente los botones del vestido. Después, me bajé del taburete, encontré mi ropa interior en el suelo y la metí en el bolso.

Él me miró extrañado mientras se enderezaba la corbata.

—Las bragas están… empapadas. —Noté su gesto de satisfacción—. No puedo ponérmelas.

El ceño fruncido sustituyó a su sonrisa.

—No puedes trabajar sin ellas. Tu vestido es demasiado corto.

—Tendré cuidado. No me importa.

—A mí sí. —Hudson se acercó a mí y colocó las manos sobre la parte superior de mis brazos—. Alayna, el hecho de que no lleves bragas es muy excitante. Cuando yo esté contigo. Definitivamente, no creo que sea excitante saber que estás desnuda rodeada de un montón de clientes borrachos que te quieren meter mano. —Estaba serio, como si se encontrara reprendiendo a una niña rebelde—. De hecho, me pone muy triste.

Vaya, vaya. Hudson tenía una vena celosa. ¿Podía ser más atractivo aún?

Pero yo no quería dejar que se metiera en todos los aspectos de mi vida. Ya había insistido en lo del chófer. Y había intervenido en la elección de mi ropa. Me mantuve firme:

—Sé cuidar de mí misma.

Él se cruzó de brazos. Yo le imité.

—No me voy a poner unas bragas empapadas. Estaría oliendo a sexo toda la

noche. Y piensa lo que eso provoca en un montón de clientes borrachos con ganas de meterme mano.

Frunció el ceño.

—Entonces, déjalas. Al menos, puedo hacer que te las laven.

Saqué las bragas para dárselas.

—Si querías quedarte con un recuerdo, no tenías más que pedirlo.

Las cogió con la expresión aún tensa.

—No me las voy a quedar. Espera un momento a que me prepare para irnos.

Desapareció en el baño dejando la puerta abierta.

—¿A que te prepares para irnos?

No esperaba que fuese a venir conmigo. Pero no respondió ni oí que dijera nada sobre el sonido del agua.

—¿Has dicho algo? —preguntó al volver.

Se puso la chaqueta del traje y alargó una mano hacia mí. Le agarré la mano y me di cuenta de que ya no olía a mí, con las manos y los dientes recién lavados. Fue una cuestión práctica, pero yo me desinflé al ver que oficialmente se alejaba de la apasionada escena de unos minutos antes.

—No sabía que ibas al club.

—Sí. —Salimos por la puerta del piso y llegamos a un pasillo con otro ascensor. Supuse que este llevaba al vestíbulo principal en lugar de a su despacho. Me soltó la mano y pulsó el botón—. ¿Supone eso algún problema?

Me encogí de hombros, pese a que quería decir: «Joder, sí que es un problema. Me aturdes, me deslumbras y me distraes». ¿Cómo iba a presentar mis ideas con la mirada intensa de Hudson sobre mí, viendo esa boca increíblemente endiablada que hacía poco me había devorado tan hábilmente? Sobre todo cuando sus ojos intensos y su boca endiablada no mostraban indicios de que hubiera ocurrido nada fuera de lo normal.

Sin intención de ser tan sincera, pero incapaz de pasarlo por alto, pregunté:

—¿Por qué me has citado aquí si ibas a verme en el club?

—Intimidad, Alayna. Imagino que no querrías hacer «eso» en el club, ¿verdad? —Las puertas se abrieron y me invitó a entrar en el ascensor—. ¿Te arrepientes de haberlo hecho? —La sonrisa que se adivinaba en su tono enfatizó el doble sentido de sus palabras.

—No —me apresuré a responder mientras pulsaba el botón del vestíbulo—. Me arrepiento de que no te hayas corrido. —No recordaba ni una sola vez en que un hombre hubiera permitido que yo tuviera todo el placer sin recibir a cambio el suyo. Eso me hizo sentirme aún más vulnerable delante de él.

—Tendrás más oportunidades para enmendarlo.

Entonces aparecieron en mi mente imágenes en las que «lo enmendaba» tocando el cuerpo desnudo de Hudson, su miembro entre mis manos…

Sentí que el sexo se me hinchaba por el deseo. Otra vez.

Maldita sea. No era lo que necesitaba en ese momento. Debía tener la cabeza despejada. Y eso sería más fácil sin el objeto de mi deseo al lado, con su brazo rozándome el hombro.

—Como dijiste que no eras mi jefe y todo eso, creía que no vendrías.

—Puede que David quiera algún asesoramiento. Debo ir. —Me miró—. Además, siento curiosidad. ¿Va a suponer una molestia para ti?

—No estaba preparada. Eso es todo.

Sus ojos se iluminaron al darse cuenta.

—Estás nerviosa.

—Sí.

Se movió detrás de mí y me envolvió en sus brazos.

—No lo estés. Eres perfecta. Lo harás perfectamente.

Me hundí entre sus brazos. Eso era lo que necesitaba. Su caricia después de un acto tan íntimo. Me había sentido desnuda y expuesta. Necesitaba recobrar la confianza, no solo en la presentación del trabajo que estaba a punto de mostrar, sino en lo que él sentía, o en su atracción, o lo que fuera que tuviera por mí.

Y bajamos. Dirigí mis pensamientos a David y a la presentación que estaba a punto de realizar. Ay, Dios, David. Un nuevo horror me invadió.

—¿Podríamos…? —No sabía cómo verbalizar la pregunta que estaba a punto de hacer—. ¿Tenemos que…, eh…, hacer lo de la farsa hoy?

—No quieres que David te haga más caso porque crea que estás saliendo con su jefe.

—Exacto.

Y como aún podría casarme con David algún día, mi teatro con Hudson requería actuar con delicadeza. Aunque la idea de casarme con David ahora parecía menos atractiva que antes.

—Podemos mantenerlo en secreto uno o dos días, si lo prefieres.

—Gracias.

La ansiedad apareció en mi estómago mientras pensaba cómo equilibrar los hombres de mi vida y todos los aspectos de mi relación con ellos: el falso romance con Hudson, el deseado futuro con David, la ruptura de la dependencia con Brian, el sexo real con Hudson, la posibilidad de que David me ofreciera un ascenso… Sentí un escalofrío y apreté más los brazos de Hudson sobre mi cuerpo.

Él malinterpretó mi nerviosismo.

—Ya sabes lo que dicen que hay que hacer con los nervios —me susurró al oído—: imagínate al público desnudo.

Lo miré sorprendida.

—¿A David y a ti?

—No, preciosa. Solo a mí. Es una orden.

El tono dominante de Hudson hizo que un hilo de deseo me humedeciera la

entrepierna. En cierto modo, no creía que imaginármelo desnudo fuera a ser de ninguna ayuda.

Jordan nos esperaba en la calle delante del edificio en un Maybach 57 negro. Yo nunca había subido a un coche de lujo y mi reacción innata habría sido la de gesticular enloquecida y babear, pero contuve mi entusiasmo tratando de aparentar más indiferencia de la que sentía en realidad. Recliné el asiento para aprovechar el reposapiés mientras Hudson se ocupaba de algunos asuntos de trabajo. Envió mensajes con su Blackberry e hizo varias llamadas de teléfono.

Yo debería estar concentrándome en mi presentación, pero me fascinaba escuchar cómo dirigía sus negocios. Un imponente tono de mando le salía con toda naturalidad, incluso en sus directrices más simples. Normalmente, cuando hablaba conmigo así, yo me sentía alterada y desconcertada. Pero cuando le veía hablar de ese modo con los demás, o quizá por lo que había ocurrido entre nosotros, me sentía más fuerte. Como si yo misma pudiera encarnar esas cualidades por ósmosis.

Llegamos al club cinco minutos antes de la reunión. Hudson se quedó un rato en el coche para dejarme que yo entrara sola en lugar de hacerlo juntos. En el despacho me encontré a David enchufando mi ordenador portátil.

—Hola —me saludó—. ¿Estás lista para alardear de ese cerebro tan brillante que tienes?

Me pregunté si David sabría que Hudson planeaba estar presente. En cualquier caso, no quería que supiese que yo sí lo sabía.

—¿Empezamos?

—No, Pierce me ha dicho que quizá venga. Espera unos minutos.

Hudson entró unos segundos después.

—David —saludó estrechándole la mano—. Alayna —me dijo a mí con un movimiento de la cabeza. Me pregunté si ese gesto sería por consideración hacia mí, consciente de que una caricia suya me supondría una fuerte distracción. ¿O es que el hecho de tocarme provocaba en él lo mismo? No podía imaginar que fuera así. Hudson tenía una capacidad tan innata para separar las cosas que estaba convencida de que sus pensamientos se encontraban de verdad centrados únicamente en el momento presente.

Comenzar a presentar mis ideas me supuso un gran esfuerzo, pero gracias a mis pantallas de PowerPoint fui entrando fácilmente en situación y me olvidé enseguida de mi público. Primero, me centré en los aspectos operativos del Sky Launch, las cuestiones que suponían una amenaza para nuestra competitividad con otros establecimientos, y sugerí un aumento de horas y días de apertura, una nueva formación del personal principal y un modo unitario de funcionamiento entre los camareros de la barra y los de las mesas. Después, pasé a las recomendaciones de *marketing*, haciendo hincapié en un cambio de imagen total en el que se destacaran las salas en forma de burbuja.

Hablé cerca de una hora y media. En algún momento, David hizo preguntas y yo respondí con seguridad y de manera concisa. Conocía el Sky Launch. Conocía el negocio. Sabía qué era lo que podría hacer para convertir ese club en un sitio bárbaro. Me sentí bien.

Salvo unas cuantas preguntas pidiéndome alguna aclaración, Hudson permaneció en silencio y atento. Cuando terminé, le miré esperando algún comentario, algún elogio o algún tipo de reacción.

En lugar de eso, miró su reloj.

—David, ahora tengo que irme a otro sitio. Puedes llamarme mañana, si quieres hablar de estas ideas.

Las endorfinas de la presentación no fueron suficientes para protegerme de la frustración que me provocó la falta de reconocimiento por parte de Hudson. ¿Me estaba mandando a la mierda? ¿Las chicas inteligentes le provocaban rechazo? ¿Y adónde tenía que ir un jueves a las ocho de la noche?

En fin, si a Hudson no le había gustado, mala suerte para él. No era mi jefe, tal y como había puntualizado con tanta vehemencia. No necesitaba de su estúpida aprobación. Yo había sido la mejor de mi clase. Sabía de lo que hablaba. Cerré el ordenador mientras mi rabia se traducía en movimientos bruscos.

—Gracias —dijo David.

—Estupendo. ¿Alayna?

—¿Qué? —casi espeté.

Hudson esperó a que le mirara a los ojos para continuar.

—Acompáñame, por favor.

Me mordí un labio mientras le seguía por la puerta del despacho, consciente de que mi actitud no había sido nada profesional. Al menos, me iba a reprender en privado.

Caminamos en silencio por la rampa que conducía a la entrada. El club no abría hasta después de una hora y de momento se encontraba vacío, salvo por unos cuantos empleados que se estaban preparando para esa noche.

Cuando estábamos cerca de la puerta de la calle, Hudson tiró de mí hacia el interior del guardarropa. Yo solté un grito de sorpresa.

—Alayna —gruñó Hudson apretándome con fuerza con su cuerpo contra la pared y agarrándome las manos a ambos lados. Pasó su nariz por mi mandíbula —. Has estado brillante, ¿sabes?

—No. —Mi voz sonó como un chillido, pues su cambio de comportamiento me había pillado desprevenida—. Es decir, sabía que mis ideas eran buenas, pero como después no has dicho nada… —Mi voz se fue apagando, convirtiéndose en un gemido cuando me empezó a mordisquear el lóbulo de la oreja.

—No podía. Estaba demasiado excitado. —Apretó la ingle contra mi estómago para enfatizar lo que decía mientras yo controlaba otro gemido. El calor que me daba hizo que sintiera un hormigueo por todo el cuerpo.

—Entonces ¿he estado bien?

—Preciosa, ¿de verdad lo tienes que preguntar? —Se apartó para mirarme—. Tus ideas son inteligentes. Prácticas y originales. —Apoyó su frente sobre la mía —. Y eso me vuelve tremendamente loco.

Yo estaba aturdida. Normalmente, me enganchaba de hombres que se sentían atraídos por mi cuerpo, no por mi mente. Eso me animó. Ahora también estaba segura de que la atracción de Hudson por mí había empezado en el simposio de Stern.

—Así que a Hudson Pierce le gustan las cerebritos.

Alternó sus palabras con excitantes besos en mi cuello.

—Me gustas tú. Cuando estás en plan cerebrito, cuando estás aturdida, cuando gimes bajo mi lengua.

Joder, Hudson sabía qué botones apretar, botones que yo ni siquiera era consciente de tener. Me estremecí bajo sus besos. Deseaba tocarle, pasarle los dedos por el pelo, acercar su cuerpo al mío. Pero aún me tenía atrapada por los brazos, así que tuve que conformarme con hacérselo saber con palabras.

—A mí también me gustas tú.

Aplastó mi boca con la suya y soltó mis brazos para meter las manos por debajo de mi vestido. Me agarró el culo desnudo apretando y acariciando mi piel mientras me besaba de forma agresiva. Mis dedos volaron hasta su cara y le coloqué las manos sobre las mejillas a la vez que su lengua se movía con la mía.

Cuando nos apartamos, los dos estábamos jadeando. Los ojos le relucían, maliciosos.

—Durante la presentación… ¿me has imaginado desnudo?

« Siempre» . Sonreí.

—No tenía datos suficientes. No te he visto desnudo.

—Yo tampoco te he visto desnuda y eso no me impide imaginarte. — Recorrió mi cuerpo con la mirada durante un momento y lanzó un gruñido. Como si me estuviera imaginando desnuda en ese mismo instante.

Su conducta juguetona hizo que me sintiera más valiente que nunca con él.

—Entonces ¿cuándo vamos a poner remedio al « pequeño detalle» de vernos desnudos?

Hudson pasó un dedo por mi mejilla.

—Ah, ahora es ella la que tiene ganas. Después de haber probado la mercancía.

—Siempre he tenido ganas. Ahora estoy segura. —Giré la boca para morderle el dedo y él me miró levantando una ceja.

—¿A qué hora trabajas mañana?

—A las nueve.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando mi mordisco se convirtió en una chupada.

—Me aseguraré de terminar el trabajo a las cinco —dijo con voz ronca—. Ven a esa hora a mi *loft*. Sube hasta arriba en el ascensor principal. Tendrás que introducir el código: siete, tres, dos, tres. Repítelo.

—Siete, tres, dos, tres.

—Bien. Te lo enviaré en un mensaje para que no se te olvide. A las cinco. No comas. Yo te daré de comer. —Sacó el dedo de mi boca y me dio un rápido beso —. Y yo te comeré a ti. —Volvió a acercarse para darme un beso más profundo. Suspiró al apartarse de mí—. Hasta mañana, preciosa. —Me cogió la mano y la sostuvo todo el tiempo que pudo mientras salía. Antes de desaparecer por la puerta del guardarropa, se giró—: Ah, y te aseguro que « pequeño detalle» no es la expresión adecuada para describir mis partes íntimas.

Eso ya lo había supuesto yo por el contorno de sus pantalones.

Menos de una hora después de que Hudson se fuera, Liesl me detuvo cuando pasé por la barra de abajo.

—Laynie —dijo haciendo un gesto hacia una pequeña bolsa que había sobre la barra—. El tío bueno ha dejado eso para ti mientras sacabas las cajas registradoras del despacho.

Me mordí el labio.

—¿El tío bueno? ¿Te refieres a Hudson?

—Sí. —No tenía ni idea de qué era lo que podría haberme dejado Hudson. Aunque me estaba dirigiendo a la puerta principal para abrir el local, cambié de dirección y me acerqué al paquete.

Había un papel doblado por fuera. Con letra clara había escrito: « No puedo dejar que vayas sin ellas» . Me ruboricé al ver el interior sospechando lo que me iba a encontrar. Como ya suponía, allí estaban mi bragas, lavadas y bien dobladas. No quise pensar qué empleado suyo se encargaba de lavar la ropa interior de los ligues de Hudson. Pero el hecho de que se hubiera preocupado me pareció bonito.

—¿Qué coño es, Laynie? —preguntó Liesl y yo cerré rápidamente la bolsa.

—No es nada. Me había dejado una cosa antes cuando estuve en su despacho.

Me recriminé en silencio. Su siguiente pregunta sería por qué había ido al despacho de Hudson. Pero no fue eso lo que preguntó.

—¿Te has dejado las bragas en el despacho de Hudson? Sí, he mirado. ¿Qué esperabas de mí?

Me froté la cara con una mano. Liesl lo iba a descubrir pronto. De todos modos, iba a saber que le mentía. Era la oportunidad perfecta para contarle que estaba saliendo con aquel hombre.

Pero no lo hice. No estaba preparada todavía para compartirlo. Quería vivir la realidad un poco más antes de empezar a interpretar aquella farsa.

—Liesl, prometo contártelo. Pero esta noche no.

Dejó escapar un suspiro exagerado.

—Vale, da igual. Pero más vale que sueltes detalles jugosos cuando estés lista para contarlo.

—Trato hecho —contesté. Llevé la bolsa con su contenido al baño y me puse las bragas.

Después de hacerlo me descubrí sonriendo en el espejo. Puede que me hubiera equivocado con Hudson. Estaba claro que no era el gilipollas presuntuoso que había creído. De hecho, estaba resultando ser un tipo bastante decente.

Maldita sea.

Capítulo ocho

Al día siguiente me desperté pensando en Hudson. Otra vez. Yo nunca había programado el sexo y saber que formaba parte de la agenda del día me hizo sentir un nudo en el estómago y que el coño me palpitara. Pero con el recuerdo constante en mi cabeza de lo que había dicho, los movimientos que había hecho…, mi botón de alarma empezó a sonar. Me pregunté, como había hecho muchas otras veces en mi vida, si estaba condenada a vivir o bien obsesionada con mis relaciones o bien obsesionada con saber si estaba obsesionada con ellas.

Con tres horas aún hasta el momento en que había quedado con Hudson en su *loft*, tenía que ocuparme de mi ansiedad. De lo contrario, estaría demasiado tensa cuando le viera y dudaba incluso que su mágico encanto pudiera relajarme.

Decidí salir a correr y enseguida me arrepentí. Salir a correr a mediodía era un sufrimiento en verano, sobre todo cuando me había acostumbrado a hacerlo con el fresco de la mañana. A mitad del recorrido que tenía pensado, bajé el ritmo y empecé a pasear. Nada de eso sirvió para tranquilizar mi mente. El calor, el ejercicio… Aún no podía dejar de hacerme preguntas sobre Hudson, qué estaba haciendo y qué iba a hacerme cuando le viera.

Por casualidad o por obra del inconsciente, me vi caminando cerca de la iglesia de Unity, donde se reunía mi antiguo grupo de Adictos Anónimos. Lo había descubierto en el punto de máximo apogeo de mi trastorno obsesivo, un lugar donde adictos nada típicos nos juntábamos para hablar de todo, desde adicción a los videojuegos hasta las compras compulsivas. Había dejado de asistir con regularidad, pues llevaba varios años sin sufrir ninguna crisis, pero quizá pasarme ahora no fuera una mala idea.

Entré, bajé a las salas de reuniones del sótano y vi que estaba terminando una sesión dirigida por mi dinamizadora preferida. Esperé en la parte de atrás hasta que acabaron y, a continuación, me acerqué a Lauren.

—Vaya, aquí viene alguien a quien no veía desde hacía mucho tiempo —dijo Lauren lanzando los brazos hacia mí con un abrazo amistoso. Su pelo me golpeó con docenas de largos mechones—. ¿Debo preocuparme por verte?

—Aún no lo sé. ¿Tienes tiempo para hablar?

—Un poco. ¿Quieres un café en el bar de la esquina?

—Sí.

Mientras caminábamos, puse a Lauren al día sobre mi graduación y las perspectivas de ascenso en el club, así como sobre el golpe que Brian me había asestado al retirarme su ayuda económica. Lauren me había estado asesorando en muchos de mis problemas familiares y probablemente conocía mejor que nadie la complejidad de mi relación con mi hermano.

—¿Te irá bien sin la ayuda de Brian? —preguntó Lauren cuando nos sentamos en la puerta, cada una con un café helado.

De forma implícita, me estaba diciendo que se refería a algo más que al dinero. Las situaciones estresantes conducían a recaídas de trastornos mentales y quería saber si yo estaba lo suficientemente estable como para resistir.

—Puede ser —respondí con un suspiro—. Creo que sí. Brian no ha sido de mucha ayuda con ninguno de mis problemas, excepto el económico. Y ya he solucionado lo del dinero.

—¿Sí? Eso es estupendo. Aunque intuyo que hay algún « pero» .

—Pero hay un hombre.

—Ajá. —Apoyó la espalda en el asiento y se cruzó de brazos—. Continúa.

Hice una pausa, sin estar del todo segura de cómo explicar mi relación con Hudson; quería dar datos, pero sabía que no podía. Intenté precisar exactamente lo que me preocupaba y expresarlo de la forma más sencilla posible.

—Trabajamos juntos. Y no puedo dejar de pensar en él.

—¿Se trata de David?

Pensar ahora en David se me hacía raro. Ya había mencionado antes a David en el grupo, cuando empezamos con nuestras ocasionales sesiones de apoyo. Ahora me parecía algo lejano que formaba parte del pasado, aunque solamente habían transcurrido dos días desde que me había dicho que interrumpiéramos lo nuestro.

—Es otro.

Lauren ladeó la cabeza.

—¿Qué tipo de pensamientos estás teniendo sobre él?

—Fantasías. —Bajé la cabeza para ocultar mi rubor—. Fantasías sexuales.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

Lauren negó con la cabeza.

—No voy a decir que tienes problemas solo porque estés pensando hacer guarrerías con un tío bueno.

—Pero es a todas horas. Es decir, me despierto pensando en él, me acuesto pensando en él, estoy atendiendo en la barra pensando en él.

—Pero no le acosas ni le llamas al trabajo ni le envías correos electrónicos de forma incesante.

—No.

—¿Solo fantasías sexuales?

—No. También repito en mi cabeza palabras que él me ha dicho. Me preguntó qué estará haciendo o pensando.

—¿Has considerado la posibilidad de que te guste?

Di un sorbo a mi café. Hasta la noche anterior, había pasado mucho tiempo pensando que Hudson no me gustaba. Solo en lo sexual. Desde el primer

momento sabía que mis partes femeninas se sentían atraídas por él. Pero, aparte de eso, no, no lo había pensado. No podía.

—Lauren, no puede gustarme —dije con un gemido—. Nosotros… No tengo ninguna oportunidad con él.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo hemos hablado.

Me miró con curiosidad. Busqué algo más que pudiera decirle.

—No le va el romanticismo —expliqué.

—Muchas mujeres se sienten atraídas por hombres inalcanzables. Es natural. Eso no significa que estés dando pasos atrás. Sigue siendo realista en cuanto a la situación. Si crees que está corroyendo tus pensamientos hasta el punto de que te afecta a la rutina diaria, entonces sí tendrás que buscar ayuda.

—Entonces, ¿acostarme con él podría ser una mala idea?

Si respondía que sí, no sabía qué iba a hacer. No creía que pudiera anular mi cita con Hudson. Le deseaba demasiado.

—¿Lo has hecho?

—Aún no.

Lauren me miró seria.

—Pero tienes pensado hacerlo, ¿verdad? Bueno, chica, el sexo sin pretensiones de formar una pareja abre todo un nuevo mundo de problemas que no tienen nada que ver con la adicción, pero que sí pueden provocar otros males.

—¿Es imposible tener sexo sin más?

—Estoy segura de que es posible, pero no conozco a mucha gente que termine yéndose de rositas. Y no es que esté diciendo que tú no seas lo suficientemente fuerte como para enfrentarte a ello, pero… ¿Lo eres, querida?

—Puede que así termine con las fantasías.

—Puede. También puede ser que te quedes colgada con él.

—No quiero parecer una zorra, Lauren, pero he tenido unos cuantos ligues de una noche en los últimos años sin problemas de encariñamiento.

—Entonces, puede que no tengas problema. Pero tus ligues de una noche funcionan porque no los ves después todos los días. A este sí tendrás que seguir viéndolo, ¿no?

Mis ligues de una noche funcionaban porque eran tíos de un polvo y a otra cosa. Hudson no lo era. Y le iba a seguir viendo después. « De forma ocasional» . Probablemente más que eso. Lo cierto es que no tenía ni idea de cuánto sería necesario ver a Hudson durante nuestro pequeño engaño. Pero la farsa iba a empezar el domingo y él tenía la intención de mantener el sexo aparte, así que imaginé que tendríamos una aventura de un día y después lo dejaríamos.

Lauren me miró con atención. Unos momentos después, se encogió de hombros.

—No puedo decirte qué tienes que hacer, Laynie. Y no puedo decirte que

acostarte o no con ese chico vaya a suponer una diferencia en el hecho de que caigas o no en una conducta obsesiva. Lo que sí puedo hacer es estar a tu lado y sugerirte que vuelvas al grupo durante un tiempo en busca de algo de apoyo adicional.

Lo del apoyo adicional era una buena idea. Antes de separarnos, acepté asistir a una reunión semanal. Después, fui corriendo a casa para prepararme para mi velada, pues no había decidido anular mi cita sexual con Hudson.

Una vez más, dudé qué ropa elegir para mi noche con Hudson y finalmente me decidí por un una camiseta de cuello vuelto holgado y lentejuelas y unos pantalones cortos de rayas también con lentejuelas. Jordan me dejó delante del edificio de Industrias Pierce unos minutos antes de las cinco. Cuando introduje el código del ascensor y subí al ático, estaba temblando sobre mis sandalias de tiras y tacón de siete centímetros.

Tardé al menos un minuto entero hasta que reuní fuerzas para llamar a la puerta del ático. Hudson abrió de inmediato, como si estuviera esperando justo al otro lado, pero tenía el móvil en la oreja.

—Roger, no me digas que perdemos esta empresa porque mis empleados no han sido capaces de prever la posibilidad de la separación. —Se apartó el teléfono de la boca—. Pasa —me susurró. Luego, volvió a su llamada mientras cerraba la puerta después de que yo entrara.

No sabría decir si su preocupación por el trabajo me puso más o menos nerviosa, pero aproveché la oportunidad para observarle. Llevaba unos pantalones de traje negros a medida y la corbata desanudada le colgaba alrededor del cuello. Me fijé en su pecho descubierto y me imaginé lamiéndole la parte de piel desnuda que veía por primera vez. Dios, si estaba tan fascinada por unos cuantos centímetros, ¿qué me pasaría cuando estuviera desnudo?

Él me devolvió la mirada, unos ojos intensos y dilatados por el deseo. El calor que siempre sentía en su presencia me excitó al máximo y los momentos que estuvo al teléfono me parecieron horas de agonía.

—Ocúpate de ello, Roger. Espero que esto quede resuelto antes de que llegue el lunes. —Puso fin a la llamada sin despedirse y lanzó la Blackberry sobre la mesa que estaba junto a la puerta sin dejar de mirarme en ningún momento.

—Hola —susurré, incapaz de soportar aquel agudo silencio.

Sus labios se curvaron despacio con una sensual sonrisa.

Eso fue lo único que hizo falta. Una sonrisa y ya no podía seguir controlándome más. Me había imaginado que el primer movimiento sería suyo, pero fui yo quien se acercó a él para estrellar mi boca con la suya.

Su sorpresa duró solamente una milésima de segundo antes de reaccionar del mismo modo. Sus anteriores besos habían sido profundos y apasionados, pero

este no estaba bajo ningún control y zambulló la lengua en los recovecos de mi boca con un ansia desesperada. Yo respondí a su ímpetu con igual fervor, lamiendo el interior de su boca, precipitando mi lengua entre sus dientes.

Sin interrumpir nuestro beso, las manos de Hudson se movían bajo mi camiseta para palparme los pechos a través del sujetador. Jadeé al sentir el maravilloso hormigueo que me recorrió el cuerpo mientras me exprimía con suavidad. Mis manos se movían torpemente entre los botones de su camisa y mi mente se llenó de imágenes en las que me veía rasgando aquella maldita prenda.

Justo cuando le abrí del todo la camisa, se apartó, jadeante.

—Dios mío, Alayna. Te deseo tanto que no estoy comportándome como es debido.

—Hudson, si esto es comportarse mal, por favor, continúa —dije acortando la distancia que él había provocado.

Le bajé la camisa por los hombros y dejé que cayera al suelo. A continuación, puse la lengua sobre su pecho y le lamí por debajo de la nuez hasta el pezón. Gimió.

—Al menos déjame que te lleve a la cama. Si sigues así, voy a follarte apoyada en la puerta.

—Eso no suena mal del todo —murmuré, pero dejé que me condujera al dormitorio.

—No. —Se detuvo a unos centímetros de la cama y me estrechó entre sus brazos. Me acarició el cuello con la nariz mientras hablaba—. Pero no voy a poder saborearte bien y me arrepentiré de ello toda la vida.

Tiró de la parte inferior de mi camiseta hacia arriba y la pasó por encima de mi cabeza. A continuación, dirigió las manos hacia mi espalda para desabrochar el cierre del sujetador negro de encaje de media copa. Cuando cayó, liberando a mis tetas de su prisión de talla C, no deseé otra cosa que juntar mi piel con su pecho desnudo.

Pero Hudson quería mirar, hipnotizado.

—Imaginaba que tendrías unos pechos preciosos, Alayna. Pero no tenía ni idea de… —Se interrumpió. Me empujó hacia atrás hasta que mis piernas chocaron con la cama y tuve que sentarme. Arrodillándose delante de mí, Hudson dio un latigazo con la lengua sobre uno de mis pechos y lo rodeó con la mano para llevárselo a la boca mientras la otra la colocaba sobre mi espalda.

Con un gruñido, su boca me cubrió el pezón y chupó y tiró de él ejerciendo una placentera presión. Grité ante el impacto que acompañaba a su pasión y el coño se me puso tenso. Le agarré del pelo mientras él se daba el banquete y jadeé a punto del orgasmo antes de que dedicara la misma atención a mi otro pecho.

Cuando terminó, fue besándome en dirección al vientre.

—Eres muy sensible. Podría pasarme todo el día chupando tus preciosas

tetas. —Me empujó para tumbarme en la cama—. Pero hay en ti muchas otras cosas que adoro.

Agarró el elástico de mis pantalones cortos y de mi bragas y los bajó. Yo arqueé la cadera para ayudarle.

—Los zapatos —dije cuando me los bajó hasta los tobillos.

—Me encantan. —Pasó la ropa por encima de mis tacones—. Quiero que me los claves en la espalda cuando me rodees con las piernas.

Me estremecí ante aquella orden tan sensual. No era una amante exigente y me gustó el modo en que me decía que iban a ser las cosas; confiaba en que haciéndolo a su modo los dos disfrutaríamos.

—Apóyate en los codos.

Lo hice y él me dobló una pierna hacia arriba y después la otra, anclando mis tacones en el borde de la cama con los muslos abiertos. Suspiró mientras deslizaba las manos por la parte interna de mis piernas.

—Estás increíblemente sensual así. Abierta del todo para mí. —Mi sexo se contrajo y él sonrió recorriendo los dedos por mi raja—. Me deseas. Mira cómo te palpita el coño.

Nadie me había hablado así nunca, de un modo tan crudo y obsceno. Era tremendamente erótico y salvaje y, con la repetida provocación de sus dedos rozando mi palpitante almeja, no haría falta mucho más para conseguir que me convulsionara. En cuanto su lengua sustituyó a los dedos, acariciándome con suaves lametones, me revolví y eché la cabeza hacia atrás para soltar un grito agudo.

—Otra vez —me ordenó con brusquedad zambullendo tres dedos bien dentro de mí.

Enrollé las manos en la colcha, sin estar segura de que pudiera soportar otro y deseando tener algo más que sus dedos. Me acariciaba frotando el interior de mis paredes mientras su boca regresaba para chuparme el clítoris. Cuando estuve otra vez a punto del orgasmo, estremeciéndome bajo la creciente tensión, él extendió la otra mano hacia mi pecho y tiró del pezón con los dedos. Me corrí de una forma agresiva, revolviéndome sobre la cama y con mi sexo ondeando alrededor de sus dedos.

Mientras me agitaba allí tumbada, apenas fui consciente de que Hudson se quitaba la ropa. Oí cómo se abría y cerraba el cajón de la mesa de noche y rasgaba el envoltorio de un condón. Me echó hacia atrás sobre la cama para dejar espacio para tumbarse sobre mí. Después, se colocó entre mis piernas y apretó su miembro caliente contra mi temblorosa raja.

—Ya estás lista para mí —dijo echando el peso sobre los antebrazos. Juntó su erección con mi abertura y se metió dentro de mí—. Dios, Alayna —siseó—, cómo me gusta sentirte.

Ahogué un grito mientras él me invadía. Era muy grande. No estaba segura

de que me cupiera. Me puse en tensión, sabiendo que me tenía que relajar si esperaba poder albergarle. Me movió la pierna y fue eso lo que necesité. Me abrí para él y se hundió más adentro, haciéndose un hueco en el interior de mi apretado canal.

No recordaba haber estado nunca tan completamente llena, no solo por su tamaño, sino por el modo en que sus ojos se clavaban en los míos mientras se estiraba y se movía dentro de mí. Movió la cadera en círculos empujando la punta hacia delante.

—Qué bien.

Se salió despacio, casi todo lo largo de su polla, y yo lamenté el vacío que dejaba detrás. Después, flexionó la cadera y se metió dentro de mí con una brutal embestida.

Grité y él respondió con un grave gruñido de deseo. Apretó el pecho contra el mío y me atrapó la boca, besándome con brusquedad y con mi sabor en sus labios mientras me golpeaba con fuerza por dentro.

Aunque él ya se había encargado de mí —dos veces—, yo estaba desesperada porque me llevara a otro orgasmo. Me sacudí contra él, respondiendo a cada impulso de sus caderas, gimiendo y jadeando mientras recibía cada una de sus fuertes embestidas.

—Rodéame con las piernas —gruñó Hudson mientras continuaba su asalto.

Obedecí; había olvidado que él ya había expresado ese deseo. Mis tacones golpeaban la parte posterior de sus muslos y se clavaban en él mientras entraba y salía de mí, añadiéndole aún más erotismo. Al levantar las piernas, me abrí más y su polla se introdujo más dentro de mí, tocándome un punto interno que se encendía con cada golpe.

Mi orgasmo empezó a formarse desde ahí y mi cuerpo se tensó, se apretó y se contrajo alrededor de las embestidas de Hudson.

—Me voy a correr —gemí ya temblorosa.

—Sí —gritó Hudson—. Sí, córrete, Alayna.

El orgasmo me recorrió el cuerpo y llegó al punto álgido con sus palabras. Unos segundos después, su propio cuerpo se tensó y se corrió, descargándose dentro de mí durante un buen rato y con fuerza mientras mi nombre salía de sus labios.

Cayó sobre mi cuerpo tembloroso y nuestros pechos se movían arriba y abajo al mismo ritmo. Enterró la cabeza en el hueco de mi cuello y yo introduje los dedos en su pelo humedecido por el sudor.

—Sabía que el sexo contigo sería así —dijo, su voz era casi un suspiro—. Potente, intenso y jodidamente increíble. Lo sabía.

Tragué saliva, controlando todas las emociones que amenazaban con salir, salvo la de la saciedad.

—Yo también.

Capítulo nueve

Tuve que echar una cabezada. Cuando me desperté, Hudson estaba de pie a mi lado echando un edredón sobre mi cuerpo desnudo.

—Duerme, preciosa —dijo mientras yo trataba de incorporarme. Se había puesto un pantalón de chándal, pero seguía oliendo a sexo. El vientre se me puso en tensión en respuesta a aquel olor. ¿Mi deseo por Hudson no iba a quedar nunca satisfecho?

Me dio un beso en la frente.

—Tengo que pedir la cena. ¿Te parece bien comida china?

Me desperecé.

—Me parece delicioso.

—Voy a llamar para que la traigan.

Me quedé mirando su preciosa espalda mientras salía del dormitorio, deleitándome en lo que aún quedaba de mi euforia postsexual. Dios, qué bien me sentía. No me habían follado así desde…, bueno, nunca. El cuidado y la atención que Hudson me había dedicado como amante dejaba poco que desear. Por supuesto, eso hizo que quisiera tenerlo. Otra vez.

Me ajusté el edredón sobre el cuerpo mientras una sensación de inquietud me invadía. Traté de analizar de dónde venía. Lo cierto era que me sentía cómoda, demasiado cómoda. Mi regla número uno para evitar encariñarme de forma poco saludable era la de evitar encariñarme en general. Sentirse cómoda se acercaba demasiado a encariñarse. Y bajo ningún concepto me podía encariñar de Hudson.

Una tenue bola de ansiedad empezó a formarse en mi estómago. Decidí que podía quedarme a cenar, pero tenía que vestirme y sentarme en la mesa. Luego, una vez terminada la velada, Hudson y yo teníamos que mantener nuestra relación solamente en el terreno laboral.

Me quité la colcha de encima y empecé a recoger mi ropa. Encontré las bragas y me las puse y, a continuación, cogí el sujetador.

—¿Te estás vistiendo?

Me sobresalté. Hudson estaba de pie en la puerta mirándome. Llevaba en la mano la camisa y la corbata que había —bueno, habíamos— dejado antes en el salón. De repente me sentí rara por estar casi desnuda y crucé los brazos sobre el pecho.

Lanzó su ropa al cesto y después se cruzó también de brazos. Hudson no parecía estar ocultándose como yo. Más bien parecía que quería regañarme. Levantó una ceja.

—¿Tienes prisa por marcharte?

Sentí un escalofrío. Su mirada y mi desnudez hacían que me resultara difícil recordar por qué quería irme. Aparté la mirada. De todos modos, era probable que él quisiera que me fuera pronto, pues ya había conseguido lo que quería. No teníamos que fingir lo contrario.

—Normalmente, los tíos no quieren que me quede después del sexo.

—Ese comentario pone sobre el tapete tantos temas de discusión que no sé por dónde empezar. —Dio un paso hacia mí—. ¿Qué les pasa a los tíos para que no…? —Negó con la cabeza—. Por favor, Alayna, no me compares con los demás tipos que conoces. Me gustaría pensar que no soy como la mayoría de ellos. Y no quiero saber ni pensar que te acuestas con otros hombres. No me gusta compartir.

Sin mirarle a los ojos, cogí mis pantalones cortos del suelo y no hice caso al estremecimiento que me recorrió la espalda con su sugerencia de posesión.

—Eso me suena mucho a relación. Creía que no querías ninguna.

—No me van las relaciones románticas. Las relaciones sexuales son otra cosa completamente distinta. ¿Por qué te quieres ir?

Ignoré su pregunta y me agaché para coger mi camiseta de los pies de la cama, pero Hudson llegó antes que yo.

—Para —me ordenó, apartando de mí la camiseta. Me puso el dedo bajo el mentón para que le mirara a los ojos. Arrugó el ceño con una mirada que reflejaba su confusión y dijo en tono sincero—: Quiero que te quedes y, si te parece bien, preferiría que no te vistieras.

Quise derretirme con aquella invitación, pero me negué a mostrar que me afectaba.

—Tú estás vestido —dije volviendo a cruzarme de brazos y con un tono parecido al de una niña cuando hace pucheros. El nudo de ansiedad se iba tensando y yo me agarraba a lo que fuera para tratar de mantenerme firme.

—En cuanto traigan la comida, estaré encantado de quitarme la ropa. ¿Eso te hace sentirte mejor?

—Sí.

Pero eran mis hormonas las que hablaban. Mis hormonas querían que se desnudara. Y que se empalmara. Y que su piel estuviera resbaladiza por el sudor.

En cambio mi cerebro no estaba seguro de que fuese una buena idea.

—No sé —rectifiqué.

Sin quitar la mano de mi mentón, con la otra me acarició la mejilla.

—¿Qué está pasando dentro de tu cabeza, preciosa? ¿Vas a salir corriendo cada vez que nos acostemos?

Quería volver a acostarse conmigo. Mis partes íntimas se contrajeron ante aquella idea. Pero a medida que mi excitación aumentaba, también lo hacía el terror que latía en mis venas. Normalmente, el sexo acababa con el interés que yo mostrara por cualquier hombre. Excepto antes, cuando nada acababa con el

interés que sentía por los hombres y me obsesionaba con ellos de forma perenne. Y ahora, que cada parte de mi cuerpo proclamaba la necesidad de disfrutar más del hombre que tenía delante. ¡Joder! ¿Iba a volver a caer en mis antiguas costumbres?

Aparté la mirada.

—La verdad es que no pensaba que esto fuera a repetirse, Hudson.

Me agarró del brazo y me acercó a él.

—Alayna. —Me miraba fijamente buscando una respuesta que yo sabía que no iba a encontrar, pues ni siquiera yo la conocía—. Si no quieres volver a acostarte conmigo, tienes que decírmelo.

—¡Sí que quiero! —Sus manos sobre mí y sus ojos penetrantes consiguieron sonsacar la verdad de mis labios—. Sí que quiero —repetí en voz baja. Lancé mis brazos alrededor de él y apreté la cara contra su pecho, acariciando con la nariz sus duros pectorales. Él respondió a mi abrazo. «Qué cálido». Su abrazo era cálido, seguro y fuerte. Como si pudiera protegerme de cualquier cosa que me asustara. Como si la realidad de lo que él era, la realidad de lo que era para mí, pudiera ser suficiente para evitar que necesitara más.

—¿Qué pasa? —Su voz sonó alegre. Me acarició el pelo y el nivel de mi pánico bajó medio punto—. Dime.

Las lágrimas amenazaban con salir, por lo que agradecí que no pudiese verme la cara. ¿Estaba condenada a vivir el resto de mi vida con miedo a acercarme a la gente? ¿A los hombres?

—No se me dan bien las relaciones. De ningún tipo. Tengo… ciertos problemas.

¿Qué coño estaba haciendo? El sexo sin más implicaba no compartir secretos íntimos. Pero me sentí bien al decir aquello.

—¿Como cuáles? —Hudson enredó las manos en mi pelo para tranquilizarme —. ¿Esto tiene algo que ver con esa orden de alejamiento?

El suelo desapareció bajo mis pies. No podía moverme.

—¿Lo sabes?

Nadie lo sabía. Al menos, muy pocas personas. Brian, mi grupo de apoyo y Liesl sabían algo. Pero nunca se lo contaría a Hudson. Me solté de sus brazos, me dejé caer sobre la cama y enterré el rostro entre las mantas.

—¡Ay, Dios mío, qué vergüenza!

Se rio y se tumbó a mi lado en la cama, con la cabeza apoyada en un codo. Me pasó una mano por la espalda, masajeándome los músculos en tensión. Aquello me hizo sentirme bien y, de no haber estado muriéndome por la humillación, estoy segura de que habría gemido.

Cuando habló, lo hizo en voz baja y al oído:

—Sé intimidades de ti, preciosa, como la cara que pones y los sonidos que haces cuando estás a punto de correrte, ¿y te preocupa esto?

Solté un gruñido contra el colchón, en parte de tristeza y en parte por el placer que me daba sentir sus dedos sobre mi espalda. Giré la cabeza para que pudiese oír lo que le decía, pero no le miré para no tener que verle la cara.

—Fue algo fuerte. Muy fuerte. Casi mi mayor secreto. Creía que mi hermano lo habría enterrado. —Me incorporé sobre los codos y me giré para mirarle—. ¿Y dices que debería avergonzarme por la cara que pongo y los sonidos que hago cuando…? Ya sabes.

—Tenía que saber todo lo que pudiera aparecer sobre mi novia de mentira. Ya está enterrado. —Colocó la mano sobre mi mejilla y sus ojos se oscurecieron —. Y nunca, jamás, sientas vergüenza por cuál sea tu aspecto o por cómo suene tu voz en ningún momento, sobre todo cuando estás a punto de correrte. —Dio vueltas con su nariz alrededor de la mía—. Para mí es un honor conocerte así.

—Me muero de la vergüenza. —Dejé caer la cabeza sobre la cama, pero seguí mirándole—. Por la orden de alejamiento, quiero decir. No sé cómo reaccionar ante lo demás.

—¿Por qué?

Me pasó la mano por la cara y por el pelo, desencadenando con cada caricia una descarga eléctrica que soltaba chispas en lo más hondo de mi ser. Aquello me relajó, me reconfortó y temblé como un flan. En ese momento, podría haberme pedido lo que fuera que yo habría accedido.

—Porque hace que me sienta rara y me estremezca. Y me pone cachonda.

—Fantástico —respondió sonriendo—. Pero a lo que me refería es a por qué te mueres de la vergüenza.

—Ah. —Me ruboricé. Lo que había dicho por equivocación era, en realidad, menos embarazoso que lo que él me había preguntado. Pero como seguía acariciándome con esa mano mágica más eficaz que la tortura china del gota a gota, le respondí también a aquello—: Porque es la prueba de que estoy loca. ¿Sabes? Eso que dije de que amo demasiado… La orden de alejamiento está relacionada con ese tema y me gusta fingir que nunca ocurrió.

—Entonces, nunca ocurrió. —Me dio un beso en la nariz—. Todos hemos hecho locuras en el pasado. Nunca voy a echártelo en cara. —Dejó de acariciarme el pelo y miró hacia algún punto detrás de mí—. Solo es otro motivo por el que el amor de pareja no me interesa. La gente se vuelve loca por su culpa.

A continuación, se relajó y volvió a fijar su atención en mí.

—Pero, volviendo al meollo de la conversación, ¿qué tiene que ver eso con una relación que surja entre tú y yo?

Me incorporé, desconcertada por la facilidad con que había desestimado mi antiguo comportamiento.

—Se me fue la cabeza, Hudson. Con un hombre. —No me estaba tomando en serio y necesitaba que lo comprendiera—. Con varios, en realidad. Pero con el

último fue con el que no terminó bien.

Hudson se incorporó a mi lado, nuestros hombros rozándose.

—¿Y crees que se te va a « ir la cabeza» por mí?

Me concentré en las manos, que yacían en mi regazo.

—La verdad es que no sé qué contestar. Me he mantenido alejada de las relaciones durante un tiempo para no tener que enfrentarme a eso. Intentar tener ahora algo contigo… es para mí un territorio desconocido. —Lo cierto era que, por mucho que me asustara caer en una conducta insana, no quería terminar con Hudson. Y tendríamos que trabajar juntos. Aunque lo mejor fuera no volver a acostarme con él, ¿sería capaz de resistirme?

Le miré a los ojos preguntándome si ya le habría espantado. Porque, aunque sabía que él debía salir corriendo, esperaba que no lo hiciera.

—Por ahora, no he perdido la cabeza. Contigo. Y no quiero renunciar a acostarme contigo. Quiero decir… —Aparté la cara, ruborizándome por enésima vez.

Él me estrechó en sus brazos y me mordisqueó la oreja.

—Te pones adorable cuando estás nerviosa. Yo tampoco quiero renunciar al sexo contigo. Así que no lo haremos. Tendremos toneladas de sexo sensacional.

Me dejé abrazar.

—No he dicho todavía que sí. —Pero ¿no lo estaba haciendo?—. Tengo que ir despacio.

¿Qué iba a hacer si me despertaba una mañana completamente obsesionada? No podría romper con él si llegaba a ese punto.

—Alayna, tal vez tú tengas que ir poco a poco, pero yo ya sé que habrá montones de polvos entre los dos. —Se acercó más y yo me derretí con sus palabras y sus caricias—. De hecho, voy a volver a meterme dentro de ti antes de que te vayas a trabajar.

Noté su erección sobre mi vientre desnudo. En lugar de sorprenderme y sentirme avergonzada por seguir deseándolo tanto, decidí deleitarme con ello.

—¿Ahora mismo?

Me besó intensamente, apoderándose de mi boca con su lengua. Después, con la misma rapidez, se apartó.

—Ahora no, preciosa. La cena está a punto de…

El portero automático sonó antes de que pudiera terminar la frase. Sonrió y se puso de pie. A continuación, se dirigió a la puerta y, mirando hacia atrás, dijo:

—Pero tu entusiasmo es de lo más excitante.

Sonreí, disfrutando del hormigueo que me había dejado nuestro beso. Joder. La cena había llegado y yo estaba sin vestir. Ponerme la ropa ahora sería una declaración de principios. Quedarme desnuda, también. Me incorporé y vi su camisa sobre el cesto de la ropa. Serviría como solución intermedia.

Me quité los pantalones cortos y me acababa de abrochar los botones de su

camisa cuando Hudson volvió con una bolsa de comida en una mano y dos platos en la otra. Me miró de arriba abajo con un brillo de placer en los ojos.

—Si tienes que estar vestida, te doy mi total aprobación.

De repente, me sentí juguetona e hice una reverencia.

—Pues muchas gracias, señor Pierce. No sé qué haría sin su aprobación.

Sonrió y se acercó a la cama.

—¿Me desnudo yo? Te prometí que lo haría.

—No, si de verdad quieres que coma. Me distraería demasiado. Y ya lo paso bastante mal con los palillos chinos.

Hudson me hizo una señal para que fuera con él a la cama.

—¿Necesitas que te dé de comer yo?

—Eh… Puede que sí.

Comimos juntos ternera al estilo mongol y el pollo *szechuan*, que Hudson había dispuesto sobre la cama. Forcejeé con los palillos y la mitad de la comida no llegó hasta mi boca. De vez en cuando, él me dio de comer y yo se lo permití, disfrutando de que cuidara de mí de un modo que nadie había hecho desde hacía mucho tiempo; si es que alguien me había cuidado así alguna vez.

—¿Qué haces mañana? —preguntó Hudson después de ir a por dos vasos de té helado—. Me refiero a antes del trabajo.

Di un sorbo, conmovida por que Hudson hubiera optado por beber lo mismo que yo cuando probablemente él habría preferido vino.

—Termino de trabajar esta noche a las tres. O mañana a las tres, como prefieras decirlo. Probablemente dormiré buena parte del día. Mañana entro a trabajar a las nueve. ¿Por qué?

Alargó la mano para darme otro bocado.

—Tengo que llevarte de compras. Vas a necesitar ropa para el evento benéfico de mi madre.

Prácticamente me atraganté con una castaña de agua.

—Joder, un atuendo inapropiado y ya supones que no sé vestirme. En serio, debería quemarlo.

—No se trata de eso para nada. Que sepas que me encanta esa ropa y me decepcionaría mucho saber que la has quemado. La verdad es que espero vértela otra vez. En privado, claro. —Sus ojos se iluminaron, quizá porque me estaba imaginando con el corsé ajustado que me había puesto la noche en la que oficialmente le conocí—. Me encanta toda tu ropa. —Tiró de la parte inferior de mi camisa, su camisa en realidad—. Tienes un gusto excelente en el vestir. Pero mi madre esperará que la chica con la que yo salga vaya vestida… —Se quedó callado—. ¿Cómo te diría?

Casi disfruté viéndole esforzarse por una vez para encontrar las palabras adecuadas. Pero me pareció que no lo conseguía, así que le ayudé:

—Ya entiendo. Necesito ropa de marca. —Me callé para pensar en si me

sentía ofendida—. Supongo que, si quieres llevarme a comprar ropa cara, no debo protestar.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Me gusta esa actitud. Te recogeré a las dos. Hazte a la idea de que vas a pasar el día conmigo. Y no me mires así…, solo habrá sexo si tú quieres.

Desde luego que querría. Pero aún tenía que decidir si debía suceder o no. Tenía que meditarlo.

—Exactamente, ¿cómo tienes pensado que funcione esto? ¿Me vas a enviar un mensaje cuando quieras echar un polvo?

—Vale. O puedes enviármelo tú. O podemos quedar con antelación, como hemos hecho esta noche. —Hudson se quedó mirándome—. ¿Qué te parecería no usar condones?

Siempre había pensado que los condones eran una lata, pero nunca había tenido una relación de compromiso en la que pudiese plantearme no usarlos. Me sorprendió, después de una sola vez, tener esta conversación con Hudson.

—Si estás limpio, supongo que… Uso anticonceptivos. Los últimos análisis de enfermedades de transmisión sexual me los hice hace un mes y salieron bien.

—Yo estoy limpio. Me hago pruebas todos los meses. Y no me gustan los condones.

—Entonces, se acabaron los condones.

Sonrió y yo me di cuenta de mi error.

—Si es que acepto, quiero decir.

—Ajá. —Me fue subiendo la mano por la piel desnuda. La tensión sexual impregnaba el aire que nos rodeaba, pero mi cerebro me gritaba que fuera cautelosa.

Me abracé las rodillas apartándome como si tal cosa de su caricia.

—Has dicho que quieres fidelidad. ¿Puedo esperar yo lo mismo de ti? ¿O vas a estar utilizando este apartamento con otras mujeres?

Hudson bajó los restos de la cena al suelo para dejar vacío el espacio que había entre los dos. A continuación, colocó una mano en cada una de mis rodillas y me atravesó con los ojos.

—No soy un cabrón, Alayna. He mantenido relaciones sexuales en este piso, sí, pero lo tengo para poder estar cerca de mi despacho, no como picadero. —Extendió una mano para acariciarme un mechón de pelo que tenía tras la oreja —. Seré tan fiel como espero que lo seas tú.

Su cercanía, su caricia, su promesa de fidelidad… hicieron que mi excitación aumentara suplicándome que me rindiera. Pero también se me removió algo más profundo, algo que era tan familiar como desconocido, algo que no sabía nombrar ni identificar y, si lo intentaba, sabía que, fuera lo que fuese, me consumiría.

Me levanté espantada de la cama.

—Ahora mismo no puedo seguir pensando en esto.

Empecé a recoger mi ropa.

—¿Por qué te asustas?

Hudson también se levantó.

Me di la vuelta para mirarle. De repente estaba enfadada con él, conmigo misma, con mi estúpida obsesión con engancharme y espantar a la gente y con mis padres por haber muerto y haberme empujado hacia ese comportamiento.

—¿Sabes? Para ti es muy fácil decir que quieres una relación sexual duradera. No te costará nada evitar implicarte emocionalmente. Es tu defecto, no el mío. ¿No te das cuenta de que darte lo que me estás pidiendo puede resultarme imposible? —Me froté los ojos, esperando detener las lágrimas antes de que empezasen a salir.

Hudson extendió los brazos hacia mí, pero yo me aparté.

—Hudson, cuanto más nos acostemos, más probabilidades hay de que me enganche y, aunque a ti también te pasara, nunca llegarías al mismo nivel que yo. Así que créeme cuando te digo que todo esto es una muy mala idea. Pensemos que esta ha sido una velada maravillosa… Dios, más que maravillosa. Pero ahora pasemos página.

Apretó la boca formando una línea recta.

—Si eso es lo que necesitas…

—Sí. —Me abracé a mí misma, avergonzada por mi estallido—. También necesito una ducha. ¿Te importa?

—Para nada. Ahí dentro. —Gesticuló señalando el cuarto de baño—. Te traeré una toalla.

Parecía distante y yo me arrepentí al instante de haberle empujado a esa actitud. Ya echaba de menos su calor.

En el baño, dejé mi ropa sobre la encimera de granito negro y evité mirar al espejo, pues no me iba a gustar cuando viera quién me devolvía la mirada. Abrí el grifo del agua caliente de la ducha; esperaba que aquel calor aliviara el frío que se había instalado en mí y fuera subiendo bajo el fuerte chorro.

Allí dentro, sola, abrazada por el agua y el vapor, las lágrimas salieron sin control. Lloré en silencio, rindiéndome a la misma soledad vacía a la que ya me había acostumbrado antes de que Hudson llegara para enseñarme algo nuevo.

Sumida en la autocompasión, no le oí llegar al baño con las toallas. Abrió la puerta de la ducha y entró conmigo. En lugar de reprocharle su clara falta de respeto hacia mis deseos de apartarme de él, me abandoné y apreté mis labios contra los suyos.

Él respondió sin vacilar besándome con una suave agresividad. Cuando me aparté para tomar aire, cogió el bote de gel y se echó un poco en la mano. A continuación, empezó a enjabonarme. Se tomó su tiempo, pasando sus jabonosas manos por cada centímetro de mi cuerpo. Se detuvo más rato en mis pechos,

apretándolos y acariciándolos, dándome pequeñas sacudidas en los pezones con los pulgares. Yo suspiré de placer.

Cuando hubo lavado bien toda la parte superior de mi cuerpo, se agachó para lavarme las piernas, empezando por los pies y subiendo por mis largas extremidades. Avanzaba con tanta lentitud y sensualidad, masajeándome la piel con el jabón, que cuando sus dedos se deslizaron por los pliegues de la parte inferior de mi vientre, yo estaba a punto de suplicarle. Sus dedos acariciaron mi clítoris al pasar y yo solté un gemido.

Pasó las manos por mis pliegues una y otra vez y yo me retorcía con cada provocación.

—Hudson… —suspiré con los labios apretados y mi sexo contraído por la excitación.

—¿Es esto lo que deseas? —dijo metiendo dos dedos dentro de mí y retorciéndolos.

—¡Sí! —jadeé—. Mejor dicho, no. Te deseo a ti.

Sonrió maliciosamente mientras seguía moviendo los dedos dentro de mí.

—Vas a tener que esperar. Estoy disfrutando haciéndote esperar.

Quise protestar, pero cuando añadió un tercer dedo a la exploración y me apretó suavemente el clítoris me fue imposible decir nada. Yo gemía mientras me balanceaba adelante y atrás, clavando las uñas en los anchos hombros de Hudson.

Justo cuando estaba a punto del orgasmo, sacó los dedos de mi cuerpo. Abrí los ojos y lo vi de pie delante de mí sosteniendo el bote de gel.

—Yo también tengo que lavarme.

Mi cuerpo se estremecía por la excitación, pero estaba deseando tocarle. Ni siquiera había podido ver bien su cuerpo desnudo, pues había estado muy distraída en el dormitorio y ahora en la ducha. Me enjaboné las manos y empecé por los hombros, como él había hecho; pero estaba demasiado ansiosa para ir despacio. Enseguida le había lavado todo el cuerpo menos la polla. Me quedé mirando su gigante erección, fascinada por su longitud y su grosor. La había notado grande, pero no tenía ni idea de que lo fuera tanto.

Tragué saliva. Con fuerza.

—¿Qué te pasa, preciosa?

Me di cuenta de que estaba sonriendo, incapaz de apartar los ojos de lo que estaba viendo ante mí.

—Eh…, vaya —conseguí decir—. Me siento un poco intimidada.

—Pero si ya ha estado dentro de ti. Ya sabes que te cabe. —La voz se le volvió más ronca—: Tócala, Alayna.

Aquella orden hizo que me pusiera en marcha. Moví las manos alrededor de su miembro y le acaricié la suave y sedosa piel. La notaba firme, poderosa, perfecta. Moví mi puño arriba y abajo, una, dos veces. Y a la tercera dio un

brinco en mis manos.

Con la siguiente caricia, lanzó un gruñido y me levantó, haciendo que pusiera mis piernas alrededor de él. Apoyó mi espalda sobre los azulejos de la pared mientras su boca invadía la mía y, con un fuerte movimiento, se metió dentro de mí. Enredé las manos en su pelo mientras me embestía y sentí cada centímetro de su polla llenándome, follándome.

Grité cuando el orgasmo me recorrió el cuerpo y los temblores se extendieron hasta los dedos de mis pies. Hudson aligeró el ritmo y se agarró más fuerte a mis caderas para poder bombear dentro de mi sexo, que se movía espasmódicamente alrededor de su miembro de acero. Unas cuantas embestidas después, dejó escapar su propio grito y su polla se sacudió en mi interior lanzando calientes chorros dentro de mi sexo.

En ese momento me permití creer que podríamos estar juntos así, del modo que él quería, sin llegar a obsesionarme; aunque también temía ya estar obsesionada.

Capítulo diez

Me puse tan nerviosa con la aventura de irnos de compras que decidí esperar a Hudson en el portal de mi casa. Esperaba encontrarme a Jordan con el Maybach, así que me sorprendí cuando Hudson llegó a bordo de un Mercedes SL Roadster.

Entré en el asiento del pasajero.

—Bonito buga.

Sus labios se curvaron formando una sensual sonrisa mientras arrancaba y se incorporaba al tráfico.

—Me alegra que te guste.

No sabía adónde mirar primero, si al lujoso coche deportivo o a Hudson con sus ajustados vaqueros azul oscuro y su entallada camisa granate. No le había visto con ropa informal y, por muy buen aspecto que tuviera con sus trajes, ese nuevo estilo hacía que algo me revoloteara en el estómago.

Bueno, en general, con Hudson siempre sentía que algo me revoloteaba en el estómago.

—Así que has venido conduciendo tú.

Normalmente, no me gusta decir lo evidente, pero de alguna forma tenía que silenciar la carga sexual que había entre los dos. Sobre todo, porque otra mañana sin parar de cuestionarme lo saludable de mi relación con Hudson me había llevado a la conclusión de que ese día teníamos que prescindir del sexo. Necesitaba contrarrestar el encariñamiento con la distancia. Esperaba no echarme atrás cuando llegara el momento de decírselo.

Me miró por encima del hombro antes de cambiar de carril.

—¿Por qué te sorprende que conduzca yo?

Me encogí de hombros mientras me ponía el cinturón de seguridad.

—Me imaginaba que siempre ibas con chófer.

No es que lo necesitara. Se desenvolvía bien con el tráfico de la ciudad y verle manejar el volante me excitaba.

—¿Qué tiene de divertido tener un coche chulo y no conducirlo?

—Buen argumento.

En el siguiente semáforo, Hudson me miró por encima de sus gafas Ray Ban de aviador.

—Estás muy guapa, Alayna. Como siempre.

Su voz rezumaba pura seducción y yo tiré del dobladillo de mi vestido suelto y sin mangas preguntándome si siempre había sido tan corto como de repente me lo parecía.

—¿Me estás dorando la píldora para que te deje elegir lo que me voy a probar?

—Voy a elegir lo que te vas a probar de todos modos.

—Claro que sí.

Al fin y al cabo, él era el que pagaba.

Avanzamos en silencio durante unos minutos, intercambiando de vez en cuando miradas cargadas con todo el peso de la atracción que sentíamos mutuamente. En otras circunstancias, ese flirteo y esa tensión habrían sido divertidos, pero no cuando me sentía tan aturdida y tan insegura.

Tenía que quitarme de encima lo que le debía decir.

—Eh… Hudson, ¿podemos ceñirnos hoy solamente a las compras?

Esperaba con toda mi alma que entendiera a qué me refería sin tener que explicitarlo.

Lo hizo. Un breve destello de decepción cruzó por su rostro, o puede que fuese cosa de mi imaginación. Su tono parecía tenso cuando dijo:

—Lo que tú quieras, Alayna.

Me arrepentí al instante de haber dicho nada. El divertido tono del flirteo desapareció y Hudson se volvió reservado e introvertido. Pensé en retirar lo que había dicho, pero ¿cómo iba a hacer eso?

—Vamos a la tienda de Mirabelle —dijo unos minutos después, sin mirarme.

—¿Mirabelle, tu hermana?

La hermana de Hudson, Mirabelle, tenía una conocida tienda de ropa de diseño en el Greenwich Village. Era del tipo de establecimientos a los que solo se puede entrar con cita previa, pero, por lo que había visto desde el escaparate, esa mujer tenía un enorme talento para la moda.

—Sí. Sus amigas le han organizado hoy una fiesta en la que van a darle los regalos para su futuro bebé, así que pensaba que no estaría en la tienda. Pero cuando ha sabido que iba a llevar a mi «novia» a probarse ropa, ha insistido en estar para conocerte. Lo cual significa que oficialmente empieza nuestro trabajo. ¿Eso te supone algún problema?

—Pues no, claro que no.

Las palmas de las manos empezaron a sudarme. Se me ocurrió que las horas que había estado preocupándome por evitar cualquier impulso de investigar a Hudson por Internet debía haberlas ocupado en investigarle de verdad por Internet. De ese modo, quizá habría obtenido más información sobre el supuesto amor de mi vida.

—¿Y si me hace preguntas? Sobre ti, sobre nosotros…

¿Cómo íbamos a dar una imagen de pareja feliz cuando la tensión entre los dos era palpable?

—No te preocupes por eso. Yo voy a estar presente. Sígueme la corriente. —Hudson se llevó la mano bajo las gafas y se frotó el puente de la nariz—. Lo cierto es que apenas vas a tener oportunidad de decir nada. Mirabelle es muy parlanchina.

—Pero… ¿qué hago?

—Simplemente, sé mi novia.

—¡Oh, Dios mío, Hudson! ¡Me habías dicho que era guapa, pero no sabía que tanto!

La alegre morena que estaba delante de mí era claramente familia de Hudson. Compartían muchos rasgos: mejillas cinceladas, mentón poderoso y el mismo tono en el cabello y la piel. Sin embargo, Hudson era ancho y musculoso y Mirabelle era menuda; además, su pequeña estatura se acentuaba con el vientre abultado que sobresalía por delante de ella.

Mirabelle siguió hablando mientras me examinaba de arriba abajo, dando vueltas alrededor de mí y de Hudson, que me sostenía la mano desde que la agarró justo antes de hacer sonar el timbre.

—Va a ser muy divertido vestirla. Tiene el tipo de cuerpo que más me gusta, incluidas tetas y caderas. —Se detuvo mientras me levantaba el vestido, ya corto de por sí—. ¡Unas piernas fantásticas, Hudson!

Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro de Hudson y me apretó la mano.

—Sí, ya me conozco bastante bien las cualidades físicas de Alayna.

El calor se apoderó rápidamente de mi cara.

Mirabelle le dio un puñetazo juguetón a su hermano.

—Eres un chico muy malo. —A continuación, se giró hacia mí y ahogó un grito cubriéndose la boca con la mano—. ¡Oh, cielos! Estoy hablando en tercera persona. ¡Cómo he podido ser tan maleducada! ¡Estoy emocionada por haberte conocido por fin, Alayna! ¡Hudson me ha hablado mucho de ti!

Lanzó los brazos alrededor de mi cuello y me dio un cariñoso abrazo. Yo giré la cabeza para mirar a Hudson y me pregunté qué le habría dicho de mí y cómo me había permitido a mí misma meterme en esa situación sin estar preparada. Él se encogió de hombros como respuesta y me soltó la mano, dejándome ya sin excusas para no abrazar a su hermana.

Cuando Mirabelle me soltó, me di cuenta de que tenía que dejar de preocuparme y meterme en el papel. Tragué saliva y le dediqué una gran sonrisa.

—Yo también me alegro de conocerte. Pero llámame Laynie.

—Y tú me puedes llamar Mira. Huds es demasiado formal. —Pasó su brazo bajo el mío, lo que me recordó a las irritantes chicas más populares del instituto, que caminaban por los pasillos agarradas de la mano de sus amigas. Aunque tenía que admitir que no era tan irritante cuando eres tú la chica que va al lado—. Bueno, bueno, bueno. Hoy no puedo quedarme mucho rato, lo cual siento tremendamente, así que vamos a empezar. Tengo ya un millón de ideas para ti.

No había tenido ocasión de echar un vistazo alrededor, pues Mira me había

abordado en la misma puerta, así que empecé a inspeccionar la tienda. Pese a ser pequeña, Mirabelle tenía una amplia gama de ropa y zapatos de mujer. Las paredes y los muebles eran de un blanco brillante, lo cual daba a la estancia un aire de elegancia y permitía que las prendas expuestas resaltaran como obras de arte.

—¿Vamos a comprar solo para la gala de mamá? —preguntó Mira con la frente arrugada como si estuviera pensando por dónde empezar.

Hudson apoyó una mano en la parte inferior de mi espalda. A pesar de que sabía que aquel gesto formaba parte del espectáculo que estábamos representando para su hermana, la electricidad que siempre acompañaba a su roce me recorrió la columna vertebral.

—Sobre todo para el desfile de moda, pero vamos a ver qué más podemos encontrar. Compraremos todo lo que le guste a Alayna.

Me lanzó una mirada que solo podía describirse como de adoración. Dios, qué bien lo hacía.

Mira tenía su atención fija en nosotros, así que me aseguré de responder a la mirada de Hudson controlándome para no perderme en sus ojos de un gris intenso.

—Ah, gracias. —Añadí dulzura a mi habitual tono nada almibarado. Me volví hacia Mira y comenté—: Hudson me mima mucho. No me lo merezco.

Él empezó a protestar, pero le interrumpió el sonido de su teléfono.

—Perdonad. —Entrecerró los ojos mientras leía un mensaje.

Mira no le hizo caso y fue colocándose ropa en el brazo.

—Esto y esto. ¡Ah, y esto te quedará perfecto! —Mirando hacia la trastienda, dijo—: Stacy, ¿puedes prepararnos un probador?

Apareció una rubia muy delgada, que salió de un despacho de la parte de atrás. Cogió la ropa que Mira le dio.

—¿Qué probador quieres usar?

Aunque se dirigía a Mira, Stacy miraba a Hudson con anhelo. Con el suficiente anhelo como para que me preguntara si tendrían un pasado en común o si Stacy deseaba que lo tuvieran.

Yo también miré a Hudson. Seguía tecleando en su móvil con el ceño fruncido y la boca apretada formando una línea recta.

—El grande, por favor. Laynie, esta es mi ayudante, Stacy. —Mira volvió a llamar la atención de la rubia—. Laynie es la novia de Hudson, así que asegúrate de que recibe un trato VIP.

—Claro —contestó Stacy con una amplia sonrisa falsa mientras sus ojos lanzaban puñales hacia mí.

Cuando Stacy se retiró y ya no podía oírnos, me incliné hacia Mira.

—Parece que no le he gustado mucho a tu ayudante. —Me callé. ¿Debía decir algo más? Decidí que sí. Era la verdadera yo quien quería saber algo sobre

Stacy y Hudson, pero la otra yo, la novia, también querría saberlo—. Y parece que le gusta mucho Hudson. ¿Hay algo entre ellos?

Mira vaciló sin mirarme a los ojos.

—No le hagas caso. Stacy lleva toda la vida completamente enamorada de Hudson, aunque no es para nada su tipo. No hay nada de lo que preocuparse. Lo cierto es que es gracioso.

Parecía como si estuviera ocultando algo, pero, por otra parte, quizá simplemente le resultaba raro hablar de líos de chicas con la novia de su hermano. Me quedé con esta última explicación cuando Mira bajó la voz y dijo riendo entre dientes:

—¿Te has dado cuenta de que Hudson no le ha hecho ni caso?

—Sí. —Yo también me reí. De verdad. Me gustaba Mira.

Mira continuó cogiendo ropa y accesorios.

—Hudson, ¿qué te parecen estos? —preguntó sosteniendo en el aire unos tacones con tiras.

Sin levantar la mirada, Hudson respondió con un gruñido:

—Sí, sí.

Me mordí el labio preguntándome qué sería lo que le tenía tan preocupado. Había entrado decidido a elegir la ropa para mí y yo sabía que él quería interpretar nuestra farsa para su hermana. En cambio, llevaba con el teléfono desde que habíamos llegado. Una pequeña parte de mí temía que su actitud fuese una respuesta de pasividad agresiva frente a mi negativa a tener sexo, sin hacer caso a nuestra situación. Pero Hudson nunca mostraba pasividad agresiva ante nada.

Mira tampoco aprobó su falta de atención.

—Huds, es fin de semana. Guárdate la Blackberry —le reprendió con un codazo en el brazo—. Por fin tienes una novia. ¿Estás tratando de ahuyentarla?

Hudson dejó de teclear y levantó la cabeza.

—Sí, sí.

Yo me puse delante de él y coloqué las manos sobre sus bíceps, sus bíceps perfectamente esculpidos.

—Escucha a tu hermana y deja el trabajo.

Se guardó el teléfono y me rodeó con sus brazos.

—¿Crees que no te estoy haciendo caso?

Su rostro se había relajado, pero sus ojos mostraban aún restos de angustia.

—Vas a conseguir que crea que tienes otra chica.

Quizá sí tenía otra chica. Yo le había negado el sexo y puede que ahora él estuviera repasando su lista de contactos.

Aparté esa idea de mi mente y acaricié su nariz con la mía. A continuación, sin poder evitarlo, bajé la voz y pregunté:

—¿Va todo bien?

—Es el trabajo.

Restregó su cara contra la mía, pero no sin antes lanzar una mirada a Mira para asegurarse de que ella nos observaba. El teléfono volvió a sonar en su bolsillo. Lo sacó y dejó un brazo rodeando mi talle relajadamente. Su cuerpo se puso en tensión bajo mis manos cuando leyó el mensaje.

—Lo siento, muñeca. Tengo que hacer una llamada.

« ¿Muñeca?» . En mi imaginación, puse los ojos en blanco. Sin embargo, Mira sí que puso de verdad los ojos en blanco.

—Ven conmigo, Laynie. Que vaya a hacer su aburrida llamada de teléfono. Vamos a ver cómo te queda esta ropa.

Me agarró del brazo dispuesta a llevarme al probador. Hudson dejó de teclear.

—Esperad un momento. Voy con vosotras.

Mira negó con la cabeza.

—Saldremos a enseñarte la ropa. No te preocupes.

—Mirabelle, no voy a dejar a Alayna sola con mi excesivamente entusiasta hermana pequeña.

Yo vacilé entre el agradecimiento por la protección de Hudson y el recelo de que no quisiera que me quedase a solas con Mira por razones que solo él sabía. Me incliné por esto último, pero podía deberse a que soy recelosa por naturaleza.

Mira fulminó con la mirada a su hermano.

—No vas a entrar en el probador. Eso… no estaría bien.

Concluí que podría arreglármelas bien a solas con ella, si es que esa era la razón por la que no quería que estuviésemos juntas, y me solté del brazo de Mira para apoyarme en el de Hudson.

—Estaré bien, H. —Abrevié su nombre, en parte por la necesidad de utilizar un apelativo más familiar para dirigirme a él y en parte para fastidiarle—. Ocúpate de eso tan urgente.

—¿H? —preguntó de forma que solo yo pudiera oírle.

—Asúmelo, muñeco —susurré como respuesta.

Solo quería darle un besito, pero cuando mis labios rozaron los suyos, él los atrajo para darme un beso más profundo, un beso que denotaba más implicación de la necesaria, si se debía solamente a que Mira estaba delante.

La tarde pasó rápidamente mientras yo me probaba casi todas las prendas de la tienda. Mira me ayudó a vestirme, conjuntando cada una con los zapatos y los accesorios adecuados. Siempre me había gustado probarme ropa nueva, pero nunca me había visto ni sentido tan bien como con la que había elegido Mira. Me sentía como una modelo.

Con cada cambio de atuendo, me hacía desfilar ante Hudson, que sonreía y asentía mientras hablaba por teléfono. En alguna ocasión negó con la cabeza para mostrar su desaprobación, normalmente cuando la ropa era ligeramente subida de tono. Y unas cuantas veces vi un destello de deseo en sus ojos, el mismo que

expresaba su ansia de posesión la noche en que le conocí. Esas prendas fueron las que decidí que eran mis preferidas.

Cuando ya habíamos elegido un vestido para el desfile de moda además de un montón de ropa más, Mira sostuvo en el aire un largo vestido de noche negro con un corpiño de corsé.

—Hemos guardado lo mejor para el final —dijo.

Aunque la idea de llevar un corsé con Hudson me ponía ligeramente nerviosa por mi primer encuentro con él, nunca había visto nada tan exquisito como aquel vestido que Mira tenía en sus manos y, antes incluso de ponérmelo, supe que quedaría precioso.

Mira me ayudó a quitarme el sujetador y, a continuación, alzó el vestido por encima de mi cabeza y lo deslizó después por mi busto.

—Hudson me ha dicho que os conocisteis en no sé qué cosa de la universidad —comentó mientras empezaba a atarme los lazos.

Tragué saliva. Había supuesto que Hudson le había dicho a la gente que nos habíamos conocido en el club, pero esa explicación tenía más sentido. Eso les habría dado la oportunidad de enamorarse a la Alayna y al Hudson ficticios. Aun así, me descolocó por un momento y me lo pensé antes de responder.

—Sí, fue en una ceremonia de graduación en Stern.

Mira apretó otro lazo.

—Tengo que saberlo: ¿fue amor a primera vista para los dos o solo para él?

Así que él había dicho que había sido amor a primera vista. Un bonito detalle.

—Sin duda, para mí también.

Vi por el espejo cómo Mira sonreía detrás de mí.

—Es muy romántico eso de que quisiera contratarte y, como tú ya tenías trabajo, comprara el club en el que trabajabas para estar más cerca de ti.

Tomé aire rápidamente, sorprendida por aquel nuevo dato de la historia.

—¿Eso te ha dicho?

Mira se llevó la mano a la boca con los ojos abiertos de par en par.

—¡Dios mío! ¿No lo sabías?

—Sí, sí. Sí que lo sabía.

No lo sabía, claro. Pero lo que realmente me llamó la atención fue la posibilidad de que pudiera ser verdad. Lo había descartado cuando se me ocurrió. Ahora, en cambio, no podía desestimar esa posibilidad tan fácilmente.

Tampoco podía pensar en ello en ese momento. No cuando Mira parecía aún asustada por haber dicho algo que no debía. Intenté tranquilizarla:

—Fue tremendamente romántico que comprara el club. Pero creía que no se lo había contado a nadie.

Esa explicación funcionó y el rostro de Mira se relajó.

—Fue una sorpresa. Normalmente, es muy reservado con sus emociones. Debes de haber despertado algo en él. —Se apartó de mí—. Y si este vestido no

despierta algo en él, es que está completamente ciego. ¡Estás increíble!

Tenía razón, era cierto que estaba increíble. Cuando salimos a la tienda, Hudson hizo algo más que simplemente sonreír y asentir. Colgó el teléfono y me miró boquiabierto.

—¿Te gusta?

Ya sabía la respuesta por el deseo que vi reflejado en sus ojos. Aquella mirada suya nunca dejaba de excitarme, nunca dejaba de hacer que las bragas se me mojaran.

Asintió despacio, aparentemente sin habla, y me sorprendí por haberle llevado a ese estado. Me hizo sentirme más atractiva y poderosa que nunca.

—Vaya, Huds se ha quedado sin palabras —dijo Mira con las manos apoyadas en su vientre de embarazada—. Ver para creer.

Sin hacer caso a su hermana, Hudson se acercó a mí.

—Te cogería en brazos, pero entonces ya no podría mirarte —murmuró—. Estás espectacular, Alayna.

—Gracias —susurré.

Aquel momento fue para nosotros, no para Mira. Yo estaba guapa para Hudson y eso hacía que él lo estuviera mucho más para mí. También hizo que los pezones se me pusieran de punta, un incómodo aprieto cuando ya había un corsé que me tenía prensada.

—Bueno, chicos, os diría que os fuerais a una habitación, pero me temo que elegiríais uno de los probadores. —Mira amenazó con romper aquel momento, pero la intensidad se mantuvo durante un rato—. No tengo que preguntar si vais a quedaros con este.

—Nos lo llevamos.

Hudson no apartaba los ojos de mí, lo cual demostraba la sinceridad de sus palabras, pues no podía dejar de mirarme.

En mi mente apareció una breve imagen de él y yo haciéndolo allí mismo, en el suelo de la tienda. Pero como teníamos público —y como según yo misma había decretado, aquel era un día sin sexo— desvié los ojos. Aquella interrupción en nuestras miradas me ayudó a tomar fuerza también para alejarme.

—Voy a cambiarme.

Mira fue delante de mí, pero se detuvo en la puerta del probador para mirar su reloj.

—Ah, mierda, ¿de verdad es esta hora? ¡Voy muy retrasada! Entra tú. Le diré a Stacy que te ayude a desvestirte. —Me dio un abrazo rápido—. Ha sido maravilloso poder conocerte por fin. Te veo mañana en el desfile.

Soplé sobre un mechón de pelo que me había caído sobre la cara y entré en el probador, para nada deseosa de verme a solas con Stacy y sus ojos afilados como cuchillas. Mientras la esperaba, me llevé las manos a la espalda para ver si podía desatar yo sola el corsé y se me enganchó una uña del dedo en uno de los

nudos. Examinaba la uña intentando limar el filo, cuando sentí las manos de Stacy desatándome los lazos. Me odiaba tanto que ni siquiera me había saludado.

Levanté la mirada de la uña para observarla en el espejo. Pero no era Stacy la que me estaba quitando el corsé. Era Hudson.

Me miró a los ojos, atravesando mi reflejo con una mirada codiciosa. Despacio, sin dejar de mirarme, siguió desatándome los lazos del corpiño.

Yo no le detuve. Él no preguntó y yo no le detuve.

Cuando hubo terminado de desabrocharme el vestido, sus manos fueron a los finos tirantes de mis hombros. Vi cómo movía los tirantes por encima de la curva de mis huesos y los bajaba por mis brazos. El vestido cayó al suelo, dejándome solamente con unos tacones negros de tiras y mi tanga rojo.

Los ojos de Hudson se abrieron de par en par y mi sexo se puso en tensión.

Lo deseaba. Todo lo que me dijera a mí misma sobre las relaciones sanas y las insanas no importaba. Ya estaba sumida en aquello con él. Si había un punto a partir del cual el encariñamiento me llevaría a la obsesión, ya lo habría sobrepasado. Y admitir aquello me hizo lamentar haber tratado de ser otra cosa con él.

Las manos de Hudson me recorrieron la cintura cruzándose por encima de mi ombligo. Después, mientras una de sus manos subía para acariciarme el pecho, la otra bajó por debajo de la tira del tanga. Yo abrí las piernas, una invitación a que me tocara el clítoris hinchado. Su labio se retorció ligeramente mientras deslizaba sus dedos a través de mi resbaladizo deseo, separando los pliegues de mi sexo y liberando el aroma almizclado de mi lujuria. En ese momento supo cuánto lo deseaba, por lo embarazosamente húmeda que estaba.

Él siguió tocándome el pecho, que de repente estaba pesado y tierno, mientras daba pequeñas sacudidas sobre mi pezón de punta. La atención que prestaba a mis senos aumentó la acción más abajo, su yema volvió a provocar mi clítoris y yo dejé escapar un gemido susurrante. Desplegó el brazo sobre mi torso, sosteniéndome a medida que yo me ablandaba por el placer, y cerré los ojos para deleitarme ante la proximidad del orgasmo.

—Mira, Alayna. —La voz marcada de Hudson en mi oreja hizo que mis ojos se abrieran sorprendidos—. Mira lo guapa que te pones cuando te corres.

Mi historial sexual no había sido muy amplio. Habitaciones oscuras con parejas medio borrachas y manos torpes tocando a tientas. Solo había mantenido los ojos abiertos mientras tanto por casualidad. Los espejos y los lugares públicos nunca habían formado parte de mi lista de fantasías. Pero vi cómo su mano se acercaba a mi coño y su dedo pulgar se movía en círculos alrededor de mi sensible clítoris, hundiendo su dedo en mi sexo húmedo. Tenía razón, era hermoso. Era hermoso ver cómo me acariciaba, cómo sabía qué hacer para que yo sintiera lo que quería sentir, cómo mi piel se sonrojaba y mi espalda se arqueaba. Fue hermoso ver cómo me sostenía cuando me sacudí en sus brazos,

cuando el orgasmo me recorrió el cuerpo con una larga erupción.

—Pon las manos sobre el espejo.

Su ronca voz de mando y la expectativa que provocaba saber lo que estaba a punto de hacer consiguieron que me invadiera una nueva oleada de excitación, aún más intensa que antes.

Todavía temblorosa, eché las manos hacia delante y sus brazos me soltaron en cuanto conseguí sostenerme. Detrás de mí, oí su cremallera. Aquel sonido aumentó el grado de mi excitación, pues sabía que se había sacado la polla y que en pocos segundos estaría dentro de mí. Los tacones de diez centímetros que seguía llevando me ponían a su nivel y entró fácilmente en mi húmedo canal con un gruñido.

—¡Joder, Alayna!

Nuestros ojos se cruzaron en el espejo, la conexión entre los dos era aterradoramente intensa y el pánico me recorrió el cuerpo. Él lo vio, o lo intuyó, y me tranquilizó diciéndome que estaba conmigo, asegurándome que cuidaría de mí, prometiéndome que él también lo sentía.

Me mordí el labio para contener los gemidos que amenazaban con escapar por mi boca, consciente de que solo una puerta se interponía entre nosotros y Stacy, la misma Stacy que probablemente estaría en ese momento doblando y colgando la ropa que yo me había probado antes y había descartado, mientras a mí me follaba magníficamente el hombre al que ella deseaba. Pero cuando me corrí esta vez no contuve mi grito, desesperada por que Hudson supiera lo que me había hecho.

Yo seguía gimiendo cuando su propio orgasmo le invadió; él echó su peso sobre mi espalda mientras se descargaba.

Por si yo me estaba preguntado si todo aquello había sido una representación ante la ayudante de su hermana, lo que me susurró al oído fue lo contrario:

—Esto, preciosa, ha sido de verdad.

Capítulo once

Hudson dejó que yo eligiera la mayor parte de la ropa y los zapatos que me compró. Al final, era un buen montón. No quise oír el coste total cuando Stacy se lo dijo, temerosa de que pudiera sentirme como si estuviera con un viejo ricachón o, lo que era peor, como si fuese su puta.

Disfrutamos de una bonita cena en un restaurante italiano del Village y después Hudson me llevó al club. Ante la inusual suerte de encontrar un aparcamiento en la misma manzana, decidió aprovecharla, aparcó y dejó allí el coche.

—El desfile de moda benéfico de mi madre empieza mañana a la una. Tendré que recogerte a las doce y cuarto. Siento que no vayas a poder dormir más. ¿Sales a las tres de la mañana?

—Sí. Puedo arreglármelas.

—Jordan vendrá a recogerte. Me aseguraré de que trae todos tus paquetes y te ayuda a subirlos a tu apartamento. —Una taimada sonrisa apareció en su rostro—. A menos que prefieras que te recoja yo.

¿Hudson llevándome a casa? Sí, lo prefería, pero tenía que establecer algunos límites. Ya le había dejado que me tuviera cuando le había dicho explícitamente que no lo haría.

—Me temo que si vinieras dormiría aún menos.

—Cierto. Probablemente no sea una buena idea.

Nos quedamos sentados varios segundos y la tensión sexual chisporroteó en medio del silencio. ¿Debía darle un beso de despedida? ¿Me lo daría él? ¿Teníamos tiempo de entrar a hurtadillas en el guardarropa para echar un polvo rápido? Me había limpiado lo mejor que pude en el baño del restaurante, pero el olor a sexo seguía aún en el aire y me hacía pensar en cosas sucias. No quería irme.

—¿Va todo bien en el trabajo?

Era una excusa para quedarme un rato, pero además tenía verdadero interés por aquella serie de mensajes y llamadas que había recibido en la tienda.

—Puedo arreglármelas —respondió repitiendo mis palabras de antes.

Esperaba que me contara algo más, pero, desde que le conocía, nunca me había hablado de su trabajo. No había motivo para creer que lo hiciese ahora. Me quedé mirándolo un momento hasta que me sentí rara, con mi estómago dándose la vuelta como si estuviera bajando en una noria. Entonces, miré por el parabrisas delantero. Liesl avanzaba por la calle, con su cabello púrpura haciendo que fuese fácil identificarla. Aquello me dio una idea. Otra excusa, en realidad. Esta vez para conseguir el contacto físico que tanto deseaba.

—Como ya hemos puesto en marcha la farsa, será mejor que lo hagamos oficial.

Señalé con un gesto a Liesl y Hudson asintió para mostrarme que había entendido.

—Una idea excelente. —Hizo una pausa, esperando a que Liesl estuviera un poco más cerca, asegurándose de que pudiese ver un buen espectáculo. Entonces, salió del coche y se dirigió a mi puerta para abrirla y dejarme salir. Me acarició la mejilla con su dedo pulgar—. ¿Lista?

Yo nunca estaba lista, pero incliné el mentón hacia arriba para juntar mi boca con la suya. Nuestros labios se unieron y nuestras lenguas revolotearon una alrededor de la otra. Las rodillas se me doblaron, pero él tenía las manos alrededor de mi espalda y me sostuvo. Me agarré a su camisa, deseando desesperadamente enredar mis dedos entre su pelo, sabiendo que eso no haría más que aumentar mi deseo. En serio, no habían pasado más que un par de horas desde nuestra aventura en el probador y, sin embargo, parecía como si no hubiera tenido ninguna desde hacía meses.

Él se apartó y miró de reojo a Liesl.

—Nos ha visto —dijo en voz baja.

—Ah. —Yo ya me había olvidado de que nuestra muestra pública de afecto había sido para ella—. Bien. —Tragué saliva—. Gracias —susurré aún jadeando —. Por el día de hoy. —Por comprarme ropa bonita, por no hacer caso a mi petición de pasar un día sin sexo, por dejar mis pulmones sin aire con un beso en Columbus Circle.

—Hasta mañana, Alayna.

Conseguí separarme de él mirando hacia atrás solamente una vez mientras se subía al coche. Liesl estaba con los brazos cruzados, apoyada en la puerta y manteniéndola abierta para que yo pasara.

—Ha llegado el momento de dar detalles —dijo cuando pasé a su lado.

Y yo obedecí contándole toda la historia de Hudson y Alayna, la feliz pareja, entremezclando la verdad con la ficción. Le conté que nos habíamos conocido en Stern y que él había comprado el club para estar cerca de mí, pero que no se lo contara a David. Le dije que pasábamos juntos todo nuestro tiempo libre, que no podíamos apartar las manos el uno del otro, que estábamos locamente enamorados.

Aquellas mentiras me salían con facilidad y me hacían sentirme bien. Parecían creíbles. No porque supiera que Liesl se las creía, según me confirmó, sino porque yo casi las creía también.

Eran casi las cuatro cuando Jordan y yo terminamos de subir todos los paquetes a mi apartamento, pero no estaba cansada todavía. Por un momento, sentí una

punzada de arrepentimiento y deseé haber permitido a Hudson que me llevara a casa. Hudson había estado presente en mis pensamientos toda la noche. No podía contar el número de veces que había empezado a escribirle un mensaje y después lo había borrado. Sentía mi sexo hinchado y ansioso por el deseo de tenerle.

Me había mantenido fuerte dentro del coche, reconociendo lo insano que era dedicar todo mi tiempo a aquel hombre. Ahora, sola y necesitada, me sentía más débil. En lugar de meterme directamente en la cama, como debía haber hecho, encendí el ordenador y me permití dedicarme a lo que tanto me había esforzado por evitar: acechar por Internet.

Me dije a mí misma que tenía que buscar información sobre Hudson para poder estar mejor preparada. ¿Y si su madre hacía algún comentario sobre su pasado universitario? Tenía que saber que había estudiado en Harvard. ¿Y si alguien me preguntaba qué pensaba sobre las inversiones filantrópicas de Hudson? Me venía bien saber que era el principal benefactor del Lincoln Center y que costeaba una beca privada en el conservatorio Julliard.

Y sus antiguas novias. Tenía que informarme también sobre ellas. Aunque no encontré gran cosa en ese tema. Sobre todo, fotografías de Hudson con una variedad de mujeres. Ahogué un gritó cuando identifiqué a una de aquellas mujeres como Stacy, de la tienda de Mirabelle. Había salido al menos una vez con Hudson. No me extrañó que estuviera resentida conmigo.

Ningún rostro se repetía, a excepción del de Celia Werner, la rubia delgada y guapa con la que su familia quería que se casara. La verdad es que nunca aparecían juntos «juntos», pero sí había en los ojos de ella una mirada de adoración que me hizo dudar de que fuera a ser del todo infeliz en un matrimonio concertado con él. Pero, de nuevo, me costaba creer que nadie pudiese ser infeliz con Hudson.

Me enteré de muchas cosas sobre mi supuesto novio durante aquellas horas, pero la verdad es que mi búsqueda por Internet tenía poco que ver con el hecho de prepararme para la familia y los amigos de Hudson. El motivo de mi búsqueda estaba en que me sentía impulsada a comprender al hombre que ejercía una influencia tan absoluta sobre mí. Leí un artículo tras otro porque quería saber los pequeños y absurdos detalles que solo una verdadera admiradora o un amigo íntimo conocen. Estuve sentada delante del ordenador hasta que se me nublaron los ojos, absorbiendo cada información esclarecedora sobre Hudson Pierce que pudiese encontrar, porque no podía parar de hacerlo.

Si me estaba obsesionando, no me importaba. Hudson me atraía con una fuerza magnética. Y como sabía que únicamente podría permitirme aquel comportamiento una sola vez, me deleité con la excitación de obsesionarme con el hombre que ya había dejado claro que nunca sería mío.

Jugueteé con los abalorios del corpiño de mi vestido gris púrpura de Valentino mientras la limusina se acercaba al edificio Manhattan Center a la una menos cuarto del día siguiente. Estaba nerviosa, sí, pero también me sentía confinada en el corsé que llevaba puesto bajo el vestido como sorpresa para Hudson, el mismo por el que me había reprendido por llevarlo puesto en público.

—Deja de moverte —dijo—. Estás muy guapa.

Respiré hondo cuando Jordan abrió la puerta de la limusina. Hudson estaba más cerca de la acera y había empezado a salir cuando le detuve.

—Espera.

Él me miró sorprendido y con desconfianza.

—¿Otra vez vas a pedirme una tarde sin sexo?

Yo me ruboricé.

—No. Ya me he rendido en ese aspecto.

Puso una sonrisa de superioridad sin molestarse en absoluto en ocultar el placer que le producían mis palabras.

—En fin… —Levanté los ojos hacia él bajo mis pestañas cargadas de rímel —. Solo quería decirte que… estás muy guapo. —Y vaya si lo estaba. El desfile benéfico exigía ropa de vestir y Hudson estaba buenísimo con ese atuendo: llevaba un traje gris ajustado de John Varvatos con una camisa de apagado color púrpura que conjuntaba a la perfección con lo que yo llevaba. Había decidido no llevar corbata, con los botones de arriba sin abrochar y dejando a la vista la cantidad de piel suficiente como para volverme loca—. Muy guapo.

Se quedó mirándome un momento y, a continuación, negó con la cabeza antes de salir del coche. Extendió la mano para ayudarme a salir, en su cara todavía una expresión de curiosidad.

—¿Qué? —pregunté, dudando de si había dicho algo malo.

—Alayna —suspiró—, hay tantas cosas que quiero hacerte ahora mismo… Pero estamos de servicio, así que voy a tener que conformarme con esto. —Me atrajo para darme un beso que, aunque no era casto, me pareció contenido, carente de la habitual pasión que derrochaba en sus besos. Este fue para los espectadores, el puñado de fotógrafos que rodeaban las puertas del Hammerstein Ballroom.

Cuando se separó de mí, me cogió la mano y cruzó ligeramente los dedos con la goma que llevaba en mi muñeca.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras me conducía al interior de la doble puerta del recinto.

—Es para acordarme de comprar café —mentí. Lo cierto es que la llevaba para acordarme de que no tenía que pensar en él. Había aprendido esa técnica en la terapia. Cuando un pensamiento desagradable o insano aparecía en mi cabeza, se suponía que tenía que darme un chasquido con ella y el picor me ayudaría a refrenar ese comportamiento.

Sí, vale. Como si el chasquido de una goma pudiera eliminar los pensamientos que Hudson me provocaba: los dos juntos, desnudos toda la noche. Y esos no eran siquiera los que más me preocupaban. Las fantasías de que pudiésemos estar juntos aparte de nuestra pequeña farsa, fuera del dormitorio… Esas eran las que me preocupaban. Y no las había tenido. Todavía. Pero después de mi aventura por Internet esa madrugada, sentí la necesidad de una red de seguridad. La goma elástica fue todo lo que se me ocurrió.

—Debes de tener mucha necesidad de comprar café.

—No me has visto cuando… —Mis palabras se fueron apagando cuando reconocí que más de una de las personas que charlaban en el vestíbulo eran celebridades. No sé por qué me sorprendía aquello. El Desfile Pierce para la Concienciación sobre el Autismo era un gran evento anual que siempre atraía a ricos y famosos. La verdad es que no lo había pensado.

Hudson sonrió al ver mi cara de estupefacción mientras me llevaba y sobrepasaba a los acomodadores; estos ni siquiera le pidieron la entrada, como a la pareja que iba a nuestro lado, que estoy segura de que eran el alcalde y su esposa. Sí, Hudson era mucho más increíble de lo que yo me había pensado.

Pasamos junto a la barra y entramos por la puerta principal de la sala de baile.

—Si te apetece beber algo, puedes pedirlo dentro. Mi madre estará ansiosa por conocerte.

Nos detuvimos cerca de la puerta y Hudson examinó la sala.

Yo me fijé en lo que nos rodeaba. Aquel lugar era excesivo, un antiguo teatro de la ópera al que habían equipado con tecnología moderna. El foco principal era la pasarela, que salía desde un escenario bajo. Un complejo sistema de iluminación, que parecía más apropiado para un concierto de rock que para un desfile de moda, colgaba desde lo alto. Había sillas alineadas a ambos lados de la pasarela y, detrás, unas mesas con manteles blancos rodeaban la sala. Tres niveles de palcos ornamentados se elevaban por las paredes hasta el techo de más de veinte metros de altura.

—¡Hudson! ¡Laynie! —Me giré al oír aquella voz familiar y vi a Mira acercándose a nosotros con toda la rapidez que su vientre abultado le permitía—. Oye, ¡estás increíble! —me dijo—. Este vestido queda genial con esos zapatos. ¡Y Huds va conjuntado contigo! ¡Qué lindo!

Hudson apretó el brazo sobre mi cintura, la única señal que me dio de que su hermana le molestaba.

—No eres la única de la familia que sabe de moda, Mirabelle.

—Por supuesto que no. Chandler es también muy entendido. Pero, por lo general, tú vas siempre demasiado estirado como para que se te pueda considerar algo creativo.

—Eso ha dolido —se quejó, aunque con una sonrisa. Hudson se sentía muy

orgulloso de quién era.

Mira también sonrió. Entonces, su expresión se puso tensa de repente.

—Perdonad, sé que esto es toda una grosería, pero… —Tiró de la oreja de su hermano para acercársela a la boca y susurrarle algo que no pude oír.

El mentón de Hudson se endureció. Se enderezó y se apartó de Mira.

—Ella sabe lo de Alayna.

Mira hizo un gesto señalándome.

—¿Sabe ella que…? —Se interrumpió.

—Sí. —Sus palabras tranquilizaron a Mira, aunque solo ligeramente.

Yo quise parecer impasible, pero sabía que mi desconcierto era visible en mi cara. Estaban hablando de mí y de otra persona y, al parecer, yo sabía de la existencia de alguien o de algo, lo cual, claro está, dudé, puesto que Hudson no me había contado nunca nada de nadie. Mi curiosidad se impuso.

—¿Qué?

Mira dirigió los ojos hacia Hudson como si le pidiera permiso para responderme. Él permaneció inexpresivo y ella se lo tomó como una autorización.

—Celia está aquí. —Su boca se retorció—. No sabía si eso podía suponer un problema.

« Celia Werner» . Él había dicho que yo sabía lo de ella, pero lo cierto era que no. Sabía que la familia de él quería que se casaran. Sabía que la familia de ella eran grandes accionistas de televisiones y medios de comunicación. Sabía que era guapa. Muy guapa. Y que adoraba al hombre que en ese momento me acariciaba la mano arriba y abajo con su dedo pulgar. Un hombre que no la adoraba a ella. Ni a mí, por cierto.

Si hubiera tenido la mano libre, me habría dado un chasquido en la goma elástica. Aquel no había sido un pensamiento sano.

Tragué saliva y mostré una alegre sonrisa.

—No, Celia no es ningún problema. ¿Verdad, H?

Él hizo un mohín al escuchar el diminutivo.

—Ninguno en absoluto.

—¿Dónde está?

Si esa furcia estaba allí, supuse que lo mejor sería enfrentarme a ella sin ambages.

—Allí —apuntó Mira discretamente.

Yo seguí su gesto. Allí estaba la mujer de las fotos, luciendo un vestido rojo de tela arrugada con un hombro al aire que acentuaba su esbelta figura.

—Eres más guapa que ella —dijo Mira.

No era cierto, pero agradecí el comentario. No era más guapa que ella en absoluto.

¡Zas! Otro pensamiento insano.

—Mirabelle, ¿tienes que ser siempre tan malévola? —Hudson me apretó la mano—. De todos modos, Alayna es más guapa que la mayoría de la gente.

Le besé. No solo porque me pareció una buena ocasión para que una novia recompensara a su novio por un cumplido, sino porque quise hacerlo. Quería recordarme a mí misma que fuera lo fuese lo que Hudson y yo tuviésemos juntos o no, era yo quien le besaba, era yo la que tenía que convencer a los demás de que él no debía estar con ella.

Hudson me devolvió el beso de esa forma suya tan reservada que supe que era para el público, deslizando apenas su lengua dentro de mis labios.

—No, joder. Huds liándose con una chica es lo último que quiero ver —dijo una voz interrumpiendo nuestro abrazo. Hudson se echó a un lado y detrás apareció un adolescente de pelo rubio y ojos azules vestido con una chaqueta puesta sobre una camisa y unos vaqueros—. Pero ¡bueno! —El chico me examinó de arriba abajo con una mirada lujuriosa—. Si alguna vez quieres subir en la escala social, puedes colocar esos labios sobre mí.

—Chandler, sé educado —le reprendió Mira.

« Chandler» . El más joven de los hermanos Pierce. Había leído algunos blogs de cotilleos donde se especulaba con que el motivo de la gran diferencia de edad entre Mira y Chandler se debía a que los tres hijos no compartían el mismo padre. De hecho, al observar ahora a Chandler vi muy poco parecido con sus hermanos mayores.

—Alayna es nueve años mayor que tú —dijo Hudson con una expresión severa en su rostro.

—Cumplo dieciocho el mes que viene. —Los ojos de Chandler seguían fijos en mí.

Yo nunca le había dicho a Hudson que tenía veintiséis. No debía sorprenderme que lo supiera. El hombre que había desenterrado lo de mi orden de alejamiento claramente podría haber investigado más cosas sobre mí. Bueno, ahora estábamos en igualdad de condiciones. Si es que alguna vez podría estar en igualdad de condiciones con Hudson.

Hudson nos presentó de forma poco entusiasta:

—Alayna, este es nuestro hermano, Chandler. —Hudson golpeó el hombro de su hermano con un gesto que casi me pareció de broma—. Chandler, deja de desnudar a Alayna con la mirada. Está fuera de lugar.

Chandler se cruzó de brazos con una mirada de desafío y superioridad que solo podía proceder de un adolescente.

—¿Porque estamos en público o porque ha venido contigo?

—Porque no es así como hay que tratar a las mujeres. —El tono de Hudson era tenso pero sereno.

—¿Y eres tú quien va a enseñarme cómo tratar a las mujeres? —Se quedó mirando a su hermano mayor, una conversación silenciosa entre ellos durante

esos pocos segundos. Entonces, Chandler se rindió—. Mamá me ha enviado a por vosotros. Quiere conocer a tu guapa acompañante.

Se dio la vuelta y miró una vez con indiferencia para ver si le seguíamos. Mira fue detrás y le agarró del codo para susurrarle algo al oído. Supongo que para corregir su insolencia.

Hudson soltó un suspiro.

—No le hagas caso. Es un adolescente salido.

—Se parece a su salido hermano mayor —susurré.

—No seas mala.

Me agarró de la mano. Yo me estremecí ante su tono imperativo y al sentir su piel sobre la mía.

Seguimos al menor de los hermanos Pierce por la sala de baile, serpenteando entre las mesas y la creciente multitud hasta que nos acercamos a una de las mesas que estaban más cerca del escenario.

—Esta es nuestra mesa —anunció Chandler. Señaló con el mentón a un grupo de gente que estaba hablando a pocos metros—. Mamá está allí.

Me quedé mirando la espalda de la mujer que supe que era Sophia Walder Pierce por las fotografías de Internet. Su cabello rubio oscuro estaba peinado en un moño alto que dejaba al descubierto su largo y elegante cuello. Incluso por detrás, era evidente que la madre de Hudson era una mujer hermosa e imponente.

Como si hubiera notado nuestra presencia, giró la cabeza hacia atrás para mirarnos, ofreciendo mientras lo hacía una sonrisa a sus conocidos.

Una oleada de inexplicable energía nerviosa me recorrió el cuerpo. ¿Y si no se creía nuestra farsa? ¿Y si yo lo echaba todo a perder?

Hudson debió de notar mi preocupación, porque me apretó la mano y se inclinó sobre mí susurrando:

—Vas a estar genial. No me cabe la menor duda.

Luego me besó en el pelo. Su distracción funcionó. Dejé de preocuparme por impresionar a su madre y me centré en preguntarme si su tierno beso había sido para mí o para quien estuviera mirándonos.

¿Y qué importaba aquello? No éramos una pareja. Aquello era una simulación. Los besos tiernos eran asunto del romanticismo y nosotros no teníamos una relación romántica. Sexual sí. Romántica no. Imaginé otro chasquido de la goma elástica. Estaba claro que no había contado con ir agarrada de la mano de Hudson todo el día cuando me puse aquella dichosa cosa en la muñeca.

Cuando volví a ser plenamente consciente de que todo lo que Hudson hacía era una simulación, Sophia ya había puesto fin a su conversación y se estaba acercando a nosotros. Tal y como me había imaginado, era muy guapa. Su cuerpo era esbelto y delgado y su tez perfecta. Tenía botox, su frente lisa e

inexpresiva. O puede que no se tratara de una persona expresiva, lo cual era altamente probable, si se tenía en cuenta que era familia del señor Nada-de-mostrar-emociones-reales que estaba a mi lado.

—Hudson. —Su ligera inclinación de la cabeza se correspondía con la rigidez de su saludo.

Hudson respondió del mismo modo.

—Madre. —Los ojos de ella se dirigieron brevemente hacia mí—. Quiero presentarte a Alayna Withers. Alayna, esta es mi madre: Sophia Pierce.

—Me alegra conocerla, eh… —De repente, no sabía cómo llamarla. ¿Sophia? ¿Señora Pierce? Si hubiera dado a mi voz una inflexión distinta podría haberlo dejado en «Me alegra conocerla», pero había dejado la frase en suspenso y tenía que terminarla. Me decidí por la opción más segura—: Señora Pierce.

Solté a Hudson y extendí el brazo para estrecharle la mano a su madre, esperando que la palma no me sudara.

Mi preocupación fue infundada. Sophia Pierce no hizo esfuerzo alguno por estrecharme la mano. En cambio, me examinó con los ojos entrecerrados dando vueltas alrededor como un halcón.

—Es bastante guapa.

Bajé la mano e hice un esfuerzo consciente para cerrar la boca. Antes de que pudiera pensar si se suponía que tenía que darle las gracias, ella continuó hablando:

—¿Dónde decías que la has conocido?

Yo estaba atónita. Hablaba de mí como si no estuviera presente, como si fuese un cachorro que Hudson se hubiera encontrado en la calle.

Mira trató de salvarme.

—Mamá…

Sophia movió la mano para callarla y pude ver una muda disculpa en los ojos de Mira.

Recurrí a Hudson, pero su mirada estaba clavada en la de su madre.

—Ya te lo dije. Nos conocimos en un acto de la Escuela de Empresariales de Stern.

Sophia se rio alegremente.

—¿Qué demonios estabas haciendo en la Universidad de Nueva York? ¿Visitando los suburbios?

Yo me sonrojé de la rabia y apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo.

Hudson también se puso rígido.

—Madre, no seas tan bruja.

Chandler sonrió abiertamente al oír las palabras que había elegido su hermano.

En cambio, Sophia no mostró señal alguna de haberle oído siquiera.

—Dígame, Alayna, ¿qué fue lo primero que le atrajo de mi hijo: su dinero o

su nombre?

El calificativo «cabreada» no sirve ni para empezar a describir cómo me sentí. Estaba furiosa pero, aun así, mantuve el control. Sin perder la compostura, envolví con mi brazo el de Hudson y respondí:

—Ninguna de las dos cosas. Me sentí atraída por él porque es muy atractivo. Aunque me quedé con él porque es increíblemente bueno en la cama.

Sophia se quedó con la boca abierta. Me dio la impresión de que se trataba de una mujer que rara vez bajaba la guardia y ver que la había pillado desprevenida me entusiasmó.

Hudson miró sorprendido, pero no parecía disgustado. De hecho, por el brillo de sus ojos parecía que se estaba divirtiendo. Eso me animó a seguir.

—Mire, Sophia Pierce. Puede que no me haya licenciado en Harvard como su hijo o su marido… —Admito que me detuve al percibir la sorpresa de Hudson ante el hecho de que yo conociera detalles de su familia aunque él no me hubiera dicho nada. Una vez más, vi el brillo de sus ojos—. Pero estoy orgullosa de haberme licenciado en la Universidad de Nueva York. Y no he venido hoy aquí para que se burle de mis estudios una mujer que no terminó la carrera de Derecho.

Sophia dio un paso amenazante hacia mí. Yo era unos cinco centímetros más alta que ella por los tacones, pero ella lucía su estatura con autoridad.

—¿A qué ha venido hoy aquí?

Pensé que por muy bruja que estuviera siendo Sophia Pierce conmigo, no era mi madre. Y aunque mis padres habían muerto, habían sido buenos y cariñosos y nunca habrían tratado a nadie —mucho menos a alguien a quien supuestamente yo quería—con la malevolencia moralizante que ella me había brindado.

Entonces entendí por qué Hudson no tenía recelo alguno a la hora de mentir a su madre sobre su relación. Si yo tuviera que tratar con ella, haría lo posible por sacarla de mi vida.

Así que, en lugar de echarme atrás, me enderecé con el brazo aún envuelto en el del hombre que estaba a mi lado.

—He venido aquí porque Hudson quería que conociera a su madre. Parece que, por alguna razón, a él le importa su opinión. Y como yo le quiero… mucho, debo añadir…, he aceptado venir.

Hudson me pasó el brazo por la cintura para acercarme más a él. Sentí su sonrisa mientras me besaba en la sien.

El labio de Sophia se elevó con una leve sonrisa.

—¡Oh! —exclamó Mira.

Chandler parecía igual de sorprendido.

Al igual que antes, Sophia no hizo caso de las reacciones de su familia.

—Vamos a ir a nuestra casa de los Hamptons esta semana. Espero que venga con Hudson y con nosotros.

Abrí la boca para decir: « Gracias, pero no» . Vale, puede que en realidad quisiera decir: « Vete a la mierda, zorra» .

Pero Hudson habló antes de que yo pudiese hacerlo:

—Solo podemos ir el fin de semana.

Sophia pareció querer interrumpirle, lo cual no era nada comparado con lo que yo quería hacer.

—Es lo único que puedo prometerte, madre. Algunos nos ganamos la vida trabajando.

—Bien —respondió con un suspiro—. Ahora tengo que ir a hablar con algunas personas importantes. Disculpadme, por favor. —Levantó la mano para saludar —. ¡Richard! ¡Anette!

Vi cómo se alejaba, sorprendida por su repentino tono de voz agradable y simpático. Supuse que lo de fingir era algo de familia. Cuando volví a dirigir mi atención a los vástagos Pierce vi que todos ellos me estaban mirando.

—¿Qué?

Mira y Chandler intercambiaron una mirada y, a continuación, estallaron en una carcajada.

Yo fruncí el ceño, aún confundida.

Hudson me apretó entre sus brazos con una sonrisa en los labios.

—Alayna, eres increíble.

Empecé a derretirme con su abrazo, pero recordé que le había dicho a su madre que iríamos con ella a los Hamptons. Le di un pequeño puñetazo en el hombro.

—Tengo que trabajar este fin de semana.

—Quítatelo de en medio. —No era una petición, sino una orden.

No podía decirle que me era imposible librarme del trabajo porque, en fin, él era el dueño del local. Pero sería raro. Tenía concertada una reunión con David al día siguiente. Esperaba que me ofreciera un ascenso formalmente. ¿Qué se suponía que tenía que responder? « Gracias por el ascenso, ahora necesito el viernes y el sábado libres» . Tendría que decirle que estaba saliendo con Hudson, aunque solo con pensarlo me daba vergüenza.

Aparte de eso, no quería ir a los Hamptons con Sophia Pierce. Me solté de los brazos de Hudson.

—Siento decírtelo, H, pues se trata de tu madre y todo eso, pero no podré estar con ella. No es nada agradable.

Él se rio. Después, me miró fijamente y me pasó el dedo por la mejilla con tanta ternura que me hizo estremecerme.

—No vamos a estar a todas horas con Sophia. Y, de todas formas, parece que has sabido arreglártelas con ella mejor que bien.

No pude evitarlo. Su sonrisa aniñada y sus ojos grises ejercían un poder sobre mí. Y había dicho que no estaríamos todo el rato con Sophia, lo cual hizo que mi

imaginación se pusiera en marcha llenándose de imágenes de lo que haríamos entonces. Los pezones se me endurecieron al pensarlo. ¿Cómo podía resistirme a él?

—Vale, pero no soy responsable de mis actos si vuelve a comportarse así de nuevo.

Él se acercó para besarme.

—Cuento con ello —susurró.

Capítulo doce

El almuerzo transcurrió con rapidez. Sophia estaba demasiado ocupada saludando a los donantes de alto poder adquisitivo y charlando con la gente como para comer con nosotros, gracias a Dios. Adam, el marido de Mira, llegó después de que nos sirvieran las ensaladas. Era cirujano y había tenido una emergencia esa mañana. Hacía buena pareja con ella, a pesar de la diferencia de estatura; Adam era alto y desgarbado y Mira bajita y menuda. Durante medio segundo traté de imaginármelos en la cama antes de darme cuenta de que después ya no sería capaz de borrar esa imagen de mi mente.

Aunque durante la comida no sucedió nada memorable, la disfruté. Seguí la charla animada entre los hermanos y reí con ellos cuando alguno le gastaba una broma pesada a otro. Las conversaciones que mantuvieron conmigo fueron tranquilas y relajadas. A menudo, temí que, al ser nueva, quisieran saberlo todo sobre mí y sobre mi familia. Cuando se llegaba a algo demasiado íntimo, Hudson desviaba la conversación. ¿Era porque conocía lo triste que había sido mi pasado? ¿O porque estaba siendo educado e intentaba que mi trabajo fuera fácil y tranquilo? Cualquiera que fuera el caso, el almuerzo fue más íntimo de lo que había experimentado en mucho tiempo.

Cuando lancé una mirada despreocupada hacia él en mitad de la comida, su sonrisa hizo que el pecho se me tensara. Podría haber formado parte de la representación ante los demás, pero mi reacción había sido real. Me di cuenta de que no habría chasquidos de goma suficientes para detener lo que estaba empezando a sentir por él.

Tras los postres y el café, la sala de baile empezó de nuevo a animarse con gente que se movía de mesa en mesa y la llegada de más invitados que solamente habían comprado entrada para el desfile de moda. Chandler encontró un grupo de chicas más jóvenes a las que tirarles los tejos y Mira convenció a Adam para que la ayudara entre bastidores, donde tenía que ocuparse de las modelos y los diseñadores.

Aunque me había gustado conocer a Mira y a Adam y Chandler no había dejado de entretenernos, me alegré de tener un minuto a solas con mi acompañante. Le pasé las manos por los hombros y la espalda para atraer su mirada. Vi en sus ojos el deseo, unas cuantas motas color cobre que resplandecían en ellos. Él me agarró la pierna y se inclinó hacia mí, pero no hubo ningún beso.

—Oye, no tenéis por qué estar todo el rato haciendo demostraciones de cariño por mí —ronroneó una voz sedosa detrás de nosotros—. Recordad que yo lo sé.

Hudson se puso tenso bajo mi mano y mis ojos siguieron a los suyos, aterrizando sobre la rubia de piernas largas que se estaba sentando a mi lado. Era intimidante, no por su actitud, sino porque era guapa de morir. Oculté las manos en mi regazo, aunque la de Hudson permaneció aferrada a mi pierna por debajo de la mesa.

—Soy Celia. —Sonrió, mostrando unos dientes blancos perfectos—. Creía que nos conoceríamos. Pero parece que a Hudson no le gusta mucho esa idea.

Miré un momento a Hudson, que, de hecho, parecía incómodo.

—No, tienes razón. Debíais conoceros —dijo mientras me acariciaba la pierna. Sentí que había un motivo para aquella caricia, pero no estaba segura de si era afán de posesión, para calmarme o para calmarse él—. Ya os habéis conocido.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, zoquete —dijo a Hudson con una sonrisa de superioridad y, a continuación, me brindó otra sonrisa a mí—. Lo creas o no, en realidad somos amigos.

La creí. Se la notaba cómoda al lado de Hudson y él ni siquiera se estremeció cuando lo había llamado zoquete. Aquello hizo que mi estómago se revolviera inexplicablemente. Después, tras preguntarme si se habrían acostado, sentí que una puñalada se me empezaba a clavar en el pecho. No necesitaba chasquear la goma, pues ya había relacionado aquel pensamiento con el dolor, pero la chasqueé de todos modos, puesto que por fin tenía las manos libres por debajo de la mesa para poder hacerlo.

—¿Qué quieres, Ceeley? —preguntó Hudson con un suspiro.

¿Alguien a quien Hudson llamaba con un diminutivo? La puñalada se clavó más hondo.

—Quería darle las gracias personalmente a Alayna por toda esta farsa.

Así que ella estaba al corriente. Eso me dejaba en desventaja, puesto que yo apenas sabía nada de ella.

Celia se inclinó hacia mí como si fuese a confiarme un secreto, pero empleó un tono de voz lo suficientemente alto como para que Hudson pudiera oírla:

—No puedes imaginarte lo terrible que me parecía la idea de tener que casarme con este incordio.

Una sonrisa burlona apareció en sus labios.

—Sí, puedo imaginármelo. —Los dolores de las cuchillas en mi pecho me hicieron desear apuñalar a Hudson también—. No es de los que sientan la cabeza.

Hudson retiró la mano de mi pierna e inmediatamente me arrepentí de mis palabras, aun cuando no habían sido pronunciadas con mucha maldad, ¿o sí?

Celia se rio entre dientes.

—Vaya, ya lo conoces hasta ese punto.

Volvió a reírse.

¡Puf! Era de las de risa fácil. Sentí ganas de vomitar. O de odiarla. Pero había

algo en ella que me atraía.

—Es agradable hablar con alguien que lo sabe.

—Pero ¿verdad que a Hudson se le da muy bien fingir?

Lo miró con los ojos entrecerrados y pude ver las puñaladas que él le lanzó como respuesta.

—Sí que lo es.

Pensé en el tiempo que habíamos pasado juntos, las caricias, los besos en público. Algunos de ellos habían sido desconcertantes y yo le había echado la culpa a mi tendencia a pensar que hay algo más cuando no es así. Pero quizá no había sido consecuencia de mi imaginación hiperactiva.

—Me encantaría continuar con esta conversación tan maravillosa y entretenida, pero estoy viendo a una persona con la que tengo que hablar de negocios. —Hudson se puso de pie y me ofreció la mano para ayudarme a incorporarme—. ¿Alayna?

Tuve la extraña sensación de que no quería dejarme a solas con su «casi-prometida-pero-no». La última vez que había tenido la misma sensación me había enterado de algunos chismorreos bastante interesantes gracias a su hermana pequeña.

—Vete, H. Yo me quedo con Celia.

—Estaremos bien —le aseguró Celia—. Y terminaremos nuestra conversación con una fingida pelea de mujeres si quieres dar más emoción a la farsa.

Hudson apretó la mandíbula.

—Nada de peleas. Según mi guion, sois amables la una con la otra.

—Entonces, ella y yo deberíamos sentarnos a charlar, ya que se supone que somos amigas. —Celia me guiñó un ojo—. ¿Verdad, Alayna?

—Verdad. —Le devolví el guiño. No pude evitarlo. Celia me parecía casi adorable—. Y como somos amigas, deberías llamarme Laynie.

—Amables la una con la otra, pero no amigas. —Hudson respiró hondo, pero su voz seguía sonando tensa cuando volvió a hablar—: Está bien. Volveré en un momento.

Le vi alejarse, los apretados músculos de su culo ocultos bajo la chaqueta, pero su trasero igualmente atractivo. De repente, recordé que había una testigo de mi mirada lujuriosa y volví a dirigir mi atención a Celia para descubrir que ella también lo miraba del mismo modo. Además, era la mirada de adoración que había visto en sus fotos con él.

—Te gusta —dije antes de poder evitarlo. No estaba segura de querer saberlo.

Se encogió de hombros y, a continuación, frunció el ceño.

—¿De verdad? Es probable que yo sea la única oportunidad que tienes de conseguir información sobre Hudson y sobre su vida, ¿y es eso lo que quieres saber?

Me reí.

—Tienes razón, me gustaría que me dieras un poco de información. —La lista de preguntas con las que podía asaltar a Celia era tan larga que no sabía por dónde empezar. Como no estaba segura de cuánto tiempo teníamos, debía hacerlo bien—. Vale, parece que Mira creía que yo debía estar celosa de ti. ¿Debería estarlo? Es decir, ¿debería fingir que lo estoy?

Celia apretó sus labios perfectamente turgentes.

—¿No es esa una forma inteligente de hacerme la misma pregunta? No. Hudson y yo no hemos sido nunca nada más que amigos. Si él fuera un novio de los que se lo cuentan todo a su novia, te habría dicho que a mí me gustaba, pero que él nunca sintió nada por mí que no fuera amistad. Así que, a menos que seas una chica superficial que siente celos de todas las amigas de su chico, no entres en el juego de los celos.

Yo era un poco así y, sin duda, la típica celosa cuando estaba inmersa en plena obsesión. Pero estaba interpretando un papel, así que ¿por qué no hacer que mi personaje careciera de mis propias imperfecciones?

—Entonces, nada de celos. ¿Qué me dices de su familia? ¿Está apegado a ella o es igual de retraído que con los demás? No sabría decirlo.

—Los quiere a todos, muchísimo. Todo lo que Hudson puede querer a alguien, quiero decir. Pero hay que fijarse mucho para verlo. —Se reclinó en su silla y me miró—. Creo que si se enamorara de alguien, ella lo sabría.

Asentí mientras lo asimilaba. Me zambullí entonces en la pregunta que me había invadido desde la primera vez que escuché hablar de su problema.

—¿Por qué no cree la madre de Hudson que él se vaya a enamorar? Además, ella sí que es una bruja con el corazón de piedra. —Estas palabras provocaron una sonrisa en Celia—. ¿No ha salido con nadie nunca?

—Algo así. Es decir, sí que ha salido con mujeres. Ninguna a la que haya llevado para que la conozca su madre, pero sí ha salido con algunas.

El dolor de la puñalada volvió. A la vez, noté que un destello de angustia oscurecía el resplandeciente rostro de Celia. Se me ocurrió que aquella conversación debía de resultar aún más difícil para ella, teniendo en cuenta que sentía realmente algo por el hombre con el que yo tenía…, bueno, no una implicación emocional, pero sí que tenía algo.

—¿Sabes qué? Salir con ellas no es la expresión correcta. Se acostaban. Y luego jugaba con ellas. Eso le acarreó todo tipo de problemas. Más de una vez.

Me quedé inmóvil.

—¿A qué te refieres con que jugaba con ellas?

—No debería contártelo. No quiere que lo sepas. Pero la verdad es que creo que sí deberías saberlo. De lo contrario, podría pillarte por sorpresa si Sophia dijese algo.

—¿Cómo jugaba con ellas? —Mi voz era un susurro.

Celia lanzó un suspiro.

—Es difícil de explicar. Por ejemplo, él decía que solo quería ser amigo, o amigo con derecho a roce, pero después las manipulaba de esa forma tan suya, ya sabes, de ese modo que siempre consigue lo que quiere.

Desde luego que lo sabía. Solo conseguí mover la cabeza asintiendo.

—Manipulaba a esas mujeres para que se enamoraran de él. Lo cual no es muy difícil. Es decir, se trata de Hudson. Pero la verdad es que jugaba con ellas. Les daba falsas esperanzas, hacía que se engancharan a él. Para él era como un juego, una de esas cosas desagradables que los niños ricos y mimados hacen simplemente porque pueden. —Hizo una pausa—. Digo esto porque quiero mucho a Hudson. Además, yo también soy una niña rica y mimada.

Fue como si el mundo hubiera desaparecido bajo mis pies. ¿Era eso lo que Hudson estaba haciendo conmigo? Sentí un nudo en la garganta.

—¿Y… sigue haciéndolo?

—Sinceramente, no lo sé. Asistió a terapia durante mucho tiempo, así que me gustaría decir que ahora está «mejor», pero ¿quién sabe? Por supuesto, por ese motivo, a su madre se le ocurrió que, si se casaba con alguien como yo, podría mantenerlo a raya. Y mis padres quieren que me case con un Pierce y con su cuenta corriente. Son increíblemente codiciosos. Pero nunca pude soportar esas idas de olla, ni siquiera a pesar del cariño que le tengo. Y me encantaría meterme en la cama de un hombre tan guapo. ¿Te imaginas lo preciosos que serían nuestros hijos? ¡Suspiro!

Pronunció la palabra «suspiro» en lugar de suspirar de verdad. A eso es a lo que me aferré de su monólogo, pues no quería pensar en el resto. La terapia ayudaba a la gente —desde luego que sí, eso no podía negarlo—, pero tenía dudas sobre si a mí me había servido. Y sabiendo lo que sabía sobre patrones de conducta en el pasado, no solo reconocí que Hudson no debía estar acostándose conmigo, sino con nadie, si de verdad estuviera «mejor».

Exactamente lo mismo que yo no debería lanzarme a una relación sin implicación emocional si estuviera «mejor», puesto que la falta de cariño de una persona a la que yo deseara era uno de mis detonantes.

Me puse una mano sobre las piernas por debajo de la mesa para dejar de moverlas. Tenía que salir de allí.

Celia continuó, sin darse cuenta de mi tormento:

—Pero este plan de Hudson es genial. En cuanto Sophia se relaje lo suficiente como para creer que él se ha enamorado de ti, se pondrá contentísima. Quiere que Hudson sea normal. Quiere verlo feliz y enamorado. Yo misma quiero verlo feliz y enamorado. Qué pena que no sea verdad.

«Sí, qué pena».

Frunció el ceño con expresión preocupada.

—¿Estás bien? Pareces muy pálida.

¡No, no estaba nada bien! Me acababa de enterar de que el hombre con el que, para empezar, no debía estar follando probablemente estaba tratando de joder mi cerebro tanto como mi cuerpo.

—De repente no me encuentro bien. —No era mentira. Creía de verdad que podía vomitar—. Perdona, tengo que… —No se me ocurrió ninguna excusa para marcharme. Simplemente sabía que tenía que…— irme.

Me escabullí rápidamente entre la muchedumbre en dirección a la puerta, abriéndome paso hacia el interior del atestado vestíbulo. El desfile iba a empezar en quince minutos y yo iba en dirección contraria a los demás. Agaché la cabeza y me dirigí a otra puerta cuando vi a Sophia junto a la barra e intenté que no me viera. No porque me siguiera importando el estúpido timo de Hudson, sino porque no quería enfrentarme a ella.

Sin embargo, al concentrarme en evitar a Sophia no me di cuenta de que estaba pasando junto a Hudson.

—¿Adónde vas? —Extendió un brazo suavemente para detenerme y un hormigueo familiar se disparó directamente en mi seno.

Además del hormigueo, el estómago se me revolvió por la repugnancia que sentí.

—¡No me toques!

Hudson me miró confundido.

—¡Espera!

Levantó las manos para demostrar que no iba a tocarme, pero bloqueó mi vía de escape.

—¿Qué te pasa?

Busqué por el vestíbulo un modo de escabullirme.

—La pregunta más apropiada sería qué es lo que te pasa a ti.

—Alayna —dio un paso hacia mí y habló en voz baja y severa—, no sé de qué estás hablando, pero estás montando una escena. Tienes que calmarte y guardarte lo que sea para después.

Se dispuso a agarrarme del codo, pero yo me aparté antes de que pudiera hacerlo.

—No va a haber ningún después. Lo dejo. —Pasé a su lado a toda velocidad y salí por la puerta principal a la acera.

—¡Alayna! —Me siguió.

Una oleada de rabia me invadió el cuerpo y las lágrimas hicieron acto de presencia en mis ojos. Yo era vulnerable y avanzaba a trompicones y él se había aprovechado de ello. Me giré hacia él mientras las lágrimas calientes me recorrían las mejillas.

—Dime una cosa, Hudson: ¿me escogiste porque pensabas que mis problemas de obsesión harían tu juego más divertido? Porque, la verdad, ¿qué tiene eso de desafío?

Hudson apretó la mandíbula al darse cuenta de lo que pasaba.

—Celia es una bocazas de mierda. —Dio un paso hacia mí con la mano extendida. Yo me aparté. Él suavizó el tono, pero su mirada era apremiante—. Vamos a hablar de esto en la limusina.

—No quiero…

—Alayna —me interrumpió—, no es justo que hagas caso de lo que te cuente una desconocida y no me des la oportunidad de explicarme. —Vi un tic en su ojo, pero, aparte de eso, sus rasgos y su compostura se mantenían bajo control—. Te digo que hablemos de esto en la limusina que está aparcada en el garaje de al lado. Primero, como mi madre nos está mirando, voy a acercarme a darte un beso en la frente. Después, me acercaré a ella para decirle que no te encuentras bien. Te veo en el coche.

Miré hacia atrás y vi a Sophia al otro lado de las puertas con una sonrisa petulante en la cara. Yo ya le había dicho a él que lo dejaba. Entraría a trabajar en cualquier sitio de perdedores que Brian quisiera para mí, pues estaba claro que no podría trabajar en ningún lugar donde estuviera Hudson Pierce. Pero sabía que no dejaría que me fuera a menos que accediera a seguir su plan. Después, cuando llegara a la limusina, le diría a Jordan que arrancara antes de que Hudson apareciera.

Asentí de forma concisa. Él se acercó cauteloso y me besó suavemente en la frente. Crucé los brazos para ocultar mis pezones, que se me habían puesto duros a traición.

—En la limusina, Alayna. Nos vemos allí.

Me sequé un poco las lágrimas mientras me dirigía al aparcamiento que me había dicho, aligerando el paso cuando estuve fuera de su vista. Había varias limusinas aparcadas, pero localicé a Jordan apoyado en el capó jugando con su teléfono. Cuando me vio acercándome a él, abrió la puerta sin decir nada.

—Por favor, Jordan, llévame a casa. —Me atascaba al hablar.

Jordan cerró la puerta y le oí entrar en el asiento del conductor. No había dicho nada. No había dicho que sí ni que no y, por un momento, temí que solo recibiría órdenes de Hudson.

Sentí un gran alivio cuando puso en marcha el motor…

Y al instante desapareció cuando se detuvo junto a la sala de baile y Hudson subió al coche. Las puertas se bloquearon automáticamente después de que él cerrara la puerta.

« ¡Mierda!» . Probablemente, Hudson le había enviado un mensaje a Jordan para decirle que yo iba a salir, que le recogiera después y que no me llevara a ningún sitio sin él. Me sentí estúpidamente traicionada por mi chófer.

Mientras el coche se incorporaba al tráfico, yo me acerqué a la esquina opuesta, lo más lejos que pude del hombre que compartía el coche conmigo.

Hudson apretó un botón y habló:

—Jordan, da vueltas hasta que yo te diga. O busca un lugar donde aparcar un momento.

En condiciones normales, me habría sonrojado, avergonzada de lo que Jordan pudiese creer que íbamos a hacer en el asiento de atrás. Pero estaba demasiado enfadada y dolida como para que eso me importara.

Nos quedamos sentados unos minutos sin hablar. Me costaba imaginar que el siempre controlador Hudson Pierce se hubiera quedado sin palabras, así que supuse que su silencio era para calmarme. O para irritarme. Alguna especie de táctica de manipulación.

No me calmé. En lugar de ello, el silencio me dio tiempo para revisar cada momento de los últimos días, permitiéndome reconocer su mano tiránica en todas sus acciones. Aquello supuso una inyección para poder odiarle por su control sobre mí. Y, sobre todo, a mí misma por juntarme con aquel malparido.

—¿Qué te ha contado exactamente Celia? —preguntó por fin en voz baja.

No pude quedarme callada.

—Solamente cómo manipulas las emociones de mujeres vulnerables. ¿Es cierto?

—Alayna… —Se movió en el asiento y colocó la mano en mi rodilla.

—¡No me toques! —Apartó la mano—. Y no pronuncies más mi nombre. ¿Es verdad?

—¿Vas a tranquilizarte para que te lo pueda explicar?

Su tono suave parecía de condescendencia, lo cual aumentó mi furia. Necesitaba que lo admitiera. Tenía que oír cómo lo decía

—¿Es… verdad?

Su respuesta llegó como una explosión:

—¡Sí, es verdad! —Respiró hondo para recuperar el control—. En el pasado fue verdad.

Me quedé inmóvil con la mirada fija en él. No me esperaba una confesión. No esperaba que me contara nada, nunca lo hacía, y temí que, si me movía, él dejará de hablar. Así que permanecí inmóvil.

Se tomó su tiempo, sin mirarme mientras hacía su confesión.

—Hice… cosas… de las que no estoy orgulloso. Manipulaba a la gente. Les hacía daño y, a menudo, de forma deliberada. —Me miró atravesándome con sus ojos grises e intensos y continuó hablando con voz firme—. Pero ahora no. No quiero hacer eso ahora. Contigo no.

Su declaración me afectó, pero me sobrepuse a la emoción, pues sabía que tenía pruebas que demostraban la falsedad de sus palabras.

—Ah, ¿sí? Porque parece del todo obvio que has hecho exactamente lo mismo conmigo. Cómo me escogiste en el simposio, me seguiste la pista y me regalaste unas vacaciones en un balneario. ¡Dios! ¡Si hasta compraste el club!

Negó con la cabeza.

—No fue así. Ya te expliqué lo del regalo y, de todos modos, ya le había echado el ojo al club. Sí, cuando supe que trabajabas allí, aquello me ayudó para tomar la decisión…

Le interrumpí:

—Me «contrataste» para seducirme. Y cuando te dije que necesitaba no tener sexo contigo, de algún modo conseguiste que hiciera exactamente eso. Sí que eres un manipulador. Has abusado de mí, Hudson.

Me crucé de brazos con la esperanza de detener el violento ataque de lágrimas que amenazaba con salir.

—No, Alayna. No he querido hacer eso contigo. —La angustia de su voz desató mis lágrimas. Él se inclinó hacia delante y pensé que quería tocarme. En lugar de ello, puso la mano en el asiento a mi lado y se colocó lo más cerca que yo le permitía—. No quiero ser así contigo.

Me di pequeños toques en las lágrimas, incapaz de seguir el mismo ritmo que ellas.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres ser conmigo, Hudson?

—¿Sinceramente? No estoy seguro.

Se reclinó sobre su asiento. Su expresión era de confusión, de estar destrozado.

De repente, parecía mucho más joven de lo que lo había visto nunca. Ya no parecía el macho alfa seguro y dominante que sabía que era, sino un miembro de mi grupo de terapia, expuesto y accesible.

Dejó escapar una breve carcajada, como si reconociera su propia vulnerabilidad y le divirtiera o le confundiera.

—Me siento atraído por ti, Alayna. No porque quiera hacerte daño ni que te sientas de una forma determinada, sino porque eres preciosa, sensual e inteligente y, sí, puede que un poco loca, pero no estás destrozada. Y eso me permite tener esperanzas. Por mí.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. Dios mío, quise alargar mi mano hacia él. Quería consolarlo, pues sabía que sus palabras sobre mí hablaban más de él mismo de lo que nunca lo había hecho.

Pero no me moví, pues no quería perturbar todavía aquel momento. Incluso mis lágrimas se habían detenido, como si se hubieran interrumpido.

—Puede ser que haya abusado de ti. Pero soy una persona dominante. Puedo tratar de cambiar algunas cosas en mí, pero los aspectos esenciales de mi personalidad no van a desaparecer. —Su voz se volvió aún más grave—. Tú más que nadie deberías ser capaz de entenderlo.

Ya me había ganado antes. Probablemente cuando insistió en que no quería ser cualquier cosa conmigo y, desde luego, cuando insinuó que estaba destrozado y que yo no lo estaba. Y si nada de eso me hubiera convencido, sus últimas palabras lo habrían conseguido. Sí que le entendía. Más de lo que nunca pensé

que fuera posible. Sabía lo que se siente cuando se es de una determinada forma y te odias por ello. Lo difícil que es cambiar y aprender a aceptar las partes de ti mismo que, en esencia, nunca van a cambiar. Y lo que te provoca creer que eres incapaz de enamorarte como lo hacen las personas normales.

Sabía lo que se sentía al ser esa persona.

—Lo siento. —Las palabras me salieron como un susurro entrecortado, así que las repetí—: Lo siento. Tú no me has juzgado y yo sí lo he hecho.

Asintió una vez y supe que ese era su modo de aceptar mis disculpas.

—Y he exagerado cuando he dicho que has abusado de mí. No he hecho nada que no quisiera hacer. Además, todo eso de tu seguridad y tu carácter dominante es bastante atractivo.

Casi sonrió, pero cerró los ojos con fuerza como si tratara de contener sus emociones. Cuando los volvió a abrir, me miraron suplicantes.

—Alayna, no lo dejes. No me dejes.

Aparté la vista, consciente de lo fácil que sería rendirme si seguía mirando aquellos ojos grises.

—Hudson, tengo que hacerlo. No por esto. Bueno, no solo por esto, sino por mi pasado. No estoy lo suficientemente bien como para salir con alguien que también tiene sus propios problemas.

Lo cierto es que no sabía si estaba lo suficientemente bien como para salir con nadie.

—Sí que lo estás, Alayna. Solo te dices esas cosas porque estás asustada.

Sus palabras hicieron que le mirara.

—Debo estar asustada. No es seguro. Para ninguno de los dos. Tú también deberías estarlo.

Dejó escapar un fuerte suspiro. Cuando volvió a hablar, lo hizo con resignación, como si no esperara que sus palabras fueran a cambiar nada, pero las pronunció de todos modos.

—Yo no lo creo así. Creo que estar con otra persona que tiene parecidas tendencias compulsivas puede proporcionar una mejor percepción y servir como cura.

Eché la cabeza hacia atrás contra el asiento y me quedé mirando el techo del coche. Quería creer lo mismo que él, que podríamos conseguir que ambos estuviésemos mejor. Pero no podía. Lo que había visto y experimentado en mi vida entre adictos me decía lo contrario. Además, si hubiera querido que me quedara con él, que confiara en él y le comprendiera, debería haberme contado sus secretos desde el principio. Y no lo había hecho.

Por mucho que me doliera, tenía que romper con aquello. Tenía que hacer lo correcto de una vez por todas.

Pero luego estaban mis problemas económicos. Por muy poco relevante que el dinero pudiera parecer en ese momento, poder mantener mi trabajo en el club

tenía un enorme impacto en mi bienestar mental.

—No lo voy a dejar. —Me giré para mirarle—. Pero no puedo tener una relación contigo, Hudson. —Sentí un nudo en la garganta, pero continué hablando —: Lo único que puedo concederte es seguir con la farsa. Tengo que protegerme.

Debería haber puesto fin a todo aquello, pero no tuve la suficiente fuerza. Eso debía bastar.

Los hombros de Hudson se relajaron ligeramente.

—Lo comprendo. —Asintió como para reafirmar que lo había comprendido, lo cual me hizo sospechar que no había entendido nada, pero que aceptaba mi decisión de todos modos—. Gracias. —Se incorporó, recuperando así su aplomo, y supe que había vuelto su seguridad.

Sin embargo, yo tenía algo más que decir. Me incliné hacia él y coloqué una mano firme sobre su rodilla.

—Hudson, tú no estás destrozado.

Su expresión vaciló durante un momento con los ojos dirigidos al suelo. Cuando volvió a levantarlos, vi que recorrían mi escote desnudo. Levantó una ceja.

—¿Qué estás…? ¿Es eso…?

Bajé los ojos para ver lo que él veía. El corsé. Maldita sea, se me había olvidado. Una familiar tensión de deseo apareció en mi vientre seguida de un ansia más dolorosa en el pecho.

—Sí, me lo había puesto para ti.

Suspiró.

—Vaya. Eso ha sido…, eso ha sido todo un detalle por tu parte.

Seguíamos deseándonos y podía ser muy fácil dejar que eso nos gobernara. Pero yo era más fuerte. Podía ser más fuerte.

—Lo siento.

—Lo sé. Yo también. —Sus ojos se quedaron mirando a los míos un momento antes de cambiar por completo el rumbo de la conversación—. Puede que no sea el mejor momento, pero tengo que volver al desfile de mi madre.

—Claro.

—Y como se supone que estás enferma, vas a tener que irte a casa.

Escuché cómo le ordenaba a Jordan que fuera a mi apartamento.

—¿Cuándo es nuestro próximo espectáculo, jefe? —pregunté, casi rezando porque la respuesta fuera que pronto, sabiendo que cuanto más tiempo pasara antes de volver a verlo sería mejor.

—No estoy seguro. Esta noche tengo que tomar un vuelo a Cincinnati. —Apretó los labios—. Y no soy tu jefe.

—¿A Cincinnati? ¿Esta noche?

—Sí, esta noche. Tengo una reunión a primera hora de la mañana. Mi avión sale a última hora de la tarde. —Un avión privado. Claro—. Luego te envío un

mensaje para organizar lo de los Hamptons. Saldremos el viernes por la tarde.

—Entonces, ¿vas a estar fuera toda la semana?

No sé por qué pregunté eso. No debería importarme.

—Aún no lo sé seguro.

—Ah. —Lo sentía lejos, como si se hubiera ido ya. Miré por el cristal tintado de la ventanilla y vi que estábamos en la puerta de mi apartamento. Jordan salió del coche y poco después mi puerta se abrió.

No quería salir. Me sentía rara, muy mal. Mi segunda ruptura o algo parecido en una semana. ¿Por qué esta me dolía tanto?

Sin volver la mirada hacia Hudson, salí del coche.

—Alayna —me llamó justo cuando estaba fuera. Adopté una fingida sonrisa y volví a meter la cabeza—. Gracias por el día de hoy. Creo que has causado una verdadera impresión en mi madre. Buen trabajo.

Me quedé en la acera hasta que Jordan hubo cerrado la puerta y entrado en el coche. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, a pesar de ser un día de verano. Envolví los brazos alrededor de mi cuerpo y me dirigí al pequeño estudio, que me pareció grande por toda la soledad que albergaba.

En la puerta encontré una bolsa de café *gourmet* y rompí a llorar, completamente derretida ante aquel detalle suyo. « La mentira de mi goma elástica» . A Hudson nunca se le escapaba nada. Me devané los sesos tratando de saber cuándo habría ordenado que me lo enviaran y me di cuenta de que tuvo que ser antes de la conversación de la limusina. Fue un gesto dulce. Me pregunté si ahora estaría deseando no haberlo hecho.

Se arrepintiera o no, aquello me dio una excusa para ponerme en contacto con él una vez más. Saqué el teléfono y escribí un cuidadoso y meditado mensaje: « Gracias por el café. Y por todo lo demás» .

Fue una despedida a todo lo que fuera que hubiésemos tenido, por muy breve que hubiera sido. Necesité aquel desenlace. Puede que él también.

Pulsé la tecla de enviar y tuve un momento de pánico, preguntándome si había hecho lo correcto al poner fin a nuestra relación, preguntándome si podría deshacerlo, rezando por que su respuesta me demostrara que él estaba teniendo las mismas dudas que yo.

Pero Hudson no respondió nada en absoluto.

Capítulo trece

Volví a buscar información de Hudson por Internet.

No porque sintiera que necesitaba saber más cosas de él, sino porque la distancia entre nosotros me parecía tremendamente grande. Se trataba de una sensación familiar, una sensación que ya había tenido con hombres con los que había salido para después descubrir, en la terapia, que había estado exagerando. Pero esto era distinto. Estábamos lejos de verdad, no solo en mi imaginación psicótica. Y no podía soportarlo. Tenía que acercarme a él del modo que fuera, aunque solamente fuese a través de Internet.

Había ya nuevas entradas de blogs y nuevas noticias sobre el desfile de moda. El evento tuvo estupendas críticas y se recaudó más dinero del que se había previsto. Eché un vistazo a las fotos de las modelos, con cierta melancolía por haberme perdido esa parte del día. Y había fotos mías con Hudson, besándonos en la puerta de la limusina cuando llegamos. Me quedé más tiempo mirando esas fotos y guardé una sacada desde muy cerca para ponérmela en mi fondo de escritorio.

Sin embargo, la mayor parte de mis búsquedas fueron sobre Industrias Pierce y sus vínculos empresariales en Cincinnati. Estuve buscando más tiempo del debido, tratando de deducir si Hudson iba a ir allí de verdad, pero no encontré nada que me sirviera de ayuda. ¿De verdad tenía trabajo o solo quería alejarse?

Eso no debería importar. Nuestra próxima misión no sería hasta el viernes. Pero la necesidad de saber me consumía, devorándome la mente, y llegué a pasarme horas agotando cada vía de búsqueda que se me pudiera ocurrir.

Al menos, me limité a buscar por Internet y a comprobar el móvil una y otra vez para ver si había alguna respuesta suya. No llamé al aeropuerto para preguntar si el avión de Industrias Pierce había despegado. Eso no sería una conducta sana.

Además, no tenía ni idea de cuál era el aeropuerto.

Me desperté a la tarde siguiente con un nudo en el pecho. Sentía los músculos agitados incluso antes de tomar café. Eran mis habituales síntomas de ansiedad, pero no estaba segura de qué era lo que había causado el ataque. ¿Preocupada por mi reunión con David? ¿O estrés por Hudson?

En un intento por relajarme, puse un DVD de yoga antes de prepararme para salir. La concentración y la respiración uniforme me desentumeció en gran parte, pero los nervios seguían presentes.

Pasé más rato del habitual arreglándome para mi reunión en el club. No por

David, sino por mí. A veces, ponerme guapa me hacía sentirme bien y estaba dispuesta a probar todos los trucos del manual para liberarme de la tensión. Pero por mucho que hiciera, la ansiedad seguía estando presente, circulando por mis venas como una constante corriente eléctrica.

Me dije a mí misma que simplemente estaba nerviosa por el ascenso. Me sentiría mejor después de reunirme con David.

Cuando me dirigía hacia la puerta, recibí un mensaje. Lo miré impaciente. Pero no era de Hudson. Era de David.

« Ha surgido un imprevisto —decía—. Lo aplazamos para el miércoles a las siete» .

Entonces lo supe. El estrés no tenía nada que ver con David, pues el aplazamiento de nuestra reunión no cambió en nada el modo en que yo me encontraba. Debería haber sentido alivio o un incremento de la tensión, puesto que iba a tener que aguantar dos días más. Además, debería preguntarme qué sería lo que había sucedido. David y yo teníamos la suficiente confianza como para que me lo contara. Pero no sentí deseos de preguntar.

« Hudson» . Era Hudson el que seguía apareciendo en mi mente. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo? ¿Pensaba en mí?

Contesté a David para confirmarle que había recibido su mensaje y di vueltas por mi apartamento, tratando de decidir el mejor modo de sacarme de la mente a mi examante. Necesitaba ingresar en un grupo. Miré en Internet para asegurarme de que aún había sesiones de Adictos Anónimos los lunes por la tarde. Así era, pero todavía me quedaba bastante tiempo hasta que comenzase la sesión.

Podía salir a correr. Después de que Jordan me hubiera estado llevando tanto en el coche, me vendría bien un poco de actividad aeróbica. Me puse unos pantalones cortos, una camiseta sin mangas y unas zapatillas y salí.

El ejercicio me ayudó a aclararme las ideas mientras las endorfinas recorrían mi cuerpo haciendo que me sintiera mejor y más segura. E invencible. Por eso, cuando vi que mi recorrido me había conducido hasta el edificio de Industrias Pierce, me convencí de que aquello no significaba nada. No significaba tanto el hecho de estar allí. Sobre todo, porque solo entré para ir al baño del vestíbulo antes de retomar la carrera.

Me sentía tan bien por el ejercicio que decidí no ir a terapia y seguir corriendo un rato más, continuando hasta el túnel de Lincoln antes de dar la vuelta. Volví a pasar por el edificio de Industrias Pierce en el camino de vuelta, volví a entrar, deteniéndome esta vez un poco en el vestíbulo, mirando los ascensores en busca de algún rastro de Hudson en el edificio. Conseguí obligarme a salir de allí antes de entrar en uno de los ascensores y pulsar el botón hasta la última planta.

Al día siguiente no fui tan fuerte.

No solo regresé tres veces al edificio, sino que las tres me metí en el ascensor. Me dije a mí misma que eso no podía considerarse exactamente acoso, pues Hudson no estaba en la ciudad, aunque aún no sabía si era verdad; además, en ningún momento llegué a pulsar el botón para subir a la planta de Hudson. En lugar de eso, dejé que el destino me llevara adonde quisiera, subiendo con la primera persona que montase para ir a la planta que fuera y, después, obligándome a regresar al vestíbulo. Tomé aquel ascensor como una ruleta. Si me llevaba a la planta superior, es que estaba destinada a detenerme en el despacho de Hudson. Pero ninguna de las veces acerté con la bala, pues los demás pasajeros no eligieron nunca su planta.

Hasta el miércoles.

Aunque tras mi turno de trabajo de la noche anterior llegué a casa casi a las seis de la mañana, me desperté y volví al edificio Pierce antes de la una de la tarde. Mi primera subida me llevó solamente hasta la quinta planta. Cuando salió el pasajero y las puertas se cerraron, me apoyé en la pared posterior de la cabina y suspiré, sabiendo que el ascensor regresaría al vestíbulo si no pulsaba ningún botón.

Pero en lugar de bajar, subió. Alguien debió de llamarlo desde una planta superior. Contuve la respiración mientras veía cómo la aguja iba subiendo cada vez más. Entonces, se detuvo en la planta superior. No en la planta superior secreta que requería un código y que me llevaría hasta el apartamento, sino en la planta donde estaba situado el despacho de Hudson. Me preparé para lo que iba a ver cuando las puertas se abrieran, esperando enterarme de algo según quién entrara en la cabina conmigo.

Pero no estaba preparada para lo que vi. Tres hombres vestidos con traje se reían y bromeaban cuando las puertas se abrieron. Y con ellos estaba Hudson.

—Alayna. —Su voz sonó tan calmada como siempre, apenas con un atisbo de sorpresa en su tono.

Me quedé helada, mi cuerpo incapaz de moverse, mi boca incapaz de hablar. Una oleada de emociones desordenadas me recorrieron el cuerpo: estaba contenta de verle, pero petrificada. Enfadada al ver que, al final, estaba en la ciudad y, en cierto modo, satisfecha de que mis sospechas fuesen ciertas.

Hudson alargó una mano hacia mí. Automáticamente, mi brazo se movió para estrecharla y tiró de mí para que me colocara a su lado. Miró a los hombres que estaban con él.

—Caballeros, mi novia ha decidido sorprenderme con una visita a mi despacho.

Conseguí sonreír antes de clavar los ojos en mis zapatillas de correr grises.

—Eso nunca puede ser bueno —dijo uno de los otros hombres y todos se rieron—. Bueno, entonces, te dejaremos con ella. Gracias de nuevo por reunirte con nosotros.

Apenas oí las despedidas que aquellos hombres intercambiaron con Hudson antes de ocupar mi lugar en el ascensor y no sé cómo conseguí recorrer la corta distancia hasta su despacho. Estaba bloqueada, con la mente aterrada por el hecho de encontrarme en un sitio donde no debería estar.

Las puertas del despacho se cerraron cuando entramos. Hudson debía de haberme cogido de la mano durante todo el camino hasta allí, pero no me di cuenta hasta que la soltó y se apartó de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alayna?

No me atrevía a mirarle, pero la falta de rabia en su tono me sacó de mi confusión. Podía salir airosa de aquello. Durante mi época obsesiva se me había dado bien buscar excusas. Le daría una explicación, él me creería y todo saldría bien.

Pero no quería volver a ser esa chica.

Fue justo entonces cuando me di cuenta de la seriedad de lo que había estado haciendo: le había estado acechando. Por primera vez en años. Había vuelto a caer, probablemente con la peor persona con la que podía volver a hacerlo. Si las órdenes de alejamiento y los litigios me habían parecido una pesadilla cuando Paul me denunció, el último objeto de mis obsesiones, solo tenía que imaginar lo que sería con un hombre poderoso como Hudson.

Pero había algo peor: recuperarme de mi adicción a Paul había sido difícil, pero posible. Sin embargo, Hudson… Ni siquiera podía soportar no estar cerca de él del modo que fuese, cualquiera que fuera el contexto.

Hudson estaba esperando mi respuesta. Pude notar cómo me examinaba. Crucé los brazos alrededor de mi cuerpo y respiré hondo.

—Pues… quería saber si habías vuelto.

Casi me eché a llorar por la sinceridad de mis palabras, pero si Hudson se dio cuenta, no lo mostró.

—Volví anoche a última hora. Podrías haberme llamado. O haberme enviado un mensaje.

Mi mente trataba de recorrer los pasos para salir airosa de conductas insanas. Me los habían repetido muchas veces durante la terapia. « Expresar abiertamente y con sinceridad tus temores» . Cerré los ojos para controlar las lágrimas.

—No respondes a mis mensajes.

—No respondí a un mensaje.

Abrí los ojos y vi que me estaba mirando fijamente apoyado sobre su mesa. Me limpié la única lágrima que se escapó por mi mejilla y le miré a los ojos.

—Ha sido mi único mensaje.

Oí cómo sonaba aquello. Ridículo, una exageración. No estábamos juntos. ¿Por qué iba a tener que responder a mis mensajes? Seguro que ya se estaba arrepintiendo de su elección de novia ficticia. Ahora que veía hasta dónde llegaba mi locura.

Permanecimos con la mirada fija el uno en el otro, pero no pude interpretar su expresión. Me pareció que pasaba una eternidad antes de que su rostro se suavizara.

—No sabía que era tan importante para ti. En el futuro, me esforzaré por responder.

Me quedé con la boca abierta.

Se incorporó para ponerse de pie.

—Pero no puedes venir aquí así. ¿Qué crees que pensarán si ven a mi novia en el vestíbulo y subiendo a los ascensores cuando yo ni siquiera estoy en la ciudad?

—¿Cómo lo has…?

—Pago a gente para que se entere de cosas, Alayna.

Lo sabía. Claro que lo sabía. Yo había decidido hablar con sinceridad, pero no esperaba tener que llegar a tanto. Que él supiera que había estado varias veces en su oficina, que había deambulado por el edificio… era humillante.

Cayeron más lágrimas.

—Yo… lo siento. No he podido evitarlo.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo.

Hablaba con severidad, pero ¿había cierto tono de compasión?

Su reacción era del todo inadecuada. Debería haber estado más enfadado, más asustado.

—¿Por qué te estás comportando así?

—¿Así cómo? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Lo he fastidiado todo, Hudson! Deberías estar llamando a los de seguridad para que me acompañaran a la salida. Soy un desastre y tú te muestras de lo más tranquilo.

Ahora las lágrimas caían a toda velocidad. Nada las podía detener.

Su rostro se suavizó y dio un paso hacia mí.

—No —dijo en voz baja, abrazándome con su tono pese a que sus brazos no lo hacían—. A eso me refería con lo de estar con alguien que me comprendía. Sé lo que es la obsesión. Sé lo que es tener que hacer cosas que sabes que no deberías hacer.

Me secó una lágrima de la mejilla con el dedo pulgar, dejando la mano apoyada en mi cara más tiempo del necesario.

—Cuando creas que no puedes evitar comportarte así, habla conmigo.

El nudo de ansiedad que llevaba días sintiendo se deshizo con sus palabras. ¿Tenía él razón? ¿Podríamos ayudarnos el uno al otro con nuestro dolor? ¿Podríamos curarnos el uno al otro?

Le miré a los ojos y deseé de nuevo creer lo que él creía, sintiéndome esta vez mucho más cerca de decir que sí.

Pero antes de poder decir nada, la voz de su secretaria resonó en el despacho:

—Señor Pierce, su cita de la una y media ha llegado.

Hudson lanzó un suspiro y dejó caer la mano de mi cara.

—Perdona por tener que dejarlo aquí, Alayna, pero tengo otra reunión ahora. Y esta noche me vuelvo a ir.

Mi ánimo se vino abajo. No sabía si le creía, pero sí sabía que no quería que hubiera distancia entre nosotros. Eso era lo que había provocado mi episodio obsesivo de esa semana. En fin, él me había dicho que se lo contara…

—Odio que te vayas. Hace que me sienta un poco afligida. —Muy afligida, la verdad.

Sus ojos se iluminaron.

—Estaré de vuelta mañana. —Me agarró la mano y la apretó—. Ven mañana conmigo al concierto.

El corazón me dio un vuelco.

—Sí.

—Te recogeré a las seis. Ponte el vestido.

Lo organicé todo para asistir al grupo de terapia antes de la reunión con David. Había cometido un error, pero Hudson estaba dispuesto a olvidarlo. Más que dispuesto. Y eso hacía que fuese mucho más fácil creer que no estaba condenada a comportarme como una completa loca con él. Tenía que esforzarme por estar bien.

Incómoda por tener que contarles mi situación a todos, cuando podían estar al corriente de mi relación con Hudson, hablé de forma vaga cuando llegó mi turno.

—Yo… he cometido un pequeño error.

Era una descripción bastante precisa. Mi comportamiento no había sido tan malo como podría haberlo sido. Pero todo viaje comienza con un solo paso, incluso los viajes que no deberíamos emprender, y, al ritmo que había avanzado esa semana, estaba claro que iba a estar rodando por el camino de la obsesión antes de que pudiera controlarlo.

Lauren asintió compasiva.

—Cuando llegues a casa, quiero que elabores una lista de tus conductas negativas recientes, incluyendo las que solo habías pensado poner en práctica. Después, haz una lista de conductas sanas que puedes usar como sustitutivas cuando te sientas impulsada a realizar una que sea insana. ¿Necesitas ayuda?

—No.

Ya lo había hecho antes. Más de una vez. Aún me sabía de memoria todos los comportamientos sustitutivos de la última vez que había vuelto a caer: « Correr, hacer yoga, un turno extra en el trabajo, concentrarme en los estudios, visitar a Brian» . Estaba claro que tenía que actualizar mi lista.

—Bien. Tú conoces tus pautas. ¿Sigues escribiendo un diario?

—Hace un tiempo que no. —Mucho tiempo.

Lauren sonrió.

—Te recomiendo que vuelvas a empezar.

Siempre se le había dado bien dar una rápida patada en el culo.

—Vale.

Lo iba a hacer. Pero algo me decía que, de todos los consejos que me habían dado ese día, el mejor había sido el del mismo Hudson: « Cuando creas que no puedes evitar comportarte así, habla conmigo» .

Estuve en silencio el resto de la sesión, repitiendo en mi cabeza una y otra vez una vieja cita que me gustaba en la que me comprometía a modificar mis actos: « Si no hay lucha, no hay progreso. Si no hay lucha, no hay progreso» .

Me sentía mejor después de la terapia de grupo, más fuerte y con las ideas claras. Después, mientras Jordan me llevaba al trabajo, amplié mi lista de comportamientos sustitutivos, incluyendo marcarme el objetivo de ver las cien mejores películas según el Instituto de Cine Americano y seguir leyendo los cien mejores libros que aparecían en GreatestBooks.org.

Mi buen humor y mi actitud sana me dieron el coraje suficiente para enviarle a Hudson un mensaje antes de entrar a la reunión con David por la noche: « ¿De verdad tienes que irte de la ciudad otra vez?» .

Esta vez, recibí una respuesta al instante: « Eso me temo» .

Me había escuchado, había cambiado su comportamiento al saber cómo me afectaba no recibir una respuesta. Antes de poder decidir cómo responderle, me envió otro mensaje: « Pero me alegra saber que estás pensando en mí» .

Un hormigueo me recorrió el cuerpo. « Siempre» , contesté antes de poder evitarlo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estábamos haciendo? Ya no éramos amantes. ¿Nos estábamos convirtiendo en otra cosa? ¿Algo así como amigos? ¿Amigos flirteando con mensajes?

Lo que fuese que estábamos haciendo me hacía sentirme bien. Tan bien que tras mi último mensaje envié otro más peligroso: « ¿Estás pensando tú en mí?» .

David abrió la puerta de la oficina e interrumpió mi momento de buenas sensaciones antes de que Hudson tuviera oportunidad de responder.

—Entra, Laynie.

David estaba rígido y su voz sonaba tensa. Su seriedad hizo que me escondiera el teléfono en el sujetador.

—¿Va todo bien? —Me acordé de su mensaje del lunes—. ¿Qué pasó el otro día? —pregunté mientras me sentaba delante de su mesa.

—Esto.

David lanzó un periódico doblado sobre la mesa antes de sentarse en su silla enfrente de mí.

Desconcertada, cogí el periódico y busqué qué podría haberle puesto de tan mal humor. Allí estaba, ocupando el primer lugar de la sección de noticias de

sociedad del lunes, la fotografía a todo color de Hudson y yo besándonos.

—Ah, esto.

David era la única persona a la que me había dado miedo contárselo. Temía que sacara conclusiones. Conclusiones erróneas.

Y eso hizo.

—¿Quieres explicarme esto, Laynie? —Se puso de pie y empezó a dar vueltas, sin dejar de hablar el tiempo suficiente como para que yo le contestara —. Porque te voy a decir lo que parece. Parece que deseabas tanto conseguir tu preciado ascenso que, como no has podido obtenerlo jugando conmigo, has decidido ir a por el siguiente tío que pudiera darte lo que querías.

Extendí una mano delante de mí para que dejara de decir lo que estaba diciendo.

—Eso no es así, David. Nunca ha sido así.

¿Cómo podía pensar David que me había gustado porque quería conseguir un ascenso? ¿Que yo no había sido sincera cuando estuve con él?

—¿No? —Dejó de moverse y se inclinó hacia mí con las manos sobre la mesa—. Dime entonces qué es, Laynie.

—Es que… No puedo…

Mi vacilación aumentó con el sonido del teléfono sobre mi pecho. Sabía que era una respuesta de Hudson y estaba deseando leerla. Pero era imposible hacerlo en ese momento. No con David furioso delante de mí.

—Sí, eso es lo que yo pensaba. —Se incorporó y una mirada de auténtica repugnancia se unió a su ceño fruncido—. Ahora me veo obligado a darte el ascenso, a imponer tus ideas, sin importar si lo iba a hacer de todas formas, y a temer por mi trabajo. —Se rio fríamente—. Probablemente te esté preparando para que ocupes mi propio puesto.

—No, David. —Aquello era peor de lo que me había imaginado. No quería que pensara que yo estaba intentando arrebatarle su puesto de trabajo. Nos había imaginado a los dos juntos dirigiendo el Sky Launch. Aunque la parte romántica de ese dúo ya no me pareciera atractiva, seguía queriendo que llegáramos a ser esa pareja empresarial.

—¿Tiene Pierce alguna idea respecto a mí?

—David, no sigas.

Entrecerró los ojos.

—¿Sabe que eres la zorra del Sky Launch?

Aquello supuso el punto de inflexión. En lugar de sentirme mal, me cabreé. Y cuando me cabreaba, hacía uso de todas las armas de mi arsenal.

—David, si de verdad crees lo que estás diciendo, que tengo algún poder sobre Hudson, quizá deberías tener un poco más de cuidado con tu modo de hablar conmigo.

Levantó las cejas, sorprendido por mi tono firme y mi forma de hablar tan

directa.

—Y ahora, siéntate para que podamos hablar de esto de un modo civilizado —continué. Esperé a que se dejara caer sobre su silla—. Bueno, a ver si lo he entendido bien. Crees que estoy saliendo con Hudson para poder conseguir un ascenso en el club. Un ascenso que básicamente tú me has prometido por mi buen trabajo aquí durante los últimos años. Un ascenso que me había ganado incluso antes de que tú y yo nos besáramos.

—¿Por qué otro motivo ibas a estar saliendo con él? —Sus palabras eran desafiantes, pero ya no había enfrentamiento.

—No es que sea asunto tuyo, pero estoy saliendo con Hudson porque… —En ese momento estaba de servicio, pero la razón que le di fue sincera—. Porque me gusta. Y yo le gusto a él. Conectamos. Pero incluso antes de nuestra primera cita, ya me había dejado claro que no intervendría para ayudarme a ascender aquí. Yo lo acepté porque sabía que podía conseguir el puesto de encargada por mis propios méritos. Dime una cosa, ¿Hudson te ha ordenado que me asciendas?

—No —contestó mientras dejaba caer los hombros.

—¿Y me ibas a ofrecer el puesto antes de ver nuestra foto en el periódico?

—Sí.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando?

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Laynie…, yo… no sé qué decir. Supongo que me he precipitado. He dicho cosas que estaban fuera de lugar.

—Lo entiendo. Sabía que te pondrías así. —Dejé escapar un silencioso suspiro, aliviada porque se hubiera calmado tan fácilmente—. Quizá debía habértelo contado antes.

David negó con la cabeza. Después, me miró directamente a los ojos.

—No, estaba actuando por celos. Y no tenía ningún derecho a hacerlo. Fui yo quien rompió.

—No pasa nada.

Miré hacia otro lado. Su comentario sobre los celos siguió flotando entre los dos. En otro momento, yo le habría caído encima. Ahora se me hacía raro que él sintiera algo por mí. Así que cambié de tema:

—Eh…, en cuanto al ascenso…, ¿has dicho que me lo ibas a dar?

Sonrió.

—Sí, claro que sí. ¿No te lo ha dicho Pierce?

Hasta hacía poco, Hudson y yo no hablábamos mucho cuando estábamos juntos. Pero eso no se lo iba a contar a David.

—La verdad es que no.

—Bueno, pues me alegro de ser el primero en decírtelo. Felicidades. —Extendió la mano para estrechar la mía y, a continuación, la retiró—. ¿Qué estoy haciendo? Ven aquí.

Los dos nos pusimos de pie y nos juntamos a un lado de la mesa para darnos un abrazo. Yo me aparté primero. Él se dio cuenta y disimuló adoptando una actitud profesional.

—Y hemos hecho caso de tus sugerencias. Vamos a ampliar el horario a partir de agosto. Lo cual quiere decir que tienes mucho trabajo por delante para preparar el local y pensar en montones de reuniones de *marketing* y promoción.

Coloqué una mano sobre su brazo.

—Gracias, David.

—Te lo mereces.

Las horas que faltaban hasta la apertura del club las pasamos preparando un plan de trabajo. Fue entretenido y estimulante, exactamente lo que mi mente obsesiva necesitaba. El trabajo entró automáticamente en mi lisa de conductas sustitutivas. Ahora tenía un puesto retribuido con un salario fijo y muchos de mis turnos se desarrollarían en horario diurno. ¿Se sentiría orgulloso Brian?

Cuando el club abrió, me convertí en la sombra de David para aprender más labores de gerencia. Cuando cerramos, estaba agotada y agradecida por no tener que ir a casa caminando.

Cuando Jordan me estaba ayudando a entrar en el asiento de atrás del coche, después de que terminara mi turno, me acordé de leer el mensaje de Hudson. « Siempre» , decía.

El corazón se me paró. Volví a leer el mensaje que yo le había enviado para estar segura de que recordaba bien lo que decía. Le había preguntado si él estaba pensando en mí y su respuesta fue « Siempre» .

Capítulo catorce

Jordan me estaba esperando a las seis con el Maybach frente al portal de mi casa, pero antes incluso de que me abriera la puerta vi que el asiento de atrás estaba vacío.

—El señor Pierce va a llegar más tarde a la ciudad —se explicó Jordan—. Se encontrará con usted en el Lincoln Center. Tengo su entrada.

Después de pasarme todo el día nerviosa porque iba a ver a Hudson sin saber cuál sería el contexto de nuestra velada, no quería estar sola.

—¿Te importa si subo delante contigo? —pregunté.

—Estoy seguro de que el señor Pierce preferiría que se sentara detrás.

Aparté la puerta de atrás de las manos de Jordan y la cerré sin entrar.

—Entonces, no se lo digamos, ¿vale?

Jordan negó con la cabeza mirándome y dio la vuelta en dirección al asiento del conductor. La Filarmónica de Nueva York iba a tocar las sinfonías dos y tres de Brahms. Qué bien. Me encantaba el arte y habían pasado siglos desde que no disfrutaba de un evento de cualquier tipo.

Por suerte, no tenía que ir a trabajar hasta la una de la noche, pues me iba a quedar después de cerrar para aprender a hacer el inventario mensual. Liesl había venido a mi apartamento esa tarde para ayudarme a abotonarme la parte trasera del vestido y se había llevado ropa mía al trabajo para que pudiera cambiarme cuando llegara. Eso quería decir que Hudson y yo teníamos toda la velada para… ¿Para qué? ¿Teníamos que actuar esa noche? ¿Se trataba de una cita? ¿Íbamos a salir en plan amigos? No tenía ni idea.

Eché un vistazo a Jordan y me sentí animada para buscar respuestas a alguna de mis preguntas.

—Jordan, ¿qué te ha contado Hudson de mí?

Jordan se encontraba en el despacho cuando habíamos estado negociando las condiciones de nuestro acuerdo. ¿Qué pensaba él de nosotros?

Jordan no respondió.

—Se supone que no debes charlar conmigo, ¿verdad? —Por su expresión supe la respuesta—. Eh, vamos. Probablemente también te haya dicho que me tengas contenta. Y ahora mismo una confirmación es lo que me haría feliz.

Lanzó un suspiro, como si no creyera lo que estaba a punto de hacer.

—Me dijo que usted es la mujer de su vida.

—¿Sí? —Claro que le diría eso. Ese era mi papel al fin y al cabo: interpretar a la mujer de su vida. Pero ¿había habido otras?—. ¿Cuántas mujeres ha habido en su vida?

—No me han contratado para llevar a otras, señorita Withers. Solo le he

llevado a él. Puede que en alguna ocasión haya tenido una cita, pero no muy a menudo.

Fruncí el ceño, pues no quería pensar en Hudson teniendo citas.

—Lo cierto es que por ninguna de ellas ha mostrado tanto interés como con usted.

Puse los ojos en blanco. No quería que me tratara con condescendencia.

—No tienes por qué decir eso.

—No. Pero es la verdad.

¿Qué significaba eso exactamente? ¿Que yo era especial para él? ¿O que era la única a la que él había contratado para alardear?

Pero no podía hacerle a Jordan esas preguntas.

—¿Tú qué piensas de Hudson? —le pregunté en su lugar.

—¿Yo? —Jordan me miró sorprendido—. Pues que es un buen jefe. Muy claro en cuanto a sus expectativas. Exige mucho, pero las ventajas a cambio van en la misma proporción.

Me gustó saber eso, que era un jefe decente. Pero no era eso lo que yo quería saber.

—Me refiero como persona.

Jordan se rio.

—No lo conozco de otra forma que como empresario. —Me miró—. Puede que usted sea la única persona que he visto que lo conozca como hombre.

—Lo dudo. —No solo porque no le conocía, sino porque sospechaba que Hudson no dejaba que nadie le conociera.

—Yo no estaría tan segura.

Quise continuar con la conversación, pero habíamos llegado al Lincoln Center. Me sentí rara al llegar allí sola, pero Jordan me indicó que fuera al Avery Fisher Hall y me dio toda la información que necesitaba.

—Esta noche es un concierto para donantes. Así que habrá un ligero bufé en el vestíbulo. El señor Pierce ha insistido en que se sirva usted misma.

Sonreí imaginándome a Hudson dándole órdenes a Jordan. ¿Había sido por teléfono? ¿Le había mandado un mensaje? En cualquier caso, me di cuenta de que se había tomado muchas molestias para esa noche.

—¿Sabes cuándo llegará?

Jordan negó con la cabeza.

—Una reunión a última hora ha retrasado su despegue. Pero ha asegurado que vendrá en cuanto pueda. —Hizo una pausa antes de volver a subirse al coche —. Señorita Withers, si me permite decirlo, está usted muy guapa.

Me sonrojé y le di las gracias, pero su cumplido me dio el coraje para entrar yo sola a la sala. Asistentes elegantemente vestidos entraron en tropel conmigo, los más ricos de la ciudad, la gente que tenía dinero como para hacer donaciones a algo tan trivial como el arte. A mí siempre me habían gustado los vestidos

bonitos, pero nunca me habían interesado los nombres de los diseñadores hasta ese momento, en el que lo único que servía para camuflarme dentro de aquel mar de ropa cara era mi propio vestido de firma. Me encontraba fuera de mi ambiente. Necesitaba una copa.

Tal y como Jordan había dicho, había mesas de bufé a lo largo del vestíbulo y los camareros se movían por la sala con bandejas llenas de deliciosos aperitivos y copas de champán. Yo no tenía mucha hambre, pero cogí un hojaldre de cangrejo al pasar para así tener algo en el estómago cuando me bebiera el champán que poco después cogí. Pasé los cuarenta y cinco minutos siguientes bebiendo mi copa muy despacio y mordisqueando verduras con los ojos fijos en las puertas de entrada en busca de mi cita.

Cuando la multitud fue disminuyendo, me dirigí a regañadientes al asiento que aparecía en mi entrada. Un palco, por supuesto. Se me levantó el ánimo cuando vi que había espectadores que entraban en el palco delante de mí. Quizá Hudson se las hubiera arreglado para escabullirse y entrar antes que yo.

Pero cuando el acomodador me mostró mi asiento, vi que los que estaban a ambos lados del mío estaban vacíos. Otros tres asientos de nuestro palco estaban ocupados por una pareja de mediana edad y una mujer de la mía, una mujer a la que conocía. Era Celia.

—¡Laynie! —me saludó Celia mientras se sentaba—. Me alegra mucho que hayas venido. ¿Dónde está ese hombre tuyo tan guapo?

Su tono de voz no era exactamente bajo y me di cuenta de que quería que sus acompañantes la oyeran.

Sentí que el pecho me oprimía. Definitivamente, no se trataba de una cita.

—No me lo podía perder. Estaba deseando volver a verte. —Hice lo que pude por fingir que sabía que Celia estaría allí lo mismo que ella parecía saber que yo asistiría—. Hudson se ha retrasado con su vuelo. Ha estado fuera de la ciudad casi toda la semana.

Admito que esperaba que la mención a que él no estaba en la ciudad fuera para Celia una novedad. Pensaba que, de algún modo, necesitaba tomarle la delantera y tener información que Celia desconociera sobre mi supuesto amor era el único truco del que podía hacer uso.

—Ah, sí. Me dijo que se volvía a ir cuando hablé con él ayer. —Demasiada información privilegiada—. Deja que te presente a mis padres, Warren y Madge Werner. Esta es Alayna Withers, la novia de Hudson.

El señor y la señora se intercambiaron una mirada antes de inclinarse por encima de sus asientos para estrecharme la mano.

—Me alegro de conocerte por fin —dijo Madge—. Sophia me ha hablado mucho de ti.

« Ah, sí» . Lo que fuera que Sophia Pierce tuviera que contar a su mejor amiga sobre mí no podía ser nada que yo quisiera saber. Sentí un nudo en el

estómago al pensarlo. ¿Dónde demonios estaba Hudson? ¿Cómo podía dejarme sola con esa gente?

—Sophia es un encanto —dije con toda la cortesía de la que fui capaz. La verdad es que no me costó sonreír al decirlo, como si hubiera hecho una broma privada sobre el monstruo que Hudson tenía por madre.

—¿Verdad que sí? —murmuró Celia para que yo pudiese oírla.

Su indirecta hizo que me sintiera más cómoda. Hasta que Madge empezó a interrogarme.

—¿Y dónde fue conociste a Hudson?

Repetí la historia, adornándola con tantos momentos románticos como pude sin exagerar demasiado, mirando todo el tiempo hacia atrás, deseando que Hudson apareciera.

—Withers —dijo Warren cuando hubo una pausa—. ¿Algún parentesco con Joel y Patty?

—No, lo siento.

Si estaba tratando de saber hasta dónde llegaba mi estirpe, me temo que iba a quedar profundamente decepcionado.

El alivio me inundó cuando las luces se atenuaron poniendo fin a nuestra conversación. Simultáneamente, mi resentimiento hacia Hudson fue en aumento. Le envié un mensaje rápidamente, algo que debía haber hecho una hora antes: « ¿Dónde estás?» .

La respuesta a mi mensaje llegó en forma de susurro a mi oído cuando el director salió al escenario y el público empezó a aplaudir:

—Justo a tu lado.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y levanté los ojos para ver que Hudson se había deslizado hacia el asiento que estaba a mi lado. Estaba allí. A pesar de la tenue iluminación del teatro, supe que estaba guapo, vestido con un esmoquin clásico. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera vestido rápidamente, y la cara desaliñada, lo cual aumentaba el factor sensual.

Hizo un gesto hacia el señor y la señora Werner y, a continuación, me agarró de la mano.

Su mano en la mía, su calor, su fuerza. No importaba si era para que lo vieran los demás, yo la necesitaba y permaneció allí aferrada hasta el descanso, soltándola solo para que pudiésemos aplaudir.

Mientras el público seguía aplaudiendo, él se inclinó hacia mí.

—¿Qué te parece?

—Me ha encantado.

Jamás había escuchado a la Filarmónica de Nueva York y Brahms no había sido nunca mi compositor preferido, pero el concierto había sido impresionante. El hecho de haberlo disfrutado con el hombre más atractivo del planeta sentado a mi lado no lo hizo peor.

—Sabía que te gustaría. —Cuando las luces se encendieron, me colocó un mechón de pelo tras la oreja y me habló con un susurro provocando nuevos escalofríos en mi espalda—: Que empiece la función.

Se puso de pie y me cogió de la mano para ayudarme a levantarme y, a continuación, se volvió hacia los Werner.

—Madge, Warren. Ojalá hubiera estado aquí para hacer las presentaciones. Supongo que ya os conocéis todos.

—Así es —contestó Madge—. Nos ha presentado Celia.

—Bien. Quería que las personas más importantes de mi vida se conocieran. —Después, a la vista de todos, me rodeó con sus brazos haciendo que mis piernas se convirtieran en gelatina—. Siento haber llegado tarde, cariño. Estás espectacular. La mujer más guapa que está aquí esta noche.

Había dicho que estaba espectacular cuando compramos el vestido y, lo mismo que entonces supe que lo decía por mí, esa noche sabía que lo hacía por los Werners. De no ser así, no me llamaría « cariño» .

Le miré a los ojos sin necesidad de fingir mi mirada de adoración.

—Eso no puedes saberlo. Apenas has mirado a nadie más.

Acarició su nariz contra la mía.

—Porque no puedo apartar los ojos de ti.

Dios, podríamos habernos dedicado a escribir empalagosas novelas de amor. Se nos daba muy bien. A él se le daba muy bien.

—¿Has estado fuera de la ciudad esta semana? —preguntó Warren sin que pareciera que le importaba interrumpir el fingido momento entre Alayna y Hudson—. Celia me ha dicho que estabas de viaje de negocios.

Yo oculté un mohín. Eso no lo había dicho Celia. Lo había dicho yo.

Hudson me besó suavemente en la frente antes de soltarme para dirigir su atención a Warren.

—Sí. Novedades con Plexis.

Warren negó con la cabeza.

—Esa empresa lleva tiempo dándote problemas.

—Perdonad —interrumpió Madge—. Mientras los hombres tenéis una aburrida conversación de negocios, las chicas vamos a refrescarnos.

No estaba segura de si Madge pretendía incluirme como una de « las chicas» , pero decidí quedarme. Quería escuchar esa aburrida conversación de negocios. No quería dejar a Hudson.

Sin embargo, Celia me agarró del brazo, obligándome a acompañarlas, y Hudson pareció esperar a que nos fuésemos para continuar. Además, necesitaba hacer un pis.

No pasé por alto la mirada de advertencia que Hudson lanzó a Celia. Incluso yo, que no había tenido una amistad de toda la vida con ese hombre, sabía que aquella mirada le estaba diciendo que tuviera cuidado con lo que me decía.

No tenía por qué haberse preocupado. La conversación de camino a los servicios y mientras esperábamos en la cola fue banal y de lo más trivial. Sobre todo, consistió en comentarios sarcásticos de Madge sobre lo que otras personas llevaban puesto y en tratar de averiguar qué me había regalado Hudson y cuánto costaba.

Fue después de salir del baño cuando la conversación se volvió interesante. Madge y Celia se estaban empolvando la nariz en el espejo lateral y no me vieron salir. Me acerqué al lavabo para lavarme las manos y me di cuenta de que podía oír su conversación a la perfección.

—Es guapa —dijo Madge—. Lamento que sea tan guapa.

—Mamá, déjalo —gruñó Celia.

—Estoy segura de que no es más que un devaneo, cielo. Es la primera novia de verdad de Hudson. Nunca se queda uno con la primera.

Me estuve lavando las manos durante un buen rato.

—Madre, ya no siento eso por él. Te lo he dicho. De todos modos, es un psicópata. No te gustaría que nuestros hijos tuvieran esos genes.

—Tiene mejores genes que la mayoría. Y sé que dices que ya no te interesa, Ceeley, pero no tienes por qué fingir conmigo. Simplemente, asegúrate de que se ha hecho análisis de todo tipo cuando vuelvas a estar con él.

—¡Mamá!

Una inmensa ola de rabia me invadió. No solo porque Madge hubiera insinuado barbaridades sobre mi vida sexual, aunque eso me dolió. Sino también porque Celia, la mujer que probablemente era la mejor amiga de Hudson, le había llamado psicópata. No me extrañó que Hudson se mostrara tan precavido y apartado del mundo. Incluso las personas que se suponía que más le querían parecían no comprenderle ni tener empatía con él cuando luchaba con sus demonios internos, a los que seguramente tenía que enfrentarse a diario.

No me extrañaba que hubiera venido en mi busca.

Me eché agua fría en la cara en un intento por hacer desaparecer mi rabia. A continuación, me sequé las manos y volví con las Werner. Aunque acababa de estar con Hudson, de repente sentí un enorme deseo de estar de nuevo con él. Lamenté haberle apartado de mí. Ahora me daba cuenta de que me necesitaba de un modo tan intenso que no se podía expresar con palabras. Y yo le necesitaba a él. Prácticamente, eché a correr hacia el palco.

Hudson colocó el brazo alrededor de mi cintura cuando llegué adonde estaba, pese a continuar con su charla con el señor Werner, y yo me derretí. Deseé tener aún más contacto con él, compartir físicamente la revelación que había experimentado en el baño, así que metí la mano bajo su chaqueta, desesperada por tocarle más, deslizando los dedos por la parte baja de su espalda.

Él se puso rígido.

Retiré la mano y se relajó.

Tuve que concentrarme para no dejar que la punzada de su rechazo se me notara en la cara. Quizá no se había dado cuenta de lo que intentaba decirle. Así que probé de nuevo, en la oscuridad, cuando la sinfonía empezó a tocar otra vez, colocándole la mano en la pierna. Después, seguí subiendo por su muslo.

Me detuvo, cogiendo mi mano con la suya. La retuvo ahí durante el resto del concierto y, aunque seguía manteniendo el calor y la fuerza, me pareció más una restricción que algo confortable.

La decepción se apoderó de mí con un frío estremecimiento. Había llegado demasiado tarde. Le había apartado y ahora la atracción había desaparecido. Di las gracias por estar a oscuras. Así no se daría cuenta de que mis ojos se llenaban de lágrimas.

Después de que terminara el concierto, salimos con los Werner al aparcamiento en lugar de adonde los coches recogían a los asistentes.

—He venido conduciendo yo —dijo Hudson respondiendo a mi expresión de extrañeza.

Mantuvo su brazo alrededor de mi cuerpo mientras caminábamos. Su tacto era constante, pero todo fingido. La presión y la pasión que me había demostrado en privado ya no estaban presentes.

También habían desaparecido sus ojos. Antes, siempre que estaba con él, sus ojos no se apartaban de mi cuerpo, de mi cara. Ahora no establecía contacto visual y apenas me hablaba. En cambio, charlaba relajadamente con Celia, compartiendo bromas íntimas. A cada paso que dábamos, me sentía cada vez más consternada. En mi garganta empezó a aparecer la congoja y me concentré en obligarme a conseguir que volviera a bajar, manteniéndola a raya.

Nos separamos de nuestros acompañantes al llegar al Mercedes. Celia me dio un abrazo rápido mientras Hudson estrechaba la mano de Warren y daba un beso a Madge en la mejilla. Yo saludé con la cabeza a los Werner y, a continuación, Hudson me abrió la puerta para que subiera al asiento delantero.

Antes de entrar, Hudson se despidió de Celia. Miré por la ventanilla mientras el estómago se me revolvía. La abrazó y le susurró en el oído algo que la hizo reír. Yo me sequé la única lágrima que pudo escapar a mis defensas.

Además de destruirme, el hecho de verlos así me volvió loca. Loca de remate, loca de rabia. ¿No se suponía que Hudson tenía que demostrar que él y Celia no debían estar juntos? Y después de haber oído lo que ella pensaba realmente de él, yo sabía que no debían estarlo. Ella era un error para él.

La envidia se extendió por mis venas como el hielo líquido. Puede ser que Celia no tuviera una historia de amor con Hudson, pero yo tampoco. Y ella tenía su amistad. Por el momento, parecía que yo no tenía nada.

No hablamos recorriendo la larga cola para salir del aparcamiento y Hudson tarareó fragmentos de la sinfonía de Brahms mientras conducía. ¿Era yo la única que sentía la fuerte y pesada tensión? Una tensión que parecía crecer a cada

minuto.

Cuando estuvimos en la calle, no pude seguir controlando mi sensación de frustración y pena.

—Así que sabías que Celia estaría en el concierto esta noche.

No era una pregunta. Yo ya sabía la respuesta, pero quería que él lo dijera. Abrió los ojos de par en par, como si le sorprendiera mi tono severo.

—Sabía que Celia iría con sus padres, sí. —Me miró de reojo—. Sus padres, que son amigos de mis padres, recuerda.

Exacto. Engañarles a ellos era tan importante como engañar a Sophia Pierce.

¿Cuál era mi problema? Crucé los brazos alrededor del pecho y me golpeé la cabeza contra la ventanilla una, dos y tres veces. No debía estar enfadada. Él me había dicho que iba a fingir que estaba conmigo. No debería ponerme celosa. Celia le tenía como amigo mucho antes de que yo apareciera. Y no tenía con él nada más que eso.

Ni yo tampoco. No desde que yo misma le había puesto fin a todo cuatro días antes. Resultaba curioso haber temido que estar con Hudson me habría hecho caer en malos hábitos. Al contrario, el no estar con él había sido lo que había dado rienda suelta a mi ansiedad esa semana y lo que hacía que me sintiera tan despreciable en ese momento.

Otra lágrima cayó por mi mejilla. Le di un toque con el nudillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hudson con tono preocupado. O puede que solo fuera asombro.

Pensé qué responder. Podía mantener levantada la barrera entre los dos y evitar la pregunta. O mentir. O confesar mi envidia. O podía ser sincera.

Incapaz de soportar un minuto más la soledad que se había instalado en mi pecho, la sinceridad se impuso.

—Quiero estar contigo —susurré con la cara apretada contra el cristal, demasiado avergonzada como para mirarle.

—Alayna… —Sentía sus ojos sobre mí.

—Sé lo que dije. —Me limpié los ojos, decidida a mantener el resto de mis lágrimas dentro de ellos—. Pero puede que estuviera equivocada. Es decir, no sé si tienes razón…, si pasar el tiempo contigo puede hacer que me sienta mejor. Lo que sí sé es que desde que nos hemos separado yo he estado peor. —Tomé aire entrecortadamente y me atreví a mirarle—. Te echo de menos. —Una risa nerviosa se escapó de mi garganta—. Ya te dije que soy de las que se encariñan.

Un atisbo de sonrisa cruzó por sus labios.

—¿Adónde crees que te estoy llevando?

Miré por la ventanilla, pues no había prestado atención a cuál era nuestro destino. Lincoln. Nos dirigíamos al este. Estábamos a unas manzanas de distancia de Industrias Pierce. El *loft*.

Me incorporé mientras el rubor iba subiendo lentamente por mis mejillas.

—Ah —dije mientras el dolor de la soledad que sentía dentro se consumía con una chispa de deseo. Entonces, fue el enfado el que se impuso—. ¿Te dije que no quería más sexo y me estabas llevando a tu apartamento sin preguntar?

—Alayna —dijo suspirando frustrado—, eres un manojo de señales contradictorias. Durante el concierto parecía que estabas queriendo que…

—Y tú me has ninguneado —le interrumpí—. ¡No me hables de señales contradictorias!

Me puso la mano en la rodilla.

—Trataba de evitar mezclar el trabajo con el placer. Una tarea difícil contigo, preciosa. —Bajó la voz—: Sobre todo con tus movimientos de manos y con lo buena que estás con ese vestido.

Pestañeé.

—Ah —volví a decir.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía separar ambos planos, delimitar lo fingido y lo real sin que se cruzaran mientras que yo no dejaba de enredarme?

—Si quieres que pregunte, lo haré, aunque ya sabes que no es mi estilo. —Interpretó mi mirada silenciosa como un «sí», aunque en realidad yo simplemente trataba de procesarlo todo—. ¿Puedo llevarte a mi cama, Alayna?

Su petición apareció con un rugido que hizo que mis botones de la pasión estallaran como fuegos artificiales.

—Sí —casi gemí mientras él se detenía ante un semáforo en rojo.

Llevó una mano hasta mi cabeza para atraerme hacia él. Su boca estaba hambrienta y rebosante de necesidad y su lengua sabía a pura lujuria y al café Amaretto que se había tomado durante el descanso. Sentí que las bragas se me humedecían y que los botones del corsé de mi vestido se apretaban contra mi pecho.

El pitido de un claxon hizo que volviera a poner su atención en el volante. Se movió en su asiento y mis ojos se fijaron en el bulto que asomaba en sus pantalones. La boca se me hizo agua, deseando tenerlo dentro de mí.

Hudson volvió a moverse.

—Esos ojos hambrientos no ayudan a calmar la situación.

Y entonces llegamos. Nos detuvimos junto al aparcacoches de Industrias Pierce. No fui consciente de los movimientos que Hudson hizo al saludar al aparcacoches, darle las llaves, pasar detrás de mí en dirección a los ascensores, con su mano firmemente apoyada en mi culo.

En el ascensor estábamos solos. Hudson introdujo el código para subir al ático y, nada más cerrarse las puertas, me apretó contra la pared metálica del ascensor. Se detuvo a pocos centímetros de mis labios y su aliento se mezcló con el mío.

—Estás muy guapa, Alayna.

—Entonces, bésame.

Un lado de su boca se curvó con una sonrisa seductora.

—Creo que me voy a tomar mi tiempo. —Despacio, recorrió con su mentón mi mandíbula y bajó por mi cuello. Yo moví la boca para tratar de capturar la suya, pero él fue más rápido, siempre un paso por delante de mí. Su despiadada seducción me puso cachonda como nunca, haciendo que un charco de humedad apareciera entre mis piernas.

Su ritmo lento me estaba matando.

—Creo que voy a hacer que te muevas más deprisa.

Deslicé una mano hacia abajo para acariciar el bulto de sus pantalones.

—¡Fóllame, Alayna! —siseó mientras yo amasaba su erección a través de la tela.

—No voy a negarme a eso. —Sentí cómo se ponía más duro bajo mi mano —. Lo cierto es que me gustaría follarte con la boca.

Abrió los ojos de par en par, pero antes de que yo pudiera hacer lo que había dicho, el ascensor se detuvo en la planta superior. Me sacó de la cabina y me soltó para buscarse las llaves. Le acaricié la espalda mientras abría la puerta, incapaz de dejar de tocarle.

—Entra —dijo con un gruñido mientras sostenía la puerta para que yo entrara.

No habíamos hecho más que cruzar el umbral cuando la puerta se cerró de golpe detrás de nosotros y él me empujó contra la pared. Encendió una luz y, a continuación, tomó mi cara entre sus manos y mi boca con la suya, embistiendo con su lengua por dentro para enfrentarse a la mía, frotando su barba incipiente con mi suave piel. Me encantaba su agresividad, como si no pudiera cansarse de mi sabor. Desde luego, yo no me cansaba del suyo.

Pero hablaba en serio cuando le había dicho que quería mi boca en otra parte de su cuerpo y, aunque a Hudson le gustaba dominar el tiempo que pasábamos juntos, yo quería darle placer. Mientras él seguía agarrándome la cara, controlando la intensidad de nuestro beso, mis manos le bajaron la cremallera y se deslizaron por dentro para acariciarle. En cuanto sintió mi caricia a través del tejido de sus calzoncillos, Hudson lanzó un gruñido sobre mis labios.

Sus gemidos encendieron mi deseo. Me liberé de su abrazo y le hice girar para echarlo contra la pared. Iba a necesitar apoyarse en algo para lo que yo tenía planeado. Después, forcejeé con sus pantalones y sus calzoncillos hasta bajárselos lo suficiente para sacarle la polla.

—Ahí está el grandullón —ronroneé mientras hacía girar la mano sobre su capullo. Atrapando una gota de líquido preseminal, enrollé los dedos sobre su miembro y dejé que mi mano lubricada se deslizara por su erección.

Volvió a gemir y yo me puse de rodillas. Sostuve la polla por la base con una mano, enrosqué mis labios alrededor del capullo y chupé con suavidad. Él ahogó un grito y me agarró del pelo, tirando de él hasta el punto de convertirse en un

picor delicioso.

—Dios mío, Alayna. Lo haces tan…, ah…, tan bien.

Su elogio me animó. Acaricié su miembro con mi puño de arriba abajo y enseguida alcancé un ritmo uniforme mientras lamía y chupaba su capullo dentro de mis ahuecadas mejillas. Le traté a cuerpo de rey, deslizando mi lengua por su polla gruesa y rugosa y rozando suavemente con los dientes su glande. Se le puso más gruesa con mis atenciones y mi propia excitación llegó hasta su punto álgido.

No había pensado si se la chuparía o no hasta que llegase al orgasmo, pero, de repente, deseé con desesperación que así fuera. Necesitaba que llegara al clímax, quizá tanto como él, y mi boca reflejó con avidez esa necesidad.

—Para, Alayna.

Antes de que yo pudiese reaccionar, sus manos apartaron mi cabeza y la polla salió de mi boca con un ruido seco.

Sorprendida y confundida, dejé que me levantara.

—¿He hecho algo mal?

—No, preciosa. Tienes una boca increíble. —Volvió a buscar mis labios para un beso más profundo—. Pero necesito correrme dentro de tu coño. Llevo días pensando en eso. —Me pasó los brazos por la espalda y empezó a toquetear los botones de mi corsé—. Y tienes que estar desnuda.

Gruñí, sabiendo que iba a tardar siglos en quitarme el vestido.

—Para eso vamos a necesitar mucho tiempo —murmuré sobre su cuello.

—Tiene que ser así. —Me apretó contra su cuerpo con más fuerza para poder ver lo que hacía por encima de mi hombro—. Tengo que llegar a tus pechos. Me encantan tus pechos.

Suspiré y empecé a desabotonarle la camisa.

—Entonces, tú también vas a tener que desnudarte.

Negó con su cabeza contra la mía.

—Para eso vamos a tardar más tiempo.

—Pero me encanta sentir mis pechos sobre tu piel desnuda.

Su risa sofocada se convirtió en un gruñido de frustración.

—No quiero saber cómo has podido meterte dentro de este vestido. Date la vuelta.

Lo hice mientras me levantaba el pelo para que él pudiera manejarse mejor. Sus dedos se movieron con destreza y enseguida había desabrochado los suficientes botones como para poder quitarme el vestido.

Sentí que sus dedos me soltaban y le oí quitándose torpemente su propia ropa. Todavía de espaldas a él, me terminé de bajar el vestido y pasé mis pies por encima. Después, me quité las bragas. Me dejé los zapatos puestos, pues sabía que le gustaba follarme sin quitarme los tacones. Antes de darme la vuelta, respiré hondo, consciente de que cuando lo viera desnudo me quedaría sin

respiración.

¡Vaya si tenía razón! Solo había conseguido verle desnudo la vez de la ducha, pero no me había olvidado de cómo me afectaba aquella imagen. Su estómago era una dura tabla de lavar y los músculos de sus muslos eran fuertes. Entre sus piernas, se alzaba orgullosa su erección, aún más viril y hermosa sin ropa que dificultara su visión.

Mis ojos llegaron por fin hasta su rostro y me di cuenta de que estaba mirándome con la misma lascivia y el mismo deseo intenso que yo sentía por él. Nos miramos a los ojos. Y a continuación, estaba en sus brazos, sus fuertes y preciosos brazos, mientras me besaba con un deseo aún más profundo y mis pechos se aplastaban contra su torso. Rápidamente, me pasó las manos por debajo del culo para subirme. Envolví su cintura con mis piernas y su cuello con los brazos mientras él ajustaba mis caderas encima de su polla.

Se detuvo en mi abertura.

—No te he preparado.

—Casi lo estoy. Métete dentro, Hudson.

Sonrió mientras se metía dentro de mí con una fuerte embestida. Su polla ardía dentro de mi coño, que aún no estaba completamente húmedo, pero me pareció igual de maravillosa. Profunda y muy dura.

No tardó nada en alcanzar un ritmo constante, impulsándose dentro de mí con cada embestida. Me sorprendía por la fuerza que debía de necesitar para sostenerme en esa postura y follarme con tanta potencia. Sabía que estaba en forma, pero no me había dado cuenta de hasta qué punto. Saberlo hizo que mi excitación aumentara y mi sexo se humedeciera, permitiéndole deslizarse adentro y afuera con facilidad. Mis pechos rebotaban con nuestro movimiento y sacudidas de placer me recorrían el cuerpo cuando mis sensibles pezones se acariciaban con su pecho.

—Sí, Hudson. Dios mío, sí.

Seguimos con la mirada fija el uno en el otro y pude ver la tensión y el placer grabados en su frente mientras seguía sacudiéndome para que llegáramos al orgasmo.

—Cómo… me… gusta —jadeaba—. Estás… jodidamente… buena.

Su estímulo y el sonido de nuestros muslos golpeándose me estaba volviendo loca, casi estaba llegando al orgasmo. Con cada embestida de sus caderas mi sexo se tensaba alrededor de su erección de acero. Me giró hacia la pared para que pudiera apoyarme mejor, de modo que ajustó su postura para poder embestirme con más ímpetu. Con la nueva posición pudo liberar una mano y me acarició el clítoris mientras su capullo buscaba un punto sensible.

—Córrete conmigo, Alayna —me ordenó—. Córrete.

Su tono autoritario y el movimiento en círculos de su pulgar fueron mi perdición. Eché la cabeza hacia atrás, contra la pared, y mi coño tembló

mientras el orgasmo estallaba dentro de mí. Él fue detrás, pronunciando mi nombre entre gemidos mientras soltaba dentro de mí largos y calientes chorros.

Bajé las piernas de su cintura y busqué aturdida el suelo con los pies, sabiendo que posiblemente él no podría seguir sujetándome tras aquella liberación tan violenta. Aunque ya no seguía sujetando mi cuerpo, no me soltó.

—¿Podemos repetir? —pregunté entre jadeos antes de que nuestros cuerpos se hubieran enfriado.

Frunció el entrecejo mientras me soltaba para mirar su reloj.

—¿Tienes que estar en el trabajo a la una? Creo que podemos arreglárnoslas para volver a hacerlo dos veces más.

Capítulo quince

—Muy bien, H, tenemos que hablar seriamente.

Llevábamos menos de diez minutos de camino hacia los Hamptons, pero yo estaba demasiado preocupada como para posponer la conversación. Me giré en el asiento delantero del Mercedes y me subí las gafas de sol a la cabeza para poder ver a Hudson con claridad.

Él me miró de reojo, sus ojos ocultos tras las Ray Ban oscuras.

—Suena interesante.

Respiré hondo.

—Tengo alguna queja sobre lo de anoche.

Levantó una ceja con expresión escéptica por encima de las gafas de sol, pero mantuvo la vista sobre la carretera.

—No sobre esa parte de la noche —dije golpeando juguetonamente su brazo —. Me refiero a la parte anterior. La última estuvo bien.

—¿Solo bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—Más que bien —contesté riéndome—. Fue espectacular. Increíblemente espectacular. —Mis muslos se tensaron solo con pensar en el sensual placer que habíamos experimentado la noche anterior en el apartamento. Un atisbo de inseguridad apareció sigilosamente bajo mi elogio, haciendo que me preguntara si él sentiría lo mismo. Reuní valor para preguntarle—: ¿Qué te pareció a ti?

—Bien.

Su sonrisa me hizo saber que estaba bromeando, pero, de todos modos, le di un pequeño pellizco en la pierna. Otra excusa para tocarle.

Soltó una mano del volante y me agarró la mía con la que le había pellizcado.

—¡Cuidado! Voy conduciendo. —Se llevó mi mano a la boca y me mordió el dedo antes de soltarla—. Pero ¿tienes quejas?

Aparté los pensamientos que había provocado su boca sobre mi piel.

—Sí que las tengo. No estaba preparada para la situación en la que me pusiste. Tengo que conocer más detalles con antelación. No sabía que los Werner iban a estar en el concierto de anoche. ¿No podrías, al menos, haberme puesto sobre aviso?

Hudson se quitó las gafas de sol y me miró fijamente, como si tratara de evaluar mi grado de seriedad.

Yo hablaba muy en serio. Estaba cansada de dar siempre palos de ciego con él y con el mundo por el que me hacía serpentear con tanta ligereza.

Guardó las gafas de sol en el compartimento que había sobre su espejo. Ya no las necesitaba, pues el sol se estaba poniendo y nosotros nos dirigíamos hacia el este.

—Excepto por tu manía de poner las manos todo el rato encima de mí…

—¡Eh, no exageres!

—… Estuviste magnífica. —Él también hablaba en serio, lo cual me sorprendió. Yo me había sentido de todo menos magnífica—. ¿En qué habría cambiado tu modo de actuar cualquier información que yo te hubiera dado?

Abrí la boca, pero no encontré ninguna respuesta concreta.

—Me habría encontrado más relajada si hubiera estado preparada. —Fue la mejor razón que se me ocurrió—. Lo mismo te digo del día del desfile de moda. Podría haber manejado mejor a tu madre, a Celia… —Me detuve, pues me refería a lo que había descubierto sobre su pasado pero solo quería sugerirlo—. Ya sabes, todo el día habría ido mejor si hubiera estado preparada.

—Una vez más, me parece que estuviste brillante.

—No por dentro. Y son las cosas de dentro las que me llevan a hacer locuras. Como acechar edificios de oficinas. —Hice un gesto de dolor al mencionar aquel vergonzoso comportamiento que deseaba poder olvidar. Pero si quería encontrarme bien, tenía que afrontar mis inseguridades y el hecho de no tener información sobre Hudson me conducía a muchas de ellas—. En fin, te tengo atrapado en un coche más de dos horas…

—¿Estás segura de que no soy yo quien te tiene atrapada a ti?

—Vas conduciendo. Soy yo la que se ocupa del entretenimiento.

Aunque sus ganas de jugar, tan poco habituales en él, me parecieron también tremendamente entretenidas.

—Me gusta cómo suena eso —dijo sonriendo mientras lanzaba una mirada a mis piernas desnudas.

Controlé el deseo de tirar de la falda pantalón de color negro, uno de mis premios por haber ido de compras a la tienda de Mirabelle. Me gustaba que a él le gustara mirarme, pero aquella mirada me ponía a cien y yo quería seguir concentrada.

—Deja de interrumpirme. Vamos a jugar a conocernos el uno al otro. —Alcé una mano para hacerle callar—. No te atrevas a decir lo que sea que estás pensando. Si hay alguna esperanza de engañar a tu familia cuando estemos con ellos las veinticuatro horas del día, tenemos que saber más cosas el uno del otro.

—Yo ya sé muchas cosas sobre ti.

Esta vez su mirada se posó en el escote de mi camiseta ajustada.

—No es verdad. —Chasqueé los dedos junto a mi cara para hacer que su atención se centrara más arriba—. ¿Alguna vez has llegado a conocer a alguna mujer…, aparte de en lo sexual? No me refiero a investigar su pasado.

—No a propósito.

Su respuesta fue rápida y sincera. Y eso me enfadó.

—Hudson, eres un poco gilipollas.

—Eso me han dicho. —Levantó la vista hacia mis ojos amenazantes—. Vale.

¿Cómo es ese juego tuyo?

El triunfo hizo desaparecer mi enfado.

—Iremos por turnos. En el tuyo puedes hacer una pregunta o decir algo sobre ti mismo. Lo que prefieras. Nada demasiado intenso. Cosas básicas. Yo voy primero. No me gustan las setas.

Abrió los ojos de par en par.

—¿No te gustan las setas? ¿Qué pasa contigo?

—Son repugnantes. Saben a aceitunas podridas.

—No saben para nada a aceitunas.

—Saben a aceitunas podridas. No las soporto. —Puse un mohín para expresar mi asco, pero por dentro estaba eufórica porque había mostrado interés por lo que le había dicho. No estaba segura de que fuera a ser así. Sobre todo, con un tema tan simple como los sabores de las comidas.

Hudson negó con la cabeza, aparentemente perplejo por mi confesión.

—Pues eso supone un gran inconveniente. Seguro que es una dificultad para que disfrutes de las mejores experiencias culinarias.

—Explícame eso. —Por algún motivo, las setas parecían esenciales en gran cantidad de recetas sofisticadas—. Imagina mi horror cuando mi pareja del baile de graduación me preparó una cena y resultó ser pollo marsala.

Su ojo se movió con un tic, casi imperceptible.

—¿Tu pareja del baile de graduación? ¿Fue una relación seria? —Su voz también se había vuelto ligeramente tensa.

Entrecerré los ojos. ¿Estaba celoso?

—¿Es esa la pregunta que haces en tu turno?

—Pues… sí, supongo que sí.

Estaba celoso. De una pareja del baile del instituto. Me sentí halagada.

—Para mí, fue una relación seria. Para Joe no.

—Joe me parece un tipo terrible.

Pero su sonrisa volvió.

—Gracias. Lo era. —Hudson se incorporó a la carretera interestatal y yo guardé las gafas de sol en el bolso—. Me toca. —Apoyé la espalda en el asiento y me mordí el labio. Había conseguido que nos centráramos en el juego, pero ahora lo que quería era respuestas. Algo bueno—. ¿Por qué nunca llamas a la gente por su apodo?

Soltó un gruñido.

—Porque los apodos son ordinarios. Hay que llamar a las personas por su nombre. Por algo lo tienen.

Puse los ojos en blanco. Era demasiado formal. A veces, no estaba segura siquiera de que me gustara ese hombre. En parte, esa era una de las razones por las que quería jugar a esto. Tenía que saber si mi atracción iba más allá de lo físico.

Y la verdad es que quería que me llamara por mi diminutivo.

—Pero los apodos muestran cierto grado de familiaridad.

—Tú le dices a todo el mundo que te llame Laynie. Incluso a la gente que acabas de conocer.

Porque responder al nombre de Alayna me parecía raro. Las únicas personas que de verdad me habían llamado así habían sido mis padres.

—Quizá me relaciono familiarmente con todas las personas a las que conozco. —Hice un esfuerzo por pronunciar con despreocupación mis siguientes palabras, como si no me importara—: Y a Celia la llamas con un diminutivo.

—¿Hablas en serio? —Se había dado cuenta de que estaba molesta. No había sabido disimular lo suficiente—. Es la única persona en todo el mundo, Alayna. La conozco de toda la vida. Ni siquiera me enteré de que su verdadero nombre era Celia hasta casi cumplir los diez años.

Crucé las piernas, encantada al comprobar que se fijaba en ellas, y balanceé un pie con fastidio.

—Si estás tratando de convencer a la gente de que yo te importo más que Celia, deberías llamarme con un diminutivo. Es una muestra de cariño.

Y lo cierto era que yo deseaba su cariño.

—¿Llamarme H es una muestra de cariño?

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Levanté las caderas para poder sacarlo y Hudson me miró al hacerlo.

—Sí. No uso palabras tiernas como « amorcito» o « cielo» . Pero « Hudson» es demasiado formal.

—A mí me gusta ser formal.

—A mí me gustan los chupa chups con sabor a cereza, pero no por eso son apropiados para cualquier situación.

—¿Chupa chups?

—Sí…, chupa chups.

Pensé responder con una réplica sensual, pero me distraje al leer el mensaje de mi teléfono. Era de Brian, quien me pedía que le llamara. No había hecho caso a ninguno de los mensajes que me había enviado durante la última semana y no iba a empezar a responderle ahora. Contrariada, dejé caer el teléfono sobre mi regazo. Mi hermano no sabía que había encontrado una solución a mis problemas económicos y seguía esperando que sucumbiera a sus condiciones. Eso no iba a pasar.

—¿No te gusta que te llamen « cariño» ?

La pregunta de Hudson me devolvió al coche.

En mi respuesta estaba presente la tensión que me había dejado Brian.

—No mucho.

Solo porque no era nada original ni sincero. No era un apelativo que Hudson hubiera escogido especialmente para mí.

—Me quedo con « Alayna» .

Me giré hacia él y le fulminé con la mirada.

—Venga ya. De vez en cuando me llamas « preciosa» delante de otras personas.

—Ni hablar —murmuró.

—¿Cómo? Sí que me llamas así a veces.

Respondió en voz baja con un tono grave y serio:

—Eso es privado.

Me estremecí. Aunque su tono de voz no indicaba que el asunto estaba zanjado, no insistí. Su respuesta había sido perfecta. Sensual e incluso un poco romántica. No es que ahora fuera a hacerme ilusiones de romanticismo, pero sí había una especie de dulzura.

Vaya, Hudson siempre conseguía sorprenderme. Negué con la cabeza.

—Te toca.

El teléfono volvió a vibrar. Otro mensaje de Brian. Esta vez decía que iba a verme a primera hora del día siguiente. Y yo no iba a estar. Me iba a reír a su costa. Sonreí mientras apagaba el teléfono y me lo guardaba de nuevo en el bolsillo.

Cuando volví a centrar mi atención en Hudson, él me estaba mirando con expresión interrogante.

—¿Quién te envía tantos mensajes?

Había algo en sus celos que me hizo responder con un ronroneo:

—¿Es esa tu pregunta?

—Sí.

Pensé en inventarme algo, algo que le provocara celos de verdad, pero se suponía que el juego consistía en dar respuestas sinceras.

—Mi hermano. Es un gilipollas.

—¿Tan gilipollas como yo? —preguntó recordando lo que le había dicho unos minutos antes.

—Peor. Él es gilipollas y no lo sabe.

Hudson sonrió.

—¿Y no vas a hacer caso a Brian?

Conocía el nombre de Brian. Así me di cuenta de que ya sabía que tenía un hermano. Me pregunté qué más sabría Hudson sobre Brian. Y sobre mis padres. Sobre mi vida entera.

Bueno, si quería saber algo más sobre mi relación con Brian tendría que esperar a su turno.

—Ya me has hecho una pregunta. Me toca a mí. Perdí la virginidad a los dieciséis años.

Pretendía sorprenderle, aún molesta por los constantes mensajes de Brian y los detalles que Hudson conocía sobre mí pero que no debía saber hasta que yo se

los contara.

—¿A los dieciséis? Joder, Alayna. Creo que no quiero saberlo.

—Lo siento —respondí con una sonrisa.

Negó con la cabeza entrecerrando los ojos.

—En serio, dudo mucho que ese tema vaya a surgir en ninguna conversación con mi familia.

—Nunca se sabe.

—¿Con quién fue?

Sus celos me parecían realmente excitantes.

—¿Es la pregunta de tu turno?

—No.

Ladeé la cabeza cuestionando su sinceridad.

Cambió de idea. No podía evitarlo.

—Sí.

Ni siquiera traté de ocultar mi entusiasmo.

—Fue un tío que conocí en una fiesta. Pensé que el sexo me haría olvidar que mis padres habían muerto. No fue así.

—No. Supongo que no.

Su comentario parecía mostrar empatía y me alegró que no insistiera. Había sido una época terrible de mi vida. El accidente mortal de mis padres me había empujado a comportamientos de los que no me sentía orgullosa. Sexo con desconocidos, beber en exceso, experimentar con drogas… Y luego la adicción que había seguido teniendo: el amor obsesivo, que no debería llamarse amor en absoluto, sino más bien un deseo obsesivo por ser amada. Si yo estuviera de verdad con Hudson, es decir, si fuese su novia de verdad, él tendría que conocer todos los detalles, y me gustaba pensar que en ese caso se los contaría. Sin embargo, me extrañó comprobar que por una vez me alegraba de no estar de verdad con Hudson, porque así no tenía que contárselo.

¡Anda! ¿Significaba eso que había otros momentos en los que sí quería estar con él? ¿Cuándo había empezado esto?

Lancé una mirada a Hudson, que parecía enfrascado en sus propios pensamientos. ¿Qué haría falta para entrar ahí? Traté de adivinar qué era lo que le podía tener tan absorbido.

—¿Qué has estado haciendo en Cincinnati?

—Trabajar.

Me pellizqué el puente de la nariz. Era mucho más fácil acostarse con ese hombre que conseguir que te contara algo de verdad.

—Esa no es una buena respuesta.

—Con mi novia no hablaría de trabajo.

—No serías mi novio si no lo hicieras. —A pesar de que por fin creía que Hudson había estado de verdad fuera de la ciudad, la inseguridad seguía

inquietándome. Insistí para que me proporcionara más información—: ¿Tu padre y tu madre no hablaban de trabajo?

—Mis padres no hablan de nada. Si mi padre está en casa cuando lleguemos, no dormirá en la misma habitación que mi madre. Un matrimonio sin amor, ¿recuerdas?

—Entonces no es un buen ejemplo. —Probé con otra táctica—: Oye, soy licenciada en Empresariales. Me gusta saber sobre ese tipo de asuntos. —Me lamí los labios a propósito—. ¿Mi inteligencia no te pone cachondo?

—Tu inteligencia, no la mía.

Pero él estaba ocultando una sonrisa. Deslicé una mano por su pierna.

—Vamos. Ya te he demostrado la mía. Muéstrame la tuya.

No pudo resistirse a mi actitud de absoluto flirteo. Lanzó un suspiro.

—Ha habido quien ha mostrado interés por Plexis, una de mis empresas más pequeñas. Pero no quiero vendérsela a ese comprador en particular. Los demás miembros del consejo de administración no piensan lo mismo.

Hudson frunció el ceño y pensé que había terminado, pero continuó:

—Lo cierto es que ha sido bastante estresante tener que pelear por mantener Plexis cuando hay tantos que se oponen. Muchos pretenden obtener un considerable beneficio con la venta. Sé que este comprador arruinaría la empresa. La destrozaría. Habría gente que perdería su trabajo.

Yo estaba fascinada. Por lo poco que había revelado, vi algo más que la pasión por sus empresas y por las personas que trabajaban en ellas. Vi cómo se relajaba y puede que incluso disfrutara hablándome de algo que le preocupaba enormemente. ¿Contaba con alguien para compartir esos asuntos? No me pareció probable.

Se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente y cambió de postura. Estaba segura de que se sentiría molesto si supiera todo lo que yo había percibido a partir de una conversación tan breve. Así que cambié el tono de la conversación, aligerándolo.

—¡Gracias! ¿De verdad ha sido tan difícil?

Apretó la boca formando una línea recta, pero vi un brillo en sus ojos.

—A eso no voy a responder. No es tu turno. —Se detuvo solo un segundo antes de continuar—. Vale. No ha sido para tanto. Esto es lo que digo en mi turno.

—Hudson… —dije en voz baja, confiando en que no notara hasta dónde llegaba mi adoración solo con pronunciar su nombre.

—¿Sí, preciosa?

—La verdad es que no eres un gilipollas.

Se llevó un dedo a la boca.

—¡Chis! Vas a echar a perder mi reputación.

Continuamos con el juego durante la cena en un bar de almejas de Sayville y recorrimos unos cuantos tópicos, desde nuestras películas preferidas hasta las

peores citas, pasando por los primeros besos. Hudson y yo teníamos muy pocas cosas en común, pero eso sirvió para despertar más mi interés y tuve la clara impresión de que a él le ocurría lo mismo. La mayor parte de nuestras diferencias parecían venir más de nuestro pasado que de nuestros gustos. Yo no sabía si me gustaba la ópera…, nunca había estado. Y mi pasatiempo favorito, comprar una entrada para el cine y colarme a ver más películas después, se debía a una carencia de dinero que Hudson nunca había sufrido.

Por debajo de todo aquello, los dos sabíamos que compartíamos algo esencial: nuestros pasados destructivos. Aunque rara vez hablamos de ello, ensombrecía muchas de nuestras confesiones. Pero al contrario que con otros hombres, cuando me tocaba hablar de mí misma, no tenía la sensación de estar ocultando la verdad. No estaba mintiendo, como había hecho con tantos otros. No hablábamos de ello, pero tampoco se escondía en los recovecos de nuestro interior amenazando con darse a conocer. Eso hacía que los sencillos intercambios que había entre los dos fueran más fáciles y enternecedores.

Tras la cena, cuando volvimos a ponernos en marcha, seguimos jugando a un ritmo más tranquilo, dejando que largos momentos de cómodo silencio invadieran los espacios que había entre turno y turno. Por fin, Hudson abandonó la autopista de Old Montauk para seguir un camino privado. En la verja que se encontraba a medio camino, introdujo un código que abrió las puertas de madera y continuamos junto a un seto alto hasta la entrada circular. Detuvo el coche delante de una casa tradicional de dos plantas.

—Hemos llegado —dijo con una voz cantarina nada propia de Hudson Pierce.

Me quedé con la boca abierta mientras alzaba los ojos hacia la mansión, muy iluminada con brillantes antorchas, como la fuente que estaba en el centro de la entrada circular. Había intentado no pensar demasiado en el dinero de Hudson, pues no quería que se convirtiera en el centro de mi atracción por él, pero si hubo un momento en el que supe apreciar su riqueza, fue ese. Aquella casa de piedra era impresionante y excesiva, como las que solo se ven en las películas.

—Esto es… ¡Uf!

Hudson se rio.

—Vamos. Te va a encantar por dentro.

Abrí la puerta del coche y al instante me sentí abrumada por el olor del océano, que se mezclaba con el de una gran variedad de flores veraniegas. Las puertas de la casa se abrieron y se acercó un hombre mayor algo calvo con un traje gris claro.

—Buenas noches, Martin —lo saludó Hudson mientras deslizaba su brazo por mi cintura—. Esta es mi novia, Alayna Withers. Martin es nuestro asistente.

—Un placer, señorita Withers —dijo Martin estrechándome la mano. Después de soltarla, habló con Hudson—: Señor Pierce, dejaré sus maletas en la

suite de invitados del ala oeste.

Hudson frunció el ceño mientras le entregaba a Martin las llaves del coche.

—¿Están todos en el ala oeste?

—Sí, señor.

—Entonces, ponnos en la habitación principal del ala este.

Con la mano aún en la parte inferior de mi espalda, Hudson me condujo por la doble puerta al interior de la casa. La entrada estaba vacía, salvo por una mesa ornamentada colocada en la curva de la amplia escalera.

—Hudson, ¡estamos en la cocina! —gritó la voz de Mirabelle desde la parte posterior de la casa.

—Sé que es tarde, pero por lo menos tenemos que saludar —se disculpó Hudson en tono apesadumbrado—. ¿Te importa?

Yo no estaba cansada en absoluto. Esa era mi mejor hora del día. Si no hubiésemos salido de la ciudad, estaría empezando mi turno en el club.

—Para mí no es tarde.

Por algún motivo, eso hizo sonreír a Hudson.

—Bien.

La sensual promesa de su tono hizo que las piernas se me tensaran. Dios mío, con su incesante flirteo en el coche y la intimidad de nuestro juego para conocernos, yo estaba más que seducida. Lo único que necesitaba era una cama y estar a solas con Hudson. Y lo de la cama era opcional.

Hudson me llevó por el vestíbulo posterior de la entrada hacia la parte de atrás de la casa; sus dedos en mi cintura no suponían suficiente contacto. En la cocina, dejó caer la mano y yo suspiré ante aquella pérdida.

Por suerte, pude disimular el suspiro con otro de asombro al ver la estancia en la que habíamos entrado. La cocina era más grande que mi apartamento. Las paredes eran de un color amarillo claro y las encimeras de granito moteado en marrón y blanco. Todos los electrodomésticos eran de acero inoxidable, lo que contrastaba notablemente con el suelo de madera. Aunque no soy una persona a la que le interesen mucho las cocinas, admiré la belleza de aquella.

Vimos a Adam y a Mira inclinados sobre la isla del centro, terminando lo que parecían ser las últimas migas de una tarta.

—Yo estoy embarazada —dijo Mira antes de que nadie pudiese preguntar nada—. No sé cuál será la excusa de Adam.

—¿Era una de las tartas de Millie? —preguntó Hudson.

Mira asintió.

—Entonces, ahí tienes su excusa. Nadie hace las tartas mejor que Millie. No puedo creerme que no hayáis dejado nada para nosotros.

—Hay más para mañana —intervino Adam—. Nos han prohibido estrictamente que las toquemos. Millie es nuestra cocinera —aclaró mirándome —. Es impresionante.

—Ahora que he dado de comer al pequeño —dijo Mira frotándose el vientre —, puedo saludarte como es debido. ¡Laynie! —Envolvió mi cuerpo con sus brazos—. ¡Estoy muy contenta de que hayas venido!

—Gracias —contesté sorprendida por su euforia.

—¿Cómo os ha ido el viaje? ¿Habéis comido algo?

—¿Te estás ofreciendo para prepararles algo? —Adam se llevó la mano junto a la boca y fingió que susurraba—: Mira no sabe cocinar.

Ella entornó los ojos con expresión juguetona.

—Pero sí sé cómo funciona un microondas.

—No es necesario que demuestres nada. Nos paramos en Sayville —le explicó Hudson.

—¿El bar de las almejas? Vaya, estoy celosa. —Mira se acercó a su hermano para darle un abrazo y un pequeño beso en la mejilla—. Pero sigo alegrándome de que hayáis venido. Han pasados siglos desde que no venías.

Hudson se soltó de ella, pero sonrió.

—Yo también me alegro. ¿Ha venido papá?

Mira llevó la fuente vacía de la tarta al fregadero y la llenó de agua para dejarla en remojo.

—Sí, se ha acostado ya. O se está escondiendo de mamá. Está en la casa de los huéspedes.

Intercambié una mirada con Hudson recordando nuestra anterior conversación sobre el matrimonio sin amor de sus padres.

—¿Dónde está mamá? ¿Y Chandler?

—Yo estoy aquí. —Miré hacia atrás y vi a Sophia Pierce apoyada en el arco de la entrada. Iba vestida con una bata y llevaba una copa de algo de color marrón claro con hielo—. Chandler ha salido con esa chica, Gardiner. No creo que vuelva hasta muy tarde.

—Hola, madre.

Hudson se acercó a ella y la besó en las dos mejillas.

—Has venido. —Sophia me miró—. Los dos.

—Alayna y yo rara vez nos separamos —mintió Hudson atrayéndome hacia él.

—Buenas noches, señora Pierce. —Había estado temiendo volver a verla, pero intenté que mi saludo sonara lo más cálido posible. El brazo de Hudson alrededor de mi cintura me ayudó—. Gracias por la invitación. Tiene una casa preciosa.

Asintió.

—Estoy segura de que querréis instalaros. He elegido para vosotros una habitación del ala oeste.

Hudson se enderezó.

—Le he dicho a Martin que prepare la habitación principal del ala este.

Un hormigueo de electricidad se extendió desde la parte inferior de mi vientre por el resto de mi cuerpo. Hudson y yo compartiendo una *suite*… Solo pensarlo hizo que me revolviera. Había tratado de no darle muchas vueltas a cómo pasaríamos las noches en los Hamptons. No sabía si iban a estar llenas de sexo o si se iban a considerar como horas de servicio. Pero ahora que la idea se había planteado abiertamente, no podía dejar de pensar en las distintas posibilidades carnales.

Estaba claro que Sophia no pensaba lo mismo en cuanto a que su hijo y yo compartiésemos una cama.

—Hudson, eso está muy apartado del resto de nosotros.

Su cólera era evidente. Al igual que con Hudson, tuve la sensación de que rara vez se enfrentaba nadie a ella. Imaginé que aquel rasgo que compartían daría lugar a comidas familiares bastante incómodas.

Y yo estaba a punto de compartir varias de esas comidas antes de que el viaje llegara a su fin. Qué suerte.

Hudson sabía cómo manejar a su madre.

—Necesitamos esa distancia, madre. —Su tono de voz era concluyente.

—¿Por qué? No mordemos a nadie.

—Alayna sí —replicó con una sonrisa maliciosa—. Y puede ser bastante ruidosa.

Pasé por diez tonos de escarlata. ¿De verdad creía que a cualquier novia ficticia le gustaría que su vida sexual fuera tema de conversación con la madre? Aunque sí era cierto que podía ser bastante ruidosa.

Hudson, ante la mirada de sorpresa de Sophia, cuya reacción probablemente era el resultado que había buscado con su escandaloso comentario, respondió:

—Venga, madre, no me mires así. Ni Alayna ni yo éramos vírgenes a los dieciséis años.

Sophia frunció los labios y pasó a nuestro lado, terminándose la copa antes de dejarla en el fregadero.

Hudson se inclinó hacia mí para susurrarme algo al oído y el calor de su aliento hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—Pues mira por dónde eso de la virginidad me ha sido muy útil.

Le di un codazo en las costillas, exasperada por ser la víctima al burlarse de su madre.

—No te enfades, Alayna. —Me atrajo por delante de él y me envolvió con sus brazos apoyando mi espalda sobre su pecho—. Confía en mí. Queremos que nuestra habitación esté lejos de ellos.

Suspiré al sentir su tacto, consciente de que nos estaban viendo, pero disfrutando de todos modos de aquel contacto.

Y puede que él también lo disfrutara. O simplemente quería alejarse de su madre, puesto que en ese momento dio las buenas noches a su familia.

—Os veremos por la mañana. Es tarde y queremos acostarnos.
O puede que de verdad quisiera irse a la cama. Dios sabía que yo sí quería.

Capítulo dieciséis

Mientras subíamos las escaleras y girábamos hacia el ala este, los nervios se apoderaron de mí. Sabía que Hudson tenía la firme intención de separar lo falso de lo real y eso hacía que me preguntara qué pasaría entre los dos por la noche cuando nos quedáramos solos. Lo esperable era que hubiera sexo y él se había asegurado de que nuestra habitación estuviera apartada de los demás. Pero ¿quería esa privacidad para que pudiésemos tener relaciones íntimas o para que su familia no supiese que no las teníamos?

Aquello era muy confuso. Él sabía separar las cosas con mucha facilidad, pero para mí era imposible. Todo lo que sabía y lo que sentía por él me daba vueltas en la cabeza en todo momento. No había separación entre lo fingido y lo real, salvo por cómo reaccionaba él ante mí.

En silencio y preocupada por la inminente situación, le seguí a través de la puerta de doble hoja que daba a una preciosa *suite* principal. La habitación tenía dos vestidores de madera de caoba ornamentada y una cama grande a juego con dosel. Nuestro equipaje se encontraba a los pies de la cama, frente a una pequeña zona de estar con dos sillones y una mesa de caoba. Había una chimenea en el contramuro y el suelo era de madera cubierto casi al completo por una alfombra afelpada. Aunque la decoración era tradicional, había una televisión de pantalla plana en el centro de la pared enfrente de la cama.

Mientras yo miraba la habitación y me preocupaba por nuestra situación, Hudson se quitó la chaqueta canturreando, claramente ajeno a mi inquietud. Después, se aflojó la corbata y la lanzó sobre uno de los sillones. Se dio la vuelta hacia mí mientras se desabotonaba la camisa y se detuvo al ver que yo no me había movido desde que habíamos entrado en la habitación.

Antes de que pudiera preguntar, desembuché lo que me tenía tan inquieta.

—¿Estoy de servicio o no estoy trabajando?

Una pequeña sonrisa cruzó sus labios.

—Mi familia no está por aquí. —Sí, él se había ocupado de eso—. No estás de servicio. Además, ya te dije que el sexo nunca formaría parte de la farsa y pretendo tener sexo contigo ahora.

El escalofrío que me invadió hizo que se me pusiera de punta todo el vello del cuerpo.

—¿De verdad?

—Claro.

Siguió mirándome fijamente mientras continuaba desabotonándose, moviéndose más despacio de lo que lo había hecho antes.

Tomé aire lentamente.

—Nunca hemos pasado una noche juntos.

—Es verdad. —Dio un paso hacia mí y su ladina sonrisa creció—. ¿Estás nerviosa?

« Sí» .

—No.

Levantó una ceja como si hubiera notado que yo mentía.

—Deberías. Vas a estar a mi alcance toda la noche. Creo que mañana estarás escocida.

Mis nervios desaparecieron, sustituidos por una intensa excitación.

—Eso suena estupendo.

—Bien. Prepárate para acostarte. —Hizo una señal hacia la puerta del baño que había dentro de la habitación—. No tardes demasiado. Estoy deseando lamerte hasta dejarte sin sentido.

No vacilé. Cogí el bolso pequeño donde estaban mis artículos de aseo mientras me apresuraba al interior del baño. Después de cerrar la puerta al entrar, mi dedo se quedó inmóvil sobre el pomo mientras pensaba si debía echar el pestillo. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Cualquier invasión que Hudson planeara hacer sería bienvenida.

Tras lavarme la cara y cepillarme los dientes, hice otra pausa. ¿Qué debía ponerme? Había metido en la maleta un camisón sugerente, sin estar segura de si lo usaría o no. Los camisones siempre parecían sugerir un tono romántico. ¿Era verdad eso? No importaba, pues había dejado mi maleta en el dormitorio. ¿Debía salir vestida? ¿Desnuda?

Decidí quedarme en ropa interior, agradecida por llevar bajo la ropa un bonito sujetador negro de encaje y una braguita larga de encaje a juego.

Hudson había apagado las luces del techo y encendido las lámparas de las mesillas de noche. Estaba de espaldas a mí y pude ver que se había quitado la camisa y la corbata, que sus pies estaban descalzos y que eran muy sensuales. Dios, los pies en general no me parecían sensuales, pero los suyos sí.

Se dio la vuelta y me quedé sin respiración. Nuestra relación sexual seguía siendo muy reciente. Ver su pecho desnudo seguía excitándome muchísimo. Sus duros ángulos, el modo en que los pantalones le colgaban pronunciando sus caderas, sus abdominales de acero. No creía que me pudiera cansar nunca de contemplarle.

Al final, mi mirada fue hasta su rostro, donde vi sus ojos oscuros devorándome allí mismo.

—Buena elección —dijo haciendo una señal con la cabeza hacia mi atuendo y sentí un cosquilleo en la piel por su aprobación—. Ven aquí.

Su gruñido en voz baja me atrajo hacia él con la misma efectividad que si hubiera tirado de mí con una cuerda. Me detuve cuando estuve a su alcance, pero no me tocó. En lugar de ello, dio una vuelta alrededor de mí, tan cerca que podía

sentir el calor que irradiaba su cuerpo, aumentando la ya de por sí alta temperatura de mi cuerpo.

Se detuvo detrás de mí y le sentí en mi cuello, su aliento rozándome la piel.

—Qué hermosa —murmuró antes de que sus labios me mordisquearan la oreja—. Necesito conseguir que te corras. —Di un respingo cuando sus manos pasaron rozando mis brazos—. Una y otra vez. —Me lamió el lóbulo—. ¿Crees que podrás soportarlo?

No me salían las palabras. Respondí con un gemido incoherente, echando mi cuerpo sobre él, dejando que su calor me envolviera.

Dejó escapar una carcajada maliciosa y, a continuación, me dio la vuelta para que lo mirara, su boca detenida a pocos centímetros de la mía.

—No sabes si podrás soportarlo, ¿verdad, preciosa? Vamos a averiguarlo.

Me tomó con su boca, absorbiendo mi respiración con su beso devastador, haciéndome sucumbir bajo su control. No opuse resistencia y me entregué a él de la forma que me exigía. Y con cada exigencia, él me iba venciendo a medida que enseñaba a mi cuerpo cómo ser adorado y venerado. A ser poseído y dominado. Como si yo hubiera nacido simplemente para darle placer, pero, por la misma razón, él hubiera nacido para dármelo a mí.

Sí que me lamió hasta que perdí el sentido e hizo que me corriera una y otra vez. En varias ocasiones, temí no poder soportarlo. Pero él me llevó a cada orgasmo, tanto a los que llegaban despacio como a los que irrumpían en mí con violencia, con la experiencia y la seguridad de un amante que me conociera desde hacía mucho más tiempo que él.

Después de varios orgasmos de los dos, se dejó caer pesadamente sobre la cama a mi lado, rozando mi hombro con el suyo. Yo no estaba segura de si era para pasar la noche o para tomarse un descanso. Mi cuerpo estaba débil, los músculos relajados. El sueño amenazaba en los bordes de la conciencia, pero lo aparté a un lado, pues no quería que nuestra noche terminara todavía.

Giré la cabeza hacia él y le sorprendí mirándome con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Ha sido… increíble —dije suspirando mientras le devolvía la sonrisa.

De repente, se colocó encima de mí, cubriendo todo mi cuerpo con el suyo. Entrelazó sus manos con las mías y las levantó por encima de mi cabeza.

—¿Cuál ha sido tu parte favorita?

«Todo. Cada minuto». Pero esa respuesta parecía sosa y yo sabía que él quería algo más concreto. Varios momentos increíbles aparecieron en mi mente y cada uno hizo que me sonrojara al pensar en ellos, como cuando él había subido por mi cuerpo y se había sentado a horcajadas sobre mi cuello ordenándome en silencio que le comiera la polla. Aquello había sido bastante excitante.

O cuando me había ordenado que jugara conmigo misma mientras él

chupaba y pellizcaba mis pechos. Una vez más, bastante excitante. Y también un poco raro. Pero solo hasta que entré en calor.

Incapaz de elegir en voz alta una de ellas, le planteé la misma pregunta:

—¿Cuál ha sido la tuya?

Acarició mi mentón con su nariz.

—El modo en que respondes a cualquier cosa…, a todo… lo que te hago. —Me lamió el labio inferior y yo lo abrí para besarle, pero él se apartó—. Te toca.

Estaba inusualmente juguetón e hizo que yo también lo estuviera.

—No te lo voy a decir —sonreí.

—Dímelo.

Juntó mis manos y las agarró con una de las suyas. La otra la bajó para apoyarla ligeramente en mi cadera.

Mi tórax desnudo me hacía sentirme vulnerable. Podía hacerme cosquillas sin piedad. Le provoqué, de todos modos.

—Oblígame.

—No puedo obligarte a hacer nada.

Movió la mano por mi lado sensible y yo me estremecí.

—Creo que sí podrías. —Me preparé para su asalto—. Me han dicho que se te da bastante bien obligar a las mujeres a hacer cosas.

De repente, yo ya no estaba jugando, sino insinuando algo más profundo. No tenía la intención de llegar a ese punto, pero su confesión de que manipulaba a las mujeres por puro capricho siempre acechaba bajo la superficie del tiempo que pasábamos juntos. Tumbada y desnuda debajo de él, completamente desprovista de todos los sentidos por los múltiples orgasmos, fue avanzando hacia arriba hasta que escapó de mis labios.

Su ojo se movió con un tic, la única muestra de que lo que yo había insinuado le afectaba.

—Sí que se me da bien obligar a las mujeres a hacer cosas.

No pude evitarlo, le alenté a seguir la conversación:

—Pero no a mí.

—No. —Bajó el volumen de voz, ya sin tono juguetón—: A ti no.

—¿Es que no soy… —busqué la pregunta que quería hacer, pues necesitaba saber la respuesta, aunque aún no sabía cómo plantearla—lo suficientemente… interesante como para jugar a eso?

Con mis manos aún agarradas por encima de la cabeza, se apoyó en el otro brazo para poder mirarme.

—Dios mío, Alayna, ¿quieres que te haga eso a ti? ¿Que te posea? Te destrozaría. —Su tono de voz era oscuro, pero también sinceramente curioso—. ¿Es eso lo que quieres?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Odiaba la verdad que encerraba mi respuesta:

—No, pero también un poco sí. Mi cerebro funciona de ese modo tan estúpido. Si no me haces a mí lo que normalmente les haces a las otras chicas, es que debo de tener algo malo.

Se rio mientras se dejaba caer sobre la cama a mi lado.

—Ah, así que eres tú, ¿no? No es que yo tenga algo malo. Qué egocéntrica eres.

Libre para poder moverme, me puse de lado y le observé.

—Soy muy egocéntrica. Quiero ser especial. Me temo que no lo soy.

—Sí que lo eres. —Sus palabras sonaron rotundas—. Más aún de lo que imaginas. —Giró el cuerpo para ponerse frente a mí—. Porque mi deseo de destruirte no es mayor que mi necesidad de poseerte. Para mí eso es un avance.

Los dos éramos ahora vulnerables. Dos almas dañadas que derramábamos nuestro maltrecho estado en una sesión de terapia privada. ¿Era eso lo que él había querido que hubiera entre los dos? ¿Contarnos cosas así, sin juzgarnos, sin sentir vergüenza? Era… bonito.

Dejó de preocuparme el sentirme expuesta y hablé con total sinceridad.

—En ese caso, trataré de no obsesionarme con qué es lo que significa que para ti sea distinta. Eso será un avance para mí.

Asintió, asimilando el peso de mis palabras.

—¿Sabes por qué lo haces?

—¿Que por qué me obsesiono con los hombres?

—Sí.

—Mis terapeutas me han dicho que probablemente sea porque no me sentí querida de niña. Y que se agravó con la muerte temprana de mis padres. Así que busco constantemente afecto y cuando lo recibo dudo de él, porque no sé en realidad qué es lo que se siente.

—¿Cómo lo superaste?

Aquello no se parecía en nada a lo que creía que me iba a preguntar y me di cuenta de que estaba preguntando tanto por él como por mí. Una vez que había llegado hasta esas profundidades de la franqueza, podía zambullirme en ella.

—No lo he superado. Es una batalla constante. Mucha autoafirmación. Muchos trucos estúpidos, como el llevar gomas elásticas para recordarlo.

Asintió con la cabeza, comprendiendo en ese momento lo de mi goma elástica.

—¿Sigues cayendo en viejos hábitos?

—Sí.

—¿Conmigo?

—Ya sabes la respuesta. —La voz me salió en un susurro. Quise apartar la vista, pero teníamos los ojos fijos el uno en el otro y en la ternura de su mirada encontré el valor para seguir hablando—. No me creí que te hubieras ido de viaje de negocios. Creía que no querías verme. Por eso fui a tu oficina.

Su rostro se ensombreció, como si mi sinceridad le hubiera aplastado. Cerró brevemente los ojos. Cuando los abrió, miraban oscuros e intensos. Extendió la mano para colocarla en mi nuca, asegurándose de que le miraba fijamente el rostro.

—Alayna, nunca te voy a mentir. —Su voz era ronca—. No cuando no estemos de servicio. Siempre te diré la verdad. Lo juro.

Aflojó la mano y su dedo pulgar me acarició la piel desnuda.

—¿Me has oído?

Asentí y cubrí su mano con la mía.

—Esta, Hudson… —Me quedé sin habla, mi garganta tensa por la emoción—. Esta ha sido mi parte favorita.

Durante una milésima de segundo me preocupó haberle asustado con mi intensidad, que eso pudiera alejarle. Pero no fue así. En cambio, puso su mano sobre mi culo y me atrajo hacia sí. Me acarició el muslo para que lo moviera hacia delante y lo apoyara alrededor de su cintura. Después, se deslizó dentro de mí, mi coño ya húmedo por los anteriores orgasmos. Sus movimientos eran lentos y su ritmo constante, menos bruscos de lo que a menudo solían ser, y no hizo uso de su habitual lenguaje sexual. Pero después de lo que habíamos compartido, sus comedidas embestidas me parecían fuertes, más intensas por la conexión que por lo que me satisfacían.

El orgasmo llegó rápidamente para los dos, el mío recorriéndome el cuerpo en oleadas que me hicieron tensar el vientre y encoger los dedos de los pies, provocando fuegos de artificio que se cruzaban por mi visión, y el suyo lanzando chorros calientes y prolongados mientras pronunciaba mi nombre entre gruñidos. Sus ojos no dejaron de mirarme, aunque los entrecerró cuando se corrió, lo cual hizo que la sensación de intimidad fuera más profunda. Sabía que me había dicho la verdad, confiaba en él. En sus palabras, en sus acciones. Me sentía curada. Había caído en algo que no tenía nada que ver con el amor. La sanación.

Y también era amor. Si yo podía soportar admitirlo, aquello era exactamente amor.

Capítulo diecisiete

Torrentes de rayos de sol se filtraban por las ventanas, calentándome y despertándome antes de lo habitual según mi horario de sueño. Antes de verlo, supe que estaba sola. Cuando me di la vuelta miré con los ojos entrecerrados el reloj que había sobre la mesilla de noche, al lado de donde Hudson debía estar durmiendo. Las nueve y veintisiete.

Parpadeé varias veces para adaptar la vista mientras pensaba si quería levantarme e ir en busca de mi amante o darme la vuelta y volverme a dormir. Aún no me había decidido cuando se abrieron las puertas del dormitorio y apareció Hudson vestido solamente con unos pantalones de pijama de seda negra y transportando una bandeja con el desayuno.

—Bien, estás despierta —dijo mientras yo me incorporaba, con el olor a café despertándome aún más.

—Le estoy mostrando a mi familia lo estupendo novio que soy trayéndote el desayuno a la cama. Tortillas. Sin setas, por supuesto. No hay chupa chups con sabor a cereza.

Guiñó un ojo mientras dejaba la bandeja sobre la mesa de la zona de estar.

—De todos modos, este es uno de esos momentos poco apropiados para un chupa chups. Y deberías haber dicho novio «increíblemente» estupendo. El desayuno en la cama es lo mejor.

Aunque por lo que se me hacía la boca agua era por la nunca tediosa visión de Hudson descalzo y sin camisa.

—No soy tan estupendo. —Dejó la bandeja y se desató el cordón del pijama, dejándolo caer al suelo y mostrando su hermoso pene erecto. Se deslizó bajo las mantas y se puso encima de mí—. Voy a hacer que te lo tomes frío.

—Un desayuno frío me parece perfecto —balbuceé antes de que su beso me impidiera hablar o pensar.

Era casi mediodía y todavía no estábamos listos para vestirnos. Hudson se había ofrecido a prepararme un baño para poner en remojo mis miembros entumecidos después de tanto sexo, pero opté por compartir una ducha, pues deseaba alargar nuestro tiempo de intimidad lo más posible antes de que volviésemos a estar de servicio.

Después de secarnos y vestirnos, Hudson con unos pantalones caqui y un polo y yo con un vestido veraniego de color crema, me dejó para bajar los platos sucios del desayuno mientras yo terminaba de arreglarme. Decidí peinarme el pelo en una coleta, una opción fácil y rápida, para poder ir tras él rápidamente,

aunque la idea de ocultarme en el dormitorio el mayor tiempo posible se me había pasado por la mente. Lo cierto era que, por mucho que no deseara enfrentarme a Sophia, quería estar más con Hudson.

Sin saber aún cómo moverme por la casa, me dirigí primero a la cocina, esperando que él estuviera todavía allí. Me detuve en la puerta batiente al oír unas voces, las de Hudson y Sophia.

—… No os he invitado para que os quedéis todo el día en la habitación follando como conejos —estaba diciendo Sophia.

En efecto, yo no iba a entrar todavía. Acerqué la oreja a la puerta para escuchar.

—Entonces, ¿para qué nos has invitado?

La voz de Hudson era tranquila. Su capacidad para manejar a su madre sin sobresaltos me impresionaba. ¿Era Sophia la primera mujer a la que había dominado? ¿Había practicado con ella sus aptitudes para la manipulación? ¿Nuestro elaborado plan para engañarla constituía ahora un sustitutivo de los juegos que él había ejercido con otras mujeres?

No le estaba juzgando por nada de eso. Solo sentía curiosidad.

—Os he invitado porque creo que ella…, cualquier mujer con la que te impliques, a decir verdad, tiene derecho a protegerse. Tiene derecho a saber.

—Se llama Alayna, madre. —Me sorprendió la aspereza de su tono—. Y ya lo sabe. —Se rio secamente—. Me encanta ver que crees que es imposible que nadie pueda sentir nada por mí por lo que fui en el pasado.

Sentí una presión en el pecho, dolida por lo que sabía que Hudson debía de estar sintiendo. Brian también me había echado en cara mis errores, siempre dudando de que alguna vez pudiera mejorar. La falta de apoyo familiar hizo que la curación fuera más difícil.

Tal vez Hudson y yo pudiéramos ser el uno para el otro el apoyo que necesitábamos. Esta era una idea peligrosa, pues confería demasiada importancia a nuestra relación únicamente física; pero ¿a quién quería engañar? Hacía mucho tiempo que mis emociones habían entrado en juego. ¿Qué sentido tenía seguir negándolo?

Quizá podríamos ser… algo más.

No oí parte de la conversación, perdida en mis propios pensamientos, pero cuando Sophia levantó la voz volvió a atraer mi atención.

—… No entiendo cómo has podido contárselo. ¿Y si te pone en evidencia? ¿Y si nos pone a todos en evidencia? Nuestra familia no necesita un escándalo así.

—Mi vida es algo más que un escándalo que está esperando salir a la luz, madre.

—Tu vida son muchos escándalos. Escándalos que tu padre y yo tapamos continuamente. Tu camarera la puta es uno más.

Aunque me había prometido que no dejaría que me afectara, aquel insulto de

Sophia fue un puñetazo en la barriga. Los ojos me empezaron a picar, pero antes de que pudieran aparecer las lágrimas, la defensa de Hudson suavizó el golpe.

—No te atrevas a hablar así de Alayna. Si lo haces…

—¿Te has enterado de algo interesante?

Me alejé de la puerta con un respingo cuando la desconocida voz que habló detrás de mí me sorprendió. Sentí vergüenza, porque me había pillado escuchando a escondidas. Me obligué a mirarle a los ojos y me sonrojé aún más. Aquel rostro cincelado era más atractivo en persona que en las fotos que había visto en Internet y el parecido con su hijo era tan sorprendente que casi daba escalofríos, como si estuviera mirando a Hudson dentro de treinta años. Parecía más joven de los sesenta años que yo sabía que tenía, su figura era esbelta —solo con una ligera panza—y sus rasgos llamaban la atención sobre su perilla y su pelo largo y entrecano.

El padre de Hudson ladeó la cabeza y se acarició la perilla, un gesto que pareció tan natural que me imaginé que lo haría con frecuencia.

—Por la expresión de tu cara diría que ya sabes quién soy.

—Sí. Usted es Jonathan Pierce.

—Y tú…, eh…, no me lo digas… —Me examinó de tal modo que supe que le gustaba lo que veía, pero no sentí que me mirara de forma lujuriosa—. Eres un poco mayor para Chandler y Mira no tiene amigas que sean más guapas que ella. Eso solo nos deja a Hudson. He oído rumores de que estaba saliendo con alguien, pero pensaba que no era cierto.

Su tono era encantador y tranquilo y un deje en su forma de arrastrar las palabras revelaba sus raíces tejanas. Su actitud me tranquilizó, pese a que me hubiera sorprendido en una situación embarazosa.

—Soy la novia de Hudson, Alayna Withers. —Extendí la mano hacia él—. Pero, por favor, llámeme Laynie, señor Pierce.

Estrechó mi mano entre las suyas y la sostuvo mientras hablaba.

—Mis amigos me llaman Jack y tengo la sensación de que vamos a ser grandes amigos. —Me dio unas palmadas en la mano y aquel gesto consiguió mantenerse en el lado bueno de la línea que separaba lo agradable de lo repulsivo. Cuando la soltó, señaló con la cabeza hacia la cocina—. ¿Quién está ahí dentro?

Una sonrisa culpable apareció en mis labios.

—Su esposa y Hudson.

Jack giró la cabeza de forma dramática.

—Por favor, evita recordarme que estoy casado con esa mujer. —Me guiñó un ojo con picardía—. Está claro que no queremos entrar ahí. ¿Has dado una vuelta por Mabel Shores?

—¿Mabel Shores?

—Si Hudson no te ha dicho el nombre de esta casa, es que no te la ha

enseñado. Qué suerte estar disponible para tener el honor de hacerlo. —Me ofreció su brazo—. ¿Vamos?

Vacilé solo un segundo, puesto que el comportamiento carismático de Jack hacía imposible decirle que no. Además, Hudson había dicho que nuestra farsa tenía como objetivo convencer a su padre y a su madre. Pasar un rato con su padre solo podía ser beneficioso para la causa. Y lo cierto era que, aunque sabía que Hudson me esperaba, posponer mi cara a cara con Sophia me parecía una excelente idea.

Jack me condujo sin ninguna prisa por la casa, proporcionándome datos históricos y arquitectónicos salpicados de ocasionales anécdotas humorísticas. La planta principal tenía una espaciosa sala de estar, biblioteca, gimnasio, una sala multimedia y dos habitaciones de invitados. La decoración seguía siendo tradicional, pero muy actualizada y elegante.

No me enseñó la planta de arriba, arguyendo que no había mucho que ver aparte de los dormitorios. También evitamos ir al comedor y a la cocina, así que salimos por la puerta de cristal del despacho, en el lado opuesto de la casa, para explorar los jardines.

Hablamos tranquilamente durante el recorrido y el encanto de Jack no flaqueó en ningún momento. Aunque me doblaba sobradamente en edad y era el padre de mi amante, me encantaron él y su descarado flirteo. Era inofensivo y divertido y mucho más agradable de lo que nunca me hubiera imaginado que podría ser un hombre de negocios tan conocido. Empecé a figurarme cómo era la familia Pierce y entendí de dónde procedía la acogedora hospitalidad de Mira ahora que había conocido a Jack. Incluso pude distinguir lo que Hudson había heredado de él, pues reconocí que su magnetismo y su destreza en el sexo venían de su padre. Y el comportamiento juguetón que Hudson adoptaba a veces. Así era su padre.

Cuando hubimos rodeado la mayor parte de los jardines de la zona este y nos dirigíamos de nuevo hacia la casa, Jack se puso algo serio.

—Entonces, tú y Hudson… Qué agradable sorpresa.

—No estoy segura de querer saber qué es lo que hay en nosotros de sorprendente.

—Nada malo. Hudson no suele salir con muchas mujeres. Me alegra ver que la chica a la que finalmente ha traído a casa es alguien tan encantadora como tú. Espero que la relación continúe.

Sonreí.

—Gracias. —Saboreé mis siguientes palabras conforme las decía, deleitándome en la dulzura de la sinceridad con que las pronuncié—: Me siento muy unida a él. Me he enamorado de una forma bastante intensa.

Jack se quedó mirándome para interpretar mi expresión.

—Sí, eso me parece. Es maravilloso. De verdad.

Su sinceridad me conmovió y una oleada de emoción me invadió el pecho. Me sentí bien al ver que alguien apoyaba nuestra fingida relación. Sirvió para que creyera aún más en la posibilidad de que hubiera algo más.

Sin embargo, mi confianza duró poco. Las siguientes palabras de Jack me recordaron las barreras que había entre Hudson y yo:

—¿Qué estaba diciendo Sophia de ti? Estaba deseando preguntártelo.

—¿Cuándo? ¡Ah!

Miré hacia otro lado, fingiendo admirar las flores de un color púrpura parecido al de las uvas que se alineaban junto al camino empedrado.

Insistió suavemente con un tono comprensivo en sus palabras:

—No ha debido de ser muy agradable. Estabas lívida cuando te vi.

Suspiré pensando cómo resumir mejor lo que había oído y cómo me hacía sentirme esa situación.

—No le gusto.

Jack se encogió de hombros.

—A Sophia no le gusta nadie. —No se molestó en ocultar su desdén hacia su mujer y me pregunté cómo habría terminado junto a ella—. Pero imagino que sobre todo no le gustas tú. Por eso me parece tan delicioso que a mí sí me gustes.

Negué con la cabeza sin hacer caso de su broma.

—¿Es por mí o es por Hudson?

—Las razones por las que me gustas no tienen absolutamente nada que ver con Hudson.

Lancé a Jack una mirada severa.

—Me refería a Sophia…, a su esposa. ¿Por qué sobre todo no le gusto yo?

Jack se acarició la perilla y retomó el paseo hacia la casa.

—No es por ti.

«Tu camarera la puta». Le seguí mientras los insultos que había oído a Sophia volvían a resonar en mi cabeza.

—¿De verdad? Apuesto a que se alegraría de ver a Celia en los brazos de Hudson.

—Porque adora a Celia. Siempre ha sido así.

Llegamos al porche de la parte posterior de la casa y Jack me hizo un gesto para que me sentara. Me hundí en un confortable sofá de dos plazas y enrosqué los pies debajo de mi cuerpo.

—¿No quiere que Hudson sea feliz?

Jack se sentó en la silla que había enfrente de mí, una mesita de madera nos separaba. Entonces, fue él quien suspiró.

—No quiere que nadie sea feliz. Especialmente Hudson. Han lidiado muchas batallas en una guerra que ha durado toda la vida y no es una mujer indulgente.

Una vez más, pensé en mi relación con Brian. Por muy incordio que se hubiera mostrado últimamente, no podía decir que no entendiera sus motivos. Él

y yo habíamos lidiado nuestras propias batallas y las heridas eran profundas. Y yo no era hija de Brian. Imaginé que la relación entre los dos sería mucho peor si lo fuera. Además, aunque mi hermano podía ser dominante, ni su actitud ni la mía eran comparables a la batalla de rencores que mostraban Hudson y Sophia.

Apoyé la cabeza en el sofá y me quedé mirando el techo de hormigón de textura rugosa.

—Entonces, no hay forma de que pueda ganármela.

—No. —Su respuesta fue firme, definitiva.

Si eso era cierto, el trabajo por el que me estaban pagando estaba condenado al fracaso desde el principio.

—Parece que su hijo sí lo cree.

Jack negó con la cabeza con expresión triste y tardó un largo rato en responder.

—Es una pena. Creía que hacía tiempo que a él le traía sin cuidado.

Su expresión era franca y pude ver que, aunque lo ocultaba, se sentía muy afectado por el encono existente entre su mujer y su hijo.

Entonces, volvió a ponerse la máscara y el dolor de su rostro fue sustituido por el anterior carácter despreocupado.

—Sin embargo, a mí sí que es fácil ganarme. Puedo darte algunas ideas, por si las necesitas —añadió guiñándome un ojo.

Me reí, dejando escapar los serios pensamientos y emociones que me estaban ahogando.

—Ya me lo he ganado.

Fingió decepción.

—Maldita sea. Nunca se me ha dado bien poner cara de póquer.

—Pero apuesto a que sigue ganando muchas partidas.

—¿Quieres que juguemos luego y así lo averiguas? —Se inclinó hacia mí levantando las cejas con expresión sugerente—. ¿A solas? ¿En la casa de los huéspedes? ¿Desnudos?

Volví a reírme.

—Jugaré en la casa principal, viejo verde. Con los demás presentes y completamente vestida.

—Acabas de quitarle toda la gracia.

Los dos nos estábamos riendo cuando Hudson apareció en la puerta de la casa. Sus rasgos parecieron mostrar preocupación al ver a su padre.

—Aquí estabas. —Vino detrás de mí y me colocó una mano firme sobre el hombro—. Me había preocupado y ahora veo que hacía bien estándolo.

—Estoy bien. —Puse mi mano sobre la suya y levanté el cuello para mirarle a los ojos—. Jack me ha estado enseñando Mabel Shores. Lo he pasado de maravilla.

—Entonces, ¿no ha tratado de seducirte? —Su tono era de escepticismo.

—Claro que sí. —Lancé una sonrisa a Jack—. Pero hemos sido buenos.

Hudson dio la vuelta para sentarse a mi lado en el sofá y puso una mano posesiva sobre mi rodilla.

—Laynie, te aseguro que con la edad se adquiere experiencia —dijo Jack como si su hijo le hubiera desafiado marcando su territorio—. Si de verdad quieres pasarlo de maravilla…

Hudson apretó la mano.

—No me gusta esto.

Jackse rio, confirmando mis sospechas de que le gustaba jugar con su hijo.

—Relájate, Hudson. Solo estoy bromeando.

Desenrosqué las piernas y me incliné sobre Hudson, secretamente emocionada por su muestra de celos.

—Estamos bien, H. Él sabe que estoy totalmente entregada a ti. ¿No es así, Jack?

—Sí. —Hizo una pausa mirando a Hudson—. Me pregunto si mi hijo también lo sabe.

Hudson no respondió, al menos no con palabras. Pero sí que se quedó mirándome durante varios segundos, quizá tratando de averiguar exactamente qué era lo que había sucedido entre Jacky yo. O quizá notara que su padre sabía algo que él no, que mis emociones se estaban volviendo más profundas y auténticas. Que mi cariño por él era real.

Aparte de lo que finalmente pensara, me atrajo hacia él y acarició mi cabeza con su mejilla. Había prometido que sus acciones en público estarían todas dedicadas a nuestro auditorio, pero esta me pareció diferente. Casi como si él quisiera creer también que nuestra relación era real.

Capítulo dieciocho

—La comida está lista. ¿La sirvo aquí fuera?

Me giré en los brazos de Hudson para ver quién había hablado y vi a una mujer mayor en la puerta de la casa. Tenía el cabello completamente gris y su rostro más arrugas que el de Jack o el de Sophia, pero supuse que tenía más o menos su edad. Se estaba limpiando las manos con un delantal blanco que llevaba puesto sobre un vestido azul marino liso.

—Millie, eres un ángel —dijo Jack—. Es una idea estupenda lo de comer aquí.

—Voy a decirles a Adam y a Chandler que vengan con ustedes.

No era una pregunta, pero entendí que con lo que decía les daba a los Pierce la posibilidad de objetar algo, lo cual no hicieron.

Poco rato después, Adam y Chandler estaban sentados con nosotros en el porche disfrutando de un almuerzo de bocadillos de carne fríos, ensalada de frutas y limonada. Aunque muy sencillo, fue uno de los mejores almuerzos que había tomado desde hacía siglos.

Esperé hasta que no pude seguir conteniendo la curiosidad y pregunté por qué Sophia y Mira no comían con nosotros. No es que deseara la compañía de Sophia, pero me habría encantado pasar un rato con la hermana de Hudson.

—Han salido a comprar cosas para el bebé —respondió Adam entre mordisco y mordisco a su bocadillo de jamón. Dio un sorbo a su limonada—. Mira quería invitarte. Te ha estado buscando antes de irse, pero no ha podido encontrarte.

—¡Lástima! Ha debido de ser cuando estábamos recorriendo el jardín. Lo siento, Laynie. —Jackno parecía lamentarlo tanto.

Mi reacción ante tal posibilidad salió sin pensar:

—A la mierda. No pensaba ir a ningún sitio con Sophia y mucho menos de compras. —Me tapé la boca con la mano—. ¡Perdón!

Chandler fue el primero en estallar con una carcajada, a la que se unieron después Jacky Adam. Incluso Hudson dejó escapar una risa entre dientes.

—Estoy completamente de acuerdo contigo en eso —dijo Adam cuando pudo hablar.

—Creo que mamá piensa lo mismo de ti —comentó Chandler colocando los pies sobre el borde de la mesa—. Parecía encantada cuando ha visto que Mira no te encontraba.

—¡Chandler! —El tono de Hudson era de advertencia.

—No pasa nada, H. —Puse una mano sobre su pierna con cuidado de no mostrar ante los demás lo mucho que disfrutaba sintiendo sus apretados músculos

a través de la tela de los pantalones—. Tu madre y yo estamos muy lejos de ser amigas. No es ningún secreto.

Hudson asintió, pero con el ceño fruncido. ¿De verdad le importaba tanto la opinión de su madre? Jacktenía razón. Era una lástima.

Tras el almuerzo, Adam y Chandler me acorralaron para jugar a la X-Box 360 con ellos en la sala multimedia. Hudson se tendió en el sofá a nuestro lado con sus gruesos informes y carpetas ocupando la mayor parte del sofá mientras trabajaba en su ordenador portátil. Al final, Jack sacó una baraja de cartas y jugamos al póquer utilizando pistachos como fichas. Tal y como había sospechado, Jack ganó la mayoría del tiempo, aunque Chandler también tenía buena maña con el juego.

Tras perder todos mis pistachos con un farol que Chandler no se creyó, me desperecé y miré a Hudson. Aunque no había participado en nuestros juegos, nunca me olvidé de que estaba al lado y su presencia invadía cada parte de mi cuerpo como una constante vibración eléctrica. A veces, cuando le lanzaba una mirada, lo cual hice a menudo, vi que él ya me estaba observando. Era nuestro propio juego de calentamiento secreto, mirándonos el uno al otro, desnudándonos con los ojos. Después, supe que cumpliría las promesas que había en su sensual mirada.

Esta vez, sus ojos estaban pegados a la pantalla y sus gafas descansaban en la parte baja de la nariz mientras movía los dedos por el teclado a un ritmo que indicaba que estaba pensando mientras escribía. Crucé por detrás de él y me incliné para apoyar mi mejilla en su cuello, envolviéndolo con mis brazos.

Al sentir mi roce, Hudson levantó una mano del ordenador y me dio una palmada en el brazo.

—¿Fin del juego?

—Para mí. —Me incorporé y le acaricié los hombros—. Vaya, H, estás tenso. —Hudson lanzó un suspiro mientras le masajeaba los nudos de la espalda con mis dedos—. ¿Qué es lo que te tiene tan estresado?

Esperaba que no fuera nuestro teatro de novios, aunque la tensión de sus músculos podía atribuirse a las actividades de la noche anterior. Ese hombre había realizado algunos movimientos que debieron de requerir una gran cantidad de fuerza.

—Es este problema con Plexis.

Hizo una pausa y supe que estaba pensando si decir algo más o no. No era propio de él compartir sus problemas, pero yo creía que le había convencido de que podía hablar conmigo de cuestiones del trabajo. Continué masajeándole la espalda mientras esperaba, dándole así la oportunidad de continuar.

Mi paciencia fue recompensada.

—El consejo quiere vender. Yo tengo que presentarles una propuesta atractiva para convencerles de que es más rentable quedarnos con la empresa.

Aunque él no podía verme, asentí. Miré con atención la pantalla por encima de su cabeza mientras disfrutaba de los apagados gemidos que se escapaban de su garganta según le liberaba de la tensión con el masaje.

—¿Estás redistribuyendo la producción? —pregunté. Pero no necesitaba su respuesta. Por lo que él había escrito, vi que así era—. Conseguirías mucho más si pasaras esas secciones de Norteamérica a tu planta de Indonesia. Allí tienes mucha más capacidad.

—Ah, tú eres de las que recurren a quitarles el trabajo a los americanos para ahorrar costes.

—Normalmente no —contesté formando un puño con la mano para apretar la piedra que había bajo el omoplato de Hudson—. Pero vas a perder todos tus puestos de trabajo en Estados Unidos si no haces algo, ¿verdad? Perder unos cuantos es mejor que perderlos todos.

—Sí —admitió.

Sonreí al ver que cambiaba los datos para aplicar lo que yo había sugerido, entusiasmada por haberle dado una idea que había aceptado. Apreté un poco más las manos y sentí que el tenso músculo de Hudson casi se había soltado.

—Respira hondo.

Lo hizo. Apreté el nudo una vez más y noté cómo se relajaba al hacerlo.

—Gracias —dijo ligeramente asombrado mientras movía los hombros.

Yo sacudí las manos.

—De nada.

Volví a centrar mi atención en el trabajo de Hudson y vi el documento de requisitos técnicos de un nuevo producto sobre el montón que tenía a su lado.

—Además —dije extendiendo el brazo para coger el papel—, si en su lugar empiezas a producir esta bombilla de bajo consumo en la planta americana, mantendrás esos puestos de trabajo y ahorrarás dinero con la nueva ley fiscal. Y tendrás una deducción fiscal por contratar a trabajadores estadounidenses.

Hudson negó con la cabeza.

—Esa ley solo sirve para nuevas empresas.

—No, sirve para cualquier producto que no haya sido fabricado antes en Estados Unidos, sea o no de una compañía nueva.

—Creo que no es así.

Yo había asistido a un seminario completo sobre el nuevo código tributario durante mi último semestre en Stern. Sabía de lo que hablaba. Su oposición supuso un desafío.

—¿Tienes un ejemplar del código fiscal actual?

—En mi Kindle. Por ahí debajo.

Hudson señaló con la cabeza el montón de informes que había a su lado. Rodeé el sofá y empecé a remover los papeles para buscar el aparato.

—¿No estarías más cómodo en una mesa?

—Quería estar cerca de ti —dijo sin mirarme con los labios ligeramente curvados.

Su respuesta me sorprendió. Los demás hombres de la habitación no nos estaban prestando atención. No le miré y oculté mi sonrojo mientras buscaba el Kindle. Cuando lo encontré, busqué rápidamente la ley a la que me había referido y le pasé la prueba a Hudson.

—Vaya, vaya —dijo después de leerlo—. Parece que tienes razón.

Se movió para devolverme el Kindle, pero se detuvo para mirarme fijamente. No supe interpretar lo que significaba eso, pero la intensidad de su mirada hizo que sintiera una presión en el pecho y calor en las piernas.

—¿Qué?

—Nada —respondió negando con la cabeza—. ¿Te importaría decirme qué piensas sobre el resto de mi propuesta? —preguntó tras pasarme el Kindle.

El corazón se me aceleró, encantada por la invitación. Por lo que sabía de Hudson, invitar a su novia o a la mujer con la que se acostaba a que trabajara con él en un proyecto de negocio no era su habitual modo de actuar. Aquello era un nuevo territorio para él, lo cual lo convertía exactamente en el territorio que a mí más me gustaba marcar.

Pasamos el resto de la tarde trabajando juntos: Hudson intercambiaba ideas conmigo y yo buscaba más información cuando él la necesitaba. Aunque siempre me había gustado el mundo de los negocios, no se me había ocurrido que pudiera ser tan divertido, de ahí la razón por la que había preferido dirigir un club nocturno en lugar de buscar un trabajo de oficina. Pero ahora ese tipo de trabajo me parecía bastante atrayente. Sobre todo si ese trabajo implicaba trabajar mano a mano con Hudson Pierce. Aunque, con todos los roces fortuitos y las miradas abrasadoras que intercambiamos, dudé que pudiéramos conseguir trabajar juntos durante un periodo de tiempo largo sin quitarnos la mayor parte de la ropa.

Pero lo cierto es que eso hizo que el trabajo pareciera más interesante.

El delicioso olor a asado de carne que salía de la cocina hizo que el estómago me sonara. Me desperecé.

—¿Es casi la hora de cenar?

—Justo venía a deciros que la cena está servida —respondió Mira desde atrás.

—No me había dado cuenta de que estabas en casa. ¿Cuándo habéis vuelto?

—Hace unos minutos. Mamá tiene dolor de cabeza, pero los demás ya están esperando en el comedor.

—Dolor de cabeza, ¿no?

Miré a Hudson. Empezaba a sospechar que Sophia me estaba evitando. ¿Cómo había terminado esa mañana la conversación en la cocina? ¿Había ganado Hudson la batalla concediéndome así una tregua de la maldad de su madre?

—Le suelen dar de vez en cuando.

Su expresión era tensa, sin revelar nada más. Lo cual era todo lo que quería saber. Tendría que recompensar luego a Hudson por su amabilidad.

Después de la cena, Chandler se fue con sus amigos y los demás nos dirigimos a la sala multimedia. Hudson volvió a su ordenador portátil y supuse que iba a sumergirse en el trabajo de nuevo. En lugar de eso, me pasó el portátil.

—Muy bien, Alayna. Dime algo que quieras ver de tu lista y lo bajamos de iTunes.

Asombrada, cogí el ordenador y vi que había abierto la lista de las mejores películas del Instituto de Cine Americano. Traté de no sonreír mucho, pues no quería parecer demasiado sorprendida de que él hubiera recordado mi objetivo de ver todos los títulos de esa lista. Al fin y al cabo, era mi « novio» . Se suponía que debía recordar esas cosas.

Pero en realidad no era mi novio y aquel detalle me pareció especialmente conmovedor.

—¿Vas a verla tú también? —pregunté, preocupada de repente por que pretendiera seguir trabajando en su dilema sobre Plexis sin mí.

—Sí.

Ya había empezado a meter sus informes en el maletín mientras hablaba.

Elegí *Cowboy de medianoche* tras saber que Hudson no la había visto tampoco. Adam se encargó de preparar la película y, a continuación, se acomodó a un lado del sofá con Mira. Después de que Hudson despejara la zona, dio una palmada en el asiento junto a él, con el brazo extendido a modo de invitación. Encantada, me hundí en el sofá a su lado, acurrucándome en su cálido abrazo.

El Instituto de Cine Americano había dado a *Cowboy de medianoche* el número cuarenta y tres de su lista de las cien mejores películas. Pero cuando la vi abrazada a Hudson… se convirtió en mi nueva número uno.

Cuando terminó, nos separamos todos para irnos a dormir. En nuestro dormitorio, Hudson se sentó en la cama, completamente vestido, y volvió a sacar su portátil.

Aunque había renunciado a su ordenador durante la película, feliz por abrazarme y comer palomitas del microondas, había estado trabajando la mayor parte del día. Lo miré fijamente y sus rasgos intensos aparentaban cansancio. Habíamos estado despiertos hasta tarde la noche anterior y no sabía a qué hora se había despertado antes de subirme el desayuno. No me sorprendería que también hubiera estado trabajando.

—H, eres un adicto al trabajo. ¿Vas a estar con eso toda la noche?

Sonrió sin apartar los ojos de la pantalla.

—Preciosa, no es con el trabajo con lo que voy a pasar toda la noche. Pero necesito unos minutos para enviar esta nueva propuesta antes de poder

dedicarme a ti. ¿Te importa?

—Tómate tu tiempo. Voy a prepararme para acostarme. —Apagué las luces como había hecho él la noche anterior y, a continuación, me aproveché de que estaba distraído para sacar el camisón que había traído antes de meterme en el baño.

No me di prisa en desvestirme y aproveché la oportunidad para afeitarme las piernas y aplicarme loción antes de ponerme el picardías de encaje rojo que había comprado el viernes por la tarde. El picardías sin espalda ni mangas me acentuaba los pechos, una zona de mi cuerpo que a Hudson le gustaba especialmente. Me quité la goma del pelo y lo dejé suelto sobre los hombros, revuelto en plan seductor.

Cuando me quedé satisfecha con mi apariencia, abrí la puerta del baño y me apoyé en el marco, esperando la reacción de Hudson.

Me encontré con un ronquido amortiguado.

Con las manos aún apoyadas en el portátil abierto, Hudson se había quedado dormido, completamente vestido. Lancé un suspiro, considerando cómo debía abordar aquella situación. Por supuesto, quería despertarlo, pero no se habría quedado así de dormido si no estuviera agotado de verdad. Además, tuve que recordarme que la noche era cuando más despierta estaba yo, no él.

Suavemente, le quité el ordenador de las manos y lo coloqué en la mesilla de noche. Aquel movimiento no le perturbó lo más mínimo. Estaba fuera de combate. Decidí dejarle dormir, pero yo no estaba nada cansada. Me pregunté si Jack seguiría despierto. Quizá quisiera jugar otra partida de póquer, aunque estar a solas con ese hombre no me parecía del todo una buena idea. Miré por la ventana y vi que la casa de invitados estaba a oscuras. Probablemente era lo mejor.

La piscina se extendía bajo mi ventana y, de repente, unos largos a medianoche me parecieron algo divino. Cambié mi lencería por un biquini, me puse la bata y cogí una toalla. Después, me coloqué las chanclas y apagué las luces antes de salir al jardín.

La piscina era climatizada y se estaba increíblemente bien en ella. Exactamente lo que necesitaba. Llevaba meses sin nadar, desde que había caducado mi inscripción en el gimnasio ese mismo año. Y tenía esa piscina para mí sola. Perfecto.

Nadé treinta largos en serio antes de relajarme con, más o menos, otra docena a un ritmo pausado. Después, me senté en un escalón de la parte menos profunda de la piscina para dejar que la frecuencia cardiaca volviera a la normalidad mientras descansaba en aquel agua tan cálida.

—¿Dónde está Hudson? —La voz de Sophia me sacó de mi ensoñación.

Yo me di la vuelta y la encontré de pie detrás de mí, vestida con la misma bata que llevaba la noche anterior y, de nuevo, con una copa de líquido ámbar en

la mano. Me pregunté si bebería mucho o si mi presencia en su casa la había llevado a ello.

—Está… Se ha quedado dormido.

Salí de la piscina y cogí mi toalla, sintiéndome pequeña en su presencia. Ella provocaba en mí ese efecto en general, pero tampoco le había preguntado a nadie si podía hacer uso de la piscina y me preocupó haberme aprovechado de la hospitalidad de mi anfitriona. Aunque Sophia no había sido nada hospitalaria, así que quizá esa preocupación fuera discutible.

Aparté la vista de ella mientras me secaba, pero oí cómo se sentaba en una tumbona detrás de mí.

—Él no la quiere, ¿sabe?

La oí, pero no di crédito a mis oídos. Me giré para mirar sus ojos entrecerrados.

—¿Perdón?

—No puede. —Removía el líquido de su copa mientras hablaba, con un atisbo de dolor en su voz—. Es incapaz.

«Incapaz». Eso era exactamente lo que Hudson había dicho. ¿Había sido su madre la que le había obligado a creer aquella estúpida idea sobre sí mismo? La anterior hostilidad que había sentido hacia ella cuando la escuché en la puerta de la cocina regresó y salió de mis labios como veneno:

—Puede que esté usted proyectando su propia incapacidad para sentir ninguna emoción.

Su voz se volvió más fría, pero siguió siendo calmada, controlada:

—Sus palabras no me afectan, señorita Withers. Esta es mi casa. Hudson es mi hijo. Yo soy la que está al mando aquí.

—Váyase a la mierda.

Sonrió.

—Hudson ha estado en terapia varios años. Una terapia exhaustiva.

«También yo». Tiré la toalla y me envolví en la bata, tomándome mi tiempo para asegurarme de que mi tono era tan tranquilo como el suyo cuando volviera a hablar.

—Me lo ha contado.

—¿Sí? Pero no todos los detalles. —Se inclinó hacia delante y en sus ojos se reflejaron las luces del jardín haciendo que resplandecieran con un color rojo. No podía tener un aspecto más malvado aunque hubiera querido—. De haberlo hecho, usted sabría que no puede querer a nadie. Es un sociópata. Se lo diagnosticaron a los veinte años.

Me sorprendió. Y por la falta de fuerza en mi respuesta, ella lo supo.

—Hudson no es ningún sociópata.

¿Lo era?

—Es mentiroso y manipulador, egocéntrico, exagerado, poco sincero y

superficial. Incapaz de sentir remordimientos. Solo entabla relaciones sexuales promiscuas e impersonales. —Recitó aquellos rasgos con facilidad, como si siempre estuvieran bullendo en la superficie de su conciencia—. Consúltelo. Encaja con la definición a la perfección. No le importan los sentimientos de los demás. No puede amar a nadie.

—No me lo creo.

Pero mi voz se quebró.

—Es usted verdaderamente ingenua.

—Y usted una verdadera bruja.

Cogí mi toalla y me puse las chanclas, pues necesitaba alejarme de ella y de sus terribles acusaciones. Pero sus palabras ya habían causado su efecto. Empecé a dudar, y ella lo supo.

—Está con usted solamente por el sexo. —Se puso de pie para bloquearme el camino hacia la casa—. Es atractiva. —Sus ojos se deslizaron por mi escote—. Y claramente concuerda con su tipo. Parece ser que sus preferidas para follar son las morenas de grandes pechos.

No tuve nada que decir en mi defensa. Él me había dicho que nuestra relación era solamente sexual. Pero era consciente de mis obligaciones con mi trabajo y hablé como si fuéramos una pareja de verdad.

—Si fuese solamente sexo, no me habría traído para que la conociera.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Eso le da a él una ventaja más. Puede sacarme de quicio y divertirse con usted a la vez. La verdad es que no tiene nada que ver con usted. Se trata de mí y de mi hijo. —Dio un paso hacia mí y necesité toda mi fuerza para no encogerme —. Usted, señorita Withers, es insignificante.

Pensé que de una bofetada la tiraría a la piscina. La verdad es que se merecía las dos cosas. Pero nuestro enfrentamiento fue interrumpido por Chandler y otros cuatro adolescentes que entraron alborotadamente en la zona de la piscina, vestidos con bañadores y con toallas en las manos.

—¿Mamá? —dijo Chandler al ver a su madre de espaldas. Sophia se apartó a un lado y Chandler me vio—. Laynie —me saludó sorprendido al verme o quizá se dio cuenta por mi mirada de que me encontraba afligida—. No sabía que había nadie aquí.

—Alayna y yo nos estábamos conociendo.

Sophia cambiaba de tono con la misma facilidad que Hudson.

Chandler levantó una ceja expresando su escepticismo.

Yo aproveché la intrusión de los chicos.

—La piscina es toda vuestra. Ya he terminado.

Sin mirar atrás, entré rápidamente en la casa por la cocina y subí hacia el ala este sin pararme hasta llegar a la puerta de nuestro dormitorio.

Entonces, las lágrimas empezaron a caer abundantes y pesadas. Me apoyé en

la pared y me fui deslizando hasta quedarme sentada, incapaz de seguir de pie con el peso de mi pena. Muchas emociones y pensamientos entraron en conflicto por ocupar el primer puesto. Los insultos de Sophia me habían dolido, pero lo que más daño me causaba era la posibilidad de que tuviera razón.

¿Qué era lo que había visto yo que me demostrara lo contrario? Habíamos tenido momentos, Hudson y yo, en los que creí que de verdad le importaba, que sentía por mí algo más que atracción física, pero ¿me los había imaginado? Yo misma tenía mi historial de dar a momentos sin importancia un peso más fuerte del que tenían.

Y la descripción de Sophia de lo que era un sociópata encajaba con Hudson. No tenía por qué buscar la definición. Había participado en suficientes sesiones de terapia como para estar familiarizada con los síntomas. Pero nunca había relacionado a Hudson con su descripción hasta que su madre lo había dicho. ¿Había ignorado yo a propósito esa conexión?

¿O Sophia se equivocaba?

Algunos terapeutas me habían diagnosticado erróneamente al principio de mi terapia. Y la interpretación de mis problemas por parte de Brian había sido de lo más equivocada. ¿Y si Hudson tenía tan mala concepción de sí mismo porque Sophia también la tenía? Quizá él nunca había tenido oportunidad de demostrarle que se equivocaba.

Quizá yo fuera eso…, una oportunidad.

Esta posibilidad me calmó, aunque era lo suficientemente lista como para ser consciente de su inverosimilitud.

Me limpié la cara con la toalla húmeda y me puse de pie. Respiré hondo y abrí la puerta lo más silenciosamente que pude.

—¿Alayna? —Oí que Hudson extendía la mano para encender la lámpara de la mesilla de noche—. ¿Eres tú?

—Sí. —Me giré hacia la puerta para cerrarla y darme unos instantes para recomponerme—. No estaba cansada, así que he ido a nadar.

Respiré hondo y, a continuación, puse una sonrisa en mi rostro antes de mirarle.

—Bien, me alegra que… —Se echó hacia delante con el cuerpo en tensión—. Oye, ¿qué te pasa?

—Nada.

¿Era tan transparente? No podía hablar con él. No en ese momento.

—Tienes los ojos rojos. Has estado llorando.

—No, no. El cloro. Me molesta en los ojos.

Me froté los ojos hinchados, esperando así dar credibilidad a lo que decía.

Él inclinó la cabeza, como si estuviera pensando si era sincera con él.

Yo no podía soportar aquel escrutinio. Si insistía, me rompería. Y necesitaba poner en orden mis emociones sobre él y lo que había dicho su madre antes de

hablar de ello. ¿Qué me diría? Lo podía negar o no. Si lo hacía, ¿podía fiarme de él? Si no lo negaba, ¿podía fiarme de lo que dijera?

—Eh…, voy a meterme en la ducha —dije tratando de buscar una vía de escape.

—Voy contigo.

No protesté. Pero no hablamos cuando entramos en el baño y nos desvestimos. Hudson me ayudó a desatarme la parte superior del biquini antes de empezar a quitarse la ropa. Dejé el biquini mojado en el borde de la bañera y entré en la ducha, ajustando la temperatura hasta que casi estuvo hirviendo.

Cuando Hudson vino conmigo, con el pene casi erecto, me venció el deseo. No sabía toda la verdad sobre Hudson y sí muchas verdades irrecusables sobre mí. Pero enfrentada a su cuerpo fuerte y desnudo, como era consciente de que, me amara o no, podía hacer que me sintiera mejor, al menos por un momento, le atraje hacia mí desesperadamente, buscando su boca con un ansia que nunca antes había experimentado.

—Alayna… —Se apartó, agarrándome firmemente de los hombros—. Te pasa algo. Cuéntamelo.

—Estoy bien. Es solo que…

Le quería. Esa era la razón de que estuviera tan destrozada por lo que Sophia me había dicho. Le quería y deseaba…, necesitaba… creer que Hudson también me podría querer.

Incapaz de pronunciar aquellas palabras todavía, me conformé con otra versión de la verdad:

—Te necesito.

Él sabía que le ocultaba algo, pero asintió.

—Estoy aquí, preciosa.

Entonces, tomó el mando y me satisfizo de una manera que solo él podía hacer, complaciéndome de un modo tan profundo que sólo él era capaz.

Me entregué a él y me permití olvidar que quizá no podría amarme nunca de ningún otro modo que no fuera aquel, con su boca, su lengua y su polla.

Quizá eso pudiera llegar a ser suficiente.

Capítulo diecinueve

Me desperté temprano y me di cuenta de que Hudson ya estaba trabajando detrás de mí en la cama, de nuevo con su portátil. Pero no dejé que viera que estaba despierta para así darme tiempo de procesar lo que había ocurrido la noche anterior.

Quizá porque era un nuevo día o tal vez porque no estaba cara a cara con Sophia, la cuestión no me parecía tan agobiante como la noche anterior. Lo cierto era que, cualquiera que fuese nuestra relación, no cambiaba el hecho de que yo estuviera enamorada de Hudson Pierce. Y estar enamorada de Hudson Pierce me ponía de su parte, fuera él o no capaz de corresponder a mis sentimientos. Y estar de su parte significaba demostrarle a Sophia que su hijo no era el sociópata insensible que ella creía que era, una tarea que podía resultar imposible, pero decidí esforzarme al máximo. Al fin y al cabo, ese era el trabajo para el que me habían contratado.

Y si lo realizaba bien, aquella tarea podía resultar incluso agradable.

Decidida, me desperecé y me incorporé apoyándome en el cabecero de la cama para echarme sobre Hudson. Necesitaba que saliera de su ordenador para que subiese a bordo conmigo.

—Buenos días, preciosa. —Me miró y sus ojos se posaron sobre mis pechos desnudos antes de volver a concentrarse en la pantalla con ojos parpadeantes—. ¿Has dormido lo suficiente?

—Sí. —El despertador de la mesilla decía que habían pasado pocos minutos de las ocho. Para mí era temprano, pero me sentía descansada, adaptada en cierto modo a su horario de sueño tradicional.

Lo sorprendente era que Hudson siguiera en la cama a esa hora de la mañana, aunque despierto y trabajando. Durante nuestro juego para conocernos el uno al otro había descubierto que normalmente se levantaba alrededor de las seis. Supuse que esa mañana se había quedado más rato por mi comportamiento de la noche anterior. Había notado mi angustia y le preocupaba que me sintiera así. ¿No demostraba eso su capacidad para amar?

Ahora no era el momento de ponerse a analizar. Aparté ese pensamiento para sopesarlo después.

Le rocé el hombro con los labios y le pasé los dedos por el suave vello de la base del cuello.

—Hudson, ¿vas a trabajar todo el día?

Dejó de teclear y acarició su áspero mentón contra mi sien.

—¿Te molesta que trabaje?

—Lo cierto es que no. Pero estaba pensando… —Respiré hondo y, a

continuación, me lancé en plancha—: La verdad es que no vi a tu madre ayer. ¿No deberíamos intentar pasar más tiempo con ella hoy?

Se puso en tensión.

—No sé si eso es necesario.

Había supuesto que nos había mantenido a su madre y a mí separadas a propósito, que trataba de controlar la animadversión que había entre nosotras. Aunque le agradecía el detalle, era contraproducente. Habíamos ido a los Hamptons por ella.

—¿No es ella la persona a la que tenemos que impresionar con nuestra fabulosa relación de mentira?

—Estar aquí juntos ya es suficiente. —Alzó la cabeza y, una vez zanjado el asunto en su mente, volvió a la pantalla.

Pero no estaba zanjado para mí. Me moví para ponerme de rodillas delante de él y llamar su atención.

—No, no es suficiente. —Levantó los ojos para mirarme—. Creo que deberíamos atacarla a lo grande. Restregarle lo nuestro en la cara. Pero tienes que dejar de lado tu trabajo para que sea convincente de verdad. Demostrarle que estás tan enamorado de mí que ni siquiera puedes concentrarte en tus negocios. Que solo puedes pensar en mí.

Hudson se pasó una mano por la cara sin afeitar y negó con la cabeza.

—¿Qué? ¿No es una buena idea?

Se encogió de hombros.

—Podría serlo. —Cerró la tapa de su ordenador y lo dejó sobre la mesilla de noche—. Pero ¿de verdad quieres estar con mi madre? Puede ser…

—¿Una verdadera bruja?

—Iba a decir « desagradable» , pero lo que has dicho también vale.

Por supuesto que no quería estar con Sophia. Pero me había dado cuenta de que me odiaba aún más que yo a ella. Pasar el tiempo con ella podría ser más desagradable para ella que para mí.

—Solo serán dos días más. Puedo soportarlo.

Hudson levantó una mano y la puso sobre mi mejilla.

—Eres bastante increíble, ¿sabes? —Bajó la mirada—. La verdad es que me está costando concentrarme en nada que no sean tus preciosos pechos desnudos.

Me atrajo para besarme y metió su ávida lengua dentro de mi boca.

Cuando movió la mano alrededor de mi pecho, me aparté.

—No, no, no. No podemos quedarnos aquí encerrados toda la mañana. Tenemos que bajar para que nos vean. O para que nos vea Sophia, al menos. ¿A qué hora es el desayuno?

—A las ocho y media —respondió con un suspiro.

—Vaya, entonces voy a tener que ducharme después. —Me levanté de la cama de un salto y empecé a rebuscar entre la ropa de mi maleta—. Espero que

a nadie le importe que huela a sudor y sexo.

Hudson se acercó a su maleta.

—Yo no me pienso quejar.

Cuando saqué un atuendo que ponerme recordé la noche del concierto, cómo había reaccionado Hudson a mi mano sobre su pierna.

—Te advierto ahora mismo que voy a jugar a esto a tope. —Me puse unas bragas rosas—. Prepárate para muchos cariñitos, caricias, besos y cosas así. —Después, me puse unos pantalones cortos de color canela.

Hudson también se vistió rápidamente, colocándose unos vaqueros sin molestarse en ponerse ropa interior.

—Gracias por avisar. Aunque probablemente sea yo el que empiece la mayoría de los cariñitos, caricias, besos y demás —se detuvo para pasarse una camiseta oscura y lisa por encima de la cabeza—, ya que es de mis sentimientos de lo que tratamos de convencerla, no de los tuyos.

Me quedé inmóvil. ¿Sabía él que mis sentimientos eran más profundos? ¿Estaba tratando de dar a entender que lo sabía?

No. Estaba leyendo demasiado entre líneas. Me pasé las manos por detrás para abrocharme el sujetador.

—Bien dicho. —Me giré para mirarle—. Pero ¿sabrás hacerlo?

—¿Me estás desafiando?

—Si eso sirve de algo… —Me pasé una blusa azul sin mangas por encima de la cabeza.

—No necesito que me desafíes. Puedo hacerlo.

Deslicé los pies dentro de las chanclas y contuve una carcajada, pues sus palabras me parecieron muy poco propias de él. Cuando me recompuse, le miré a los ojos.

—Entonces, ¿que comience el juego?

—Que comience el juego.

Dios, era adorable.

Llegamos a un comedor vacío y, después, entramos tranquilamente en la cocina, donde Millie nos señaló de inmediato el porche antes de empezar a recoger rápidamente platos y cubiertos para nosotros. Hudson me cogió de la mano, entrelazó sus dedos con los míos y apretó, una silenciosa reafirmación antes de entrar en el campo de batalla. Después, me sacó por la puerta de cristal para llegar adonde Mira, Adam, Jack y Sophia estaban ya comiendo huevos, patatas guisadas, jamón y fruta. Supuse que Chandler estaría durmiendo después de su aventura nocturna. Era un adolescente, así que no se podía esperar que se levantara antes del mediodía.

Sophia fue la primera en vernos.

—Bueno, bueno. Han conseguido salir del dormitorio.

La expresión de Mira fue de asombro y, después, de vergüenza cuando nos

vio.

—¡Mamá!

Adam farfulló un saludo poco entusiasta concentrado en lo que fuera que estaba leyendo en su teléfono. Jack nos saludó con la cabeza, después guiñó un ojo y volvió a sentarse en su silla como si se dispusiera a ver algo entretenido.

Sophia dejó el tenedor en la mesa y se dio pequeños toques en los labios con una servilleta.

—Es una simple observación. No esperaba que bajaran tan temprano. —Posó los ojos sobre mí—. Sobre todo, cuando Alayna estuvo nadando hasta tan tarde.

Esa frase intentaba recordarme algo: « Soy yo quien está al mando. Usted es insignificante» .

Me moví nerviosa mientras Hudson me lanzaba una mirada, probablemente comprendiendo que mi estado de ánimo de la noche anterior se debía a Sophia. Ella sabía que no le había hablado a él de nuestra conversación. De haberlo hecho, probablemente Hudson y yo no habríamos salido del dormitorio a primera hora de la mañana. Había apostado y había ganado aquella mano. Pero a mí aún me quedaban cartas para seguir jugando.

Mantuve una expresión tranquila e incluso levanté ligeramente el mentón.

—Hudson y yo queríamos asegurarnos de pasar un rato con usted. —Mis palabras se deslizaban como la miel, pero, por debajo, eran pimienta picante—. ¿Le apetece? Lo digo porque usted también estuvo levantada hasta tarde. Y tenía ese molesto dolor de cabeza.

—No lo tendrías si dejaras de empinar el codo —se burló Jack.

Sophia no hizo caso a su marido.

—Me encuentro mejor. Gracias. —Su tono firme contradecía su hipocresía —. Y nunca rechazo una oportunidad de pasar un rato con mi hijo. Por favor, sentaos con nosotros.

En ese mismo momento, Millie colocó dos cubiertos más y Hudson acercó dos sillas a la mesa mientras Mira y Adam ocupaban ya el sofá de dos plazas. Cuando me senté, me puse una servilleta en el regazo y cogí la taza de café que me daba Hudson. Delante de mí pusieron un plato de desayuno con comida.

Desayunamos en silencio durante varios minutos, con los ruidos habituales de cualquier comida como único sonido. Hudson y yo intercambiamos varias miradas, los dos deseosos de hacer gala de nuestro supuesto romance, pero sin saber ninguno cómo mostrarlo. Bajo la mesa, mi pierna se movía con nerviosismo hasta que él la detuvo con una mano firme. Dejó la mano apoyada sobre ella mientras continuaba comiendo y mi piel se estremeció con su contacto.

Cerré los ojos y tomé aire. El olor de las flores del verano flotaba en el aire y la brisa era cálida y agradable. Hacía un día precioso, el entorno era bonito y aquella sensación me relajó lo suficiente como para romper el silencio:

—Bueno. —Esperé a que todos los ojos se posaran en mí para continuar—. ¿Cuál es el plan del día?

El rostro de Mira se iluminó como si estuviera agradecida por la conversación.

—Adam y yo queremos ir a la playa. ¿Verdad, cariño?

—Ajá —murmuró Adam sin levantar la vista del teléfono.

¿Qué les pasaba a los hombres de aquella casa? Siempre absorbidos por sus aparatos electrónicos.

Si a Mira le importaba la actitud distraída de Adam, no lo demostró.

—Hace una temperatura perfecta para un día de playa. Podemos relajarnos y disfrutar de un baño de sol. Millie nos preparará el almuerzo para llevárnoslo. ¿Queréis venir con nosotros?

Llevaba en casa de los Pierce más de un día y aún no había ido a ver el mar, que estaba al borde de la propiedad de los Hamptons. Lo de la playa me pareció maravilloso.

—A mí me apetece. ¿Hudson?

Hudson adoptó una sonrisa demasiado amplia, pero probablemente fui yo la única que lo notó.

—Cariño, yo voy adonde vayas tú.

Me sorprendió no morirme de vergüenza al oír las palabras que había escogido.

—Hudson, se te va a llenar el ordenador de arena —dijo Sophia—. Y no hay buena conexión a Internet. ¿No prefieres trabajar aquí?

El convencimiento de Sophia de que Hudson iba a pasarse el día trabajando se adecuaba perfectamente a mi plan. Pero ¿cumpliría él su parte? En ningún momento se había mostrado del todo de acuerdo.

Hudson dejó el tenedor en la mesa y miró directamente a Sophia.

—La verdad es que hoy no voy a trabajar nada, madre. —Movió la mano desde debajo de la mesa hasta mi cuello y me acarició suavemente por debajo del pelo—. Le he prometido a Laynie que le voy a dedicar toda mi atención durante el resto de este viaje.

Yo habría preferido que hubiera dicho que ni siquiera podía concentrarse en el trabajo, pero, aparte de que su versión era mucho más creíble, la utilización de mi diminutivo había sido perfecta. Incluso Adam levantó la vista el tiempo suficiente como para intercambiar una mirada de sorpresa con su mujer.

La reacción de Sophia fue divertidísima. Ahogó un grito.

Aunque me hubiera gustado deleitarme en cada segundo de la conmoción de Sophia, dirigí mi atención a Hudson.

—Gracias, H.

Mi gratitud era más profunda que el superficial teatro que estábamos interpretando. Agradecí que hubiera escuchado mis sugerencias, que me hubiera

oído y que, a continuación, actuase en consecuencia.

Los ojos grises de Hudson borraron a nuestros espectadores de mi visión.

—De nada —murmuró—. Te lo mereces.

¿Era su respuesta tan sincera como mi agradecimiento? ¿O simplemente era un actor excelente?

—Mamá, ¿vienes a la playa con nosotros?

Mira prácticamente daba saltos en su asiento ante la idea de una excursión familiar de las que tanto le gustaban.

La expresión de Sophia no se inmutó y su voz sonó tranquila:

—Sí. ¿Por qué no?

Jack soltó una carcajada.

—¿Sophia pasando el día en la arena? Eso tengo que verlo.

De nuevo, Sophia no hizo caso a su marido, pero Jack pareció igualmente encantado.

—Adam —dijo Mira mientras le daba un codazo en las costillas—, ve a despertar a Chandler. Podemos sacar la moto acuática.

—Eh…, vale.

Adam se guardó el teléfono en el bolsillo de sus pantalones caqui, arrugó su servilleta convirtiéndola en una bola y se puso de pie, aparentemente agradecido por tener una excusa para marcharse. Se me ocurrió que nunca lo había visto cerca de Sophia. Quizá se hubiera concentrado en su teléfono para evitar relacionarse con ella. Muy inteligente.

Mira dirigió su atención a Jack.

—Y papá, como te vuelvas a poner un tanga, juro por Dios…

—Está bien. —Apoyó la espalda en su asiento—. Iré vestido como un viejo. Pero solo por ti, mariquita.

Mientras su familia conversaba alrededor, Sophia permaneció sentada solemnemente con mirada calculadora. Al menos, eso es lo que interpreté al ver sus ojos entrecerrados, sin fijar la vista en nada de lo que había en la mesa delante de ella y con las manos entrelazadas.

—Hudson —dijo por fin—, los Werner llegan esta noche a su casa de los Hamptons.

—Qué bien. —Empujó con el tenedor lo que le quedaba de jamón sin que su rostro se inmutara—. ¿Por qué me lo dices?

Coloqué una mano sobre la rodilla de Hudson, preparándome para lo que deparaba aquella conversación.

—Celia viene también. —Ahí estaba la bomba explosiva de Sophia—. Como ha pasado mucho tiempo sin que estéis un rato juntos, la he invitado a almorzar mañana.

El rostro de Hudson era de acero, con la mandíbula apretada mientras dejaba el tenedor con un ruidoso tintineo. Celia constituía para mí un punto débil.

Provocaba mis celos de un modo absurdo e ilógico, pero, aun así, real. Para evitar que mis emociones me delataran, me mordí un labio. Con fuerza.

El rostro de Mira se puso colorado.

—¡Mamá! ¿Por qué has hecho eso?

Jack, que había puesto los ojos en blanco al oír a Sophia, se acercó entonces a su hija y apoyó el brazo en su propia pierna.

—Sinceramente, Mira, ¿te sorprende este tipo de comportamiento de tu madre?

Sophia levantó las cejas con fingida inocencia.

—¿Qué he hecho?

Mira respondió con un gruñido. Hudson permaneció en silencio mientras la rabia salía en oleadas de su cuerpo.

O Sophia estaba encantada con la rabia de su hijo o no se dio cuenta.

—La cuestión es que hemos estado hablando de volver a decorar las habitaciones principales. He pensado que esta era una oportunidad para que viniera a mostrarnos algunas ideas mientras se ponía al día con su querido amigo —comentó y apareció su nauseabunda sonrisa dulce—. Alayna, tú ya conoces a Celia. ¿Sabías que se encargó de la decoración de las oficinas y de la casa de Hudson?

Lancé una mirada a Hudson, que apenas podía contener su rabia.

—Sí.

Di un sorbo al café para pensar mis siguientes palabras. El apartamento que había sobre su despacho no era la casa donde Hudson vivía. Yo nunca había visto su casa, pero, por supuesto, Sophia suponía que sí. Cualquier cosa que dijera tenía que pensármela cuidadosamente.

—Celia tiene un gusto excelente. Creo que ha sabido captar muy bien el estilo de Hudson, tanto en su casa como en su lugar de trabajo.

En cualquier caso, aquello era cierto en cuanto a su despacho y al *loft*. Esperaba que también lo fuera en su casa.

—¿Cuál es tu habitación favorita?

—Sophia… —El tono de Jack era una advertencia.

Hudson se puso tenso a mi lado y yo me metí un bocado de huevos en la boca para darme tiempo. Él había dado a entender que nunca llevaba mujeres a su casa, lo cual a mí me había parecido una buena medida de seguridad. No podía acechar la casa de un hombre si no sabía dónde estaba. Pero ¿sabía Sophia que su hijo no llevaba a su casa a ninguna mujer? ¿Estaba tratando de tenderme una trampa o me estaba portando de forma paranoide?

Además de la preocupación por responder correctamente, estaba la presión de los celos: Celia había estado en la casa de Hudson. Tenía que haber estado si había diseñado el interior.

Me tragué aquel escozor amargo con los huevos y le di a Sophia la única

respuesta que podía ofrecerle, por muy pobre que fuera.

—Pues me gusta toda la casa. No podría escoger ninguna habitación.

Hudson me agarró la mano, que aún tenía apoyada en su rodilla, y la entrelazó con la suya.

—¿No me habías dicho que lo que más te gustaba era la biblioteca?

Gracias a Dios. Se había tranquilizado lo suficiente como para darme una pista.

—Solo porque tiene libros.

Por supuesto que me encantaría la biblioteca, pues era una ávida lectora.

Sophia sonrió con aire de suficiencia.

—Apenas tiene libros.

Solo Hudson podía tener una biblioteca sin libros.

Él se aclaró la garganta.

—Lo cierto es que nos estamos encargando de mejorar ese aspecto. —Intercambié con él una mirada que esperaba que expresara mi gratitud—. A Alayna le encanta leer, así que he comprado unos cuantos desde que nos conocimos. Hace ya bastante tiempo que no has ido por allí, madre.

—No me han invitado.

—¿Y desde cuándo eso es un impedimento para ti?

Esta vez, el comentario de Jack consiguió que su mujer frunciera el ceño y él respondió con un inocente gesto de desdén.

Sophia volvió a dirigir su atención hacia mí.

—Entonces, ¿oficialmente vivís juntos?

—No —respondí.

Hudson contestó al mismo tiempo:

—Sí.

Lo miré a los ojos sorprendida. Decir que vivía con él era una mentira bastante grande como para no comentarla antes conmigo. Y mucho más como para hacerlo público.

Me penetró con la mirada.

—Pero prácticamente ya estás viviendo conmigo. Cuando venza tu alquiler el mes que viene. ¿O es que has cambiado de idea?

En mi pecho se formó una burbuja de emoción incontrolada. Por un momento, pensé que era real, como si me estuviera pidiendo que entrara en su vida.

Pero no era real. Aunque sí había sido una estupenda jugada por parte de Hudson, con la que seguro que irritaría a su madre. No podía echarla a perder.

Tragué saliva y sonreí con timidez.

—No, no he cambiado de idea. Simplemente, no sabía que se lo íbamos a decir ya a tu familia.

—¡Qué narices! Se lo estoy diciendo a todos. —Prácticamente, su rostro se

iluminó. Dios, qué bien se le daba—. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

Jack asintió con los ojos brillantes.

—A mí me parece estupendo.

Sophia miró a su esposo con el ceño fruncido.

—¿Y tú qué haces aquí, Jack? Llevabas años sin salir con nosotros de vacaciones.

—Mira me ha invitado.

—Venía Hudson y hacía mucho tiempo que no nos juntábamos toda la familia.

Mira actuaba con las mejores intenciones. ¿Cómo había podido vivir toda su vida en esa familia y no darse cuenta de que nunca podría ser la tribu de los Brady que tanto anhelaba? Yo los conocía solamente desde hacía un rato y veía su incompatibilidad anunciada con un gran letrero de neón.

—¿Cómo es tu familia, Laynie? —preguntó Mira, a propósito de familias incompatibles—. ¿Estáis muy unidos?

Respiré hondo.

—La verdad es que no. Mis padres murieron en un accidente por conducción ebria. Mi hermano ha cuidado de mí, pero ahora estamos… —aún no había pronunciado en voz alta aquella palabra ante nadie, pero era la verdad y tenía que decirlo— separados.

—¡Oh, no! —Mira se llevó la mano a la boca.

Hudson se quedó en silencio, pero levantó una ceja mientras soltaba mi mano y me acariciaba suavemente la espalda. Sabía que Brian había estado tratando de ponerse en contacto conmigo y probablemente comprendió que esa separación había sido reciente.

Jack negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Espero, al menos, que ese borracho recibiera su merecido.

Juro que miró a Sophia cuando pronunció la palabra « borracho» .

Esa era una oportunidad para mentir. Lo había hecho cuando la gente me preguntaba, pero ahora quería decir la verdad. Si así iba a sorprenderles o a ganarme su simpatía, no lo sabía.

—Se puede decir que sí. El borracho era mi padre. Lo cierto es que era un verdadero alcohólico.

—Lo siento —contestó Jack en voz baja—. No lo sabía.

Los ojos me brillaban.

—Fue hace años. He aprendido a asumirlo.

No podía mirar a Hudson. No le había contado nada de mis padres, pero si había investigado lo suficiente como para descubrir lo de mis órdenes de alejamiento, seguramente ya lo sabría. No podía soportar que me mirara con compasión.

—Un pasado muy poco ideal —dijo Hudson con voz lo suficientemente alta

como para que todos le oyeran, pero al mismo tiempo con dulzura, mientras sus dedos continuaban con su amplio recorrido por mi espalda—. Es algo que Alayna y yo tenemos en común.

Me giré hacia él y descubrí que no me miraba con compasión, sino que me comprendía. Cada vez me daba más cuenta de que yo era especial para él porque se identificaba conmigo. ¿Éramos de verdad tan parecidos?

—No me gusta lo que estás insinuando —gruñó Sophia.

—No estoy insinuando nada, madre. Estoy manifestando una realidad nada agradable.

—Durante el resto del día guárdate para ti tus desagradables realidades, ¿de acuerdo? —No ocultó la furia que sentía. Apartó la silla y se levantó de la mesa —. Ahora, si me perdonáis, voy a prepararme para nuestra excursión a la playa.

Después de todas las cartas que habíamos jugado durante el desayuno, Hudson la había herido con un breve comentario. La prueba estaba a la vista en su expresión.

Miré a Hudson con una disimulada sonrisa victoriosa y él me la devolvió con el mismo brillo de placer en sus ojos. Esta mano la habíamos ganado nosotros.

Capítulo veinte

La segunda partida empezó casi dos horas después, en la arena de la playa privada que había bajo Mabel Shores. Tardamos más de una hora en cambiarnos y subir las sillas de la playa y la moto acuática del cobertizo al Ford Raptor que la familia utilizaba para recorrer los setecientos metros cuesta abajo hasta la playa. Millie preparó un almuerzo para más tarde y una nevera portátil con bebidas.

Sophia se había sosegado cuando llegamos a la playa y decidió dormitar mientras los demás terminábamos de colocar las hamacas y el resto de las cosas. Cuando me recosté junto a Hudson bajo una gran sombrilla con los colores del arco iris, me convencí de que podía relajarme y disfrutar de la cálida brisa y del sonido acompasado de las olas revolviéndose sobre la arena.

La idea de la tranquila serenidad desapareció cuando Adam y Chandler sugirieron una partida de vóley playa.

—Alayna. —Hudson levantó los ojos de su tableta electrónica—. Nosotros podríamos formar un equipo.

—¿Tú juegas?

Yo había estado a punto de poner mi hamaca bajo el sol para tratar de conseguir un cancerígeno bronceado, pero me podía dejar persuadir por un partido amistoso.

Él me miró con el ceño fruncido y con cierto desafío reluciendo en sus ojos.

—No te sorprendas tanto. Se me da muy bien.

Estaba segura de que así era por su tono de voz e, imaginando lo competitivo que debía de ser un hombre con tanto éxito, supuse que era bastante bueno.

—Pocas veces pierde —confirmó Jack, que volvía de darse un baño en el mar. Agitó su pelo largo y mojado antes de sentarse—. Ha salido a su viejo.

Hudson negó con la cabeza de forma casi imperceptible, al parecer no quería atribuir a su padre ninguna de sus habilidades.

—Fantástico. —Sophia se removió en su asiento, recordándonos a todos su presencia—. Yo trato de relajarme y todos los demás vais a estar haciendo ruido y comportándoos como salvajes interrumpiendo la tranquilidad.

—Para eso son las playas —dijo Jack levantando la voz hacia atrás, sin molestarse en mirar a su esposa directamente—. Puedes volverte a casa si no te gusta.

La oposición de Sophia hizo que me decidiera.

—Acepto. —Me quité el pareo y empecé a untarme con protector solar las zonas de mi cuerpo que ahora quedaban desnudas mientras Adam y Chandler ponían la red en los palos que estaban clavados en la arena.

—¿Ese es tu bañador? —refunfuñó Hudson a mi lado—. Vas prácticamente

desnuda. Va a distraer a los hombres del juego.

—Considéralo un arma secreta.

—Pero uno de esos hombres voy a ser yo. —Se ajustó despreocupadamente su bañador largo azul marino.

Yo le lancé una sonrisa y me derretí por dentro ante su clara excitación.

—Eso luego, grandullón. —Era una promesa—. Mientras tanto, ¿te importaría darme crema en la espalda?

Me incliné hacia delante y me abracé las rodillas. Hudson cogió la loción y se sentó detrás de mí, rodeándome con las piernas. Ahogué un gemido mientras sus manos me aplicaban la loción, amasando mi piel durante más tiempo y con más profundidad de la necesaria.

—Me encanta acariciarte la piel —murmuró junto a mi oído y, a continuación, me mordió el lóbulo de la oreja, suavizándolo después con un suave lametón de su lengua.

Fue un gesto tremendamente sexual, algo que no esperaba que hiciera delante de los demás. O había finalizado su juego o ya no le resultaba tan fácil separar unas cosas de otras como antes.

Giré la cabeza hacia él para ver si podía interpretar su expresión, pero me detuve al ver que su madre nos observaba, formando con los ojos unas estrechas hendiduras de rabia. Así que ese era el motivo que había tras el despliegue de Hudson. Sentí en mi pecho una oleada de satisfacción, pero, a la vez, también otra de decepción. Aunque, en general, disfrutaba de la tristeza de Sophia, nuestro deber era conseguir su aceptación, no su enemistad. Esta tarea era imposible, yo ya lo había aceptado. Pero sabía que Hudson no y me dolía el sufrimiento que su madre le provocaba.

—La red está lista —anunció Adam dando una patada a un montón de arena en dirección a nosotros para asegurarse de que le prestábamos atención.

Hudson se puso de pie y extendió la mano para ayudarme a levantarme. Cuando me puse de pie, no me soltó, ni siquiera mientras me tiraba de la parte baja del bañador con la otra mano para subírmelo tras haber estado sentada. Durante todo el rato sentí la mirada de Sophia y sabía que me encontraba dentro de su radar. Iba a lanzar un disparo enseguida, lo intuía.

—Maldita sea. Yo quiero jugar —se quejó Mira—. Sabéis que sería la mejor del equipo.

—Sí que lo serías, cariño. —Adam se agachó para acariciarle el vientre que sobresalía por encima de la parte inferior de su biquini—. Pero juegas con mucho ímpetu y eso no sería bueno para nuestra pequeña Gominola.

—Sí, tienes que cuidar de mi primer nieto —dijo Jack orgulloso.

Sophia miró a su marido.

—Pero técnicamente no será nuestro primer nieto, Jack. —Hizo una pausa para asegurarse de que todos los oídos la habían sintonizado—. El bebé de Celia y

Hudson reclama ese título.

Un zumbido me invadió los oídos y sentí que me mareaba, como si estuviera en un carrusel. « El bebé de Celia y Hudson» . ¿Cómo…? ¿Qué…?

Mi sorpresa aumentó al ver la reacción de Hudson. No lo negó. En vez de eso, trató de atraerme más hacia sí.

—Alayna —susurró.

—¡Sophia! —oí que siseaba Jack—. ¿Cómo te atreves a comparar eso con el bebé de Mira?

Apenas escuché cómo Mira decía algo, pero no pude entender nada que no fuera la fría decepción que me agitaba los huesos. Tenía que salir de allí, tenía que pensar, tenía que respirar. Me solté de la mano de Hudson y me fui, caminando rápidamente por la playa para alejarme de la familia Pierce.

—Vete a la mierda, madre —dijo Hudson detrás de mí cuando aún podía oírlo.

« Un bebé. Hudson ha tenido un bebé. Con Celia» . Ni siquiera podía tratar de imaginarme dónde estaba ese bebé o qué le había pasado, demasiado dolida ante la simple idea de que existiera. Aquello era ridículo. Hudson no era mío, nunca lo fue. Pero un bebé…, solo una forma más de pertenecer a Celia. Era de Celia.

Seguí caminando cuando Hudson me llamó. Pero no me escapé de él cuando vino corriendo para alcanzarme.

—Estoy bien —dije forzando una sonrisa—. Estoy interpretando el papel de novia herida.

Adecuó su paso al mío, pero no intentó tocarme.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Había esperado no tener que admitir que las lágrimas estaban cayendo por mis mejillas. Me las sequé con la palma de la mano mientras mantenía aún la sonrisa.

—Solo estoy sorprendida. —Mi voz sonaba tensa a pesar de la alegría que había tratado de insuflarle—. No sabía que te habías acostado con ella.

—Y no lo he hecho.

—Está claro que sí.

—No. Mi madre cree que dejé embarazada a Celia. Pero no.

Sus palabras hicieron que me detuviera y una burbuja de esperanza se empezó a formar dentro de mí.

—¿Y eso por qué?

Me pasó la mano por la cara antes de contestar.

—Porque cuando Celia se quedó embarazada yo les dije a nuestros padres que era mío.

Crucé los brazos por encima de mi pecho esperando algo más, pero no dijo nada.

—¿Te vas a explicar?

—No. —Imitó mi postura—. No es relevante.

Me di la vuelta y empecé a caminar más rápido esta vez. ¿Cómo esperaba que participara en esta falsa relación de mierda si no tenía toda la información? Quizá yo no fuera más que una pieza en sus juegos mentales. Eso era lo único que tenía sentido.

—Alayna, para.

Me siguió y me agarró del brazo. Esta vez, yo me solté.

—¡Para! —Me alcanzó y me agarró con fuerza por los hombros. Me dio la vuelta para que le mirara—. ¡He dicho que pares!

—¿Por qué no puedes decírmelo? —Mis lágrimas se convirtieron en sollozos.

—¿Por qué no confías en mí?

Dejé escapar una sola carcajada, enfurecida por lo insensato de su pregunta.

—Qué gracia. Me pides que confíe en ti cuando tú no me cuentas absolutamente nada.

Es decir, ¿qué sabía yo sobre él? Además de su pericia en la cama y unos cuantos chismorreos al azar que me había explicado en un largo viaje en coche, no me había contado nada.

Su voz se volvió más tensa.

—Sabes más cosas sobre mí que la mayoría de la gente.

Sentí aquello como una acusación. Que yo sabía eso…, lo único que él no quería que nadie supiera… Pero ni siquiera había sido él quien me lo había contado. Y no era más que un detalle de la compleja constitución de Hudson Pierce.

—No —dije levantando el mentón con actitud desafiante—. Sé una cosa sobre ti que la mayoría de la gente no sabe. Es muy diferente.

—Es lo único que importa.

—Y una mierda. —Si de verdad pensaba así… ¿Cómo podía estar tan ciego como para creer que lo único que importaba de él eran los errores de su pasado? Aquello me rompió el corazón y la voz se me quebró al hablar—: Hay muchas más cosas en ti aparte de eso.

Quise tocarle, acariciarle la cara, hacer que lo comprendiera. Extendí una mano vacilante hacia él, pero dio un paso atrás.

—Está claro que sí me conoces —espetó—, si es que te sientes bien diciendo algo así.

Su tono era desagradable, sarcástico. No me creía. Estaba dándole la vuelta a mis palabras, a lo que había querido decir.

Aparté la mirada de él tratando de asimilarlo todo. Sí que sabía cosas de él, cosas que había descubierto estando con él. Sí que creía que él era mucho más que el hombre que manipulaba a las mujeres por capricho. Lo veía en él, lo notaba cuando me besaba y cuando estaba tumbado entre mis piernas.

Y si de verdad creía en su sinceridad en esos momentos, tenía que decirle que

confiaba en él.

Lo cual significaba que en ese momento me estaba diciendo la verdad. No era el padre del hijo de Celia. Pero entonces, ¿por qué les había dicho a sus padres que lo era?

Al comprender lo que pasaba, sentí como si me hubieran golpeado en el estómago con una tonelada de ladrillos.

—Es porque la quieres, ¿verdad? —Decirlo en voz alta hizo que el peso se volviera aún mayor—. Por eso les dijiste a tus padres que el bebé era tuyo.

—¡No!

Su desafiante protesta hizo que me diera la vuelta para mirarle.

—No hay ninguna otra razón lógica.

Para asumir una responsabilidad tan enorme por otra persona era necesaria una conexión emocional. Aquello demostraba que no se trataba de ningún sociópata, que podía querer a alguien hasta ese punto, pero eso suponía para mí muy poco consuelo en ese momento.

—Déjalo ya, Alayna.

Era una orden, dada con un tono grave y tranquilo que supuse que pocos rebatirían. Pero estaba decidida a oír cómo confirmaba la verdad que me mataría.

—Estás enamorado de ella.

Levantó los brazos para dar más énfasis a sus palabras.

—¡Por el amor de Dios! Si por lo menos fuera capaz de tener ese sentimiento, no sería de Celia de quien estaría… —Se interrumpió a sí mismo cerrando la boca de golpe.

« No sería de Celia de quien…» . Sus palabras resonaban en mis oídos como una canción que me encantaba oír.

Dio un paso hacia mí. Colocó las manos a ambos lados de mi cara y levantó mi mentón hacia él.

—No estoy enamorado de Celia. Te prometí que sería sincero contigo, Alayna, pero no sirve de nada si no confías en mí.

Yo seguía dándole vueltas a su lapsus. No sería de Celia de quien… ¿qué? ¿Estaría enamorado? Entonces, ¿de quién? ¿De mí?

Pero eso no lo iba a reconocer. Por ahora, aquella casi declaración era suficiente. Me calmó los nervios y me apaciguó el corazón.

Hudson me alisó el pelo por detrás de la oreja y yo me quedé mirando sus ojos grises, observando en ellos una ternura que no había visto antes.

—Nunca me he acostado con Celia. —Su voz sonaba suave, pero convincente —. Por favor.

—De acuerdo.

Levantó una ceja sorprendido.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo, confío en ti.

—¿Sí?

Pensé en lo mucho que había deseado contar con la confianza de Brian, en lo decepcionada que me había sentido al darme cuenta de que aún no la tenía. Hudson necesitaba que alguien…, que yo le creyera. Debería habérselo dicho a cada segundo. Si lo amaba como creía hacerlo, tendría que esforzarme por darle más confianza en sí mismo.

—Sí —respondí con una sonrisa.

Su cuerpo se relajó como si le hubieran quitado un enorme peso de los hombros.

—Gracias. —Me besó en la frente—. Gracias.

Estuve concentrada en él durante ese rato, pero no tanto como para no darme cuenta de lo raro que era todo. Nos estábamos abrazando, intercambiando promesas que eran propias de algo más que simples amantes. « ¿Qué estamos haciendo?» . Casi se lo pregunté. Sentí la forma de aquellas palabras en la lengua, pero no pude reunir el aire para expulsarlas por mis labios. ¿Lo había notado él también?

Si se había dado cuenta, no me lo mostró y bajó mi cabeza hacia su hombro, donde no pudiera verlo en sus ojos. Y estaba bien así. Disfruté de su abrazo, del calor y la seguridad que me proporcionaba, independientemente de lo que eso significara para nosotros.

—Mira. Mi madre se va —dijo después de que pasara la ocasión de abordar lo que acababa de pasar.

Me separé de él y miré hacia el grupo que habíamos dejado atrás. Como era de esperar, Sophia iba caminando sola por el camino que llevaba a la casa con su enorme pamela. Sin ella allí, la idea de volver con los demás era más tolerable.

—Deberíamos volver.

—Deberíamos. —Había en su voz cierto tono de renuencia y sus ojos bajaron a mis labios—. Primero tendríamos que besarnos y hacer las paces. —Ya había empezado a bajar su cara hacia la mía—. Por si alguien nos mira.

No me dio tiempo a decir que sí antes de que una mano me rodeara el cuello por detrás y su lengua se deslizara en el interior de mi boca. Al contrario que la mayoría de nuestros besos, que normalmente reservábamos para el sexo, este fue dulce y tranquilo. Eso no quiere decir que careciera de pasión. Hudson chupó, lamió y mordisqueó primero mi labio superior y, después, hizo lo mismo con el inferior. Luego, su lengua volvió a meterse dentro de mi boca, acercándose a la mía, buscándola y girando alrededor de mí en una lenta espiral.

Él había calificado aquello como un beso para nuestros lejanos espectadores, pero fue completamente nuestro, una mezcla armónica de él y yo, tan completamente fusionada que ya no sabía distinguir dónde empezaba él y dónde terminaba yo ni a quién pertenecía cada sabor. Y fue más: una canción de amor

sin palabras, una promesa sin temor. Fue una chispa, el comienzo de algo nuevo.

Nos separamos titubeantes, temerosos los dos de romper el hechizo. Después, deslicé mi mano en la suya y retomamos nuestros papeles de novia y novio.

Hudson cambió después de aquello, quizá porque Sophia se había ido, pero preferí creer que tenía más que ver con la fe que yo había puesto en él. Se volvió juguetón y animado. Primero lo vi durante el partido de voleibol contra Adam y Chandler. Dominó el juego con gran destreza, del mismo modo que estaba segura de que dominaba una sala de juntas. Pero entre un juego y otro, me sorprendió chocando su mano con la mía en el aire y dándome suaves palmadas en el culo. No me pareció que estuviera actuando. No había necesidad de convencer a Adam ni a Chandler de nuestra relación.

Recibí con agrado aquel cambio, aceptándolo quizá con demasiada rapidez, mientras la línea entre lo real y lo fingido se volvía más difusa.

Después de ganar los dos tiempos del partido, dimos una vuelta en la moto acuática. Hudson conducía y yo iba sentada detrás y me agarraba a él con fuerza. Conducía con seguridad por las agitadas aguas y yo sentí la excitación de la velocidad y la cercanía de su cuerpo y lo fácil que era simplemente estar con él.

Cuando perdimos el equilibrio y caímos al agua, me agarré a él, me reí y le besé sin piedad antes de levantar la moto acuática y subirme detrás.

—¿Otra vez, preciosa? —gritó por encima del sonido del motor.

—Otra vez.

Después de recoger y regresar de la playa, nos cambiamos de ropa y bajamos al porche, donde Jack preparó una barbacoa de salchichas y perritos. Sophia dijo que tenía otro insufrible dolor de cabeza y solo apareció un momento para darnos las buenas noches, aunque sospeché que en realidad había bajado para llenarse la copa.

Terminamos la velada con varias partidas de póquer en las que Jack nos desplumó a todos. Después, Hudson y yo nos dirigimos a nuestro dormitorio, cada uno recorriendo con la mirada los paisajes del cuerpo del otro mientras subíamos las escaleras.

Apenas se había cerrado la puerta después de entrar cuando Hudson me atrapó contra la pared, presionando su cuerpo sobre el mío mientras tomaba mis labios con un beso desesperado y hambriento explorando y buscando mi lengua hasta que empecé a jadear dentro de su boca. La cabeza me daba vueltas y las bragas se me empaparon al instante por la excitación, pero reuní la fuerza suficiente para apretar mis manos con firmeza contra su pecho.

—Espera, Hudson —dije sin aliento.

—Joder, Alayna. Tengo que meterme dentro de ti. No puedo esperar más.

Volvió a acercarse, pero giré la cabeza y su boca se dio contra mi mandíbula.

—Enseguida, H. —Salí rápidamente de entre sus brazos—. Baja las luces

como hiciste la otra noche. —Caminé hacia atrás mientras hablaba hasta que llegué al vestidor donde habíamos guardado las maletas. Hudson había colgado varias prendas de ropa y había guardado otras en los cajones, pero yo aún no me había molestado en deshacer la maleta—. Acomódate en la cama. Desnudo —le ordené con un guiño.

—Vaya, tú llevas las riendas —dijo apoyándose en la pared con un brazo extendido—. Qué adorable.

—No me hables con condescendencia. —Me agaché en el interior del vestidor para buscar el picardías que se había perdido la noche anterior. Cuando lo encontré, lo enrollé apretadamente en mi puño para que no pudiera verlo aún y fui al baño.

—No lo estoy haciendo. Estoy excitado. —Se acarició la entrepierna de sus pantalones—. Ya se me ha puesto dura.

Curvé los labios con una sonrisa maliciosa.

—Bien. Ahora haz lo que te he dicho. —Me detuve en la puerta del baño—. ¡Y no te quedes dormido!

—Entonces, no te quedes una eternidad dentro del baño.

Sonreí y cerré la puerta. Nerviosa con los preparativos, me cambié a la velocidad del rayo. El día había sido más que maravilloso y real. Durante mucho tiempo no había sentido tanta felicidad como con Hudson. Y estaba segura de que a él le ocurría lo mismo. Nos estábamos encariñando el uno del otro. Y ahora quería celebrar esos sentimientos con mi amante, confirmar lo profundo de mis emociones con mi cuerpo si aún no podía expresarlo con palabras.

Dejé que el pelo me cayera sobre los hombros, apagué la luz del baño y, a continuación, abrí la puerta. La iluminación era tenue, así que di un paso hacia delante para que pudiera verme.

Hudson estaba sentado desnudo sobre la colcha. Se quedó sin respiración cuando me vio.

—Dios mío, Alayna. Eres increíblemente hermosa. —Se puso de rodillas—. Quizá deje que lleves eso puesto mientras te follo.

Estaba acostumbrada a su descarado lenguaje sexual, pero me sonrojé de todos modos.

—Ven aquí —dijo con un gruñido.

Empecé a caminar hacia él y, entonces, me detuve.

—Espera. Soy yo la que lleva las riendas, ¿recuerdas?

Se sentó sobre sus pies e inclinó la cabeza.

—Entonces, encárgate tú.

Sentí cómo un hormigueo se extendía desde el vientre hacia todo mi cuerpo, excitada por el modo dominante en que renunciaba a su autoridad. Siempre había sido él quien había dominado nuestro sexo, pero ahora me dejaba a mí al mando; esa elección incluso podía reducir la intensidad de la experiencia para él, aunque

yo esperaba que no fuera así. Esto añadía un elemento de presión que no me había esperado, pero que también me excitaba.

—Siéntate con la espalda apoyada en el cabecero. —Mi orden sonó más fuerte de lo que esperaba.

Hudson sonrió y, a continuación, hizo lo que le había ordenado.

Eché los hombros hacia atrás para cobrar más confianza de la que tenía, y también para mostrar el pecho embutido en aquel picardías. Me acerqué a los pies de la cama. Mirándole, subí sobre ella y avancé lentamente hacia él.

Mantuve la mirada en su rostro viendo cómo sus ojos pasaban rápidamente de los míos a mis pechos mientras me deslizaba hacia él. Mis manos recorrieron sus pantorrillas mientras me acercaba y, después, pasaron por sus rodillas hasta sus firmes muslos. Me detuve en la base de su pene, duro como una piedra, y bajé la cabeza. Lamí todo su miembro con un lengüetazo.

Las pupilas de Hudson eran ascuas encendidas de deseo.

—Hazlo otra vez.

Lo más normal en mí habría sido cumplir su orden, pero no estaba dispuesta a renunciar a mi control.

—Quizá lo haga.

Su sonrisa se hizo más grande. Había puesto a prueba mi dominio y yo había aprobado.

Volví a bajar la cabeza, esta vez besándole el capullo, sin apartar mis ojos de los suyos. Le lamí el glande una vez más, deleitándome con su sabor salado antes de introducir su erección por mis labios hacia el calor de mi boca.

Lanzó un gemido.

—Ah, preciosa, qué bien me la chupas.

Le provoqué, toqueteándole y acariciándole las pelotas con una mano mientras lamía, chupaba y saboreaba su polla con mi lengua, sin entrar en ningún momento en un ritmo constante. Enseguida, introdujo los dedos entre mi pelo y empezó a hacerse con el control, inmovilizando mi cabeza encima de su pene mientras se movía para meterse en mi boca, imponiendo el ritmo que tanto deseaba.

Dejé que se hiciera con el control solamente un momento, disfrutando de los gruñidos y gemidos que acompañaban a sus embestidas. Entonces, tiré de su brazo para que lo apartara de mi cabeza y levanté el cuerpo, dejando que su polla se saliera de mi boca.

Lanzó un gemido.

—¿Quieres más? —le tenté—. Vas a tener que esperar. —Subí por su cuerpo, abrí las piernas para montar a horcajadas sobre su cintura y sentí su miembro firme golpeándose contra mi culo.

Sus ojos se abrieron de par en par, curiosos.

Extendí las palmas de mis manos sobre su torso desnudo y me incliné para

tomar su boca. Su beso era codicioso y ardiente y su lengua se movía por el interior de mi boca. Movió las manos hacia los lados de mi cara, sujetándome en aquella postura con mis labios apretados sobre los suyos, pero moví la cabeza para soltarme.

—¿Qué quieres? —preguntó jadeante.

Lo llevé al límite de su paciencia para que me permitiera ser la parte dominante. Sin embargo, estaba dispuesto a intentarlo y eso me complacía inmensamente. Aunque no me había otorgado su confianza en otros aspectos, sí me la estaba dando en esto. Era un gran paso para él y, aunque una buena parte de mí quería dejarle que me tomara del modo que deseara, seguí aferrada al papel contrario por lo mucho que significaría probar para los dos.

Sin embargo, no sabía qué responder a su pregunta. ¿Qué era lo que quería?

—Tócame los pechos —dije por fin.

Hudson deslizó las manos por el interior de mi picardías de seda. Con una sacudida de sus pulgares, los pezones se me pusieron duros como una piedra, y los pechos pesados y sensibles mientras él los apretaba con sus firmes manos.

Bajé la cabeza para lamerle los labios, pero, en cambio, él hundió la suya en mi escote. Me bajó la tela del camisón y se metió la punta de mi pecho en la boca. Chupó y tiró de mi pezón, haciendo que de mi garganta se escapara un pequeño grito.

—Ah, Hudson. Dios.

Una mano se deslizó bajo el delgado encaje de mi bragas y me rozó el clítoris de camino a la caliente abertura de mi coño.

—Ya estás húmeda, preciosa —dijo soltando el pezón de su boca para hablar. Lamió ligeramente la punta y yo me estremecí—. ¿Quieres que te meta los dedos? Dime.

A Hudson se le daba muy bien convertir mi mente en papilla mientras mi cuerpo se volvía maleable bajo sus manos. Sucumbí al placer que me ofrecía, pero a mi manera.

—Quiero tu polla dentro de mí —dije en voz baja, sin sentir ningún alivio al decir aquellas palabras.

Sonrió, pero no se movió para obedecer mi orden. En lugar de eso, chupó mi otro pecho, provocando un gemido involuntario por mi parte.

—Pero todavía no estás lista para mí, preciosa —aclaró después.

—Ya estoy lo suficientemente preparada. —Esta vez hablé con más contundencia—. Quiero montarte.

Un destello de deseo cruzó por su rostro. Con un movimiento repentino, me rompió las bragas, sacó la tela rasgada de debajo de mí y las lanzó a un lado. Yo sentí un escalofrío ante aquella acción tan primaria y la lujuria recorrió mis venas como un reguero de pólvora. Desesperada por tenerlo, por poseerlo, me moví hacia atrás para mantener el equilibrio sobre él. Cogí su precioso y grueso

pene con la mano y levanté el capullo hacia mi húmeda abertura. Mi excitación aumentó cuando su polla palpitó en mi mano.

—No se me ocurre la razón por la que merezco esto —dijo Hudson con voz ronca, colocando las manos sobre mis pechos—. Debería ser yo quien te recompensara por tu creíble interpretación de novia de hoy.

Me quedé inmóvil. Su comentario me dolía, pero no estaba segura de si debía hacerlo. ¿Me estaba recordando que ese día había sido fingido? ¿O estaba tratando de provocar una reacción en mí? ¿Se estaba poniendo en guardia para evitar que los sentimientos entrasen a formar parte de nuestra relación?

O quizá era que no sentía nada de lo que yo creía y sus palabras simplemente manifestaban que le había parecido acertada nuestra representación ese día.

No, no era verdad. Creía con todo mi corazón que algo más había surgido entre los dos. Quizá él no era capaz de admitirlo ante mí, o incluso ante sí mismo, pero yo lo sabía. Lo sabía.

Me fui deslizando sobre su palpitante polla y me la metí dentro ahogando un grito. Tenía razón. No estaba del todo preparada y la sentí grande y entera dentro de mí. Me retorcí, tratando de calmar la dentellada de malestar mientras me la metía más adentro. Hudson colocó la mano sobre mi torso y me empujó para que me echara hacia atrás. Esa posición me abrió más y me deslicé hasta el fondo.

—Joder —gruñó—. Cómo me aprietas, Alayna. Me gusta.

Levanté las caderas para elevarme por su miembro antes de volver a bajar.

Hudson se movió nervioso debajo de mí, deseando ser él quien marcara el ritmo. Pero yo mantuve mi velocidad constante deslizándome suavemente arriba y abajo por su dura erección. Sus manos se movían sobre mí sin cesar, pasando de mis pechos a mis muslos y mis caderas antes de que por fin colocara una palma de la mano sobre mi estómago y moviera su dedo pulgar por mi clítoris ejerciendo una deliciosa y firme presión.

—Dios. ¡Ah, Dios! —grité estrujándole y apretándome sobre él. Aquella sensación tan exquisita de su polla rozándose contra las paredes de mi vagina sumada a la atención experta que le estaba dedicando a mi tierno clítoris me estaba volviendo loca. Estaba a punto, casi alcanzando el orgasmo, aunque no era capaz de llegar a la descarga que tanto deseaba. Aparecieron lágrimas en mis ojos y gotas de sudor en mi piel—. Soy feliz, Hudson. Me has hecho feliz. —No podía evitar decírselo. Mis palabras se mezclaban con mis roncos gemidos.

Sus ojos se clavaron en los míos, resplandeciendo bajo sus pesados párpados con el intenso deseo de follarme. Se abrieron de par en par al oírme y una nueva chispa encendió el oscuro deseo que ya estaba allí.

—Y yo también te he hecho feliz. —Aquello salió de mi boca lo mismo que deseé que saliera el orgasmo que no llegaba. Noté la expresión de alarma en el rostro de Hudson, pero no pude evitar seguir hablando—: Nos estamos

enamorando. Estos somos nosotros, enamorándonos.

—Basta.

De repente, me dio la vuelta para ponerme debajo de él, manteniendo nuestra conexión por las ingles. Me dobló las piernas por las rodillas y las echó hacia atrás mientras se volcaba dentro de mí, aporreándome con un deseo que amenazaba con partirme en dos. En esa posición, se metió hasta el fondo, más hondo de lo que nunca había estado. Quería castigarme por mis palabras, por saber que él había conectado conmigo. Pero aquel castigo no hacía más que demostrar que yo tenía razón.

Y darme cuenta de aquello, unido a sus enloquecedoras embestidas, hizo que me entregara por completo a él. Me corrí con tal fuerza que mi cuerpo se volvió loco, estremeciéndose debajo de él sin control.

Hudson siguió embistiéndome, golpeando todo mi cuerpo con cada acometida, hasta que me volví a correr. Esta vez, él me acompañó y enterró su polla aún más dentro a medida que se vaciaba mientras mi coño le ordeñaba haciendo que lanzara chorros largos y calientes.

Cuando los dos nos quedamos quietos, él se dio la vuelta, se separó de mí y se desplomó a mi lado sobre la cama. Sin palabras, tiró de mí para colocarme bajo su brazo, cerró los ojos y se quedó dormido.

Yo me puse tensa dentro de su abrazo. Normalmente, él se quedaba abrazado a mí durante más tiempo y me tocaba y acariciaba antes de quedarse dormido. Pero yo le había desafiado esa noche en más de un terreno. Necesitaba tiempo para procesarlo. Al menos, seguía agarrándome. Eso debía de ser una buena señal.

Yo tardé más tiempo en quedarme dormida, pero, cuando finalmente caí, dormí profunda y placenteramente.

Por la mañana me desperté sola, pero, a pesar de que recordaba que Celia venía de visita ese día, me sentía feliz. Hasta que fui al armario a buscar algo para ponerme y vi que lo único que había dentro eran mis pertenencias.

La ropa y la maleta de Hudson habían desaparecido.

Capítulo veintiuno

Me tragué el ácido que había empezado a aparecer en mi garganta y me vestí rápidamente sin molestarme en arreglarme el pelo ni lavarme la cara ni ponerme unos zapatos. Solo que sus cosas no estuvieran no quería decir que se hubiera ido, me decía a mí misma mientras bajaba las escaleras tratando de calmar la creciente inquietud. Tenía que haber alguna explicación.

Seguí el sonido de las voces y encontré a Mira y a Sophia inclinadas sobre la mesa del comedor examinando varias cartulinas extendidas delante de ellas. Mira levantó la cabeza cuando me acerqué y sonrió.

—Buenos dí…

—¿Dónde está Hudson? —la interrumpí con los brazos cruzados sobre el pecho.

Sophia me miró amenazante por encima de sus gafas de leer.

—Se ha ido con Celia.

En sus palabras había un regusto de placer.

Mira puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para dedicarme toda su atención.

—Le ha surgido un asunto de trabajo. Una especie de emergencia. Ha tenido que tomar el avión de inmediato a Cincinnati.

—Celia lo ha llevado en coche.

—Mamá, de verdad, ¡déjalo ya!

Nunca había visto a Mira enfadada y no parecía propio de sus rasgos, habitualmente suaves y serenos. Aquello sirvió para callar a Sophia.

—Celia había llegado ya para enseñarnos los diseños cuando Hudson se ha enterado de que tenía que marcharse. Ella se ha ofrecido a llevarlo al aeropuerto, de modo que él pudiera dejarte el coche para que volvieras a la ciudad cuando quisieras.

No estaba. Se había ido. Con Celia.

De repente, el aire de aquella casa me parecía cargado y asfixiante. Me costaba respirar. ¿De verdad se había ido Hudson por una emergencia de trabajo? ¿O estaba huyendo de nuestra conexión emocional del día anterior? Me había prometido que no me mentiría, pero esta vez no me había dicho nada en absoluto. Simplemente se había esfumado.

Además, hasta ese momento no había querido enfrentarme a ello, pero cuando afirmó que siempre me diría la verdad podía estar mintiéndome.

Era demasiado doloroso tener que abordar aquello, sobre todo en presencia de otras personas, especialmente de Sophia. Regresar a casa se convirtió en mi prioridad número uno. Él había dejado el coche para mí.

—Pero yo no sé conducir.

Mira se encogió de hombros.

—Hudson ha dicho que quizá no querrías. En ese caso, Martin puede llevarte.

—No voy a prescindir de mis empleados para…

Mira levantó las manos en el aire y lanzó una penetrante mirada de odio a su madre.

—¡Entonces la llevaré yo! O Adam o Chandler.

—Yo te llevaré.

Me di la vuelta y vi a Jack detrás de mí. Una sensación de gratitud se formó dentro de mí, tan intensa que aparecieron unas lágrimas en mis ojos.

—Gracias. Dame diez minutos para hacer la maleta.

Salí corriendo antes de que nadie pudiese decir nada más. Subí las escaleras de dos en dos y entré a toda velocidad en el dormitorio. Nuestro dormitorio. Sentí el dolor de aquel pensamiento en ausencia de Hudson. Tras sacar mi maleta del vestidor, revolví la habitación para recoger las cosas que había ido dejando por allí los últimos días: mi bañador, mi bata…, el camisón rojo.

Cuando salí del baño con el cepillo de dientes y el resto de artículos de aseo, Mira estaba de pie en la puerta.

—Laynie, no tienes por qué irte todavía.

Pasé a su lado y dejé caer las cosas en la maleta.

—Quédate hasta mañana. Podemos dedicarnos a cosas de chicas; por ejemplo, ir a que nos hagan la manicura.

Había personas realmente estupendas en la familia Pierce. Adoraba a Mirabelle. Y Jack se había convertido rápidamente en un amigo. Incluso Chandler y Adam, a pesar de su personalidad infantil, habían conseguido hacerse con mi cariño.

Pero la bondad de todos ellos era superada por el horror de Sophia.

Y ninguno de ellos significaba nada para mí en comparación con lo que sentía por Hudson.

—Gracias, Mira, de verdad. Pero no puedo quedarme aquí sin Hudson.

—Lo comprendo.

Cerré la cremallera de la maleta, me volví hacia Mira y examiné sus ojos para ver si de verdad lo comprendía. Por la ternura que vi en su mirada, pensé que sí que lo entendía.

Era posible que me comprendiera más de lo que yo pensaba. Respiré hondo.

—¿Ha dicho él… algo sobre mí? —pregunté. Me mordí el labio, avergonzada por mostrarle mi inseguridad—. ¿O ha dejado algún mensaje?

No pareció sorprenderse por mi pregunta.

—Creo que iba a llamarte o algo así. ¿Has mirado tu teléfono?

Mi teléfono… No lo había mirado desde que lo metí en el bolso cuando íbamos de camino hacia allí. Volví al vestidor y encontré el bolso colgado en una

percha detrás de la puerta. Rebusqué en su interior y rápidamente localicé el teléfono.

—Está sin batería —dije—. Olvidé traer un cargador.

—¿Es un USB normal? Puedes usar mi cargador del coche.

Quise abrazarla.

—Gracias, Mira.

—No hay de qué. —Observó cómo yo ponía la maleta sobre sus ruedas—. Martin puede bajarlo.

—Ya la bajo yo.

No quería esperar y tener que llamar a alguien para que bajase una maleta que yo misma podía llevar. Eché un vistazo a la habitación una vez más y, después, me dirigí a la puerta.

—Laynie… —me detuvo Mira antes de que cruzara el umbral.

Era difícil prestarle atención cuando cada fibra de mi cuerpo deseaba marcharse. Me moví nerviosa mientras la miraba a los ojos.

Ella dio un paso hacia mí con rostro tierno y compasivo.

—Sé que te quiere —dijo con voz firme—. Sé que es así. Pero ha sufrido… cosas… que hacen que le cueste abrirse. Así que, por favor, no tomes esto como…, en fin…, como una prueba de nada si no puede decirte lo que siente.

Sentí cómo los ojos se me nublaban. Podía ser que Mira estuviera tan confundida como yo, pero me gustó escuchar aquello. Tragué saliva.

—Lo sé.

—Bien.

—Pero… —Puede que nunca volviera a tener otra oportunidad de mantener esa conversación—. ¿Por qué lo crees? Es decir, ¿qué te hace pensar que me quiere o siquiera que pueda quererme?

Seguramente, Mira sabría lo que Sophia decía sobre su hermano. Que era un sociópata, que no podía sentir nada por los demás. A menos que todo aquello hubiera sido la táctica que había seguido su madre para enfurecerme. Pero sospechaba que en lo que decía había algo más que eso. Estaba basado en alguna verdad, en la opinión de un terapeuta, en el diagnóstico de un médico.

Mira cerró los ojos un momento y dejó salir un chorro de aire continuo.

—No lo sé, Laynie. Es diferente cuando está contigo. Nunca le había visto como lo veo contigo.

—Puede ser que estés viendo lo que quieres creer.

—Puede ser. —Levantó el mentón—. Pero no voy a perder la fe en él. Espero que tú tampoco.

—Yo tampoco.

Pero quizá Hudson ya había perdido su fe en mí. Y si no en mí, en sí mismo.

Cuando volvimos abajo, Mira me dejó en el vestíbulo para ir a coger el cargador del teléfono de su coche. Jack había ido a la cochera para traer el

Mercedes al camino circular de la entrada. Yo daba vueltas a un lado y a otro mientras esperaba a que llegara.

Supe que Sophia se encontraba detrás de mí sin verla. Esperé que se fuera si no le decía nada y mantuve los ojos fijos en el camino de la entrada. Me equivoqué.

—No debería sorprenderla que la haya dejado.

Seguí sin mirarla, pero imaginé la sonrisa de satisfacción que probablemente tenía, me imaginé a mí misma borrándosela de la cara de una bofetada. Pero la violencia no hacía tanto daño como una buena discusión verbal. El problema era que si mordía su anzuelo, probablemente ella ganaría. Otra vez.

—Ya le he dicho que él no siente nada. —Era una guerrera. Se le daba bien aquel juego. No tuve ninguna duda de que había sido ella quien le había enseñado a Hudson a ser tan bueno en sus propios juegos—. Por nadie —añadió.

—Eso es mentira. —Yo no tenía ninguna oportunidad de vencerla. Sophia había conseguido la reacción que estaba buscando. Pero si iba a pelear, lo haría con todas mis fuerzas—. He comprobado lo contrario.

—¿Por cómo parece quererte? Es un buen actor.

Me giré para mirarla.

—No. Por cómo parece quererla a usted. —Escupí aquellas palabras como si fuesen veneno—. Cuando no hay ningún motivo por el que deba hacerlo. Cuando usted le ha apartado, le ha traicionado, le ha destruido y le ha convertido en el hombre confundido que es por su falta de cariño, apoyo y fe. Si es capaz de querer a una mierda como usted después de todo lo que le ha hecho, no me cabe ninguna duda de su capacidad para amar.

« A usted, maldita bruja» .

Entonces, abrí la puerta de la casa y salí, arrastrando la maleta tras de mí y aliviada al ver que Jack se detenía cuando yo salía. Sophia no me siguió.

Mira le había dado el cargador a Jack en el garaje. Me lo entregó a cambio de mi equipaje. Mientras Jack metía la maleta en el maletero del coche, me subí al asiento delantero y enchufé el cargador y el teléfono antes de ponerme el cinturón de seguridad.

Nos habíamos puesto en marcha antes de que el teléfono estuviera la suficiente carga como para encenderse. Tenía doce mensajes de texto y cuatro mensajes de voz. Abrí los de texto y me salté los once de Brian para ir de inmediato al único que había de Hudson.

« Crisis en Plexis. Te llamo en cuanto pueda» .

El corazón se me hundió. Debía sentirme agradecida de que hubiera dejado un mensaje, pero ¿no me merecía algo más? Él me había hecho creer que sí.

Accedí a mi buzón de voz con una ligera esperanza. Él nunca me llamaba y dudé que alguno de los mensajes fuera suyo. Escuché el primero lo suficiente como para escuchar la voz de Brian y, al instante, lo borré y pasé al siguiente.

Todos eran de mi hermano. Los borré todos sin escucharlos completos.

Jack fue la compañía más considerada que habría podido desear. Tras pedirme que introdujera mi dirección en el GPS, me habló lo suficiente como para darme a entender que estaba ahí si le necesitaba. A continuación, dejó que me regodeara en mi silencio.

Durante casi una hora estuve dando vueltas al teléfono en mis manos, abriendo la aplicación de los mensajes y volviéndola a cerrar sin usarla. La antigua yo, la loca y obsesiva, le habría enviado ya varios mensajes a Hudson, cada uno de ellos aumentando el tono y las acusaciones. Necesité toda mi fuerza para no hacerlo, pero sí permití que mi imaginación los redactara.

« ¿Por qué te has ido? ¿De verdad es un viaje de trabajo?» .

« No puedo seguir estando "de servicio". Lo dejo» .

« ¿Por qué no me dejas entrar?» .

« Te quiero» .

Finalmente, dejé caer el teléfono en el bolso, apoyé la cabeza sobre la ventanilla del coche y cerré los ojos. Me permitiría enviar un mensaje bien pensado cuando llegara a casa. Después, iría a una sesión de grupo. Tenía que conseguir llegar hasta allí sin cometer ninguna estupidez.

Debí de quedarme dormida, porque cuando volví a abrir los ojos estábamos en el portal de mi casa. No había aparcamientos libres en toda la calle, así que Jack había encendido las luces de emergencia y se había detenido en doble fila junto a los coches aparcados.

De pie junto a la puerta del conductor, Jack se apoyó sobre la parte delantera del coche.

—Si esperas aquí, puedo buscar un aparcamiento y ayudarte a subir a tu apartamento.

Por muy inofensivo que fuese Jack, invitarle a subir a mi apartamento no me pareció una buena idea. Y no necesitaba ayuda ni ninguna compañía.

—Puedo hacerlo sola. Pero gracias. —En la acera, con mi maleta, sentí el deseo de decir algo más, de expresarle mi inmensa gratitud—. Gracias por traerme hasta aquí y por…, en fin, por… —« por no tratarme como Sophia me trata» —, por ser tan amable.

Maldita sea, otra vez me estaba quedando sin palabras.

Él chasqueó la lengua.

—La verdad es que no soy tan amable. Solo lo parezco cuando se me compara.

No tuve que preguntarle a quién se refería con lo de la comparación.

—Jack —no debería entretenerlo estando mal aparcado, pero de repente necesitaba saberlo—, ¿por qué sigue casado con ella?

—Ojalá pudiese decir que es porque recuerdo la dulce mujer que una vez fue, pero nunca fue una mujer dulce. —Miró los coches que había detrás, pero

no pareció inmutarle que tocaran el claxon cuando pasaban junto a él por el carril de al lado—. Sophia llegó a nuestro matrimonio con un par de negocios que su padre nos había regalado. Yo tomé el control cuando su padre se jubiló y he dedicado toda mi vida a conseguir que triunfaran. Ahora es Hudson quien los dirige. Si me divorciara de Sophia, la mayoría de las participaciones pasarían a manos de ella. Mientras estemos casados, a Sophia no le importa lo que hagamos con ellos. Y nunca me ha pedido el divorcio. Sería demasiado vergonzoso. —Volvió a mirarme—. A veces me pregunto… Si yo me hubiera desentendido de los negocios, si me hubiera divorciado cuando los niños aún eran pequeños, ¿podría haber cambiado lo que son ahora? Pero ella habría pedido la custodia compartida, como mínimo. Y podría haberlos echado a perder aún más, poniéndolos en mi contra. No es una situación ideal, pero es lo que hay.

« No es una situación ideal» . Eso se parecía a lo que había dicho Hudson. No, no era ideal, pero así era la vida.

En mi pequeño estudio, dejé la maleta junto a la puerta y me desplomé sobre la cama. Las lágrimas afloraron durante un largo rato sin parar. Ni siquiera sabía por qué lloraba exactamente. Lo único que sabía era que sentía dolor. Sentía dolor por la marcha de Hudson, por su poca disposición a abrirse a mí. Sentía dolor porque las barreras entre nuestra relación fingida y la real ahora eran tan confusas que ya no sabía cuál era la diferencia. Sentía dolor por las palabras y el odio de Sophia. Sentía dolor por la madre que había sido para su hijo y el hermano que Brian había sido para mí. Sentía dolor por las cosas que yo había hecho por Brian, por las cosas que probablemente Hudson habría hecho por su familia.

Y sobre todo, sentía dolor porque estaba sola y enamorada. Y esa era la peor combinación de todas.

Había pasado una hora antes de calmarme lo suficiente para enviarle el mensaje que me había prometido a mí misma que podía enviarle. Fue lo más inofensivo que se me ocurrió, un mensaje que decía todo lo que me atrevía a expresar sin temor a alejarle más. « Estaré aquí cuando regreses» .

Ni siquiera habían pasado treinta segundos desde que lo envié cuando alguien llamó a la puerta. Teníamos un portero en el edificio y solo a los inquilinos se les permitía entrar sin pedir permiso. Pero Hudson sabía manejar sus hilos, ¿no? Era la única persona que conocía con tal poder.

La esperanza de que se tratara de él, por muy débil que fuera, hizo que me pusiera de pie y que fuera a echar un vistazo por la mirilla.

El hombre que estaba en el pasillo llevaba un traje negro y almidonado, pero su rostro no era el de Hudson, sino el de Brian.

Debía haberme imaginado que sería Brian. Su nombre aparecía en el contrato de alquiler para que le permitiesen subir. Apoyé la cara en la puerta y me debatí entre dejarle pasar o no.

—Abre, Laynie. —Un golpe fuerte al otro lado de la puerta hizo temblar mi cara—. Sé que estás ahí. El portero me ha dicho que acabas de subir.

«Joder». Debía de estar hospedándose en la ciudad, seguramente en el Waldorf. ¿Qué coño era tan importante como para tener que verme? Quizá tenía que haber escuchado sus mensajes.

A regañadientes, entreabrí la puerta.

Él la empujó para pasar. Estaba enfadado. Probablemente porque no le había hecho caso.

—¿Qué haces aquí, Brian? ¿Me estás acosando?

Esa broma me hizo sonreír, pese a que los ojos de Brian resplandecieron con más rabia.

—No me has devuelto ninguna llamada.

Vi que Brian apretaba los puños a ambos lados de su cuerpo y volvía a abrir las manos. Sabía que nunca me pegaría. Al menos esperaba que no lo hiciera nunca. Pero le había visto enfurecerse lo suficiente como para hacer un agujero en la pared de un puñetazo. Quizá al final sería una ventaja que figurase su nombre en el contrato de alquiler en vez del mío. Tendría que pagar cualquier desperfecto.

Cerré la puerta y observé a Brian con una sonrisa fingida.

—Ah, ¿me has llamado? —La inocencia no solía ser la mejor táctica con Brian, pero estaba demasiado cansada como para pensar en otra cosa—. Tenía el móvil sin batería y estaba fuera de la ciudad.

—Sí, eso me ha dicho tu jefe del club.

Dios, incluso había llamado a David. ¿Quién coño se creía?

Brian se pasó una mano por el pelo y, a continuación, dio un paso hacia mí.

—Has estado con él, ¿verdad?

—¿Quién es él?

Pero sabía que debía de estar refiriéndose a Hudson. Ese era el «él» con quien yo había estado y David lo sabía. Pero no entendía por qué estaba preocupado Brian.

Brian le dio un puñetazo a la cómoda.

—Joder, Laynie, no te andes con juegos. Esto es serio. —Se acercó a mí con los ojos entrecerrados—. Hudson Pierce. ¿Has estado con Hudson Pierce?

—Sí. —Crucé los brazos sobre el pecho—. Y con Jonathan Pierce también. Y con Sophia Pierce, Mirabelle Pierce y Chandler Pierce. En su casa de los Hamptons. Brian, ¿cuál es tu problema?

Alzó las cejas casi tanto como la voz.

—¿Que cuál es mi problema? Tú eres mi problema. Siempre, Alayna. Te he visto en las páginas de sociedad. ¿Estás saliendo con él?

Pues no. Pero eso me lo guardé para mí.

—No puedes salir con Hudson Pierce, joder. ¿Sabes quién es? ¿Sabes lo que

es?

Durante un brevísimo momento sentí que el pecho me iba a explotar. No sabía cómo, pero Brian se había enterado de algún modo de los juegos de Hudson con las mujeres y estaba preocupado por mí. Llevaba años sin sentir que se interesaba por mí. No me había dado cuenta de lo mucho que anhelaba esa sensación.

—Es un puñetero gigante, Alayna. Eso es lo que es —continuó Brian—. Si le jodes, cuando le estés jodiendo no podré ayudarte. Los Pierce son tan poderosos que te aplastarán como a un gusano.

—Espera, espera un momento. —Tragué saliva y traté de entender lo que Brian había dicho—. No estás preocupado por mí. Estás preocupado por… Hudson.

—¿Por qué iba a estar preocupado por ti? —Me apuntó con el dedo índice—. Eres tú la que tiene antecedentes de volverse loca con los tíos.

—Vete.

Solo conseguí susurrar esa palabra.

—Acoso, persecución con el coche, allanamiento de morada, acecho… —Fue levantando un dedo por cada delito que nombraba.

—Vete —dije más alto. No había palabras que describieran lo muy traicionada que me sentía y ni siquiera había motivos para defenderme de sus acusaciones, porque él ya me había declarado culpable sin necesidad de juicio.

—¿Te habían invitado a los Hamptons?

—¡Vete de una puta vez! —grité—. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

No se movió.

—Es mi nombre el que aparece en el contrato, no el tuyo.

—Entonces cambiaré el contrato. O me mudaré. —Me acerqué a la puerta y la abrí para que saliera—. Pero te juro por Dios que si no te vas ahora llamaré a la policía y, aunque no consiga nada, al menos habrá en tu vida un vergonzoso incidente con tu hermana. Así que te ordeno que te vayas de una puta vez. Ahora.

—Abandono, Alayna.

Levantó las manos para mostrar que se rendía, pero siguió sin moverse.

—¡Vete!

Esta vez se dirigió hacia la puerta.

—Me voy. Pero te lo advierto, no cuentes conmigo. Que no se te ocurra pedirme ayuda ni aunque te pongas de rodillas. —Tras cruzar la puerta, se dio la vuelta y se encaró conmigo—. Estás sola en este lío.

Le cerré la puerta de golpe en sus narices.

Brian había salido de mi vida. Había salido de mi vida para siempre.

Porque ya había llorado demasiado antes o quizá simplemente porque estaba harta de familiares que oprimían a sus seres queridos cuando lo que estos necesitaban era compasión y apoyo, lo cierto es que el suspiro que salió de mi

cuerpo no fue de frustración, sino de alivio.

Capítulo veintidós

David estaba apoyado sobre su mesa con la mirada fija en el nuevo sofá de cuero marrón que había al otro lado de la habitación.

—¿Deberíamos moverlo a la otra pared?

Era la cuarta vez que me lo preguntaba desde que había llegado yo. La verdad es que me daba igual dónde estuviera el sofá. La única razón por la que había ido al club tan temprano era para tener algo con lo que ocupar la mente. Habían pasado treinta y tres horas desde que me había ido de los Hamptons y más tiempo desde que no veía a Hudson y lo único que quería hacer era comprarme un billete de avión a Cincinnati para buscarlo, sin importarme lo que costara.

Pero otra parte de mí, un muy pequeño pero sorprendentemente sólido brote de calma en el centro de mi ser, creía que Hudson volvería. Que volvería a buscarme. Que sentía algo por mí. Sabía que era así. Y quizá esa sensación, aunque él no pudiera admitirla, sería suficiente para traérmelo de vuelta. Por fin.

Con suerte.

Si no me aferraba a ese pequeño atisbo de esperanza, me desmoronaría. Era lo único que evitaba que me volviera loca. Eso y tratar de concentrarme en mi trabajo.

—Está bien, David. Déjalo.

—¿Estás segura? Es una idea tuya, Laynie. Haz que quede bien.

—Queda perfectamente bien como está.

Supuse que los nervios de David tenían que ver más conmigo y con mi estado de ánimo que con la ubicación del sofá. Se acercó y se sentó.

—Además es bastante cómodo. Ven a comprobarlo.

Lancé un suspiro, dejé el informe del inventario sobre la mesa y fui con él.

—Pues… no está mal —dije sentada en una esquina.

Pero lo cierto era que estaba pensando que ese nuevo sofá me recordaba al del apartamento que había encima del despacho de Hudson. Había sido eso lo primero que me había atraído de él cuando lo vi en el catálogo. Me encantaba la sensación de masculinidad de su color oscuro, pero también la calidez y suavidad de su respaldo y sus brazos curvados.

Ahora me preguntaba si cada vez que viera ese mueble me traería a la mente pensamientos del hombre que no me había llamado ni enviado ningún mensaje desde su desaparición.

Mis pensamientos viajaron al correo electrónico que había recibido esa mañana de su banco, el que me había concedido el préstamo para mis estudios. En él se decía que mi deuda había quedado saldada por completo. Y la tarjeta de

crédito sobre la que había mantenido silencio también aparecía con el saldo a cero. El hecho de tener las dos deudas pagadas daba a entender que el acuerdo había terminado.

Sin embargo, yo no quería en absoluto terminar con Hudson Pierce.

—¿Qué está pasando por tu cabecita, Laynie?

Me había vuelto a perder en mis pensamientos. ¡Sí que era una mala compañía!

—Cosas —respondí sintiéndome mal por aquel menosprecio, pero no tan mal como para ampliar mi respuesta.

Él asintió y apoyó el tobillo sobre su otra pierna.

—¿Está contento Pierce con ese negocio de Plexis?

Giré la cabeza hacia él.

—¿A qué te refieres?

David me miró sorprendido.

—Imaginaba que lo sabrías. Ha salido esta mañana en el periódico.

Se puso de pie y se acercó a su mesa.

Yo no había visto las noticias por la mañana. Consciente de que me pondría a acechar a Hudson por Internet, no había encendido el ordenador más que para ver mi correo desde que Brian se había ido el día anterior. Había sido difícil controlar la obsesión pero, después de haber echado a mi hermano de casa, tenía una renovada sensación de autocontrol. Así que había apagado el ordenador y me había pasado la noche viendo algunas de las películas de la lista del Instituto de Cine Americano que no había visto aún mientras me comía medio litro de helado de menta con trocitos de chocolate. Y había llorado un poco más. En términos generales, una noche muy productiva.

David revolvió en la papelera.

—Aquí está.

Regresó al sofá y me pasó el periódico doblado por la mitad. Ojeé el artículo que me había señalado. El titular decía: « Venta de Plexis a DWO» . Tras leerlo por encima, me enteré de los aspectos esenciales del artículo. DWO, una corporación rival de Industrias Pierce, había convencido a los demás accionistas de que vendieran pese a que la dirección, un Hudson Pierce que se resistía, trataba de evitar la venta.

Sentí un agujero en el estómago. A Hudson le preocupaban mucho Plexis y la gente que trabajaba allí. Debía de estar destrozado por la pérdida. No me extrañaba que hubiera salido corriendo para Cincinnati el día anterior. Probablemente estaría realizando un último esfuerzo a la desesperada por salvar la empresa.

Lo cual significaba también que me había dicho la verdad. No había salido huyendo de mí. ¿Por qué era tan egocéntrica y siempre pensaba que todo tenía que ver conmigo?

Cerré los ojos y sentí que el sofá se hundía a mi lado mientras David se sentaba de nuevo.

—Te gusta más de lo que admites.

—Sí. Le quiero. —Levanté los ojos hacia David al recordar cómo había reaccionado él la última vez que habíamos hablado sobre mi relación con Hudson —. No quería enamorarme, pero ha pasado sin más.

David sonrió, aunque mantuvo la mirada baja.

—Así es como suele ocurrir.

Tiré el periódico al suelo, apoyé los codos en las rodillas y me tapé la cara con las manos. Complicado…, así es como era aquello. Muy complicado.

David apoyó la espalda en el sofá.

—¿Y él siente…?

Le miré por encima del hombro. ¿De verdad quería hablar David de ese tema? En fin, era él quien me había preguntado.

—No estoy segura.

—Menudo desastre. —David se echó hacia delante. Estaba tan cerca de mí que pude oler el ligero aroma de su gel de baño y sentir el calor de su aliento—. Por si te sirve de algo, te diré cómo me siento yo: estúpido.

—¿Estúpido?

Me crucé de brazos. Me sentía curiosamente vulnerable sentada tan cerca de un tipo por el que antes había estado chiflada.

—Sí. —Bajó la voz—: ¿Cómo he podido dejar que te me escapes entre los dedos?

—David…

No quería aquello, no en ese momento. Mi corazón, mi mente, mi cuerpo estaban con Hudson. Él era el único hombre en el que podía pensar. Eso me asustaba un poco: pensar solo en una persona. Podría ser el comienzo de una obsesión.

Pero, por otra parte, aunque no estaba segura porque carecía de esa experiencia, ¿no podía atribuirse ese tipo de pensamientos al hecho de estar enamorada? Lauren lo había dicho. Siempre que supiera controlar mi conducta, siempre que mi sensación de cariño fuese bienvenida, ¿qué problema había en pensar en Hudson, en elegirle a él entre todos los demás? Pensé que quizá no pasaba nada. Esperé que así fuera.

Abrí la boca para hablar, para decirle a David que no teníamos ninguna posibilidad, pero él pareció entenderlo sin que yo tuviera que decir nada.

Suspiró y asintió. Después, se encogió de hombros.

—Simplemente he pensado que debías saberlo.

—Gracias —contesté, pues no sabía qué más decir. Y porque le agradecía que se hubiera tomado tan bien mi rechazo.

Se puso de pie y extendió una mano hacia mí.

—Volvamos al trabajo.

Le agarré la mano y dejé que me ayudara a ponerme de pie. David sostuvo mi mano después de levantarme.

—Pero si alguna vez vuelves a estar en el mercado…

Aunque no existiera Hudson, David y yo no podríamos estar juntos. Él había sido una opción segura, alguien que no provocaría en mí conductas obsesivas. Pero la seguridad tenía como precio no involucrarse emocionalmente de una forma sincera. Quizá arriesgaba más con Hudson, pero también podía conseguir algo real.

—Te tendré en mente. Tenlo por seguro —respondí con una sonrisa.

—¿Podemos terminar esto con un abrazo?

Asentí y David me atrajo a sus brazos. Su abrazo me hizo sentirme… bien. Más fuerte de lo que recordaba. Pero no consiguió que el corazón me latiera más rápido. Me reconfortó, pero no me calentó hasta los huesos como ocurría con los brazos de Hudson. Aun así, fue bonito y decidí disfrutar de aquella buena sensación.

David fue el primero en separarse. De repente. Se llevó un puño a la boca, tosió y sus ojos se movieron rápidamente desde mi cuerpo hacia un punto situado detrás de mí.

Yo fruncí el ceño, confundida ante su extraño comportamiento, y a continuación me giré para ver qué había detrás de mí.

—Hola, Pierce —dijo David cuando mi mirada se cruzó con la de Hudson.

La sangre desapareció de mi cara. Aquel abrazo había sido inocente, pero yo sabía qué era lo que parecería. Y no era del todo inocente, no cuando David quería más y también porque habíamos estado juntos en el pasado. Sobre todo porque yo no se lo había contado a Hudson.

La expresión de Hudson era estoica, con sus ojos clavados en los míos. No revelaban nada y eso me aterrorizó. No solo porque no pude interpretar su reacción ante lo que acababa de presenciar, sino porque eso significaba que se había cerrado más. Por el modo en que me había dejado y las circunstancias de la última vez que nos habíamos visto, podría haber tenido la misma expresión vacía si no me hubiera sorprendido abrazando a mi jefe.

—Eh…, os dejo un poco de intimidad, chicos.

Por el rabillo del ojo vi cómo David salía del despacho y cerraba la puerta tras él. Mi mirada no se alejó en ningún momento del hombre que estaba delante de mí.

Sola con Hudson, la tensión se volvió más sofocante. Estaba tan increíblemente guapo como siempre con su traje gris oscuro y una corbata azul lisa que hacía que sus ojos parecieran más azules que grises. No habló, no se movió. Simplemente me miraba. Miraba a través de mí.

Tragué saliva temiendo echarme a llorar. Llevaba más de un día deseando

verle, había sufrido por él. Ahora que estaba allí todo iba mal.

—Hudson… —empecé a decir sin saber muy bien cómo continuar. Entonces, recordé el artículo—. He leído lo de Plexis. —Levanté una mano y di un paso hacia él—. Lo siento mu…

—¿Qué está pasando entre él y tú? —me interrumpió. Su tono era tranquilo, controlado, pero su ojo derecho se movía con un tic.

—Nada —respondí con un fuerte suspiro—. David estaba…, eh… —Pero ¿adónde quería llegar a parar con mi explicación? ¿Que David me había tirado los tejos y yo le había rechazado, así que nos estábamos dando un último abrazo? —. Ha sido un abrazo de amigos, nada más.

Hudson apretó la mandíbula.

—La expresión de su cara no era de simples amigos. —Avanzó un paso hacia mí—. ¿Has follado con él?

—¡No!

Entrecerró los ojos, estudiándome.

—Pero casi.

—No.

Pero aquello no era del todo cierto. En el pasado habíamos estado muy cerca de follar. De hecho allí mismo, en el despacho. Pero no me pareció un buen momento para hablar de ello. Además, todo eso había sido antes de Hudson.

—¿Por qué no te creo?

—Porque te cuesta confiar en alguien. —Sentí una punzada de culpa, pues sabía que su desconfianza muy bien podría deberse a que había notado que le estaba ocultando algo. Aun así, no me gustaba que me interrogaran. Y era cierto que a Hudson le costaba confiar en otra persona—. De todas formas, ¿qué problema hay?

Volvió a dar otro paso hacia mí.

—Ya te lo dije —respondió con un gruñido—. No me gusta compartir.

Una oleada de euforia me recorrió el cuerpo. Aún me consideraba suya. Recordé que cuando me había dicho esas mismas palabras por primera vez me había excitado al máximo. Su crudeza, la forma tan primitiva en que me reclamaba como suya.

Pero ahora, a pesar de que eso significaba que aún tenía algo por lo que luchar con Hudson, aquella frase me había tocado un punto sensible.

—¿Y yo sí tengo que compartirte con Celia?

—Maldita sea, Alayna. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No hay nada entre Celia y yo.

Me sentí incómoda por haber insinuado lo contrario. Había acusado muchas veces a antiguos amantes de haberme engañado, pero siempre se había tratado de una paranoia mía porque dudaba que alguien pudiese amarme de verdad. Aquellas acusaciones mías habían puesto fin a mis relaciones y el estómago se

me revolvió ante esa posibilidad con Hudson.

Aun así, Hudson guardaba secretos en lo concerniente a Celia. No es que mi mente me estuviera jugando malas pasadas, porque era él quien lo había confirmado. Me había pedido que confiara en que esos secretos no tenían nada que ver con nosotros. Pero si quería mi confianza, tendría que darme la suya.

—Y no hay nada entre David y yo.

—¿De verdad? —Su tono era gélido—. No es eso lo que parecía cuando he entrado.

Mis ojos se empañaron de lágrimas.

—¿Lo mismo que no era eso lo que parecía cuando te fuiste con Celia mientras yo seguía desnuda en tu cama?

Los ojos de Hudson brillaron con un destello de rabia. Me agarró de los hombros y me atrajo hacia él hasta que mi cara estuvo a pocos centímetros de la suya.

—¡Dejarte esa mañana ha sido lo más difícil que he hecho en mucho tiempo, joder! —protestó—. No hables de ello con tanta ligereza.

Entonces, aplastó su boca con la mía antes de que yo pudiese digerir lo que había dicho, antes de que pudiese comprender la dulzura de sus palabras. Mordisqueó y tiró de la piel tierna de mis labios con un beso abrasador e impaciente.

Mi cuerpo suplicó entregarse a su exigente pasión y su boca y su lengua me persuadían para que me doblegara ante él, pero mi cerebro seguía aferrado a nuestra discusión y al lugar donde nos encontrábamos. ¡Por Dios, estábamos en el despacho del club!

Me separé de sus labios.

—Hudson, para.

Pero no paró. Comenzó a besarme en el cuello y su mano fue hasta mi pecho y lo estrujó y acarició por encima de la tela de mi vestido. Su polla se apretaba contra mi muslo y sentí cómo se endurecía.

—¡Para! —repetí empujándole el pecho con ambas manos.

—No —me murmuró al oído—. Tengo que follarte. Ahora.

—¿Por qué? ¿Estás marcando tu territorio?

Aquel comentario no era del todo en serio, pero él se apartó y lo que vi en sus ojos me dijo que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Me revolví para soltarme de sus brazos y la náusea regresó en dolorosas oleadas.

—¡No eres mi dueño, Hudson! Deja de jugar conmigo como si fuese otra de tus mujeres. Conmigo no, ¿recuerdas?

—¿Piensas que no lo sé todavía? Cada minuto de cada día me recuerdo que no puedo conquistarte. Que no puedo hacerte eso. —Su boca se retorció—. Pero eso no significa que no desee hacerlo.

Más valdría que me hubiera golpeado. Aunque me había repetido a mí misma que era posible que yo fuera una más en la lista de mujeres con las que había jugado, lo cierto es que creía que era diferente. Las lágrimas que antes habían amenazado con salir empezaron a rodar libremente.

—Así que soy como las demás.

—No. No lo eres. —Su voz se volvió más tensa—. Ya te lo dije, mi deseo de hacerte daño no es mayor que mi necesidad de conseguirte.

—Ya has hecho las dos cosas —conseguí decir entre sollozos.

—¡Joder!

Sus rostro estaba anegado por el horror, como si le hubiera dicho que había matado a su madre. O quizá no a su madre, sino a alguien a quien él tuviera cariño.

Dio un paso atrás, alejándose de mí. Eso fue devastador, sentir tanto dolor, ver el eco de mi sufrimiento en su rostro a través de mis lágrimas torrenciales. No podía soportar sentirme así, como si estuviera perdiéndole. Necesitaba su consuelo y consolarlo a él del único modo que sabía que me permitiría. Me lancé hacia él y mis labios se apoderaron de los suyos.

Solo tardó unos segundos en rendirse ante mí y, a continuación, se mostró del modo que más me gustaba, dominante y llevando las riendas. Y yo adopté el rol contrario y me entregué a él.

—Alayna… —dijo con un gruñido.

Su mano volvió a posarse en mi pecho y lo amasó haciendo desaparecer mi ansia mientras devoraba mi boca. Me envolvió con el otro brazo y me atrajo hacia él con tanta fuerza que me sentí poseída por todos lados. Incluso por dentro, las llamas del deseo se elevaron intensamente y, al instante, mi excitación se despertó por el bienvenido asalto de su cuerpo.

—¡Hudson! —grité contra sus labios sin importarme esta vez que estuviésemos en medio de una pelea ni que la puerta del despacho no estuviera cerrada con llave—. Yo también te necesito.

Él ya sabía antes que necesitábamos aquello, cuando yo le había empujado. Era un amante tan perfecto que conocía mi cuerpo y lo que éste necesitaba mejor que yo. Cuando me sometía a él, todo se volvía fácil. Por un momento, olvidé las barreras que se levantaban entre los dos mientras él me tomaba de tal modo que no había ninguna barrera que nos pudiera separar.

Hudson echó mi cuerpo hacia atrás hasta que choqué con el sofá con mis pantorrillas y un fugaz pensamiento de « ¡Oh, sí! ¡Vamos a estrenar el sofá!» pasó por mi mente cuando me soltó y metió las manos bajo mi vestido corto acampanado para bajarme las bragas por debajo de las rodillas. Me empujó sobre el sofá, me abrió las piernas y me subió el vestido por el vientre, dejando completamente expuestas ante él mis partes más íntimas.

Me sentí hermosa así, tumbada en espera de mi amante, de quien sabía que

me daría y tomaría de mí lo que le placiera.

Bajó los ojos hacia mí y el deseo le nubló la vista mientras se desabrochaba el cinturón y se bajaba los pantalones lo suficiente como para liberar la abultada polla de su prisión. Por muy rápido que se moviera, me pareció que pasaba una eternidad antes de que se pusiera sobre mí haciendo que abriera más las piernas. A continuación, se deslizó dentro de mí con tal fuerza que ahogué un grito.

Me golpeó con fuertes embestidas, concentrado en su propia necesidad, en su propio deseo de llegar al orgasmo. Pero incluso a través de la niebla de su propio deseo, se ocupó de mí, presionando habilidosamente su dedo pulgar sobre mi clítoris, masajeándome para que llegara al clímax.

Puede que aquel acto fuera sobre todo físico, pero apareció una conexión más profunda a partir de la unión de nuestros cuerpos. Cada caricia aliviaba el escozor de sus anteriores palabras y estuve segura de que la motivación que había tras cada profunda embestida era ahuyentar su propio tormento, liberarse de la culpa de haberme herido.

No me colmó con su habitual lenguaje sexual, pero a duras penas nos manteníamos en silencio, porque yo gemía debajo de él y Hudson repetía mi nombre una y otra vez como un mantra, como una oración. Entonces, aquel sonido se volvió gutural mientras se doblaba sobre mí y se corría dentro de mí con una erupción tan violenta que hizo que yo me desatara con él con un grito tembloroso.

—¡Hudson!

Cayó sobre mí y enterró la cabeza en mi cuello, donde sentí el alivio de su aliento caliente sobre mi piel. Me encantaba estar allí, enterrada debajo de él, con su polla aún dentro de mí, siendo nuestro precioso vínculo tan frágil que necesitaba de aquella conexión carnal. La respiración de Hudson se volvió más regular y su cuerpo se fue relajando hasta que su peso cayó descansó sobre mí con una dulce agonía.

—Quería conseguirte —dijo justo cuando empezaba a preguntarme si se habría dormido—. Pero no quería hacerte daño. —Apretó su brazo alrededor de mí—. Eso es lo último que desearía.

Le comprendía perfectamente. Tras haber destruido a tantas personas, tras haber echado a perder mi relación con mi único pariente vivo, era un infierno imaginar que podía hacer daño a una persona más. Había estado mucho tiempo evitando intimar con nadie. Pero ahora estaba preparada para dejar atrás ese miedo y poder así conseguir la recompensa de la intimidad.

Acaricié el pelo de Hudson.

—Eso forma parte de las relaciones, H. La gente sufre. —Le besé en la frente—. Pero también puedes hacer que sea mejor.

Levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Dime cómo.

Tomé su cara entre mis manos y le acaricié la piel con los pulgares, áspera por la incipiente barba.

—Déjame entrar —le supliqué.

—¿No ves que ya lo he hecho?

Cerré los ojos, esperando poder detener un nuevo torrente de lágrimas. Se había abierto, pero solo lo suficiente para que yo pudiese introducir la punta de los dedos de los pies en el umbral de la puerta que él mantenía tan firmemente cerrada. Era un gran paso para él. Pero no me estaba dejando entrar de verdad. Lo único que compartía conmigo tenía que sonsacárselo de sus labios. No me había dado su confianza. Aquello no era suficiente para poder construir nada a partir de ahí, y si eso era todo lo que iba a abrir esa puerta, no tendríamos esperanzas de futuro.

Tragué saliva y abrí los ojos, dejando que se escapara una lágrima solitaria. La limpié, me di la vuelta para salir de debajo de él y me subí las bragas.

Hudson dejó escapar un suspiro. Después, oí el sonido de su cremallera y, para mí, aquello supuso una metáfora. Se estaba guardando, se estaba cerrando. Otra vez.

Pero cuando se puso de pie, me envolvió con sus brazos por detrás.

—¿Por qué actúas como si estuviera huyendo? —me dijo al oído con voz ronca.

—Porque me dejas fuera. ¿No es eso lo mismo que salir huyendo?

—¿Y tú? ¿Qué me dices de cuando apareciste en nuestro dormitorio llorando y ni siquiera me explicaste por qué?

—Eso fue distinto.

Pero quizá no lo fuera. No le había contado lo que había dicho su madre porque me dolía demasiado. Porque estaba avergonzada.

Me dio la vuelta para que le mirara.

—¿Qué te dijo, Alayna?

Me había lanzado un guante. Si quería que se abriera, yo también tendría que hacerlo.

—Que yo era insignificante. Me llamó puta.

Dirigí los ojos hacia una mancha de pintura de la pared, incapaz de mirarle a los ojos.

Maldijo en voz baja.

—Mi madre es una mujer despiadada y cruel. —Colocó dos dedos debajo de mi mentón y me movió la cara para que lo mirara—. No eres una puta, Alayna. Ni siquiera nada parecido. Y la magnitud de tu importancia en mi vida no puede expresarse con palabras.

—También dijo que nunca podrías amarme.

Se quedó inmóvil. A continuación, dejó caer la mano de mi cara.

—Eso ya te lo he dicho yo antes.

Sentí en las tripas el fuerte dolor de sus palabras. Me solté de sus brazos.

—Bien, pues ella me lo repitió. —Volví a girarme hacia él—. Ahí tienes. Ya me he abierto. ¿Estás contento?

—Alayna…

Sentí un dolor en lo más profundo de mi ser. Esa era la razón por la que no se lo había contado, porque, a pesar de lo que él y Sophia habían dicho, yo había creído que él podría amar. Que podría amarme.

Las lágrimas inundaron mis ojos y me salpicaron la cara.

—¿Cómo pudiste creer que no me enamoraría de ti, Hudson? Aunque tú no querías que ocurriera, ¿cómo no iba a hacerlo? —Me limpié la mejilla mojada con el torso de la mano—. ¿Esto no significa nada para ti?

Se echó hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Por supuesto que sí. Pero, Alayna, no sabes si seguirías diciendo lo mismo si me conocieras.

—Sí que te conozco.

—No del todo.

—¡Solo porque no me dejas entrar!

Estábamos caminando en círculos sin llegar a ningún sitio.

Abrió los brazos a ambos lados.

—¿Qué es lo que quieres saber? ¿Lo que les hice a las demás mujeres? ¿Quieres saber lo de Celia? Fue por mí por lo que se quedó embarazada. Porque pasé todo un verano haciendo que se enamorara de mí aunque yo no sentía nada por ella. Por diversión. Por entretenerme con algo. Y entonces, cuando la hube destrozado por completo, ella se volvió destructiva, se acostaba con todos, salía de fiesta, se drogaba. Todo lo que se te ocurra lo hizo. Ni siquiera sabe quién es el padre.

Exhalé y me limpié las lágrimas que quedaban en mi cara.

—Así que dijiste que era tuyo.

—Sí.

—Porque te sentías responsable.

—Sí. Perdió el bebé a los tres meses. Probablemente por todo el alcohol y las drogas que había estado consumiendo antes. Estaba destrozada.

—Es terrible.

Me di cuenta de que se sentía tan responsable por la muerte del niño no nacido de Celia como por su concepción. Eso suponía tener que soportar mucho peso, mucha culpa.

Pero, aunque podía admitir que Hudson hubiera tenido algo que ver en aquella situación, eso no me desanimó.

—Es terrible —repetí—. Pero no lo entiendo. Creías que eso haría que no te amara… ¿Por qué?

Se sentó en el brazo del sofá y me lanzó una mirada de incredulidad.

—Porque eso lo cambia todo. Yo hice aquello. Ese es el que yo soy. Es mi pasado y es muy feo.

Un sollozo amenazaba con hacer aparición, pero lo contuve tragando saliva con fuerza. Muy feo… Había muchas cosas feas en mí y siempre subyacían debajo de toda conversación, en todo momento. Eran veneno y destrucción. Yo sabía muy bien lo que era feo.

Me partía el corazón ver que esa misma oscuridad acechaba a Hudson. Que él creyera que su historia era tan terrible que podría cambiar las cosas entre nosotros. No podía. Y no lo haría.

Me puse delante de él y apoyé las manos sobre sus hombros.

—¿Crees que tu fealdad es diferente de la mía?

—Esto no es como seguir a alguien por ahí ni hacer muchas llamadas de teléfono, Alayna.

—Fue una tragedia imprevista, Hudson. Un juego que se te fue de las manos. Tú no planeaste que Celia se quedara embarazada ni que tuviera un aborto. Y no puedes reducir las cosas que yo he hecho a un simple comentario como ese. He hecho daño a mucha gente. Mucho daño. Pero eso fue antes. No son pasados ideales, ¿recuerdas? Eso no significa que tengan que definir nuestro futuro. Ni siquiera nuestro presente.

Dejó escapar un soplo cálido mientras su pulgar limpiaba una lágrima que aún me quedaba en la comisura del ojo.

—Cuando estoy contigo, casi me lo creo.

—Eso solo quiere decir que tienes que pasar más tiempo conmigo.

Chasqueó suavemente la lengua.

—¿Es eso lo que quiere decir? —Bajó el dedo pulgar por mi cara para acariciarme la mejilla—. Ayer por la mañana, cuando recibí la llamada para que fuera a Cincinnati no podía ni siquiera observarte durmiendo en aquella cama. Si lo hacía, no podría marcharme.

Mi pecho se infló con aquella confesión.

—Pensaba que te habías ido porque te habías asustado. —Su mirada perpleja me obligó a explicarme—. Por todo aquello del amor.

—No me asusté. Me sorprendió, solo eso.

—¿Te sorprendió?

—Que fuera eso lo que estábamos sintiendo. —Su mirada era tierna—. Que fuera amor.

Apenas podía respirar, temerosa de que si lo hacía interrumpiría la dirección de nuestra conversación.

—Lo era —dije tragando saliva—. Lo es.

—Ah. —Sonrió—. Nunca había sentido esto antes. No lo sabía. —Deslizó las manos por ambos lados de mi torso—. Pero, Alayna, yo nunca he tenido una relación romántica sana. Todas las mujeres que me han querido… —Su voz se

volvió tensa—. No quiero destrozarte también a ti.

—No vas a destrozarme, Hudson. Al principio creía que sí. Pero resulta que tú haces de mí alguien mejor. Y creo que yo hago lo mismo contigo.

—Así es.

—Si decides no… —busqué el modo de decir lo que quería expresar— continuar… con lo que sea esto que tenemos, dolerá. Pero no me quedaré destrozada.

—Pero ¿te dolería?

—Sería una enorme putada.

—Entonces, será mejor que continuemos. —Se acercó a mí y rodeó mi cintura con sus brazos—. Alayna, estás despedida. Ya no puedes seguir siendo mi novia de mentira. —Su rostro se puso serio—. Mejor, sé mi novia de verdad.

La alegría me invadió a una velocidad vertiginosa.

—Creo que ya lo soy.

—Lo eres.

—¿Puedo seguir llamándote H.?

—Desde luego que no.

Movió la boca para juntarla con la mía y me besó con unos labios dulces y tiernos, pero aun así apasionados.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, sobre el brazo del sofá, con su cuerpo envolviendo el mío, besándonos y abrazándonos. El tiempo no importaba en ese momento que estábamos compartiendo.

Pero finalmente, cuando recordé que el club abriría enseguida y que seguía teniendo que trabajar durante mi turno, separé mis labios de los suyos para hacerle la pregunta que sabía que estaba consumiendo la mente de los dos:

—¿Y ahora qué?

Un lado de la boca de Hudson se curvó con una sonrisa sensual.

—Ven a mi casa cuando termines aquí.

« Sí. ¡Por supuesto que sí!» .

—No salgo hasta las tres.

—No me importa. Te quiero en mi cama.

—En ese caso, sí.

Con enorme reticencia, me aparté de él. Le ofrecí mi mano para que se levantara y él la agarró y se puso de pie de esa forma suya tan elegante. Soltó mi mano, se tiró de la parte posterior de la chaqueta y se ajustó la corbata, volviendo a transformarse en el hombre que la mayoría de la gente conocía: Hudson Pierce, el rey del mundo de los negocios.

Yo me quedé mirándolo hipnotizada, aún sorprendida de que ese hombre fuese mío. « Mío» . Aquella era la primera vez que me lo decía a mí misma y sonó tan maravillosamente que creí que nunca me cansaría de decirlo. « Mío, mío, mío» .

Miró hacia atrás mientras se abotonaba la chaqueta.

—Bonito sofá —dijo como si lo viera por primera vez.

—Gracias. —Me reí.

Me estudió con una mirada risueña antes de arreglarme el pelo y colocarme el cuello del vestido. Después, cogió mis manos entre las suyas.

—Dile a Jordan que te lleve al Bowery. Él sabe dónde es.

—¿No al picadero? —Mi voz sonó inusualmente alta, teñida de sorpresa y emoción.

—No. A mi casa. Le dejaré una llave al portero.

Yo no había estado con él en ningún otro sitio aparte del *loft* y ni siquiera sabía dónde vivía. Antes me había parecido bien. Pero ahora que me había invitado, no se me ocurría ningún otro sitio donde prefiriera estar.

Y, además, estaba preparada. Preparada para dejar de tener miedo a cometer errores, preparada para permitirme curarme del todo de mi pasado, preparada para empezar de nuevo sin miedo a arrepentirme.

Entrelacé mis dedos con los suyos y reí entre dientes. ¿Desde cuándo hacía yo esas cosas?

—Estamos haciendo esto de verdad, ¿no? Seguir adelante.

—Sí.

Me atrajo para darme otro abrazo, al parecer tan incapaz de soltarme como yo de soltarlo a él. Tan amarrado a mí como yo a él.

—Voy a hacer temblar todo tu mundo —le dije al oído antes de chuparle el lóbulo.

Él me mordisqueó el cuello, despertando una vez más mi deseo.

—Estoy deseándolo —contestó.

—Yo también.

Un adelanto de *Perdida en ti* de Laurelin Paige
Segunda parte de *Eres mi adicción*

Capítulo uno
El Bowery

Me detuve en la puerta del rascacielos de Park Avenue y me quedé mirando el nombre del edificio grabado en la piedra. Jordan ya se había alejado del bordillo que había detrás de mí. Probablemente pensó que ya estaba lo bastante segura como para dejarme con el portero que sostenía la puerta para que yo entrara mientras me quedaba inmóvil y pensativa.

Aquello era real, un gran paso —un paso gigante—con el que me adentraba en la vida de Hudson más de lo que nadie lo había hecho antes. Estaba emocionada, por supuesto. Amaba a ese hombre. Pero ¿acaso le conocía? ¿Podía de verdad amarle basándome en lo poco que sabía de él? Su dirección había sido un misterio para mí hasta dos minutos antes, cuando su chófer me había dejado allí. ¿Y qué era lo que iba a encontrar dentro de ese edificio? ¿Qué había dentro de Hudson Pierce, detrás de la máscara que tan bien sabía llevar?

Sentía como si hubiera visto al verdadero Hudson, como si probablemente fuese yo la única persona del mundo que lo había visto de verdad, pero apenas había arañado la superficie. Quedaba aún mucho por descubrir y saber del joven magnate de los negocios que había conquistado mi corazón.

También sabía que Hudson tenía secretos. Había abandonado sus juegos psicológicos y su predilección por manipular a mujeres antes de conocerme, pero la posibilidad de que sus antiguos hábitos regresaran era muy real. Tan real como la posibilidad de que regresaran los míos.

Y era ese el temor que más me agobiaba, que yo pudiera retomar mis viejos hábitos obsesivos. De todas las relaciones que había destruido con mis acosos y mis celos infundados, sabía que echar a perder esta me destrozaría. Por suerte, hasta ahora, me había sentido bien con Hudson. Solo el tiempo diría si aquello duraría.

El portero me miró con una expresión de inquietud en la cara. ¿Tenía que seguir sosteniendo la puerta para aquella loca indecisa o debía soltarla?

Le tranquilicé con una sonrisa.

—Solo tardaré un minuto.

Él me devolvió la sonrisa con un movimiento de la cabeza y cerró la puerta.

Respiré hondo y miré hacia la planta de arriba, donde seguramente estaría situado el apartamento de Hudson. Ni siquiera sabía cuál era. ¿Estaba despierto ahí arriba? ¿Me estaba buscando desde su ventana? ¿Podría verme ahí abajo, dudando?

Había dicho que estaría durmiendo, pero fue la posibilidad de que me viera dudando lo que me animó a moverme. No me extrañaría que estuviera

esperándome levantado y yo no quería que pensara que tenía ninguna duda. Porque no tenía dudas. No en cuanto a él. Mis dudas eran sobre mí, sobre si sabría manejar lo nuestro. Y lo cierto era que si dejaba que mis esperanzas echaran raíces, esperanzas de que por fin pudiera tener una relación de verdad con otra persona sin perderme en los miedos y en los hábitos insanos de mi pasado obsesivo, entonces incluso esas dudas serían superficiales.

El portero volvió a sonreír cuando me acerqué a él y me abrió la puerta. En el interior, había otro hombre sentado en el puesto de seguridad delante de los ascensores.

—¿Señorita Withers? —preguntó antes de que yo tuviera ocasión de decirle mi nombre.

No debería haberme sorprendido. Hudson había dicho que dejaría una llave para mí en recepción y eran las tres y media de la mañana. ¿Quién más iba a ser?

Asentí.

—El señor Pierce le ha dejado esta llave. Los dos ascensores de la izquierda la llevarán al ático. Simplemente inserte la llave en el panel cuando entre.

—Gracias.

Las puertas se abrieron en el mismo momento en que pulsé el botón de llamada. Dentro del ascensor, mi mano tembló cuando inserté la llave en el panel y me sentí agradecida de no seguir a la vista del guardia de seguridad. El trayecto hasta el ático fue rápido, pero no lo suficiente. En cuanto aplaqué mi turbación, la emoción había sido sustituida por ansia. Quería estar en el espacio de Hudson, en sus brazos. Quería estar con él e incluso el minuto que tardé en llegar a la planta superior supuso demasiado tiempo alejada de él.

Las puertas del ascensor se abrieron a un pequeño vestíbulo. Salí, giré en la única dirección posible y me vi en un recibidor. Se trataba de un espacio tranquilo, pero pude oír el sonido del tictac de un reloj de pared en algún lugar cercano y había pocas luces encendidas. Supuse que los dormitorios estaban a mi izquierda porque a la derecha se abría una gran sala de estar con ventanales que se alzaban desde el suelo hasta el techo.

A pesar de mi ansiedad por encontrar a Hudson, giré hacia el interior de la sala de estar atraída por la preciosa vista. Pero antes de llegar a los ventanales, se encendió una lámpara y vi a Hudson sentado en un sillón.

Sorprendida, me quedé boquiabierta y permanecí así cuando vi que aquella maravilla de hombre estaba vestido solamente con unos calzoncillos bóxer. La definición de su pecho esculpido me aceleró el corazón antes de que mi mirada se cruzara con sus ojos grises a través del fleco de su pelo castaño bajo la tenue luz. Nunca le había visto en calzoncillos y, Dios, lo que me había estado perdiendo. Me volvió a sorprender lo poco que le conocía, pero esta vez esa idea no me asustó. Me emocionó. ¿Cuánto más había que descubrir sobre ese hombre?

Yo estaba lista para zambullirme en él y explorarlo.

Pero la emoción no aplacó la sensación de incomodidad, la ansiedad. Aquel era un territorio nuevo y no sabía cómo reaccionar. Desde luego, Hudson sentía lo mismo.

Mi mano se agarraba fuertemente al bolso mientras la otra se aferraba inconscientemente a la tela azul de mi atuendo, un vestido corto y acampanado que estaba en la frontera entre lo profesional y lo sensual. Era el tipo de ropa que llevaba siempre en el Sky Launch, el club nocturno donde trabajaba como encargada adjunta. El club propiedad de Hudson. El lugar donde le había conocido.

Por mi mente atravesó el recuerdo de la primera vez que le había visto sentado en el extremo de la barra del club, de cómo me había dejado sin aliento. Había sabido en ese momento que debía salir corriendo. Pero no lo hice. Y ahora no podía sentirme más agradecida.

Ahora me dejaba sin aliento igual que había sucedido entonces. Con una sonrisa tímida, me atreví a romper el silencio:

—Estás despierto.

—Pensé que sería mejor estar esperándote cuando llegaras para que no te sintieras desorientada.

—Pero deberías estar durmiendo.

Como presidente de Industrias Pierce, una empresa multimillonaria, sus horarios diferían de los míos en el club. Llegar a casa en mitad de la noche cuando su habitual hora de despertarse era a las seis de la mañana… ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Cómo podían llegar a ser compatibles dos vidas tan distintas?

No, no pensaba eso. Era una excusa para negarme a ser feliz. Y tanto Hudson como yo nos merecíamos algo de felicidad, por una vez la vida.

El objeto de mi deseo se puso de pie, se acercó a mí y me cogió la mano con la que sostenía el bolso.

—Ya he dormido. Ahora estoy despierto.

Aquella simple caricia calmó mi agitación, dejándola en un ligero zumbido fácil de ignorar bajo los latidos sordos de mi corazón. Eso era lo que Hudson provocaba en mí. Me abrumaba y me dejaba atónita de una forma hermosa y deliciosa.

Me cogió el bolso y se movió para dejarlo sobre la mesita.

Sin su contacto, mis nervios regresaron y de mis labios se escaparon estúpidas palabras triviales:

—Nunca antes había estado en un ático. A menos que cuentes el *loft*. —El apartamento que había sobre su despacho, el lugar donde me había follado hasta perder el sentido. Por fortuna, la oscuridad de la habitación ocultó mi rubor—. Esto es precioso, H.

—Casi no has visto nada.

No se encogió al oír el absurdo diminutivo con el que le llamaba. Quizá ya se estuviera acostumbrando.

—Pero lo que veo… —Mis ojos recorrieron la enorme sala de estar y me fijé en los detalles ornamentados de la arquitectura y la simplicidad de la decoración—. Es increíble.

—Me alegro de que te guste.

—Es muy diferente a lo que me esperaba. No es como el *loft*. Pensaba que se parecería.

El otro apartamento era negro y de cuero, masculino y fuerte. Este lugar era blanco y luminoso. Lo supe incluso bajo el tenue resplandor de la lámpara y la luna.

—Alayna.

Mi nombre en su boca hizo que sintiera escalofríos en la superficie de mi piel. ¿Cómo podía seguir provocándome eso? ¿Excitarme con una sola palabra? ¿Cautivarme con tanta facilidad?

—Lo muebles son también muy distintos. —Los nervios me hacían hablar, evitando la conexión que tendríamos en el momento en que yo me rindiera. Me acerqué al sofá blanco y pasé una mano por la cara tapicería—. Pero Celia decoró también esto, ¿verdad?

Su cuerpo se puso en tensión.

—Sí.

Celia Werner, su amiga de la infancia y su antigua prometida. Bueno, no de verdad, pero prácticamente. ¿Por qué la había sacado a colación? ¿Estaba tratando de destruir lo nuestro? Celia había sido una constante fuente de tensiones en nuestra relación desde que Hudson me había contratado para convencer a su madre de que estábamos juntos. Sophia Pierce, que creía que su hijo era incapaz de amar, pensaba que emparejarlo con la hija de sus buenos amigos, los Werner, era lo mejor para Hudson. Aunque él no pudiera sentir nada por ella, Celia conseguiría, al menos, mantenerlo a raya, evitar que se metiera en problemas con sus adicciones.

Pero resultaba que Hudson sí podía amar. Y durante nuestro engaño se había enamorado de mí.

Aun así, Hudson seguía teniendo algo con Celia, un vínculo que avivaba mis celos. Desvié la atención y me acerqué a las ventanas.

—Estas vistas…

—Alayna.

Apreté la cara contra el cristal y bajé la mirada hacia el mundo que estaba mucho más abajo.

—… Son preciosas.

Hudson se acercó por detrás e irradió su calor sobre mi espalda, pese a que aún no me había tocado.

—Alayna, mírame.

Despacio, me di la vuelta.

Él me levantó el mentón obligándome a mirarle a los ojos.

—Estás nerviosa. No lo estés. Quiero que estés aquí.

Sus palabras fueron el consuelo que necesitaba y calmó toda mi preocupación como una manta que apagara un fuego.

—¿Estás seguro? —Me había calmado, pero quería estarlo más—. Nunca habías traído aquí a ninguna mujer, ¿verdad? ¿No es un poco raro?

Acarició mi mejilla con el dedo pulgar y mi piel se despertó bajo su caricia.

—Es diferente, porque nunca he traído aquí a ninguna mujer, pero no es raro. Y estoy absolutamente seguro de que quiero que estés aquí.

Me emocioné ante la confirmación de que yo era la primera mujer a la que había dejado entrar, la primera mujer a la que haría el amor en esa casa.

—Yo también. Es decir, estoy segura de que quiero estar aquí.

Su mirada me abrasó por dentro. Podría perderme allí para siempre y eso me asustaba un poco.

Busqué un modo de controlarme un poco más y miré hacia la habitación que había junto a la sala de estar.

—¿Qué hay ahí? ¿Es el comedor?

—Te lo enseñaré todo por la mañana.

Acercó su otra mano para ponerla sobre mi cara, volviendo a atrapar mi mirada con la suya.

—Por la mañana —repetí. Y allí estaba, perdida ante él—. Pero ahora no.

—No, ahora no. Ahora quiero darte la bienvenida a mi casa. —Su boca se estrelló contra la mía y me elevó hasta una altura tan vertiginosa que hizo que las vistas que había detrás de mí quedaran en nada. Sus labios chuparon los míos antes de que deslizara su lengua por dentro de mi boca con deliciosas embestidas que me hicieron perder el equilibrio, por lo que lancé los brazos alrededor de su cuello para aferrarme a él como si me fuera la vida en ello.

Bajó la mano desde mi cara para rodear mi cintura y me atrajo hacia él para que pudiera sentir su erección sobre mi pierna a través del fino tejido de sus calzoncillos. Levantó la otra mano por detrás de mi cabeza para enredarla en mi pelo. Yo apreté los pechos contra él, pues necesitaba sentirlo con cada parte de mi cuerpo.

Sonó un gemido en la parte posterior de la garganta de Hudson, vibrando por debajo de nuestro beso y encendiendo el deseo en mi vientre. Me moví nerviosa para tratar de acercarme más, ansiosa por poner mi pierna alrededor de él.

—Sí que hay una habitación que quiero enseñarte esta noche —dijo mientras sus labios seguían envolviendo los míos.

—Espero que sea el dormitorio.

—Eso es.

En una confusión de movimientos, me levantó en sus brazos y me llevó de nuevo al recibidor de donde había venido. Y me arrastró de esa forma, un reflejo exacto del efecto que provocaba generalmente en mí: con él, yo era una rama en un río turbulento que baja a toda velocidad hacia el mar. Y Hudson era la corriente que tiraba de mí hacia donde quisiera llevarme. Estaba a su merced.

Me había prometido que conmigo no practicaría sus juegos de manipulación, que nunca trataría de controlarme. Pero era una promesa que no podía mantener. Me arrastraba con él quisiera o no. Y a mí aquello me parecía perfectamente bien.

Me llevó por el recibidor besándome mientras lo hacía hasta que llegamos al final del pasillo, donde entró a lo que debía de ser el dormitorio principal. Yo seguía manteniendo toda mi atención en él y solo me fijé en que me dejaba en una cama enorme con las sábanas grises apartadas a un lado, al lado izquierdo. Su lado. La intimidad de estar en el lugar donde Hudson dormía, donde había dormido esa misma noche, hizo que se disparara la necesidad en mi ya ansioso cuerpo. Quería que estuviera sobre mí y dentro de mí, no de pie mirándome con los ojos entornados.

Pero se iba a tomar su tiempo conmigo y no servía de nada tratar de cambiar su ritmo. No había motivo para ello. Pese a ser un amante dominante, siempre centraba su atención en mis necesidades, siempre se ocupaba de mí de la forma que sabía que era la mejor. Y Dios mío, sí que sabía lo que era mejor para mí, sabía cómo hacer que mi cuerpo quedara como plastilina, saciado, igual que sabía cómo excitarme y amarme, aun cuando yo no hacía nada.

Bajó la mano por toda mi pierna hasta el tobillo, donde me quitó la sandalia de tiras con una dulzura que hizo que me retorciera. Repitió lo mismo con la otra y, a continuación, se arrodilló por encima de mí para darme un breve beso. Yo levanté las manos para atraerle hacia mí y que me diera más, pero se resistió.

—La última vez lo hicimos muy rápido. Esta vez necesito saborearte.

La última vez había sido rápido y tenso, una prórroga en medio de una discusión en el nuevo sofá del despacho del gerente del Sky Launch y no me quedé con queja alguna. Pero eso de que me saboreara sonaba también estupendo.

Dejando un rastro de húmedos besos, Hudson fue bajando por mi cuerpo hasta el borde de mi vestido. Con un malicioso brillo en los ojos, tiró de la tela hacia arriba por encima de mi cintura y dio un beso en el centro de mi deseo.

Un gemido se escapó de mis labios mientras él se reía entre dientes. Sus dedos se deslizaron bajo la goma de mis bragas y me las quitó lanzándolas a un lado. Puso mi pierna sobre su hombro y su boca volvió a mí, lamiendo y chupando con avidez el manojo de nervios que había entre mis piernas.

Yo deliraba ya de placer cuando deslizó dos dedos dentro de mí, sondeando y retorciéndolos hasta que me provocó el orgasmo con facilidad. Yo me estremecí

y temblé mientras él subía para reclamar mi boca, besándome con una profunda ansia.

Los suaves sonidos que emitía mientras me devoraba, mi sabor en su lengua, el golpe de su polla sobre mi pierna… Solo pasó medio minuto antes de que mi vientre volviera a tensarse, listo para otra subida por la colina del éxtasis. Deseando tocarle, mi mano encontró su polla y la acarició por encima de su ropa interior.

Su boca se separó de la mía con un gemido de placer. Yo le empujé para que se pusiera de lado mientras seguía acariciándole.

—¿Calzoncillos bóxer? ¿Los sueles llevar?

—Para dormir.

—Me gustan. Nunca te había visto con ellos. —Deslicé una mano por la abertura de los calzoncillos y me asombré, como siempre, al sentir la suavidad de su grueso miembro en mi mano y el calor que se desprendía de su piel.

—Porque cuando me acuesto contigo… —su voz se interrumpió cuando pasé la mano por su capullo—no me pongo nada.

—Ah, sí. Eso me gusta aún más.

Era mi turno de deslizar la mano bajo la goma de su ropa interior y bajársela por sus fuertes piernas, con mis ojos fijos en la preciosa visión de su erección mientras lo hacía.

En cuanto sus calzoncillos cayeron al suelo, volvió a atraerme hacia él.

—A mí me gusta cuando no llevas nada. —Sus dedos estaban tirando ya de mi vestido por encima de mi vientre—. Ahora no tienes por qué llevar nada.

—No pienso protestar.

Me incorporé para sacarme la ropa por la cabeza. Él lanzó el vestido a un lado y sus manos me rodearon para desabrocharme el sujetador y dejar libres mis pechos. Después, se tumbó encima de mí, con su pene caliente sobre mi abertura solamente un segundo antes de que se clavara dentro de mí, penetrándome, abriéndome, llenándome como solo él sabía.

Se giró hacia un lado llevándome con él y pasé una pierna alrededor de su cuerpo para que entrara más adentro. Él había querido saborearme, pero o había cambiado de idea o no podía contenerse y desató su pasión con rápidas embestidas. Cada vez que se metía me golpeaba en un punto sensible que me volvía loca y fue acercándome a otro orgasmo que empezaba en lo más profundo de mí, me tensaba las piernas y bajaba hasta que encogía los dedos de los pies recorriéndome todo el cuerpo.

Hudson continuó con su asalto y fue aumentando la velocidad hasta que llegó a su propio orgasmo con un gruñido. Se dejó caer, aún dentro de mí, y me rodeó con sus brazos para besarme la cara, un gesto tierno e inusual del hombre cauto al que yo había llegado a amar. Me deleité con aquella ternura.

—¿Te había dicho que estoy terriblemente contento de que estés aquí? —

preguntó e interrumpió sus palabras para continuar con los besos.

Oír aquellas palabras lo significaba todo para mí. Las identifiqué como la versión de Hudson de un «te quiero». No había conseguido que me lo dijera directamente. Aquel sentimiento era demasiado nuevo para él y yo no esperaba que lo dijera. Aunque esa misma noche lo había admitido cuando le había dicho que sabía que estaba enamorado de mí y no se había asustado cuando le dije que estaba enamorada de él.

Aun así, no me engañé pensando que de pronto todo iba a ser un camino de rosas. Pasos de bebé. Decir cómo se sentía era ya un paso en sí mismo. Que dijera además cómo se sentía con respecto a mí equivalía a dos pasos para mí.

Le pasé una mano por el pelo mientras su boca bajaba hasta mi cuello.

—Sí que lo has dicho. Y si no lo hubieras dicho, me lo habría imaginado. —Moví las cejas para asegurarme de que sabía que me estaba refiriendo a lo que acababa de ocurrir a nivel físico—. Pero puedes decírmelo tantas veces como quieras.

«De todas las maneras que quieras», añadí en silencio.

Se movió encima de mí y siguió chupando mi cuerpo en dirección a mis pechos. Estaba claro que ya estábamos de camino hacia el segundo asalto.

—Estoy contento de que estés aquí, preciosa.

Tiró de mi pezón entre sus dientes y, después, alivió el escozor con un revoloteo de la lengua.

Yo tomé aire profundamente, disfrutando de aquella mezcla de placer y dolor mientras él dedicaba la misma atención a mi otro pecho. Su apodo para mí, «preciosa», continuó flotando en mi mente mientras su boca me lamía la piel. Me había llamado así desde nuestro primer encuentro sexual, casi dos semanas antes. ¿Solo había pasado ese tiempo? ¿Y solo había transcurrido una semana desde la primera vez que lo vi en el club, cuando aún no sabía que se trataba del famoso Hudson Pierce? A mí me parecía que había pasado ya toda una vida. Aquella palabra cariñosa que utilizaba para mí había tenido su peso desde el primer momento que la pronunció. Pero entonces nos acabábamos de conocer. Quizá no tuviera tanto significado como el que yo le atribuía.

La curiosidad se apoderó de mí aun cuando mi cuerpo estaba ya vibrando bajo su ardor.

—¿Y por qué me llamas así?

—Porque lo eres —respondió sin levantar la vista de mi escote.

—Empezaste a llamarme preciosa antes de que pudieras saberlo.

—No es verdad. —Apoyó el codo en la cama y se sujetó la cabeza con la mano—. Lo supe desde el primer momento en que te vi.

Durante un breve segundo pensé que se refería a la vez que me vio en la barra, a la primera noche en que yo le había visto. Entonces recordé que él me había visto casi dos semanas antes de eso, cuando yo aún estaba estudiando mi

Máster de Administración de Empresas y él había estado entre el público durante el simposio de mi graduación. Yo no lo había sabido hasta más tarde y él apenas me había hablado de eso.

Apoyé el torso en mis codos y esperé ansiosa a que continuara.

—Estabas en el escenario de la Escuela de Empresariales de Stern —dijo acariciando con la mano la caída y la curva de mi cintura hacia mi cadera—. Cuando empezaste tu presentación estabas nerviosa. Pero cuando le cogiste el ritmo a tu discurso, estuviste magnífica. Aunque no tenías ni idea. Era obvio que en ningún momento se te pasó por la mente que aquella sala estaba llena de gente que te habría contratado si llegas a hablar con alguno de ellos. Por suerte, no lo hiciste. Porque les vi observándote y lo supe. Supe que habían visto lo inteligente que eres. Habían visto que tenías madera para los negocios. Pero ninguno de ellos supo reconocer a la joya única que estaba ante ellos. Preciosa.

Las lágrimas asomaron por las comisuras de mis ojos. Nunca me había visto nadie de esa forma, ni siquiera me habían visto. Ni mis padres antes de morir ni mi hermano Brian ni ninguno de los hombres con los que había salido ni con los que me había obsesionado. Nadie.

—Te quiero, Hudson.

Esa frase salió de mis labios antes de que pudiera pensar en no pronunciarla, antes de que pudiera preocuparme asustarle, como la primera vez que dije en voz alta lo que sentía por él. No habría podido mantener esas palabras dentro de mí aunque hubiera querido. Ahora siempre estaban en la superficie, a punto de salir de mi lengua en cualquier momento. Si íbamos a hacer que nuestra relación funcionara, los dos teníamos que sentirnos cómodos con aquello.

Mis ojos no dejaron de mirarle mientras él asimilaba lo que le había dicho.

Entonces, de repente, cubrió su cuerpo con el mío. Me pasó una mano por debajo del cuello y dio vueltas con su nariz sobre la mía.

—Puedes decírmelo tantas veces como quieras —dijo repitiendo mis anteriores palabras.

—Pienso hacerlo.

Pero pronuncié aquellas palabras entre balbuceos, perdida dentro de su boca mientras sus labios asaltaban los míos y expresábamos nuestros sentimientos con nuestras lenguas, nuestras manos y nuestros cuerpos y un montón de maneras más que no es necesario nombrar.

Agradecimientos

Después de las muchas veces que he redactado esto en mi cabeza esta tarea debería ser fácil. Pero cuando me siento aquí dispuesta a dar las gracias a las personas que me han ayudado a hacer realidad *Adicta a ti* me siento abrumada.

Respiro hondo y empiezo por donde pueda.

En primer lugar, mi profunda gratitud a mi marido, que ha dejado que dedique mi tiempo a escribir y que siempre me ha echado en falta cuando estaba metida en el mundo de este libro, pero que nunca me ha presionado para que regresara (casi nunca). No importa quién sea el personaje principal, cariño. Siempre eres tú.

A mis hijos, que de algún modo se las han arreglado para crecer y desarrollarse a pesar de mi frecuente falta de atención. Sois la luz de mi vida. Gracias por dejar que mamá sea también una persona.

A mi madre, que siempre me ha animado y sigue sintiéndose orgullosa a pesar del tema principal de mis libros.

A Bethany, por sus correcciones —eres una verdadera salvavidas— y por decirme: « No es ahí donde comienza la historia» . También por tus cartas sobre la edición de textos (las conservo) y por ser una incansable animadora, a la vez que seguías dándome valiosos consejos que siempre eran sinceros. Me alegro de haber llevado algo de magia a tus ratos en el baño.

A Sophia, por la cubierta. Es exactamente lo que quería. Pero también por mucho más. La motivación, el cariño, la fuerza. Me has enseñado más sobre el mundo de la edición y la escritura que ninguna otra persona y no sé cómo empezar a darte las gracias. Pero lo voy a intentar: gracias, gracias, gracias.

A Robyn, por ser la persona más ingeniosa de mi vida. Aunque a veces no te he hecho caso, siempre he valorado tus consejos. Eres brillante. ¿Chupa chups? ¡GENIAL!

A Tristina: eres la tutora legal de todas mis novelas. Ninguna de ellas estaría lista para ser lanzada al mundo sin tus sabios comentarios y tu dedicación para leer cada una de las versiones. Si alguien pregunta, Hudson es tuyo.

A Robyn, Jackie y Lisa. Cada una de vosotras habéis añadido diferentes y valiosas capas a este libro. Gracias por dedicar vuestro tiempo a mis palabras.

A Alessa. Tu claridad y tus respuestas a mis infinitas preguntas han sido más de lo que nadie podría esperar de otra persona. Eres una diosa en este libro.

A la sociedad WrAHM (Madres que Escriben Desde Casa). Para un agradecimiento como es debido a unas mujeres tan increíbles sería necesario otro libro. Y mucho alcohol. Y fotografías picantes. Chicas, sois el apoyo y las amigas que estaba buscando. Gen, gracias por crear este grupo. Me ha cambiado la vida.

A Bob Diforio, mi agente. No muchos agentes se suben al carro de la autopublicación. Gracias por tener la mente tan abierta y apoyarme a tomar esta decisión.

A Julie y a AToMR Tours. Valéis mucho más de lo que os pagan. Gracias por ayudarme a lanzar este libro.

A Joe, mi mejor amigo. Has sufrido todos los altibajos, la autocompasión y las celebraciones, siempre has dado buenos consejos y nunca te has quejado por lo inaguantable que he estado. Te debo una copa. O siete.

A mis lectores. Aunque no sé quiénes sois mientras escribo esto, sí sé que *Adicta a ti* está ahora en vuestra manos y cualquier cosa buena que salga de aquí se deberá a vosotros.

A mi creador, por el talento y los dones que me has dado. He sido realmente bendecida.



LAURELIN PAIGE tiene debilidad por las buenas historias de amor. Cuando no está leyendo o escribiendo historias subidas de tono, es probable que esté cantando, viendo *Mad Men* y *The Walking Dead* o soñando con Adam Levine. La trilogía *Eres mi adicción* es superventas en Estados Unidos y Reino Unido.